



Tiempos de hielo
FRED VARGAS

Policíaca

de

Alice Gauthier, una respetable profesora de matemáticas de sesenta y seis años, aparece muerta en su bañera; todo parece apuntar a un suicidio, pero ciertos detalles, como un extraño signo trazado en el lugar del suceso, hacen pensar que quizá haya algo más detrás de su muerte, por lo que el caso es derivado al equipo de la Brigada Criminal del comisario Adamsberg. Al poco, una mujer dice haber enviado una carta que la muerta había escrito a un tal Amédée Masfauré..., cuyo padre se habría suicidado dejando un signo similar. Las sospechas se confirman al comprobar que ambas muertes tenían algo más en común: las dos víctimas formaban parte de una trágica expedición a una remota e inexplorada isla de Islandia, diez años antes... Un extraño club de admiradores de Robespierre, viejos rencores familiares, pistas falsas, reminiscencias de antiguos mitos nórdicos..., y la imbatible sagacidad de Adamsberg y su brigada son los ingredientes de la magnífica nueva obra de la reina de la novela negra europea.



Fred Vargas

Tiempos de hielo

Comisario Jean-Baptiste Adamsberg - 11

ePub r1.5

Titivillus 13.07.16

Título original: *Temps glaciaires*
Fred Vargas, 2015
Traducción: Anne-Hélène Suárez Girard

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



I

Ya solo quedaban veinte metros, veinte pequeños metros por recorrer para llegar al buzón; resultaba más difícil de lo previsto. Es ridículo, pensó, no existen metros pequeños o metros grandes. Hay metros y punto. Es curioso cómo a las puertas de la muerte, desde esa posición eminente, seguimos pensando en fútiles bobadas, cuando se supone que uno va a enunciar alguna fórmula de importancia, de las que quedarán inscritas con hierro candente en los anales de la sabiduría humana. De las que se divulgarán luego por doquier: «¿Sabe usted cuáles fueron las últimas palabras de Alice Gauthier?».

Aunque no tenía nada memorable que declarar, sí tenía un mensaje decisivo que transmitir, uno que se inscribiría en los anales de la infamia humana, infinitamente más vastos que los de la sabiduría. Miró la carta que temblaba en su mano.

Vamos, dieciséis pequeños metros. Desde el portal de su edificio la vigilaba Noémie, lista para intervenir a la primera vacilación. Noémie lo había intentado todo para impedir que su paciente se aventurara sola por la calle, pero el muy imperioso carácter de Alice Gauthier la había vencido.

—Ya. ¿Para que lea usted la dirección por encima de mi hombro?

Noémie se había sentido ofendida, ese no era su estilo.

—Es el estilo de todo el mundo, Noémie. Un amigo mío (un viejo truhán, por lo demás) me decía siempre: «Si quieres guardar un secreto, guárdalo». Yo he guardado uno durante mucho tiempo, pero me estorbaría para subir al cielo. Y eso que, aun así, tampoco es que tenga el cielo ganado, que digamos. Quítese de en medio, Noémie, y déjeme ir.

Date prisa, Alice, o Noémie vendrá corriendo, demonios. Apoyada en su andador, logró desplazarse nueve metros, al menos ocho metros largos. Pasar la farmacia, luego la lavandería, luego el banco y ya habría llegado al pequeño buzón amarillo. Cuando comenzaba a sonreír por la inminencia de su éxito, se le nubló la vista y se soltó, derrumbándose a los pies de una mujer de rojo, que la recibió en sus brazos con un grito. El contenido de su bolso se desparramó por el suelo, la carta se le escapó de la mano.

La farmacéutica acudió, preguntando, palpando, afanándose, mientras la mujer de rojo guardaba dentro del bolso de mano los objetos esparcidos y lo depositaba a su lado. Su efímero papel tocaba a su fin, los servicios de emergencia estaban en camino, ya no le quedaba nada que hacer allí, se levantó y retrocedió. Le habría gustado resultar útil todavía, permanecer un poco más en la escena del accidente, al menos dar su nombre a los bomberos que llegaban en tropel, pero no, la farmacéutica

había asumido el mando de las operaciones con la ayuda de una mujer presa del pánico que afirmaba ser su enfermera: gritaba, lloraba un poco, la señora Gauthier se había negado en rotundo a que la acompañara, vivía a tiro de piedra, en el 33 bis, ella no había cometido ninguna negligencia. Estaban cargando a la mujer en una camilla. Vamos, hija, esto ya no es asunto tuyo.

Bueno, sí, pensó al reanudar su camino. En realidad ella sí había hecho algo. Al sujetar a la mujer en su caída, había evitado que se golpeará la cabeza contra la acera. Puede que le hubiera salvado la vida, ¿quién podría decir lo contrario?

Primeros días de abril; el tiempo en París iba suavizándose, pero el fondo del aire era frío. El fondo del aire. Si realmente había un fondo del aire, ¿cómo se llamaba el resto? ¿La parte superior del aire? Marie-France frunció el ceño, irritada por las pequeñas cuestiones que pasaban por su cabeza como moscas ociosas. Precisamente cuando ella acababa de salvar una vida. ¿O se decía la superficie del aire? Se colocó bien el abrigo rojo y hundió sus manos en los bolsillos. A la derecha, sus llaves, su monedero, pero a la izquierda, un papel grueso que ella nunca había metido allí. El bolsillo izquierdo estaba reservado al abono de transporte y a los cuarenta y ocho céntimos del pan. Se detuvo a los pies de un árbol para reflexionar. Tenía en la mano la carta de la pobre mujer que se había caído. «Da siete vueltas a lo que piensas antes de actuar», le repetía su padre, que por lo demás no había actuado nunca en su vida. Sin duda, el hombre no pasaba de dar cuatro vueltas a lo que pensaba. La letra del sobre era trémula y el nombre en el dorso, Alice Gauthier, aparecía en grandes caracteres borrosos. Sí, era su carta. Había vuelto a poner todas las cosas en el bolso, y con las prisas por recoger los papeles, la cartera, los medicamentos y pañuelos antes de que el viento hiciera de las suyas, se había metido el correo en el bolsillo. El sobre había caído al otro lado del bolso, la mujer debía de llevarlo en la mano izquierda. Por eso había salido ella sola, pensó Marie-France: para echar una carta al buzón.

¿Devolvérsela? Pero ¿dónde? La habían llevado a Urgencias, a saber de qué hospital. ¿Dársela a la enfermera en el 33 bis? Ándate con ojo, Marie-France, ándate con ojo. Da siete vueltas a lo que piensas antes de hacer nada. Si la señora Gauthier había desafiado el peligro para ir sola a echar su carta al buzón, es porque no quería que cayera de ninguna manera en manos ajenas. Da siete vueltas a lo que piensas, pero no diez, ni veinte, añadía su padre, de lo contrario lo que piensas se desgasta y ya no sale nada de ello. No será que no conocemos gente que se haya quedado así, rumiando sin parar toda la vida, es triste, mira tu tío.

No, a la enfermera, no. Si la señora Gauthier había salido sin ella de expedición, por algo sería. Marie-France miró a su alrededor para ver si había un buzón. Allí, ese pequeño rectángulo amarillo, al otro lado de la plaza. Marie-France alisó la carta

sobre su pierna. Tenía una misión, había salvado a la mujer y salvaría la carta. Las cartas están para mandarlas, ¿no? Por lo tanto, no hacía ningún mal, todo lo contrario.

Deslizó el sobre por la rendija reservada a «Otros destinos», después de haberse cerciorado varias veces de que realmente se trataba del departamento 78, Yvelines. Siete veces, Marie-France, no veinte, de lo contrario el correo no sale nunca. Luego deslizó sus dedos en la ranura del buzón para asegurarse de que la carta había caído realmente dentro. Hecho. Última recogida a las seis de la tarde, hoy era viernes, el destinatario la recibiría el lunes a primera hora.

Que pases buen día, hija, muy buen día.

II

Reunido con sus oficiales, el comisario Bourlin, del distrito 15 de París, se mordisqueaba las mejillas por dentro, indeciso, con las manos apoyadas en su voluminoso vientre. Había sido buen mozo, según lo recordaban los mayores, antes de que la grasa lo invadiera en unos pocos años. Pero todavía poseía prestancia; prueba de ello era la respetuosa atención con que lo escuchaban sus subordinados. Incluso cuando se sonaba ruidosamente, casi con ostentación, como acababa de hacer. Catarro primaveral, había justificado. No se diferenciaba en nada de un catarro de otoño o de invierno, pero tenía cierto toque más etéreo, menos común, en cierto modo más alegre.

—Tenemos que archivar el caso, comisario —dijo Feuillère, el más febril de sus tenientes, resumiendo la opinión general—. Esta noche hará seis días que murió Alice Gauthier. Es un suicidio, no cabe duda.

—No me gustan los suicidios sin carta.

—El joven de la calle Convention, hace dos meses, no dejó nada —objetó un cabo, casi tan corpulento como el comisario.

—Pero estaba borracho como una cuba, solo y sin blanca, no tiene nada que ver. Aquí tenemos a una mujer con una vida normal y corriente, profesora de matemáticas jubilada, una existencia ordenada, lo hemos examinado todo al detalle. Y tampoco me gustan los suicidas que se lavan el pelo por la mañana y se echan perfume.

—Precisamente —dijo una voz—. Si uno va a morir, al menos que esté guapo.

—O sea, ¿que, al atardecer —dice el comisario—, Alice Gauthier, perfumada y vestida con traje sastre, llena la bañera, se quita los zapatos y se mete en el agua completamente vestida para cortarse las venas?

Bourlin cogió un cigarrillo, es decir dos, ya que sus dedos gruesos le impedían sacar solo uno. Por eso siempre había cigarrillos sueltos cerca de sus paquetes. Tampoco utilizaba mechero, debido a la inasible rueda de encendido, sino una gran caja de cerillas, formato chimenea, que le abultaba en el bolsillo. El comisario había decretado que aquella sala era apta para fumadores. La prohibición de fumar lo sacaba de sus casillas: y pensar que se vertían sobre los seres —y digo bien, los seres, todos los seres— treinta y seis mil millones de toneladas de CO₂ por año. Treinta y seis mil millones, recalcaba. ¿Y no se puede encender un miserable pitillo en un andén de la estación al aire libre?

—Comisario, esa mujer estaba a punto de morir y lo sabía —insistió Feuillère—. Su enfermera nos lo ha dicho: había intentado echar una carta al buzón el viernes pasado, con toda su soberbia, su voluntad de hierro, pero no lo había logrado.

Resultado: cinco días después, se abre las venas en la bañera.

—Una carta que quizá contenía su mensaje de adiós. Lo cual explicaría que no haya ninguna en su domicilio.

—O sus últimas voluntades.

—¿Para quién? —interrumpió el comisario aspirando una larga bocanada—. No tiene herederos y dispone de pocos ahorros en el banco. Su notario no ha recibido ningún testamento nuevo, sus veinte mil euros van a la protección del oso polar. Y, a pesar de la pérdida de esta carta esencial, ¿se mata en lugar de volverla a escribir?

—Porque el chico fue a visitarla, comisario —replicó Feuillère—. El lunes y luego el martes, el vecino está seguro. Lo oyó llamar al timbre, decir que venía por la cita. A la hora en que está sola todos los días, entre las siete y las ocho de la tarde. Por lo tanto, es ella quien lo citó. Le habrá confiado sus últimas voluntades; en cuyo caso, la carta era inútil.

—Un chico desconocido que se ha esfumado. En el entierro, solo había primos mayores. Ningún chico. ¿Y bien? ¿Dónde se ha metido? Si la mujer tenía suficiente confianza con él para convocarlo urgentemente, es que era un pariente o un amigo. Y de ser así, habría ido al entierro. Pero no, se ha desvanecido en el aire. Un aire saturado de dióxido de carbono, les recuerdo. Por cierto, el vecino escuchó cómo se anunciaba al otro lado de la puerta. ¿Con qué nombre?

—No lo oyó muy bien. André o Dédé, no sabe.

—André es nombre de viejo. ¿Por qué dice que era un hombre joven?

—Por la voz.

—Comisario —intervino otro teniente—, el juez exige dar carpetazo. No hemos avanzado nada en el caso del alumno de instituto cosido a cuchilladas ni en el de la mujer agredida en el aparcamiento de Vaugirard.

—Lo sé —dijo el comisario cogiendo el segundo cigarrillo suelto junto al paquete—. Conversé con él anoche. Si es que se puede llamar a eso conversar. Suicidio, suicidio, hay que dar carpetazo y seguir adelante, aunque sea enterrando los hechos, ciertamente ínfimos, y pisándolos como dientes de león.

Los dientes de león son los parientes pobres de la sociedad floral, nadie los respeta, se los pisotea, se los dan de comer a los conejos. En cambio, a nadie se le pasaría por la cabeza pisar una rosa. Menos aún dársela de comer a los conejos. Hubo un silencio durante el que cada cual se debatía entre la impaciencia del nuevo juez y el humor negativo del comisario.

—Doy carpetazo —anunció Bourlin suspirando, como vencido físicamente—. Con la condición de que intentemos una vez más esclarecer qué es el signo que dibujó al lado de la bañera. Muy claro, muy firme, pero incomprensible. Ese es su último mensaje.

—Pero indescifrable.

—Llamaré a Danglard. Puede que él pueda descifrarlo.

Sin embargo, pensó Bourlin siguiendo el curso de su pensamiento, los dientes de

león son duros y resistentes, mientras que la rosa es delicada y enclenque.

—¿Al comandante Adrien Danglard? —intervino un cabo—. ¿De la Brigada Criminal de París 13?

—El mismo. Sabe cosas que vosotros no aprenderíais ni en treinta vidas.

—Pero detrás de él está el comisario Adamsberg —murmuró el cabo.

—¿Y? —dijo Bourlin levantándose casi majestuosamente, con los puños en la mesa.

—Y nada, comisario.

III

Adamsberg cogió el teléfono, apartó una pila de dosieres y apoyó los pies en la mesa, reclinándose en el sillón. Apenas había dormido esa noche; una de sus hermanas había contraído una pulmonía, Dios sabe cómo.

—¿La mujer del 33 bis? —preguntó—. ¿Venas abiertas en la bañera? Y ¿por qué me jodes con esto a las nueve de la mañana, Bourlin? Según los informes internos, se trata de un suicidio probado. ¿Tienes dudas?

Adamsberg tenía aprecio al comisario Bourlin. Gran comilón gran fumador gran bebedor, en erupción perpetua, viviendo a toda máquina, siempre al borde del abismo, duro como una piedra, y rizado como un corderito, era un resistente digno de respeto que a los cien años seguiría al pie del cañón.

—El juez Vermillon, el nuevo y diligente magistrado, se me ha pegado como una garrapata —dijo Bourlin—. ¿Sabes lo que hacen las garrapatas?

—Sí, lo sé perfectamente. Si te encuentras un lunar con patas, es que es una garrapata.

—¿Y qué hago?

—Te la arrancas girándola con una minipalanca. No me digas que me llamas para eso.

—No, es por el juez, que no es otra cosa que una enorme garrapata.

—¿Quieres que lo arranquemos juntos con una enorme palanca?

—Quiere que archive el caso, y yo no quiero archivarlo.

—¿Tus motivos?

—La suicida, perfumada y con el pelo lavado esa misma mañana, no dejó carta.

Con los ojos cerrados, Adamsberg dejó que Bourlin le devanara la historia.

—¿Un signo incomprensible? ¿Cerca de la bañera? ¿Y en qué quieres que te ayude?

—Tú, en nada. Quiero que me mandes la cabeza de Danglard para que lo vea. Puede que él sepa descifrarlo, no se me ocurre nadie más. Al menos, me quedaré con la conciencia tranquila.

—¿Solo su cabeza? ¿Y qué hago con su cuerpo?

—Haz que el cuerpo la siga como pueda.

—Danglard no ha llegado todavía. Ya sabes que tiene sus horarios, según los días. Es decir, según las noches.

—Sácalo de la cama, os espero allí a los dos. Una cosa, Adamsberg, el cabo que me acompañará es un joven panoli. Tiene que adquirir pátina.

Instalado en el viejo sofá de Danglard, Adamsberg sorbía un café bien cargado

mientras esperaba que el comandante acabara de vestirse. Le había parecido que la solución más rápida era ir a su casa a sacarlo de la cama y meterlo directamente en su coche.

—Ni siquiera tengo tiempo de afeitarme. —Gruñó Danglard, inclinando su blando corpachón para mirarse en el espejo.

—No siempre llega afeitado al despacho.

—El caso es diferente. Me esperan en calidad de experto. Y un experto se afeita.

Adamsberg inventariaba sin querer las dos botellas de vino en la mesita baja, el vaso caído en el suelo, la alfombra todavía húmeda. El vino blanco no mancha. Danglard había debido dormirse directamente en el sofá, sin preocuparse esta vez de la escrupulosa mirada de sus cinco hijos a quienes criaba como perlas de cultivo. Los gemelos habían volado a un campus universitario y ese vacío familiar no mejoraba las cosas. Pero quedaba el pequeño, el de los ojos azules, el que no era de Danglard y que su mujer le había dejado siendo un bebé cuando se largó, sin mirar atrás siquiera, por el pasillo, como ya había contado cien veces. El año pasado, aun a riesgo de romper con Danglard, Adamsberg había asumido el papel de torturador al llevarlo a rastras al médico, y el comandante había esperado el resultado de los análisis como un zombi ebrio. Análisis que se habían revelado irreprochables. Hay tipos especialistas en librarse por los pelos, nunca mejor dicho, y no era esta la menor de las cualidades del comandante Danglard.

—¿Me esperan para qué, exactamente? —preguntó Danglard ajustándose los gemelos—. ¿De qué se trata? De un jeroglífico, ¿es eso?

—Del último dibujo de una suicida. Un signo indescifrable. El comisario Bourlin está muy fastidiado, quiere entenderlo antes de archivar el caso. Tiene al juez encima como una garrapata. Una garrapata muy gorda. Solo tenemos unas horas.

—Ah, es Bourlin —dijo Danglard relajándose, al tiempo que se alisaba la chaqueta—. ¿Teme un ataque de nervios del nuevo juez?

—Como buena garrapata, teme que le escupa su veneno.

—Como buena garrapata, teme que le inyecte el contenido de sus glándulas salivares —lo corrigió Danglard ajustándose la corbata—. Nada que ver con una serpiente o una pulga. La garrapata, por lo demás, no es un insecto, es un arácnido.

—Eso es. Y ¿qué piensa usted del contenido de las glándulas salivares del juez Vermillon?

—Francamente, nada bueno. Dicho esto, no soy experto en signos abstrusos. Soy hijo de mineros del norte —recordó el comandante con orgullo—. Solo sé alguna cosilla suelta.

—Y sin embargo, lo espera. Para su conciencia.

—No cabe duda de que, para una vez que voy a servir de conciencia, no puedo perdérmelo.

IV

Danglard estaba sentado en el borde de la bañera azul, la misma en la que Alice Gauthier se había cortado las venas. Observaba el lateral blanco del tocador, donde la mujer había dejado esa inscripción trazada con perfilador. Adamsberg, Bourlin y el cabo esperaban callados en el pequeño cuarto de baño.

—Hablad, moveos, me cago en la mar, no soy el oráculo de Delfos —exclamó Danglard, contrariado por no haber descifrado el signo enseguida—. Cabo, tenga la bondad de hacerme un café; me han sacado de la cama.

—¿De la cama o de un bar de madrugada? —murmuró el cabo dirigiéndose a Bourlin.

—Tengo buen oído —dijo Danglard, sentado con elegancia en el borde de la vieja bañera, sin desviar la vista del motivo dibujado—. No he pedido comentarios, solo un café, con amabilidad.

—Un café —confirmó Bourlin agarrando al cabo por el brazo, que le cabía ampliamente en su gruesa mano.

Danglard sacó una libreta abarquillada del bolsillo trasero y copió el dibujo: una H mayúscula, pero cuya barra central era oblicua. Y un trazo cóncavo cruzado por la barra.



—¿Alguna relación con sus iniciales? —preguntó Danglard.

—Se llamaba Alice Gauthier, de soltera Vermond. Pero sus otros dos nombres son Clarisse y Henriette. H de Henriette.

—No —dijo Danglard sacudiendo sus flácidas mejillas sombreadas por el gris de la barba—. No es una H. La barra es claramente oblicua, asciende con firmeza hacia arriba. Y no es una firma. Una firma termina siempre mutando, absorbe la personalidad del autor, se inclina, se deforma, se contrae. Nada que corresponda a la rectitud de esta letra. Es la reproducción fiel, casi escolar, de un signo, de una sigla, y muy rara vez trazada. La habrá escrito una vez, o cinco todo lo más. Porque es un

trabajo de colegial estudioso y aplicado.

El cabo, desafiante, volvió con el café y dejó el vaso de plástico, ardiendo, en la mano de Danglard.

—Gracias —masculló el comandante sin inmutarse—. Si se suicidó, señala a los que la llevaron a hacerlo. Pero, en ese caso, ¿por qué encriptar el signo? ¿Por miedo? ¿Para quién? ¿Para sus allegados? La mujer invita a investigar, pero sin llegar a traicionar. Si la han matado (y ¿eso es lo que le preocupa, Bourlin?), sin duda señala a sus atacantes. Pero, una vez más, ¿por qué no hacerlo con claridad?

—Será un suicidio seguramente. —Gruñó Bourlin, descompuesto.

—¿Puedo? —dijo Adamsberg, apoyado en la pared y sacando a propósito un cigarrillo cochambroso de su chaqueta.

Una palabra mágica para el comisario Bourlin, que respondió frotando una cerilla enorme y se encendió otro a su vez. El cabo salió malhumorado del diminuto cuarto de baño, súbitamente lleno de humo, y se apostó en la puerta.

—¿Profesión? —preguntó Danglard.

—Profesora de matemáticas.

—Tampoco sirve. No es un signo matemático ni de física. Ni un signo del zodiaco ni un jeroglífico. Tampoco de masones ni de secta satánica. Nada de todo eso.

Murmuró un poco, contrariado, concentrado.

—A menos —continuó diciendo— que se trate de una letra en nórdico antiguo, de una runa, o incluso de un carácter japonés o chino. Son escrituras que tienen esta especie de H con barra oblicua. Pero no presentan el trazo cóncavo debajo. Ahí está el quid de la cuestión. Nos queda la hipótesis de una letra en cirílico, pero mal hecha.

—¿Cirílico? ¿Estamos hablando del alfabeto ruso? —preguntó Bourlin.

—Ruso, pero también búlgaro, serbio, macedonio, ucraniano; tiene un uso muy extendido.

Con una mirada, Adamsberg cortó en seco el discurso erudito que el comandante se disponía a hacer —lo notaba— sobre la escritura cirílica. Y en efecto, Danglard se obligó, muy a su pesar, a abandonar la historia de los discípulos de san Cirilo que habían creado el alfabeto.

—Existe en cirílico una letra Ы, que no hay que confundir con la И —explicó, dibujando en su libreta—. Veis que esta letra lleva un signo cóncavo en la parte de arriba, como una pequeña cúpula. Se pronuncia más o menos «oi» o «ai», según el contexto.

Danglard percibió otra mirada de Adamsberg, que bloqueó su discurso.

—Suponiendo —prosiguió— que a la mujer le haya costado trazar este signo, teniendo en cuenta la distancia entre la bañera y el lateral del mueble, que la obligaba a alargar el brazo, habría podido situar mal la cúpula y ponerla en el centro, en lugar

de arriba. Pero si no me equivoco, esta Ў no se utiliza como inicial de la palabra, sino como final. Nunca he oído hablar de una abreviatura que utilice un final de palabra. Busquen de todos modos si figuraba en su lista de llamadas o en su libreta de direcciones una persona susceptible de utilizar el alfabeto cirílico.

—Sería una pérdida de tiempo —objetó suavemente Adamsberg.

Si Adamsberg había hablado con suavidad, no era para evitar ofender a Danglard. Salvo en contadas ocasiones, el comisario nunca alzaba el tono y se tomaba su tiempo para hablar, aun a riesgo de dormir a su interlocutor con su voz en modo menor, vagamente hipnótica para algunos, atractiva para otros. Los resultados diferían entre un interrogatorio llevado por el comisario o por uno de sus oficiales, ya que Adamsberg obtenía o bien somnolencia, o bien un flujo repentino de confesiones, como se atraen clavos reacios con un imán. El comisario no le daba importancia, y admitía que, a veces, él mismo podía quedarse dormido sin darse cuenta.

—¿Una pérdida de tiempo? ¿Qué quiere decir con eso?

—Sí, Danglard. Más vale averiguar primero si el trazo cóncavo fue dibujado antes o después de la barra oblicua. Lo mismo para los dos trazos verticales de la H: ¿se hicieron antes o después?

—¿Qué cambia eso? —preguntó Bourlin.

—Y si el trazo oblicuo —prosiguió Adamsberg— fue trazado de abajo arriba o de arriba abajo.

—Por supuesto —confirmó Danglard.

—El trazo oblicuo sugiere un rayado —siguió Adamsberg—. Es lo que hacemos cuando tachamos algo. Siempre y cuando se trace de abajo arriba, con firmeza. Si la sonrisa ha sido dibujada antes, entonces ha sido tachada después.

—¿Qué sonrisa?

—Quiero decir el trazo convexo. En forma de sonrisa.

—El trazo cóncavo —rectificó Danglard.

—Como prefiera. Este trazo, aislado, recuerda una sonrisa.

—Una sonrisa que se habría querido suprimir —sugirió Bourlin.

—Algo así. En cuanto a las barras verticales, podrían enmarcar la sonrisa, a modo de cara simplificada.

—Muy simplificada —dijo Bourlin—. Traído por los pelos.

—Demasiado traído por pelos —confirmó Adamsberg—. Pero tenlo en cuenta de todas maneras. ¿En qué orden se escribe este carácter en cirílico, Danglard?

—Las dos barras primero, luego el trazo oblicuo, luego la cúpula encima. Como cuando añadimos los acentos al final.

—Entonces, si la cúpula ha sido trazada antes, no se trata de un carácter cirílico fallido —acotó Bourlin—, por lo que no perdamos tiempo en buscar un ruso en sus agendas.

—O un macedonio. O un serbio —añadió Danglard.

Entristecido por su fracaso a la hora de descifrar el signo, ya en la calle, Danglard seguía a sus colegas arrastrando los pies, mientras Bourlin daba órdenes por el teléfono. De hecho, Danglard andaba siempre arrastrando los pies, lo cual desgastaba sus suelas a gran velocidad. Y como el comandante se esmeraba en lucir una elegancia muy británica, a falta de poder contar con algún tipo de belleza, renovar sus zapatos londinenses constituía un serio problema. Cualquier viajero que tuviera que cruzar el canal de la Mancha tenía el encargo de traerle un par.

El cabo, impresionado por el conocimiento sobre la materia de Danglard, avanzaba ahora dócilmente a su lado. Había adquirido «algo de pátina», habría dicho Bourlin.

Los cuatro hombres se separaron en la plaza de la Convention.

—Llamaré en cuanto tenga los resultados —dijo Bourlin—, no llevará mucho tiempo. Gracias por echarme una mano, pero creo que tendré que archivar el caso esta noche.

—Ya que no entendemos nada —dijo Adamsberg con un leve gesto de la mano—, podemos decir lo que queramos. A mí, eso me sugiere una guillotina.

Bourlin miró un instante cómo sus colegas se alejaban.

—No te preocupes —dijo al cabo—. Es Adamsberg.

Como si esta frase bastara para esclarecer el enigma.

—Hay que ver, ¿qué tendrá en la cabeza el comandante Danglard para saber tantas cosas? —opinó el cabo.

—Vino blanco.

Bourlin telefoneó a Adamsberg menos de dos horas después: las dos barras verticales habían sido trazadas en primer lugar, la izquierda primero, la derecha después.

—O sea, igual que se empieza una H —prosiguió—. Pero después, la mujer dibujó el trazo cóncavo.

—O sea, no como una H.

—Y tampoco como en cirílico. Lástima, eso me gustaba bastante. Luego añadió el trazo oblicuo, que fue hecho de abajo arriba.

—Tachó la sonrisa.

—Exacto. Por lo tanto, no tenemos nada, Adamsberg. Ni una inicial, ni algo en ruso. Solo una sigla desconocida que se dirige a un grupo de desconocidos.

—Grupo de desconocidos a quienes ella acusa de su suicidio, o a quienes quiere avisar de un peligro.

—O bien —propuso Bourlin— se suicida, efectivamente, porque está enferma. Pero antes, señala algo o a alguien, un acontecimiento de su vida. Una última

confesión antes de dejar este mundo.

—Y ¿cuál es el tipo de confesión que solo se hace en el último instante?

—Un secreto inconfesable.

—¿Por ejemplo?

—¿Hijos secretos?

—O un pecado, Bourlin. O un asesinato. ¿Qué es lo que la buena señora podría haber cometido?

—Yo no diría «buena». Autoritaria, temperamento enérgico, incluso tiránico. No muy simpática.

—¿Tuvo problemas con sus antiguos alumnos? ¿Con el Ministerio de Educación?

—Era muy valorada, nunca la trasladaron. Cuarenta años en el mismo colegio, en una zona conflictiva. Pero según sus colegas, los chavales, incluso los más duros, no se atrevían a decir ni mu durante sus clases, iban como la seda. Ya te puedes imaginar cómo la apreciaban los directores, como un santo icono. Bastaba con que asomara por la puerta de una clase para que el jaleo cesara instantáneamente. Sus castigos eran temidos.

—¿Castigos corporales, por un casual?

—Aparentemente, nada de eso.

—¿Qué si no? ¿Copiar un trabajo trescientas veces?

—Tampoco —dijo Bourlin—. El castigo era que dejara de quererlos. Porque los quería, a sus alumnos. Era esa la amenaza: perder su amor. Muchos iban a verla después de clase, con cualquier pretexto. Para que te hagas una idea de la fuerza de esa tipa, había conseguido que un pequeño chantajista, no se sabe cómo, acabase entregándole a toda su banda en una hora. Así era la mujer.

—Cortante, ¿eh?

—¿Piensas otra vez en la guillotina?

—No, pienso en la carta perdida. En el joven desconocido. Uno de sus antiguos alumnos, quizá.

—En cuyo caso, ¿el signo tendría que ver con el alumno? ¿Un signo de clan? ¿De banda? No me fastidies, Adamsberg, tengo que archivar el caso esta noche.

—Pues da largas. Atrásalo aunque sea un día. Explica que trabajas con el cirílico. Y sobre todo, no digas que esto ha salido de aquí.

—¿Por qué atrasarlo? ¿Se te ha ocurrido algo?

—Nada. Me gustaría reflexionar un poco.

Bourlin suspiró descorazonado. Conocía a Adamsberg desde hace tanto como para saber que «reflexionar» no tenía ningún sentido tratándose de él. Adamsberg no reflexionaba; no se sentaba a solas en una mesa, lápiz en mano; no se concentraba delante de una ventana; no recapitulaba los hechos en una pizarra, con flechas y cifras; no apoyaba la barbilla en el puño. Él se paseaba, andaba sin hacer ruido, fluctuaba entre los despachos, comentaba, recorría a paso lento el terreno, pero nunca nadie lo había visto reflexionar. Parecía ir como un pez a la deriva. No, un pez no

deriva, un pez sigue un objetivo. Adamsberg recordaba más bien a una esponja llevada por las corrientes. Pero ¿qué corrientes? Por lo demás, algunos decían que, cuando su mirada parda y vaga se perdía todavía más, era como si tuviera algas en los ojos. Pertenecía más al mar que a la tierra.

V

Marie-France se sobresaltó al leer la sección necrológica. Llevaba retraso, varios días por recuperar, es decir, decenas y decenas de muertos a los que pasar revista. No era que ese ritual cotidiano le procurase una satisfacción morbosa. Pero —y resultaba terrible decirlo, pensó de nuevo— estaba pendiente del fallecimiento de su prima hermana, quien antaño le había cogido afecto. En ese sector acaudalado de la familia, se publicaba una esquela en caso de fallecimiento. Así era como se había enterado de la muerte de otros dos primos y del marido de la prima. Quien, por lo tanto, había quedado sola y rica —dado que su marido, curiosamente, había hecho fortuna con el comercio de globos hinchables— y Marie-France se preguntaba continuamente si el maná de la prima tenía alguna posibilidad de caerle encima. Había hecho cálculos sobre este maná. ¿A cuánto podía ascender? ¿Cincuenta mil? ¿Un millón? ¿Más? Una vez deducidos los impuestos, ¿cuánto le quedaría? ¿Se le ocurriría a su prima nombrarla heredera? ¿Y si lo donaba todo a la protección de los orangutanes? Los orangutanes habían sido una de sus manías; y eso, Marie-France lo comprendía perfectamente. Estaba dispuesta a compartir con ellos, pobrecillos. No te embales, hija, límitate a leer las esquelas. La prima rondaba los noventa y dos años, la cosa no podía tardar mucho, ¿no? Y eso que en la familia se producían centenarios a patadas, igual que otros fabrican niños a troche y moche. En su casa, lo que se fabricaba a troche y moche eran viejos. Hay que decir que no daban un palo al agua, y eso conserva, opinaba. Pero la prima había recorrido medio mundo: Java, Borneo y todas esas islas terroríficas —por lo de los orangutanes—; y eso, en cambio, desgasta. Reanudó su lectura, por orden cronológico.

*Sus primos, Regis Rémond y Martin Druot,
sus amigos y sus colegas tienen el dolor de anunciarles
el fallecimiento de la*

*Señora Alice Clarisse Henriette Gauthier,
de soltera Vermond,*

*a los sesenta y seis años, tras una larga enfermedad.
El levantamiento del cuerpo tendrá lugar
en el 33 bis de la calle...*

En el 33 bis. Volvió a oír a la enfermera gritando: «La señora Gauthier, del 33

bis...». Pobre mujer, ella le había salvado la vida —evitando que su cabeza chocara contra el suelo, ahora estaba convencida de ello—, pero no por mucho tiempo.

A menos que esa carta... Esa carta que había decidido mandar... ¿Y si había hecho mal? ¿Y si esa carta tan valiosa había desencadenado una catástrofe? ¿Y si esa era la razón por la que la enfermera se había opuesto tanto?

De todos modos, la carta habría salido, se consoló Marie-France sirviéndose otra taza de té. Es el destino.

No, no habría salido. La carta había volado con la caída. Reflexiona, hija, da siete vueltas a lo que piensas. ¿Y si la señora Gauthier, en el fondo, había cometido un...? —¿cómo decía exactamente su antiguo jefe? Solo tenía esa palabra en la boca—... había cometido un *acto fallido*? Es decir, una cosa que no queremos hacer, pero que hacemos igualmente, por razones que están ocultas tras las razones. ¿Y si el temor de mandar su carta le hubiera causado ese vértigo... y la hubiera perdido por un *acto fallido*, renunciando a su idea en razón de las razones que están tras las razones?

Entonces, en ese caso, el destino era ella. Ella, Marie-France, que había tomado la decisión de llevar a cabo la intención de la anciana. Y eso que le había dado vueltas a su pensamiento, ni demasiado ni demasiado poco, antes de ir al buzón.

Olvidalo, nunca sabrás nada sobre este asunto. Y nada indica que la carta haya tenido consecuencias funestas. Son imaginaciones tuyas, hija, no sirven para nada.

Pero a la hora del almuerzo, Marie-France seguía sin olvidar, como lo demostraba el que no hubiera progresado en sus secciones necrológicas, y seguía sin saber si la prima de los orangutanes había fallecido o no.

Se dirigió a la tienda de juguetes donde trabajaba a media jornada, con la mente nublada y el estómago dolorido. Y esto, hija, quiere decir que estás rumiando, y bien sabes la tabarra que papá te daba con eso.

No es que no se hubiera fijado nunca en la comisaría que había en su camino —pasaba por delante seis días por semana—, pero esa vez le pareció, de repente, como un punto de luz, un faro en la noche. Un faro en la noche, eso también era de su padre. «Pero lo malo del faro», añadía, «es que su luz es intermitente. Así que tu proyecto viene y va continuamente. Y encima, se apaga al llegar el día». Pues bien, era de día y la comisaría relucía igualmente, como un faro en la noche. Prueba de que se podía aportar alguna modificación a las biblias paternas, con perdón y sin ánimo de ofender.

Entró temerosa, vio al tipo taciturno de la recepción y, más allá, a una mujer muy alta y muy gorda que le dio miedo, y a un señor bajito y rubio, anodino, que no le transmitió ninguna impresión reseñable; más lejos, un hombre que parecía un viejo pajarraco desplumado posado en su nido, esperando una nidada que no acababa de

llegar; allí un tipo leyendo —y Marie-France tenía buena vista— una revista sobre peces, un gatazo blanco durmiendo encima de una fotocopidora, un cachas que parecía dispuesto a destripar el mundo..., y estuvo a punto de dar media vuelta e irse. Ah, no, pensó recobrando su entereza, es porque la luz del faro es intermitente, claro, y ahora está apagado. Un tipo ventrudo, muy elegante pero sin silueta, pasó arrastrando los pies y le lanzó una mirada azul y precisa.

—¿Busca algo? —preguntó con una dicción perfecta—. Aquí no registramos denuncias por robos, agresiones y demás, señora. Se encuentra usted en la Brigada Criminal. Homicidios o asesinatos.

—¿Hay diferencia? —preguntó ella con tono ansioso.

—Mucha —dijo el hombre inclinándose ligeramente hacia ella, como en un saludo efectuado el siglo pasado—. Un asesinato es premeditado. Un homicidio puede ser involuntario.

—Entonces sí, vengo por un posible homicidio, no voluntario.

—¿Va a poner una denuncia, señora?

—Pues veré, no. Puede que haya sido yo la autora del homicidio, sin querer.

—¿Ha habido una pelea?

—No, comisario.

—Comandante. Comandante Adrien Danglard. A su entera disposición.

Hacía mucho tiempo que no le hablaban con tanta deferencia y cortesía, o quizá nunca le había ocurrido. El tipo no era guapo —parecía desarticulado, digamos, en su opinión—, pero Dios mío, sus agradables palabras podían con todo. El faro volvía a encenderse.

—Comandante —dijo Marie-France con voz más segura—, temo haber enviado una carta que ha causado una muerte.

—¿Una carta que contenía amenazas? ¿Odio? ¿Venganza?

—Ah, no, comandante. —Y le gustaba pronunciar esa palabra, que parecía darle importancia a ella misma—. No tengo ni idea.

—¿Ni idea de qué, señora?

—De lo que había dentro.

—Pero dice haberla enviado, ¿no es así?

—Desde luego que la he enviado. Pero antes, me lo pensé muy bien. Ni demasiado, ni demasiado poco.

—¿Y por qué la envió? Porque la envió, ¿verdad? Si no era suya...

El faro se había apagado.

—Pues porque la recogí del suelo, y luego la señora se murió.

—Entonces echó usted al buzón una carta para hacer un favor a una amiga, ¿es eso?

—En absoluto. No conocía de nada a esa señora. Acababa de salvarle la vida. Que no es moco de pavo.

—Al contrario, es algo inmenso —confirmó Danglard.

¿No había dicho Bourlin que Alice Gauthier había salido a echar una carta que había desaparecido?

Se enderezó cuan largo era, cuanto pudo. En realidad, el comandante era alto; mucho más que el bajito comisario Adamsberg, pero nadie se daba realmente cuenta de ello.

—Inmenso —repitió, atento al desasosiego de la mujer del abrigo rojo.

El faro volvía a encenderse.

—Pero luego se murió —dijo Marie-France—. Lo he leído en una esquila esta mañana. Leo la sección necrológica de vez en cuando —explicó precipitadamente—, no sea que se me pase el entierro de algún familiar, de algún antiguo amigo, ¿comprende?

—Es una atención que la honra.

Y Marie-France se sintió más animada. Experimentó una especie de afecto por ese hombre que la comprendía tan bien y que la lavaba tan prestamente de sus pecados.

—Así que leí que Alice Gauthier, del 33 bis, había muerto. Y era su carta la que había echado al buzón. Dios mío, comandante, ¿y si lo hubiera desencadenado todo? Y eso que había dado siete vueltas a mi pensamiento, ni una más.

Danglard se estremeció al oír el nombre de Alice Gauthier. A su edad, estremecerse se había convertido en algo tan excepcional, y su curiosidad por los pequeños acontecimientos de la vida se agotaba tan rápido, que sintió gratitud hacia la mujer del abrigo rojo.

—¿En qué fecha envió usted esa carta?

—Pues el viernes anterior, cuando se encontró mal en la calle.

Danglard hizo un gesto rápido.

—Le ruego que me acompañe a ver al comisario Adamsberg —dijo dirigiéndola por los hombros, como si temiera que los elementos desconocidos que contenía se pudieran esparcir por el camino como una vasija rota que dejara escapar su contenido.

Subyugada, Marie-France se dejó guiar. Iba al despacho del gran jefe. Y su apellido —Adamsberg— no le era desconocido.

Se sintió decepcionada cuando el cortés comandante abrió la puerta del despacho del director. Reposaba allí un ser soñoliento que llevaba una chaqueta de tela negra descolorida sobre una camiseta también negra y apoyaba los pies encima de la mesa; nada que ver con la cortesía mundana del que la había recibido.

El faro se apagaba.

—Comisario, la señora dice haber echado al buzón la carta de Alice Gauthier. Me ha parecido importante que la escuche.

Aunque Marie-France lo creía a punto de quedarse dormido, el comisario abrió los ojos rápidamente y se incorporó. La mujer avanzó, con cierto fastidio, descontenta de tener que dejar al amable comandante por ese tipo tan inconsistente.

—¿Es usted el director? —preguntó despechada.

—Soy el comisario —contestó Adamsberg sonriente, tan acostumbrado como indiferente a las miradas a menudo desconcertadas de los demás. Con un gesto, la invitó a sentarse frente a él.

«No creas nunca en la autoridad de las autoridades», decía papá, «son lo peor». En realidad añadía: «Unos hijos de puta». Marie-France se cerró en banda. Consciente de su retracción, Adamsberg indicó a Danglard que tomara asiento a su lado. Y en efecto, solo a petición del comandante empezó a hablar Marie-France.

—Había ido al dentista. El distrito 15 no es mi barrio. Ocurrió como ocurren estas cosas, ella iba con su andador, se mareó y se cayó. La sujeté en mis brazos, y gracias a eso no se dio con la cabeza en la acera.

—Muy buen reflejo —dijo Adamsberg.

Ni siquiera un «señora», como habría dicho el comandante. Ni siquiera un «inmenso». Solo una expresión banal de poli y, ojo, que a ella no le gustaban los polis. El otro era un *gentleman* —un *gentleman* extraviado, eso sí—; pero este, el jefe, era un poli sin más, y en un par de minutos iba a acusarla. Vas a la poli, y luego resulta que eres culpable.

Faro apagado.

Adamsberg echó de nuevo una mirada a Danglard. Ni hablar de pedirle los documentos de identidad, como se suele hacer en un procedimiento normal. Si lo hicieran, la perderían.

—La señora se encontraba allí de milagro —insistió el comandante— y la salvó de un choque que habría sido fatal.

—El destino la había puesto a usted en su camino —completó Adamsberg.

Sin «señora», pero no dejaba de ser un cumplido. Marie-France levantó hacia él la mitad de su cara antipoli.

—¿Le apetece un café?

No hubo contestación. Danglard se levantó y, a espaldas de Marie-France, pronunció callado «Se-ño-ra», en tres sílabas muy claras.

El comisario asintió.

—Señora —insistió—, ¿desea usted un café?

Tras un signo de cabeza apenas aquiescente de la mujer de rojo, Danglard se dirigió hacia la máquina. Por lo que parecía, Adamsberg había entendido el asunto. Había que tranquilizar a esa mujer, honrarla, alimentar su narcisismo desfalleciente. Había que controlar la manera de hablar del comisario, demasiado suelta, demasiado natural. Pero Adamsberg era así, natural, había nacido así, brotado directamente de un árbol, o del agua o de una roca. Había brotado de las montañas de los Pirineos.

Una vez servido el café —en tazas, y no en vasos de plástico—, el comandante retomó las riendas de la conversación.

—Así que la sujetó cuando se estaba cayendo —dijo.

—Sí, y su enfermera acudió enseguida a socorrerla. Gritaba, juraba que la señora

Gauthier se había negado en rotundo a que la acompañara. La farmacéutica tomó las riendas de la situación y yo recogí todas las cosas que se habían caído de su bolso. ¿A quién se le habría ocurrido hacerlo? Los de emergencias nunca piensan en estas cosas. Y eso que en el bolso llevamos toda nuestra vida.

—Es cierto —la alentó Adamsberg—. Los hombres metemos todo eso en los bolsillos. Entonces, ¿recogió usted una carta?

—Seguro que la llevaba en la mano izquierda, porque había caído del otro lado del bolso.

—Es usted muy observadora, señora —dijo Adamsberg con una sonrisa.

La sonrisa le sentaba bien. Era delicada. Y además, Marie-France notaba que interesaba al director.

—El problema es que no me di cuenta enseguida. Fue después, camino del metro, cuando la encontré en el bolsillo de mi abrigo. No se vaya a creer que le birlé la carta, ¿eh?

—Son gestos que se hacen sin darnos cuenta —dijo Danglard.

—Eso es, por descuido. Vi el remite, Alice Gauthier, y comprendí que era su carta. Entonces me lo pensé bien, siete veces, ni una más.

—Siete veces —repitió Adamsberg.

¿Cómo se podían contar los pensamientos?

—No cinco, ni veinte. Mi padre decía que hay que dar siete vueltas a lo que uno piensa antes de actuar. Menos no, de lo contrario se hacen tonterías. Pero sobre todo no más, si no se queda uno dando vueltas sin parar. Y de tanta vuelta, uno acaba hundiéndose en el suelo como un tornillo. Y que después ya no hay quien lo mueva de allí. Entonces pensé, la señora había querido salir sola para echar la carta. O sea que debía de ser importante, ¿no?

—Mucho.

—Eso es lo que deduje —dijo Marie-France con más aplomo—. Y lo comprobé otra vez, era su carta. Había escrito su nombre muy grande en la parte de atrás del sobre. Primero pensé en devolvérsela, pero se la habían llevado al hospital, ¿y a cuál? No tenía la menor idea, los bomberos ni siquiera me habían dirigido la palabra, ni me habían preguntado cómo me llamaba, ni nada. Después pensé que lo mejor era llevarla al 33 bis, la enfermera había dicho dónde vivía. Iba por la quinta vuelta de pensamiento. ¡Ni hablar!, me dije a mí misma, puesto que la señora se había negado a que la acompañara la enfermera. Puede que desconfiara, qué sé yo. Entonces, a la séptima vuelta, sopesados los pros y los contras, decidí terminar lo que la pobre señora no había podido hacer. Y eché la carta al buzón.

—Y por casualidad, ¿se fijó usted en la dirección, señora? —preguntó Adamsberg con un ápice de inquietud.

Al fin y al cabo, era muy posible que esta mujer tan llena de precauciones y atormentada por la buena conciencia, se hubiera negado, por discreción, a leer el nombre del destinatario.

—Sí, ya lo creo. Examiné tanto esa carta... Como estaba reflexionando, ¿sabe...? Además, tenía que conocer la dirección para elegir la boca del buzón: «París», u «Otros destinos». No hay que equivocarse, eso no, o la carta se pierde. Comprobé y recomprobé: el 78, en Yvelines, y la eché. Y después me enteré de que la pobre señora había muerto; tengo miedo de haber cometido un tremendo error. A saber si la carta desencadenó algo. Algo que la hubiera matado. ¿Sería un homicidio involuntario? ¿Sabe usted de qué ha muerto?

—Llegaremos a eso, señora —dijo Danglard—, pero su ayuda nos es muy valiosa. De no ser por usted, cualquier otra persona podría haber olvidado la carta y no haber venido nunca a vernos. Pero, aparte del 78, en Yvelines, ¿vio usted el nombre del destinatario? ¿Y lo recuerda, por casualidad?

—De casualidad, nada. Tengo muy buena memoria: señor Amédée Masfauré, Haras de la Madeleine, Route de la Bigarde, 78491, Sombrevert. Tenía que echarla en la boca de «Otros destinos», ¿no?

Adamsberg se levantó con los brazos abiertos.

—Magnífico —dijo acercándose a ella y sacudiéndola por los hombros con cierta familiaridad.

Ella atribuyó este gesto fuera de lugar a la satisfacción y se sintió feliz también. Es lo que se dice un buen día, hija.

—Pero lo que yo quiero saber —dijo recobrando la gravedad— es si mi gesto ha desencadenado la muerte de la pobre señora, de rebote o algo así. Comprenderá que es algo que me preocupa. Y me doy cuenta de que, si la policía está interesada, será que no murió en su cama, ¿me equivoco?

—Usted no es responsable de nada, señora, tiene mi palabra. La mejor prueba es que la carta habrá llegado el lunes, o el martes a más tardar. Y que la señora Gauthier falleció el martes por la noche. Y que no recibió ningún correo, ninguna visita, ninguna llamada en todo ese tiempo.

Mientras Marie-France, muy aliviada, respiraba profundamente, Adamsberg miró de reojo a Danglard: *Le vamos a mentir*. No decimos nada del visitante del lunes y del martes. Le mentimos, no vamos a amargarle la vida.

—Entonces, ¿falleció de muerte natural?

—No, señora —dijo Adamsberg, vacilante—. Se suicidó.

Marie-France gritó y Adamsberg posó sobre su hombro una mano, reconfortante esta vez.

—Pensamos que esta carta, que creíamos desaparecida, contenía las últimas palabras que deseaba decir a un amigo querido. Así que no tiene nada que reprocharse, todo lo contrario.

Adamsberg no esperó a que Marie-France saliera de la sede de la Brigada —debidamente acompañada por Danglard— para llamar al comisario del distrito 15.

—¿Bourlin? Tengo a tu hombre. El destinatario de la carta de Alice Gauthier, Amédée algo, en Yvelines, no te preocupes, tengo la dirección completa.

No, decididamente, no tenía ninguna retentiva para las palabras. Marie-France lo superaba en eso con mucha diferencia.

—¿Y cómo lo has hecho? —preguntó Bourlin más animado.

—No he hecho nada. La mujer anónima que frenó la caída de Alice Gauthier recogió las cosas que se le habían caído al suelo y se metió la carta en el bolsillo sin darse cuenta. Lo mejor es que después de haber reflexionado un buen rato (siete veces, te ahorro los detalles), la echó al buzón. Y lo que es todavía mejor, había memorizado la dirección completa del destinatario. Me la soltó sin vacilar, como si tú me recitaras la fábula de La Fontaine *El cuervo y la zorra*.

—¿Y por qué iba yo a recitarte *El cuervo y la zorra*?

—¿No te la sabes?

—No. Aparte de «sois el fénix de todos los huéspedes del bosque». Incomprensible. Al final, siempre se acuerda uno mejor de lo que no entiende.

—Olvida el cuervo, Bourlin.

—Eres tú el que lo ha puesto sobre la mesa.

—Lo siento.

—Pásame la dirección del tipo.

—Te la leo: Amédée Masfauré, y no sé cómo se pronuncia. M-A-S-F-A-U-R-É.

—Amédée. Como el Dédé que oyó el vecino. Entonces vino en cuanto recibió la carta. Continúa.

—Haras de la Madeleine, Route de la Bigarde, 78491. Sombrevert. ¿Te vale?

—Me vale, salvo que tengo que archivar el caso esta noche. Al juez le ha puesto de mala leche lo del cirílico y solo he ganado un día. Así que salgo pitando con el coche y voy a ver a ese Amédée ahora mismo.

—¿Puedo acompañarte de incógnito con Danglard?

—¿Es por lo del signo?

—Sí.

—De acuerdo —dijo Bourlin tras un corto silencio—. Sé lo que es haber empezado un puzle y que no se te vaya de la cabeza. Una cosa, ¿por qué esa mujer ha ido verte a ti en lugar de presentarse en mi comisaría?

—Es cuestión de magnetismo, Bourlin.

—¿De verdad?

—De verdad, pasa todos los días delante de la comisaría. Y ha entrado.

—¿Y por qué no me la has mandado enseguida?

—Porque se había quedado prendada del encanto de Danglard.

VI

El comisario Bourlin había conducido rápido, llevaba quince minutos esperando a sus colegas y caminaba nervioso delante del portalón de madera que cerraba la entrada a Haras de la Madeleine. A diferencia de Adamsberg, que lo ignoraba todo acerca de los síntomas de la impaciencia, Bourlin era un impetuoso que se adelantaba siempre al tiempo.

—¿Qué coño estabas haciendo?

—Hemos tenido que parar dos veces —explicó Danglard—. El comisario, por un arcoíris casi completo; y yo, por un sorprendente granero templario.

Pero Bourlin ya no escuchaba, estaba pegado al timbre de la propiedad.

—*Carpe horam, carpe diem* —murmuró Danglard un par de pasos por detrás—. «Atrapa la hora, atrapa el instante», un viejo consejo de Horacio.

—Sí que es grande esto —comentó Adamsberg, observando la finca a través del seto, ralo en abril—. Las caballerizas están allá al fondo, a la derecha, supongo, donde esas cabañas de madera. Tienen dinero. Casa pretenciosa al final de su alameda de grava. ¿Qué le parece, Danglard?

—Que aquí había un antiguo castillo. Los dos pabellones, a cada lado del camino de acceso, son del siglo XVII. Un cuerpo de viviendas, seguro, que dependían de un edificio mucho más impresionante. Arrasado cuando la Revolución, quizá. Salvo la torre, que ha sobrevivido, allí en los bosques. ¿La veis asomar? Seguramente es una atalaya, mucho más antigua. Si fuéramos a verla, puede que localizáramos las bases del siglo XIII.

—Pero no iremos a verla, Danglard.

Una mujer les abrió el portalón, después de múltiples manipulaciones con pesadas cadenas de hierro. Pasaba de la cincuentena, bajita y menuda, observó Adamsberg, pero con una cara regordeta y unas buenas mejillas redondas que no se correspondían con su cuerpo. Pómulos joviales sobre un cuerpo agudo.

—¿El señor Amédée Masfauré? —preguntó Bourlin.

—Está en las caballerizas, tendrán que volver a pasar después de las seis. Y por si es por el control de las termitas, ya está hecho.

—Policía, señora —dijo Bourlin sacando su identificación.

—¿Policía? ¡Pero si ya se lo hemos dicho todo! ¿No les parece que hemos tenido suficiente dolor? No irán a empezar otra vez con todo ese trajín, ¿no?

Bourlin intercambió una mirada de incompreensión con Adamsberg. ¿Qué demonios había ido a hacer la policía allí? ¿Antes que él?

—¿Cuándo ha venido la policía, señora?

—¡Pero si hace ya casi una semana! ¿No están ustedes coordinados? El jueves por la mañana, los gendarmes ya estaban aquí un cuarto de hora después. Y a la mañana siguiente, otra vez. Interrogaron a todo el mundo, no nos salvamos ni uno. ¿Es que no les basta?

—¿Un cuarto de hora después de qué, señora?

—No, está claro que no están coordinados —dijo la mujer menuda, sacudiendo la cabeza con una expresión más disgustada que irritada—. De todas formas, nos dijeron que habían terminado y nos devolvieron el cuerpo. Se lo quedaron varios días. Es posible incluso que lo abrieran, y nadie pudo decir nada.

—¿El cuerpo de quién, señora?

—Del señor —articuló separando bien cada sílaba, como si se dirigiera a una panda de colegiales zoquetes—. Se mató, pobre hombre.

Adamsberg se había alejado un poco del grupo y andaba en círculo, con las manos a la espalda, lanzando piedrecillas delante de él. Cuidado, recordó, de tanto dar vueltas, acaba uno hundido en el suelo como un tornillo. Otro suicidado, maldita sea, al día siguiente de la muerte de Alice Gauthier. Adamsberg escuchaba la difícil conversación que enfrentaba a la mujer delgada y al gordo comisario. Henri Masfauré, el padre de Amédée. Se había quitado la vida en la noche del miércoles, de un tiro de escopeta, pero su hijo no lo había descubierto hasta la mañana siguiente. Bourlin insistía, ofrecía su pésame, lo sentía mucho, pero estaba aquí por otro asunto, nada grave, tranquilícese. ¿Qué asunto? Una carta de la señora Gauthier recibida por Amédée Masfauré. El caso es que esa señora había fallecido y él debía de conocer sus últimas voluntades.

—No conocemos a ninguna señora Gauthier.

Adamsberg hizo retroceder a Bourlin tres pasos.

—Me gustaría echar una ojeada a la habitación donde se suicidó el padre.

—Adamsberg, yo a quien quiero ver es al tal Amédée, no una sala vacía.

—Ambas cosas, Bourlin. Y ponte en contacto con los gendarmes para que te informen sobre el suicidio. ¿Qué gendarmería, Danglard?

—Aquí, entre Sombrevert y Malvoisine, pienso que dependemos de la de Rambouillet. El capitán Choiseul, al igual que el hombre de estado homónimo bajo el reinado de Luis XV, es un tipo competente.

—Hazlo, Bourlin —insistió Adamsberg.

Su tono había cambiado, más imperioso, más cargado de urgencia, y Bourlin consintió de mala gana.

Después de diez minutos de confusa conversación con Adamsberg, la mujer

acabó abriendo del todo el portalón y los llevó por la alameda para acompañarlos al despacho del señor, en el piso de arriba. Sus mejillas redondas predominaban ligeramente respecto a su cuerpo anguloso. Dicho esto, no veía la menor relación entre el despacho del señor y la carta de la tal señora Gauthier, y tenía la sensación de que ese policía, Adamsberg, tampoco. La estaba liando y punto. Pero ese tipo, con su voz o su sonrisa, o a saber qué, le recordaba a su antiguo profesor, que habría convencido a cualquiera de que se aprendiera de memoria todas las tablas de multiplicar en una sola noche.

Adamsberg sabía ahora cómo se llamaba la mujer —Céleste Grignon— y que había entrado a trabajar en la casa hacía veintiún años, cuando el pequeño tenía seis. El pequeño era Amédée Masfauré, era sensible, era frágil, no estaba muy bien, y que a nadie se le ocurriera tocarle ni un pelo.

—Aquí es —dijo persignándose al abrir la puerta del despacho—. Amédée lo encontró por la mañana, sobre esa silla, delante de esa mesa. Tenía todavía la escopeta entre los pies.

Danglard recorría la habitación, examinaba las paredes tapizadas de libros, las revistas que se amontonaban en el suelo.

—¿Era profesor? —preguntó.

—Más que eso, señor, un sabio. Y más que eso, un genio. Era un genio de la química.

—¿Y de qué se ocupaba el *genio* de la química?

—De encontrar cómo limpiar el aire. Como si hubiera pasado una aspiradora por el cielo para que la suciedad se quedara en la bolsa. Una bolsa gigantesca, claro.

—¿Limpiar el aire? —preguntó bruscamente Bourlin—. ¿Quiere decir limpiarlo del CO₂, del dióxido de carbono?

—Cosas así. Quitar lo negro, el humo, todas esas porquerías que nos hacen respirar. Dedicó a eso toda su fortuna. Un genio y un bienhechor para la humanidad. Incluso el ministro pidió entrevistarse con él.

—Tendrá que hablarme de todo esto —dijo Bourlin con una vibración en la voz, y Céleste cambió su manera de considerar a ese hombre.

—Sería mejor que lo viera con Amédée. O con Victor, su secretario. Pero hablen en voz baja, todos ustedes, el cuerpo está todavía en la casa, ¿entienden? En su habitación.

Adamsberg merodeaba alrededor del sillón del muerto, de su mesa de despacho, un mueble pesado recubierto de cuero verde antiguo, desgastado por la zona de los brazos, marcado con rasguños. Céleste Grignon y Bourlin le daban la espalda y seguían conversando sobre el dióxido. Adamsberg arrancó una página de su libreta y frotó rápidamente el papel con el lápiz, sobre la superficie de cuero, mientras Danglard seguía figoneando las paredes de la sala, examinando libros y cuadros. Un

lienzo, uno solo, alteraba el erudito conjunto. Un bodrio, esa era la palabra, una vista tosca del valle de Chevreuse, en tres tonos de verde, salpicado de motitas rojas. Céleste Grignon se le acercó.

—No es bonito, ¿verdad? —le dijo en voz baja.

—No.

—Nada bonito —insistió ella—. Como para preguntarse por qué el señor Henri colgó esa cosa en su despacho. Si no hay ni aire en este paisaje, con lo que a él le gustaba el aire. Está abarrotado, como quien dice.

—Es verdad. Sin duda es un recuerdo.

—Qué va. Es porque lo hice yo. No se apure —añadió ella enseguida—. Tiene usted buen ojo, eso es todo. No tiene de qué avergonzarse.

—A lo mejor practicando —aventuró Danglard, azorado—. A lo mejor si pinta mucho...

—Es que pinto mucho. Tengo setecientos como este, y siempre lo mismo. Al señor Henri le divertía.

—¿Y estos puntitos rojos?

—Con una lupa grande, al final uno se da uno cuenta de que son mariquitas. Es lo que me sale mejor.

—¿Es un mensaje?

—No tengo ni idea —dijo Céleste Grignon, encogiendo los hombros antes de alejarse y perder por completo el interés por su «obra».

Ya más afable —esos polis eran más agradables, todo hay que decirlo, que los gendarmes que habían sido tan bruscos con ellos, ni que hubieran sido máquinas—, Céleste los instaló en el gran salón de la planta baja y les llevó bebidas. Si le daban tiempo de ir a las caballerizas y volver, verían a Amédée en veinte minutos. Antes de salir, les reiteró la consigna de hablar bajo.

—¿Y los gendarmes? —preguntó enseguida Adamsberg a Bourlin—. ¿Qué te han dicho?

—Que Henri Masfauré se había suicidado y que los hechos eran indiscutibles. He hablado con Choiseul en persona. Todo fue examinado según el reglamento. El hombre estaba sentado, sujetó la escopeta con los pies y se disparó una bala en la boca. Sus manos y su camisa estaban totalmente cubiertas de pólvora.

—¿Con qué dedo apretó?

—Disparó con las dos manos, el pulgar derecho sobre el izquierdo.

—Cuando dices «totalmente cubiertas», ¿también te refieres al pulgar? ¿También había pólvora en el pulgar derecho?

—Eso es exactamente lo que quiere decir Choiseul. No es un falso suicidio. No hay un asesino que pone el arma en la mano del tipo y presiona su dedo. Y hay un motivo: se había producido una discusión terrible entre el padre y el hijo, esa misma noche.

—¿Quién lo dice?

—Céleste Grignon. No vive aquí, pero había vuelto para recoger una rebeca. No entendió lo que se decían, pero gritaban mucho. Según los gendarmes, Amédée reclamaba su independencia, mientras el padre lo quería clavado aquí, exigiéndole que lo sucediera en el negocio de los caballos. Se separaron furiosos, conmocionados, y el padre salió a cabalgar en plena noche, para relajar los nervios.

—¿Y el hijo?

—Se fue a acostar, pero no pudo conciliar el sueño. Vive en uno de los pabellones de la entrada.

—¿Alguien que lo confirme?

—No, nadie. Pero Amédée no tenía pólvora en las manos. Victor, el secretario del jefe (vive en el otro pabellón, enfrente del de Amédée), lo vio regresar de noche. Vio encenderse la luz, pero no apagarse. Trasnóchar no era el estilo de Amédée, y Victor estuvo dudando si hacerle una visita. Los dos chicos se llevan bien. En definitiva, suicidio. Y no tiene nada que ver con nuestro caso. Lo que quiero es ver la carta que envió Alice Gauthier.

Adamsberg, que no sabía quedarse sentado demasiado tiempo, andaba desde la ventana hasta la pared a lo largo y no en círculo.

—¿Ha encargado Choiseul los análisis?

—Los básicos. Tasa de alcoholemia: 1,57. Mucho, la verdad, pero no se encontraron ni vaso ni botella. El hombre debió de beber para darse valor, pero aparentemente lo guardó todo antes. Pruebas de estupefacientes habituales: negativas. Y de los venenos usuales más accesibles, negativo.

—¿Nada de GHB? —preguntó Adamsberg—. ¿Cuál es el nombre de la otra sustancia, Danglard?

—El Rohypnol.

—Eso es. Viene muy bien para hacer que un tipo sujete dócilmente una escopeta entre las manos. Unas gotas en un vaso... y eso explicaría su desaparición. Demasiado tarde de todos modos, en veinticuatro horas desaparece cualquier rastro.

—Todavía podemos intentarlo con un cabello —dijo Danglard—. Puede permanecer una semana en el pelo.

—Ni siquiera se necesita eso para estar seguro —dijo Adamsberg sacudiendo la cabeza.

—¡Será posible! —exclamó Bourlin—. «Suicidio probado». Pero ¿tú qué te crees? Choiseul no es un novato.

—Choiseul no sabía del signo dibujado en casa de Alice Gauthier.

—Adamsberg, hemos venido aquí por la carta.

—Incluso antes de leer la carta, ya puedes llamar al garrapata y decirle que no archivas el caso.

Bourlin no desatendía este tipo de consejo lacónico, viniendo de Adamsberg.

—Explícate —dijo—, van a llegar en menos de cinco minutos.

—No hay nada que reprocharle a Choiseul. Hacía falta saber qué buscar para encontrarlo. Esto —añadió, acercando una hoja a Bourlin—. He tomado esta huella a toda prisa del cuero rayado de la mesa del despacho. Pero aquí —añadió siguiendo unos trazos con el dedo— se distingue muy bien.

—El signo —dijo Danglard.

—Sí. Se rompió el cuero al dibujarlo. Y las marcas son recientes.

La puerta se abrió y apareció Céleste sin resuello.

—Ya les decía yo que el chico no estaba bien. Le he dicho que solo lo querían ver por una carta de la señora Gauthier, entonces ha reculado, y Victor le ha hablado, pero él ha saltado sobre Dionysos y ha salido disparado hacia el bosque. Inmediatamente, Victor ha montado a Hécate y se ha lanzado tras él. Porque Amédée se ha ido sin casco y a pelo. Y con Dionysos, además. Y no tiene fuerza para eso. Seguro que se nos cae.

—Y seguro que no quiere hablar con nosotros —dijo Bourlin.

—Señora Grignon, llévenos a las caballerizas —dijo Adamsberg.

—Puede llamarme Céleste.

—Céleste, ¿Dionysos responde a su nombre?

—Obedece a un silbido especial. Pero solo Fabrice sabe hacerlo. Fabrice es el que manda en los caballos. Hay que decir que tiene un genio que se las trae.

No había duda de la identidad del hombre recio que acudió a su encuentro en cuanto se aproximaron a las caballerizas. Bajo, fuerte como un buey, barbudo, el semblante hosco de un oso viejo encarándose al enemigo.

—¿Señor? —preguntó Bourlin tendiéndole la mano.

—Fabrice Pelletier —dijo el hombre cruzando sus cortos brazos—. ¿Y usted?

—Comisario Bourlin, el comisario Adamsberg y el comandante Danglard.

—Menuda panda. No entren en las caballerizas, me espantarán a los animales.

—Ya, pues entretanto —interrumpió Bourlin—, tiene dos caballos enloquecidos cabalgando en el bosque.

—No soy ciego.

—Llame a Dionysos, por favor.

—Si me apetece. Y me apetece que Amédée se les haya escapado delante de las narices.

—Es una orden —gruñó Bourlin—, o lo inculparán por no asistir a una persona en peligro.

—Yo no obedezco a nadie más que al señor —dijo el hombre con los brazos sólidamente cruzados—. Y el señor está muerto.

—Llame a Dionysos o lo detendremos, señor Pelletier.

En este momento, Bourlin no parecía más agradable que el bruto de las

caballerizas. Dos viejos machos enfrentados, con las garras fuera, las fauces amenazantes.

—Llámelo usted.

—Le recuerdo que Amédée ha montado sin casco y a pelo.

—¿A pelo? —Se sorprendió Pelletier descruzando los brazos—. ¡Ese chaval está mal de la cabeza!

—Ya ve que sí estaba usted ciego. ¡Silbe de una vez, me cago en la leche!

El cuidador de los caballos se alejó a pesadas zancadas hasta el lindero del bosque y lanzó un largo silbido, varias veces. Un canto complejo y melodioso difícil de imaginar saliendo de los gruesos labios de un tipo así.

—Hay que ver —dijo escuetamente Adamsberg.

Unos minutos más tarde, un hombre bastante joven de pelo rubio y ensortijado volvía cabizbajo hacia ellos, llevando por las riendas una yegua. El canto sofisticado de Pelletier seguía resonando en el bosque.

—¿Es Victor? ¿El secretario? —preguntó Danglard a Céleste.

—Sí. Dios mío, no lo ha encontrado.

Exceptuando su notable cabellera, el hombre, de unos treinta y cinco años, no era guapo. Rostro ceñudo y melancólico, nariz y boca anchas, frente baja, ojos pequeños y juntos y todo el conjunto engastado en un cuello muy corto. Estrechó la mano de los tres policías sin prestarles atención, mirando solo a Céleste.

—Lo lamento, Céleste —dijo—. No lo tenía lejos, oía el trote, se había adentrado de la manera más tonta en la maleza de Sombrevert. Allí la tormenta lo ha dejado todo por los suelos. Hécate ha chocado con una rama y cojea. Menuda bronca me va a echar Pelletier.

Un ruido lejano de cascos les hizo volverse hacia el bosque. Dionysos apareció, solo.

—¡Madre de Dios! —gritó Céleste llevándose la mano a la boca—. ¡Lo ha desmontado!

De lejos, Pelletier le hizo una señal apaciguadora. Amédée seguía a su montura con los brazos colgando, como un chaval rebelde a quien han encontrado después de una fuga.

—Hay que reconocer —dijo Céleste en un susurro— que Pelletier sabe lo que se hace. Es capaz de traerte de vuelta cualquier animal. Y hay que verlo en la doma. Como decía el señor —se persignó—: «Si solo hubiera sido por su carácter, me habría deshecho de él hace tiempo. Pero no puede uno privarse de un tipo así. Hay que aceptar lo bueno y lo malo. Es poco más o menos lo mismo para todo el mundo, Céleste, lo bueno y lo malo», decía siempre.

Amédée, sin reaccionar, se dejó abrazar con fuerza por Céleste. Luego se giró hacia los tres policías, con la mirada inexpresiva. Él sí era bastante guapo: nariz recta, labios bien dibujados, pestañas muy largas, rizos negros. Sudor en la frente, mejillas todavía encendidas por la carrera. Delicadeza romántica, encanto de mujer, barba invisible.

—Lo siento mucho, Pelletier —decía Victor al cuidador de los caballos, que palpaba con preocupación la pata de Hécate—. Quería alcanzarlo.

—Pues no lo has conseguido, muchacho.

—Es que Amédée se dirigía hacia Sombrevert. Y Hécate tropezó con una rama baja.

Pelletier se irguió y pegó la mejilla a la de la yegua, rascándole las crines.

—Hay que ver —repitió para sí Adamsberg.

—No tiene nada roto —dijo Pelletier—. Has tenido suerte, te podría haber reventado los riñones. No deberías haber cogido a Hécate para una persecución así, sino a Artémis. Ella sí que ve las ramas y salta alto, lo sabes, me cago en todo. Hécate está sufriendo, le voy a poner un ungüento.

Mientras se llevaba la yegua, se volvió hacia los policías:

—¡Eh! —llamó con voz fuerte—. No pierdan su puto tiempo hurgando en mi pasado, se lo regalo enterito. Pasé cuatro años en el talego. Zurré tanto a mi parienta que le rompí el brazo y, por si fuera poco, le salté todos los dientes. De eso hace más de veinticinco años. Parece ser que lleva dentadura postiza y que se ha vuelto a casar. Así, ya estáis al tanto. No hay más misterio, todo el mundo está al corriente de eso aquí, nunca he mentado. Pero no me he cargado al jefe, si es esto lo que estáis pensando. Solo zurro a las tías, y solo a las mías. Pero ya no tengo.

Y Pelletier se alejó, muy digno, llevando con ternura la yegua por el cuello.

VII

Céleste había vuelto a hacer café para «limpiar las emociones», como si estuviera hablando de quitar el polvo, y té con leche para Amédée. Había añadido galletas y un pastelillo de pasas. Danglard se sirvió inmediatamente, seguido por Bourlin. Eran más de las siete de la tarde, y apenas había comido. Estaban de nuevo instalados en el gran salón de la planta baja, de ventanas altas, alfombras superpuestas, estatuas y cuadros juntos, marco con marco.

Pero sin zapatos.

—Aquí no se puede entrar con estiércol en las suelas —había decretado Céleste—. Perdonen que haya hecho descalzarse a los señores.

Todos estaban, por tanto, en calcetines, lo cual confería a la situación un cariz incongruente y socavaba, de hecho, la autoridad de las fuerzas del orden. Adamsberg había preferido quitarse los zapatos y los calcetines —siempre se está más elegante desnudo que a medio vestir—; en cambio, Bourlin se había negado instintivamente a descalzarse, arguyendo que no tenía estiércol en las suelas, a lo que había contestado Céleste en un tono que no admitía replica: «Siempre tenemos estiércol en las suelas». Adamsberg encontró muy acertada esa afirmación. Convenció a Bourlin para que accediera, no era el momento de perder a su reciente aliada. Ella les recomendó, una vez más, hablar bajo.

—Es verdad —dijo Amédée, después de cruzar y descruzar diez veces las piernas, con el pie en uno u otro muslo y los calcetines rojos asomando por sus vaqueros rotos—. Es verdad. Yo no quería hablar. Así que me fui. Eso es todo.

—¿No quería hablar de su padre o de la carta de Alice Gauthier? —preguntó Bourlin.

—De Alice Gauthier. De esa carta, es algo entre ella y yo. Y no me creo con derecho a enseñársela sin su permiso. No sé lo que les interesa de este asunto. Es algo entre ella y yo.

—Pero no conseguiremos su permiso —dijo Bourlin, estirando sus manazas encima del mantel y escondiendo lejos sus pies debajo de la mesa—. La señora Gauthier murió el martes pasado. Y es su última carta.

—Pero si la vi el lunes —protestó Amédée con franqueza.

Reacción ineluctable, tan animal como irreflexiva, como si el hecho de haber visto a una persona un lunes imposibilitara que esa persona desapareciera al día siguiente. La muerte súbita es incomprensible.

—El médico le había dado todavía unos meses de vida —prosiguió el joven—. Por eso estaba poniendo sus cosas en orden. Pequeñas y grandes, dijo textualmente.

—Se abrió las venas en su bañera —especificó Bourlin.

—No puede ser —respondió enseguida Amédée—. Había empezado un puzle

inmenso, una obra de Corot. Y esperaba terminar el cielo antes de irse. El cielo es lo más difícil. De hacer y de alcanzar, también cita textual.

—Tal vez le mintiera.

—No lo creo.

—¿Porque la conocía muy bien?

—La vi el lunes por primera vez.

—¿Acudió por su carta?

—¿Por qué si no? Y supongo que quieren ver esa carta, ¿no?

Amédée Masfauré se expresaba de manera rápida, con ritmo más nervioso de lo que dejaría suponer la dulzura de sus rasgos. Se sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo pasó al comisario con gesto tenso, torpe. Adamsberg y Danglard se acercaron a leerla.

Estimado señor:

Usted no me conoce y esta carta lo sorprenderá. Se trata de su madre, Marie-Adélaïde Masfauré, y de su trágico final en ese espantoso islote de Islandia. Le habrán dicho que allí murió de frío. Es falso. Yo formaba parte del viaje, estaba allí, lo sé. Y desde hace diez años no he encontrado el valor de hablar, ni mucha tranquilidad para dormir. Muy egoístamente —soy una egoísta—, a las puertas de la muerte, deseo decirle la verdad, a la cual tiene usted derecho, y de la que yo y otros lo hemos privado. Le ruego que me venga a ver lo antes posible, entre las 19 y las 20 horas, rato en el que estoy sola, sin enfermera.

Suya.

Alice Gauthier

33bis Calle de la Tremblaye

75015 París

Puerta B, 5.º piso, frente al ascensor

P. D.: Tenga cuidado de que no lo vean, pase por la puerta de atrás del edificio (en el 26 de la calle de los Buttes), la cerradura es fácil de abrir con un pequeño destornillador. A no ser que esté rota otra vez, lo está cada dos por tres.

Bourlin volvió a doblar la carta con gravedad.

—No sabíamos que había fallecido su madre.

—Hace diez años —contesto Amédée—. No me dejaron acompañar a mis padres a Islandia, solo tenía diecisiete años. Fue ella la que tuvo unas ganas repentinas de ir a «purificarse en los hielos eternos», siempre he recordado esta frase y su entusiasmo. Mi padre se dejó convencer, embriagarse casi. Lo de los hielos eternos no le volvía loco. Pero no se podía luchar contra la vitalidad de mi madre. Era divertida, optimista, en fin, irresistible. Otros dirían que un poco devoradora, pero es que todo

la divertía, y lo quería todo. Entonces se fueron. Ella, mi padre y Victor. Victor estaba muy excitado con ese viaje; nunca había salido del país. Y volvieron solos, mi padre y él. Ella se había muerto de frío, fue lo que me dijeron.

Amédée sorbió por la nariz y, no sabiendo cómo continuar, se masajeó los dedos de los pies; es decir, los retorció en todos los sentidos.

—Lo recuerdo —intervino Danglard—. ¿No será la historia de esos diez turistas que se quedaron atrapados dos semanas en la niebla? ¿En un islote, muy al norte? Habían sobrevivido gracias a unas focas varadas en la costa.

—Han dicho ustedes que no sabían lo de mi madre —reaccionó Amédée—. Pero, por lo que veo, ya lo habían investigado.

—No. Solo lo recuerdo, eso es todo.

—El comandante lo memoriza todo —explicó Adamsberg.

—Igual que Victor, entonces —dijo Amédée cambiando de rodilla y retorciendo su otro pie con los dedos—. Tiene una memoria anormal. Por eso lo contrató mi padre. Ni siquiera necesita tomar notas para redactar el acta de una reunión. En cambio, es nulo en química.

—¿Y —retomó suavemente Adamsberg— la señora Gauthier le dio otra versión del fallecimiento de su madre?

Amédée dejó el pie y apoyó los brazos en la mesa. Retorcía la punta de sus manos, como se yerguen las patas de las arañas. Era de esos tipos que saben doblar hasta la última falange de sus dedos o torcerla hacia atrás. Eso formaba una pequeña danza, rápida e intrigante, que se crispaba sobre la mesa.

—Dijo en su carta que era egoísta y es verdad. Yo le importaba un comino, y lo que sus asquerosas revelaciones pudieran hacerme. Quería subir allí arriba con alas y túnica blanca, eso es todo. Pues de blanca tiene bien poco. Por su culpa, ha muerto mi padre. También por mi culpa. Por esa bruja asquerosa.

Céleste había salido y había vuelto para dejar una caja de pañuelos de papel cerca de su pequeño. Amédée se sonó y dejó el pañuelo arrugado encima de la mesa.

—Gracias, tata —dijo con la voz más suave.

—¿Le molestaría que grabáramos? —preguntó Bourlin.

Amédée pareció no oír o desinteresarse y Bourlin puso en marcha el aparato.

—¿Qué le dijo esa tía asquerosa? —Reanudó Adamsberg.

—¡Que a mi madre la habían asesinado en aquel islote! ¡Y que todo el mundo cerró el pico!

—¿Asesinada por quién?

—Se negó a revelarme el nombre. Me dijo que tenía que callarse para protegerme. ¡Y un cuerno! Que el tipo era extraordinariamente peligroso, malvado, despiadado. Abominable, inmundo. Primero se había cargado a otro miembro del grupo, una especie de legionario que no quería obedecerle. El tipo sacó un cuchillo y de una puñalada, una sola, ensartó al legionario. Todo el mundo se quedó horrorizado, salvo el asesino, que arrastró el cadáver y lo tiró al agua, en medio de los

hielos de la banquisa.

Amédée se sonó. Llegábamos al punto crucial, su madre, y reculaba.

—Vamos —susurró Adamsberg.

—Tres días después, o cuatro, ya no me acuerdo, cuando estaban más debilitados por el frío, por el hambre, y la bruma no levantaba, el tipo inmundo dijo que «echaría un último polvo antes de palmar». Todo quedó en silencio, porque desde el asesinato del legionario, todos se morían de miedo delante de él. Se había convertido en el jefe, los tenía en sus manos, atemorizados. El médico (porque había un médico en el grupo, a quien llamaban Doc) fue el único que habló: «No tendrá fuerzas, no es momento para fanfarronear». O algo así. Esto sacó al tío de sus casillas y le dijo a mi padre: «¿Tampoco tú te crees que me voy a tirar a tu parienta?». Mi padre se levantó titubeando y los demás se interpusieron para evitar que se pelearan.

Amédée sacó otro pañuelo.

—Lo lamentamos —dijo Bourlin.

—Durante la noche, mi madre gritó y todo el mundo se despertó. El tío estaba encima de ella y ya había metido sus manos..., en fin, ya había metido sus manos. Mi madre tuvo fuerzas para empujarlo y el tío se cayó de culo en la hoguera. Eso sí que no me extraña de ella —añadió Amédée con un amago de sonrisa—. El tipo se había levantado y se daba golpes en el trasero para apagar las llamas. Estaba ridículo, ¿entienden?, humillado. Para empeorarlo, mi madre se echó a reír, llamándolo de todo, cerdo, hijo de puta... Sabía la tira en cuestión de vocabulario, mi madre. Pero tendría que haberse callado la boca, la pobre. Porque el tío se volvió loco, se le abalanzó y la mató de una sola puñalada en el corazón. Y lo mismo, se fue a tirarla a los hielos. Con un leño encendido para guiarse en la niebla. Y mi padre no hizo ni un ademán. Ni él ni nadie.

El chico cogió otros dos pañuelos. Empezaba a formarse un montoncito junto a sus flexibles manos.

—¿Por qué no lo mataron? —prosiguió Amédée—. ¡Eran diez! ¡Diez contra uno! «El ascendiente», me respondió Alice Gauthier. Tenía «ascendiente». Sobre todo es que ese tipo era el único que todavía tenía fuerzas suficientes para recorrer constantemente el islote en busca de comida. Por si un pingüino o un frailecillo ponía sus patas allí. Así que nadie decía ni mu; se limitaban a esperar, pasivos, agotados. Y una noche, apareció chorreando de sangre y apestando a pescado. Traía una foca. Le había roto las vértebras con un palo. Entonces mi padre y el Doc se levantaron para ayudarlo a arrastrar la bestia y cortarla. El tío les ordenó que echaran piedras al fuego y asaron la carne encima.

Esta vez Amédée se barrió los mocos con el dorso de la mano.

—A Alice Gauthier, cuando me contaba esto, le brillaban sus ojillos secos como si hubiera sido el mejor momento gastronómico de toda su vida, un salmón gigante o algo así. Hicieron durar la foca varios días. Hay que decir que el tipo inmundo habría podido matarlos a todos, en realidad, y quedarse con el animal para él solo. Pero no,

dio de comer a todo el grupo. No queda más remedio que reconocerlo, me dijo Gauthier. Y cuando la bruma se levantó por fin, tuvieron las fuerzas suficientes para volver a cruzar la banquisa hasta la isla de Grímsey. Pero bueno. —Ahora que el atroz episodio de la madre había pasado, Amédée recobraba un tono de voz más audible, menos acatarrado—. Pero bueno. El tipo les dijo: «Los dos murieron de frío. ¿Está claro? Los encontramos helados a la mañana siguiente. Si alguno de vosotros habla, me lo cargo como me he cargado la foca. Y si eso no es suficiente, me cargo a sus críos, y si no tiene críos, mato a su mujer, y si no tiene mujer, a su madre, a su hermano, a su hermana y a todo lo que me pase por las manos. Al menor paso en falso, se acabó. Igual estáis pensando: “Lo denunciaremos, lo meterán en chirona”. Pues os equivocáis. Tengo amigos tan entregados a mí como esclavos. Estarán al tanto en cuanto llegemos a Grímsey, a través del...».

Amédée frunció el ceño, buscando en su memoria perturbada.

—Alice Gauthier dijo una palabra rara en ese momento. Sí, avisaría a sus hombres por el *tölva*. *Tölva* quiere decir «ordenador», según me explicó ella. Al parecer, los islandeses inventan palabras para luchar contra el inglés, y *tölva* significa «bruja que cuenta». El ordenador, ¿se dan cuenta? A mi madre le habría encantado lo de la «bruja que cuenta». No entendía nada de ordenadores.

El joven sonrió solo, indiferente por unos instantes a la presencia de los tres policías.

—Perdón —dijo, volviendo con ellos—. Entonces, el tipo les dijo, más o menos: «El que esté en chirona no cambiará nada. Sabéis de lo que soy capaz. Y tenéis una deuda incalculable conmigo. He salvado vuestras míseras vidas, panda de desgraciados, ni uno de vosotros fue capaz de buscar comida, ni uno de vosotros se aferró a seguir viviendo, ni uno me acompañó en la bruma. No, tirasteis la toalla y os quedasteis pegados a la hoguera como trapos, encantados de zamparos mi foca». Y era cierto, me dijo Gauthier. Como era cierto que les daba pánico. A ella también, insistió. Lo cual explica por qué en diez años nadie ha denunciado el asesinato de mi madre y del legionario. ¡Ni siquiera mi padre! Que tampoco dijo ni mu, del pavor que tenía. Él, que no dudaba en enfrentarse a la atmósfera del planeta, tuvo miedo.

Amédée se había acalorado y, de pie, golpeó la mesa con su mano desarticulada, esparciendo sus pañuelos usados.

—¡Sí, por eso le grité! Después de salir de casa de Alice Gauthier, estuve dos días andando sin rumbo por París. Estaba trastornado, hecho polvo, no quería volver a ver nunca más a esa asquerosidad de padre. Al final, regresé el miércoles por la noche y me abalancé sobre él. No es lo que dije a los gendarmes, eso de que quería independizarme y no sé qué más. Lo llamé de todo. Mi padre estaba desencajado y yo, satisfecho, muy contento de verlo en el suelo, de ver al genio chapoteando en la indignidad. ¡El genio que había dejado huir al asesino de su mujer! Entonces, sin terminar su *whisky* siquiera...

—Perdón —interrumpió Bourlin—, ¿bebía *whisky*?

—Sí, como cada noche, dos vasos. Se largó como un cobarde para ir a galopar, pero antes, con la mano en la puerta, me dijo: «Había amenazado con matar también a los hijos. De modo que, sí, me protegí, pero a ti también. Ponte en mi lugar». Y yo también le grité: «Antes reventaría que ponerme en tu lugar». Y volví al pabellón, como loco. Cuando oí que regresaba el caballo, yo seguía queriendo ver a mi padre arder en infierno. Pero al cabo de tres horas, recobré un poco la razón. Naturalmente que había querido protegerme. Entonces, a la mañana siguiente, fui a verlo para hablar con él con más calma. Subí al despacho y lo encontré muerto. Se había matado por mi culpa.

Amédée se tiró de los dedos uno a uno, haciendo crujir sus articulaciones. Eso también sabía hacerlo. Céleste lloraba silenciosamente en un rincón. Adamsberg sirvió un resto de café, el pastel se había terminado; el campanario de alguna aldea daba las ocho y media, caía la noche.

—Eso es todo —dijo Amédée—. Quizá no haya reproducido exactamente las palabras que pronunció ella, los diálogos y todo eso, no tengo la memoria de Victor. Pero es lo que pasó. Al menos me queda el consuelo de que mi madre le quemó el culo, y fue realmente la única que tuvo agallas. ¿Tendrán que contar todo lo que pasó en Islandia?

—No —dijo Bourlin.

—¿Ahora puedo irme?

—Solo una cosa —dijo Adamsberg, empujando un dibujo hacia él—. ¿Había visto ya este signo?

—No —dijo Amédée, sorprendido—. ¿Qué es? ¿Una H? ¿De Henri?

—Ya está —dijo Bourlin después de que saliera Amédée, frotándose la barriga para calmar el hambre que empezaba a atormentarlo—. Después de su confesión, Alice Gauthier sintió que había puesto orden en su conciencia y se abrió las venas en la bañera. Amédée tenía razón: solo habló para quedarse tranquila, sin preocuparse por las consecuencias para el chico. Si ese «tipo inmundo» mata a todo el que lo traiciona, ahora le toca a él cerrar el pico.

—No pongas en el informe lo que nos ha contado.

—¿En qué informe? —dijo Bourlin.

Los tres hombres deambulaban por la alameda sombría. Danglard seguía la línea de grava —para no estropearse los zapatos— mientras que Adamsberg iba por el borde, sin perder ni una ocasión de pisar la hierba. Lo cual demostraba, según había dicho cáusticamente el inspector de división —que apreciaba a Adamsberg sin llegar a quererlo—, que el comisario nunca había alcanzado un grado normal de civilización. Desde que se dejaba crecer la mala hierba en las rejas de alcorque de los

árboles en París, Adamsberg desviaba a menudo sus pasos para pisar esos ínfimos espacios de vida salvaje. Entre las hierbas que pisaba ahora, había una que iba dejando en el bajo de sus pantalones pequeñas bolas adhesivas de las que luego hay que despegar una a una, a mano. Levantó la pierna derecha, notó en la oscuridad una decena de esos pequeños frutos enganchados a la tela y se arrancó uno. Acudían rápido, se les daba muy bien, no se soltaban así como así, a pesar de que no tenían patas. El nombre de esa planta, que ningún niño ignora, lo había olvidado.

En cuanto a Bourlin, toda preocupación se diluía cuando mandaba el hambre. Necesitaba acabar pronto.

—¿Algún problema, Adamsberg? —preguntó.

—Ninguno.

—Consecuencias dramáticas de las confesiones de Alice Gauthier —resumió Bourlin—: Amédée insulta a su padre y cuando vuelve al día siguiente para suavizar sus palabras, es demasiado tarde. Henri Masfauré, abandonado por su hijo, se suicida.

—Sigán adelante —dijo Adamsberg cuando los dos hombres empezaban a dar media vuelta—. Necesitamos la versión de Victor del viaje a Islandia antes de que pueda comunicarse con Amédée. Céleste dice que está en su pabellón, que no cena con los demás.

—¿Qué más podría aportarnos Victor? —dijo Bourlin encogiendo sus gruesos hombros.

—Y ¿qué hacemos con el signo? —preguntó Danglard.

—Seguramente se tratará de un signo del grupo islandés —dijo Bourlin, cada vez más desabrido conforme transcurrían los minutos—. Nunca lo sabremos.

—Sí que lo sabremos —replicó Adamsberg, pisando a propósito una mata de galio seca.

Ya está, se había acordado del nombre de esa planta de bolitas que se enganchan. Era el galio.

—Dos suicidios —rezongó Bourlin—. Archivamos y nos vamos a cenar.

—Tienes hambre —dijo Adamsberg, sonriendo—, y eso te ciega. ¿Qué te parece Amédée volviendo al día siguiente a casa de la señora Gauthier y, de pura rabia, ahogándola en su bañera? Él mismo dice que estuvo callejeando dos días por París. ¿Recuerdas su manera de llamarla hace un momento? «Esa bruja asquerosa». Esa cabrona que no tuvo el valor de interponerse para salvar a su madre, ni el valor de hablar después. Igual que su padre. Y ¿qué ha dicho de su padre?

—Esa «asquerosidad de padre» —dijo Danglard.

—Y nada más volver a casa, se enfrenta con ese padre y lo mata. ¿Por qué no dos falsos suicidios, Bourlin?

—Porque Choiseul hizo su trabajo: no había pólvora en Amédée, ni en sus manos ni en el jersey.

—Tienes hambre, eso es lo que pasa. Amédée se pone unos guantes, un abrigo y sale del despacho limpio como una patena. O si la idea no te gusta, coge al asesino de

Islandia, ese tipo «abominable». Mata a Alice Gauthier y, luego, a Masfauré.

—Y ¿cómo se habría enterado ese asesino de que Gauthier había hablado?

—Puede que presienta quién *va* a hablar, Bourlin. Quién se *va* a desmoronar. Para eso, hay varios detonadores posibles. Uno, la muerte inminente. Era el caso de la señora Gauthier, y él lo sabía. Se hacen tantas confesiones en el lecho de muerte... En cuanto a Henri Masfauré, el remordimiento, el rechazo de su hijo después de las revelaciones de Gauthier. El asesino dijo que los vigilaría a todos, ¿no? Podemos suponer que acecha particularmente a los enfermos o a los depresivos. O a los bebedores parlanchines y arrepentidos.

—O a los creyentes —completó Danglard—. Imaginad que hubiera habido un cura en el grupo. No sería el primer cura viajero por un espacio limpio y puro.

—Un cura que no existe, hasta nueva orden —dijo Bourlin, palpándose el vientre—. Es de noche —insistió.

Adamsberg había acelerado el paso y llamaba a la puerta del pabellón de Victor. La campana daba las nueve y cuarto y era relevada por otra de una aldea cercana.

—Comprendo el procedimiento —decía Victor—, pero no puedo irme con ustedes a París. El entierro tendrá lugar mañana a las nueve de la mañana, ¿lo recuerdan? Duerman dentro de sus coches, o delante de mi puerta, si temen que hable con Amédée, o incluso enciérrenme, y nos veremos mañana a las diez y media. O no, se me ocurre algo mejor —dijo después de lanzar una mirada a Bourlin—. El comisario tiene hambre, ¿me equivoco? Como no estoy imputado..., porque no se me considera imputado, ¿o sí?

—En calidad de simple testigo —dijo Adamsberg—, quisiéramos tan solo que nos cuente lo de Islandia. El asunto ha dejado ya cuatro muertos. Dos allí, hace diez años, y otros dos esta semana.

—¿No creen ustedes que hayan sido suicidios? —preguntó Victor, un tanto inquieto.

Si el asesino de la isla acababa de ponerse en marcha, había motivos para estarlo, pensó Adamsberg.

—No sabemos —dijo.

—Supongamos que tienen razón. Partiendo del hecho de que solo soy testigo, incluso simple narrador, ¿está legalmente autorizado que cenemos juntos?

—No hay nada que lo prohíba —declaró Bourlin con impaciencia.

Victor se puso una chaqueta de terciopelo y se pasó las manos por los rubios cabellos.

—Hay una posada familiar, a ochocientos metros de aquí. Los padres, el hijo y la hija. Voy allí a menudo. Pero, ojo, por las noches solo hay un menú, no se puede elegir. Y solo dos clases de vino. Uno blanco y uno tinto.

Victor cerró la puerta con una vuelta de llave y se sacó un periódico pequeño de

su bolsillo interior.

—Acérquense a la verja, así podré leer a la luz del farol. Publican los menús semanales en el diario local. Martes. Hoy es martes, ¿no? Martes, entrada: ensalada de mollejas de pollo.

—Dejaré las mollejas —dijo Danglard.

—Ya me encargaré yo de tus mollejas —dijo Bourlin.

—De segundo: filete de ternera con salsa de pimienta y patatas Darphin. ¿Saben lo que son las patatas Darphin?

—Desde luego —dijo Bourlin—. Dejemos de perder el tiempo. Victor, tiene toda mi simpatía.

Los cuatro hombres avanzaban rápidamente en la noche, tres por la calzada y Adamsberg por el arcén herboso.

—¿No es usted de ciudad, comisario? —dijo Victor.

—De los Pirineos.

—¿Y no se adapta a París?

—Me adapto a todo. He debido de oír mal hace un rato, no he entendido su apellido.

—¿Oír mal? No lo creo. Masfauré. Victor Masfauré. Y no, no soy hijo de Henri, ni primo suyo, ni nada que se le parezca.

Victor sonrió ampliamente en la noche. Una sonrisa generosa y regular con dientes muy blancos que borró por un instante el aspecto poco agraciado de su cara.

—No se trata de ninguna coincidencia —prosiguió, riendo casi—. Porque conocí a los Masfauré por mi apellido. Es un patronímico que no se da mucho y Henri quiso saber si yo era de la familia. Poseía un árbol genealógico muy completo. Pero no hubo nada que hacer, tuvo que reconocerlo: no desciendo de su rama.

—Masfauré... —reflexionó Danglard, atraído irresistiblemente por cualquier enigma erudito—. «Mas» indicaría una pequeña granja provenzal. Pero ¿«fauré»? De Faurest, sin duda. ¿Forest, Forestier? ¿La granja de la floresta? ¿Eran provenzales sus antepasados?

—Los de Henri, sí. Pero yo no tengo antepasados.

Victor abrió los brazos, acostumbrado ya a esta confianza.

—Me abandonaron al nacer y me crié en una familia de acogida —dijo rápidamente—. Aquí está la Auberge du Creux —añadió, señalándoles unas luces al borde de la carretera—. ¿Les parece bien?

—Démonos prisa —dijo Bourlin.

—¿Auberge du Creux^[1]? —repitió Danglard—. Qué nombre más curioso.

—Pone usted el dedo en la llaga, comandante —dijo Victor, recuperando la sonrisa—. Ya le hablaré de esto. Después de lo de Islandia —prometió, abriendo la puerta de pequeños cristales cuadrados—. A ver si nos quitamos de encima esa dichosa Islandia.

Todavía había tres mesas ocupadas, a esas horas tardías para la aldea, y Victor pidió a la dueña —después de haberle dado un beso— la mesa más alejada, junto a la ventana del fondo.

—Siempre hay más gente cuando hay patatas Darphin en el menú —le dijo a Bourlin.

VIII

Las mollejas pasaron del plato de Danglard al de Bourlin, y el comandante llenó los vasos. Adamsberg puso la mano sobre el suyo.

—Vamos a oír un testimonio, uno de nosotros tiene que conservar la mente lúcida.

—Yo siempre tengo la mente lúcida —declaró Danglard—. De todas formas vamos grabando, si Victor Masfauré está de acuerdo.

Apasionado por su ensalada doble de mollejas, Bourlin dejó su aparato a Adamsberg, con un ademán de la mano, como diciendo: te paso el relevo, déjame en paz mientras esté comiendo.

—Victor, ¿cuántos erais en ese grupo? —preguntó Adamsberg.

—Doce.

—¿Era un viaje organizado?

—En absoluto. Cada cual había ido por su cuenta. Habíamos elegido nuestro itinerario, etapa por etapa, desde Reikiavik hasta la costa norte. Llegamos una noche a la pequeña isla de Grímsey, la más septentrional de Islandia, cenábamos en la posada de Sandvik. Olía a arenque, hacía calor. Sandvik es el pueblecito del puerto, y es el único. La señora Masfauré estaba empeñada en ir a Grímsey, porque el círculo polar pasa por la isla. Quería poner los pies encima. La sala estaba atiborrada. Y los tres, Henri, su mujer y yo, bebíamos unos tragos de *brennivín* después de cenar, que es como llaman allí al aguardiente. Hacíamos mucho ruido, seguro. Sobre todo la señora Masfauré, que estaba loca de alegría ante la perspectiva de pisar el círculo, y nos contagiaba. Poco a poco, otros franceses vinieron a saludarnos y a unirse a nuestra mesa. Ya saben ustedes cómo es la gente: van hasta la otra punta del mundo para cambiar de horizonte, pero en cuanto oyen a un compatriota, se abalanzan hacia él como un camello al ver un oasis. De todas las mujeres que cenaban aquella noche, Marie-Adélaïde, la señora Masfauré, era con muchísima diferencia la más guapa. Tremendamente atractiva. Creo que fue sobre todo su presencia lo que atrajo a todas esas personas a nuestra mesa, incluidas las mujeres.

—Irresistible, ha dicho Amédée.

—Esa es la palabra. En definitiva, nueve franceses más en nuestra mesa, muy diferentes entre sí, un poco de todo. No sabíamos nada unos de otros, algunos se presentaban diciendo su profesión. Estaba el eterno especialista en pingüinos emperador, recuerdo su gran cara roja. Bueno, roja aquella noche. Cuando nos quedamos atrapados en el islote de enfrente, de roja nada. También un alto cargo de una empresa, no dijo de qué, parecía haberlo olvidado. Y una mujer que trabajaba para el medio ambiente, con su compañera.

Bourlin desplazó su mano izquierda, sin soltar el tenedor, y sacó una foto de su

cartera de cuero.

—Aquí, tiene diez años más —dijo—, y está muerta. ¿Es ella la compañera?

Victor examinó rápidamente la macabra foto y asintió.

—Sin lugar a dudas. Tenía las orejas demasiado largas, y eso es algo que no encoge al morir. Sí, es ella.

—Alice Gauthier.

—Entonces, ¿es la que escribió a Amédée? No conocía su apellido. Un temperamento de jefa de *scouts*, temeraria, una mujer sorprendente. Y sin embargo, guardó silencio como los demás, y tuvo miedo, como los demás.

—¿Quiénes eran los demás? —inquirió Adamsberg.

—Había un tipo cachas con la cabeza rapada; luego, un médico (su mujer se había quedado en Reikiavik). Un vulcanólogo también, ese es esencial.

Bourlin había apoyado el índice sobre sus patatas Darphin para comprobar su melosidad. Satisfecho, dirigió su mirada a Victor, que contaba con los dedos, pensando, mientras su plato se enfriaba.

—Y un deportista —prosiguió Victor—, puede que un monitor de esquí. Y por último, aquel tipo. Pero aquella noche, no se detectaba nada espantoso.

—Tiene que alimentarse —le ordenó casi Bourlin—. ¿Qué se detectaba?

—Nada. Era un tipo corriente, ni antipático ni afable. Talla mediana, cara anodina, en la cincuentena, con sotabarba estrecha, gafas casi redondas y una mirada inexpresiva. Pero mucho pelo, castaño y gris. Un burgués, un hombre de negocios o un profesor, no lo supimos nunca. Tenía un bastón de punta aguda y metálica; en Islandia es normal, para tantear el terreno. Lo levantaba y lo hacía rebotar en el suelo. Y el vulcanólogo (se llamaba Sylvain) nos contó una leyenda local. A juzgar por el apretón de manos que el médico había intercambiado con él, con expresión respetuosa, el tal Sylvain debía de ser una eminencia en lo suyo. Pero era muy llano, sin pretensiones. Fue entonces cuando todo se torció. A no ser que fuera por el *brennivín*. El caso es que fue entonces cuando todo se torció.

La joven hija de la casa trajo una segunda botella. Un rostro delicioso, ligeramente grueso, pero claro. Adamsberg la miraba. En más joven, le recordaba a Danica y la noche pasada en su habitación, en Kiseljevo^[2].

Danglard se había asignado como misión —entre tantas otras— volver a traer a Adamsberg a tierra firme cuando sentía que se alejaba hacia cielos extraños. Le puso el dedo índice en la muñeca y Adamsberg parpadeó.

—¿Dónde estaba? —murmuró Danglard.

—En Serbia.

El comandante miró de reojo a la joven, que había vuelto al bar.

—Ya veo —dijo—. Se comentó que el asunto no había sido del agrado de todo el mundo, ¿lo recuerda?

Adamsberg, asintió, sonriendo vagamente.

—Perdón —dijo, volviendo a Victor—. ¿Por qué se torció todo?

—Es la historia del vulcanólogo.

—Sylvain —pensó Danglard en voz alta—. ¿Sylvain Dutrémont? ¿Pelo muy negro, barba densa, ojos muy azules? ¿Cicatrices de quemaduras en una mejilla?

—No lo sé —dudó Victor—, no conocíamos nuestros nombres. Pero sí, tenía una mejilla algo estropeada. Recuerdo que en esa parte la barba no le crecía.

—Si es Dutrémont, murió después, en la erupción del Eyjafjallajökull. Aquella que sumió Islandia en una nube de cenizas.

—Entonces, ya serían cinco menos —dijo Victor en voz baja—. De los doce. Pero se trata de un accidente, supongo.

—Hubo polémica —explicó Danglard—. Porque encontraron su cuerpo bastante lejos del cono de erupción y con hematomas. Una caída, quizá, cuando intentaba huir de la corriente de lava. Ese caso no fue resuelto.

Bourlin rompió el breve silencio meditativo.

—¿Qué contó Sylvain?

—Que cerca de la costa de Grímsey, a un tiro de piedra, entre los islotes desiertos que la rodean, había uno, muy especial, tan temido como codiciado. Se decía que había allí una piedra todavía tibia, del tamaño de una estela más o menos, y cubierta de inscripciones antiguas, y que si te acostabas sobre la piedra tibia, te volvías prácticamente invulnerable, vamos, eterno. Porque te habían penetrado unas ondas procedentes del corazón mismo de la Tierra. En fin, ese tipo de cosas. Hay que decir que las había a cientos en Grímsey, y una cosa se explicaba por la otra. Sylvain dijo que iría al día siguiente para examinar el fenómeno como científico, pero que no teníamos que decírselo a nadie, bajo ningún concepto, porque los habitantes de Grímsey no llevaban bien que nadie pisara el islote. Al parecer, estaba habitado por un demonio, un *afturganga*, una especie de muerto viviente. El médico se echó a reír, todos nos echamos a reír. Aun así, al cabo de una hora, el grupo entero estaba dispuesto a acompañar al vulcanólogo, incluido el médico. Nos hacemos los escépticos, pero en el fondo, un pequeño acoplamiento con una piedra de eternidad es una tentación para cualquiera. Aunque todos hicimos como si fuera un desafío o como resultado de una apuesta de borrachos. Estaba más o menos a tres kilómetros, una hora andando por la banquisa; habríamos vuelto para la comida. ¡Y un cuerno!

Bourlin pedía una segunda ración de patatas y todos lo miraron con benevolencia. La vitalidad rabelesiana del comisario distendía el ambiente conforme se aproximaba el epicentro del relato.

—Nos pusimos en ruta a las nueve, saliendo de la punta del espigón. Sylvain nos alertó de nuevo: ni una palabra a los lugareños, porque además del *afturganga*, les horrorizaba que estúpidos turistas mancillaran con su culo la piedra tibia. El tiempo era azul, glacial y perfecto, sin una nube. Pero en Islandia dicen que el tiempo cambia sin cesar, o sea, cada cinco minutos si le parece. Desde el puerto, Sylvain nos mostró

discretamente la roca negra, con su forma extraña, de «cabeza de zorro», según afirmaban, es decir, con dos pequeños conos coronándola como orejas y la playa oscura en forma de hocico. Llegamos sin problemas, evitando las fallas entre los bloques de hielo. El islote era minúsculo, se le daba la vuelta enseguida, y fue el ejecutivo (¿Jean? ¿Se llamaba Jean?) quien encontró la piedra.

—Creía que tenía usted una memoria excepcional —observó Danglard.

—Oh, solo recuerdo lo que me piden. Después lo borro, para dejar sitio. ¿Usted no borra?

—Desde luego que no. ¿Y que decía de ese Jean?

—Se había tumbado sobre la piedra y se reía, sin inhibición ninguna. Y conforme cada uno se tendía en la estela (que era tibia, es verdad), el tiempo pasaba. El tipo de la cabeza rapada se había tendido encima muy serio, sin decir palabra, con los ojos cerrados. De pronto, Sylvain lo sacudió y dijo casi gritando: «Ahora nos vamos, tenemos que volver». Y con el brazo, nos señaló una montaña de bruma que avanzaba hacia nosotros. Tan rápidamente que, después de caminar veinte metros por la banquisa, Sylvain renunció y volvimos atrás. Ya no veíamos a más de seis metros, luego cuatro, y después, dos. Nos ordenó ir cogidos de la mano y nos condujo de nuevo por el islote. Nos tranquilizó diciendo que podía disiparse de aquí a diez minutos o una hora. Pero nada se disipó. Permaneceríamos allí catorce días. Catorce días con un frío atroz y sin nada que comer. El islote era desértico, un lugar para los muertos, un lugar para el *afturganga*, que era su guardián. Roca negra y nevada, sin un árbol, sin un animal, sin una...

Victor se calló bruscamente, el cuchillo suspendido en el aire, y su terror era tan claro que todos se inmovilizaron con él. Adamsberg y Danglard se volvieron, siguiendo la dirección de su mirada. No había nada que ver más que una pared y dos puertas acristaladas. Entre ellas un torpe cuadro del valle de Chevreuse. Obra de Céleste, una copia en consonancia con el cuadro que había en el despacho de Masfauré. Victor permanecía en la misma postura, respirando apenas. Adamsberg indicó a sus colegas, sin decir nada, que retomaran una posición natural. Le quitó el cuchillo de la mano al joven y le bajó el brazo hasta la mesa, como si hubiera manipulado un maniquí. Sujetándolo por la barbilla, le giró la cara.

—Es él —susurró Victor.

—¿El hombre que está sentado detrás de nosotros, el que ve usted en el espejo?

—Sí.

Victor se sacudió como un caballo de las caballerizas, apuró de un trago el contenido de su vaso y se frotó la cara.

—Lo siento —dijo—. No pensaba que contar la historia me confundiría así. Nunca se la he contado a nadie. No es él, es el reflejo lo que me ha confundido. Además, parece más joven que hace diez años.

Adamsberg examinó al hombre que había entrado poco después que ellos en el restaurante. Cenaba solo, distraído, con el diario local abierto sobre la mesa, echando

una mirada cansina sobre la sala. Parecía agotado de su jornada, simplemente deseoso de acostarse.

—Victor —dijo Adamsberg en voz baja—, no tiene ni sotabarba ni canas, salvo en las sienas. Piense. ¿Qué es lo que le ha recordado a él?

Victor arrugó su frente baja y retorció rápidamente un rizo entre sus dedos.

—Lo siento mucho —repitió.

—Piénselo —repitió suavemente Adamsberg.

—Sus ojos, quizá —dijo Victor con voz dubitativa, como proponiendo una hipótesis—. Sus ojos insignificantes que lo miran todo, que le clavan a uno la mirada cuando menos se lo espera.

—¿Y nos ha clavado la mirada?

—A usted, sí.

Adamsberg se dirigió con su paso oscilante —apenas— hacia la dueña, que estaba trabajando detrás de la barra. Al cabo de unos instantes, ella se sentaba con ellos en la mesa.

—No es usted el primero —dijo la mujerona, divertida—, ni será el último, por muy comisario que sea. Incluso grandes restaurantes han venido para ver si averiguaban algo. ¡Pero de eso, nada! —dijo sacudiendo su trapo de cocina—. La receta es nuestra y se quedará aquí. ¡Faltaría más!

Adamsberg le sirvió un vaso de vino.

—¡Ya puede intentarlo con eso! —continuó la mujer, tomándose un trago—. ¡Solo lo diré a los pies de la tumba, y solo a mi hija!

—Confesión en el lecho de muerte —murmuró Danglard—. Vamos, señora, no se lo diremos a nadie, palabra de hombre.

—No hay palabra de hombre que valga, ni para esto ni para otra cosa. Conocí una cocinera que hacía *crêpes*, allá en el Finistère. Pues la torturaron para que confesara su secreto. Al final dijo que echaba cerveza a la masa y la soltaron. Pero no era cerveza.

—Pero ¿de qué hablamos? —preguntó Bourlin con voz algo lenta.

Danglard, en cambio, adquiriría viveza conforme bebía. El alcohol parecía curarlo.

—De la receta de las patatas Darphin —dijo Danglard.

—Pero también de su cliente solitario, el que está allí, junto a la puerta —dijo Adamsberg—. Tres palabras sobre él y la libero.

—Pues no lo conozco. Y no sé si está bien que hable de mis clientes. Y además, nosotros no tenemos nada que ver con la policía. ¿Verdad, Victor?

—Verdad, Mélanie.

—Estamos de acuerdo —concedió Adamsberg sonriendo, con la cabeza algo inclinada.

Danglard observó al comisario en funcionamiento, transformando

inconscientemente su rostro huesudo, como ensamblado de cualquier manera, en una trampa tan cautivadora como repentina.

—No lo conoce, pero no quiere hablar de él. Será que un poquito sí sabe, ¿no?, un algo —dijo Adamsberg.

—Bueno, tres palabras, entonces —cedió Mélanie, falsamente enfurruñada.

—Cinco —negoció Adamsberg.

—Es que lo he encontrado raro, eso es todo.

—¿Por qué?

—Porque me ha preguntado si conocía al zapatero.

—¿Cómo dice?

—Al zapatero de Sombrevert. No lo he entendido. He dicho que sí, que todo el mundo lo conoce aquí, ¿y qué? No me gustan esos modales. Entonces ha sacado una tarjeta donde ponía «Inspector de Hacienda». Y le he dicho: «¿Y bien? ¿Qué se imagina que esconde el zapatero, trocitos de cordón?».

—Bien dicho —opinó Victor.

—Es que me pone de los nervios que esos tíos anden siempre hurgando en la mierda... ¡oh, perdón, comisario!

—No se preocupe.

—Vamos, siempre haciendo sufrir a los pobres, mientras que la pasta de verdad está en otro sitio. He pensado que lo único que quería era enseñarme su tarjeta. Para impresionarme, vaya. Y lo peor es que lo consiguen, incluso cuando no hay nada que reprochar. En la cocina hemos cuidado mucho el punto de su carne. Para que se hagan ustedes una idea. Cuanto antes se largue, mejor estaremos.

—Mélanie —intervino Victor—. ¿Podrías abrir la salita privada? Es que a estos señores y a mí nos gustaría estar tranquilos, ¿entiendes?

—Entiendo, pero no está caldeado; voy a encender la chimenea. ¿Es por la muerte del pobre señor Henri?

—Sí, claro, Mélanie.

La dueña asintió lentamente.

—Un bienhechor —dijo—. Victor, ¿dónde es la ceremonia mañana? ¿En Malvoisine o en Sombrevert?

—Ni en uno ni en otro. La misa será en el Creux. En la capillita. En fin, ya sabes tú que no era creyente. Es para no ofender.

—En el Creux no sé si es muy correcto —dijo Melanie sacudiendo sus mejillas—. Bueno, nosotros, en el Creux, estamos la mar de a gusto. Siempre y cuando no nos acerquemos a la torre.

Danglard se contuvo, no era el momento de disertar sobre las supersticiones del Creux. Mélanie había encendido el fuego en la sala contigua y los hombres se apretaron sobre un banco escolar pintado de azul, cerca de las llamas. Salvo Adamsberg, que andaba detrás de ellos.

—Sueño con eso a menudo, ¿saben? —dijo Victor—. Curiosamente, no con las

cuchilladas, ni con ella. Sueño con la manera en que logramos hacer fuego, gracias al legionario (así llamábamos al tío de la cabeza rapada). El día de nuestra llegada, nos quedamos todos en la orilla vigilando como idiotas a ver si levantaba la niebla. Él, en cambio, se puso a dar órdenes: preparar leña para el fuego, levantar dos muros de nieve a modo de cortaviento, buscar bichos para comer. Nos mandaba como un sargento y obedecíamos como soldados. «¿De dónde sacamos la madera?», preguntó el ejecutivo. «En esta isla no crece nada». «¡Allí arriba, cretino!», gritaba el legionario. «¿Es que ninguno de vosotros ha visto nada? Hay barracas de treinta metros de largo en la plataforma, antiguos secaderos de pescado. ¡Desmontadlas todas, tabla por tabla! Los demás, a recoger nieve, la aplastáis a fondo, hacéis bloques. ¡Id en grupos de tres, de la mano! ¡Y daos prisa antes de que caiga la noche!». ¡Una auténtica bola de energía, el legionario! Se conoce que la pausa en la piedra tibia le había sentado bien.

Victor acercó las manos a la chimenea.

—Madre mía, si no hubiéramos tenido fuego. Y fue gracias a esa bestia parda. Un bruto, pero un bruto eficaz. Por la noche, la hoguera ardía que daba gusto, habíamos construido los muros de nieve alejados de las llamas y bloqueado la única salida, que era muy pequeña, con nuestras mochilas.

Bourlin dio una calada a su cigarrillo, absorto en los hielos de Islandia, calentándose al amor de las llamas. Allí estaban en privado, y Mélanie había traído ceniceros y tazas de café además de un vaso de digestivo para Danglard.

—Era nuestra casa —continuó Victor—. Teníamos cero grados allí dentro, pero fuera hacía menos seis o menos siete, por el viento. Aun así, nos quedábamos petrificados y el legionario nos obligaba a levantarnos cada hora, día y noche, a bofetadas si era necesario, para movernos y hablar, recitar muy fuerte el alfabeto, para que no se nos helaran las extremidades ni la cara. No había nada que comer, dormitábamos sentados. Cabeza Rapada no quería que nos acostáramos en la nieve. Qué cruz el tío, pero nos salvó la vida. Hasta que el cabrón de la sotabarba nos la quitó. No soportaba las órdenes del legionario. Hubo una pelea, llevábamos tres días sin comer y, de pronto, el cabrón se volvió loco. Sacó un cuchillo de bárbaro y de una sola puñalada, se acabó el legionario. La sangre salpicó la nieve, era inmundo. Lo único que dijo fue: «Era un tocapelotas». Esa fue su misa.

Victor levantó los ojos hacia Adamsberg.

—Me gustaría que fuéramos más rápido. O si no, me bebo un vaso de aguardiente, como el comandante.

—Las dos cosas a la vez —contestó Adamsberg, apoyado en la chimenea—. Este signo —añadió abriendo su libreta—, ¿le sugiere algo?

—Nada en absoluto. ¿Por qué? ¿Qué es?

«¿Qué es?», con el mismo asombro que Amédée.

—Nada —contestó Adamsberg—. Lo escuchamos, Victor.

—Se fue a hundir el cuerpo en los hielos, para que los pájaros no le picaran los ojos, no se lo comieran delante de nosotros mientras todavía estaba tibio. Y a los tres días declaró que, ya puestos a palmarla, antes echaría un último polvo, mirando a la señora Masfauré. Henri y yo nos levantamos. Y tuvimos otra pelea.

Victor se tocó la nariz.

—Me metió tal derechazo que me rompió la nariz. Antes, yo tenía la nariz normal; ahora tengo esta cosa. Tumbó a Henri de un revés con el brazo. Parecía hecho de hierro, el tío. Nos ordenó, cuchillo en mano, que nos sentáramos todos. Cobardes, ¿verdad? Pero llevábamos seis días sin comer y teníamos los huesos helados, estábamos sin fuerzas. Puede que él también sacara algo de energía del corazón de la Tierra a través de aquella condenada piedra. Pero por la noche oímos gritos. La señora Masfauré aullaba y ese tipo inmundo hurgaba bajo su anorak, con las manos en el pantalón. Voy rápido, comisario, no me gusta esta escena. Henri y yo, en pie de nuevo, como zombis congelados. Y no éramos los únicos. La señora Masfauré se deshizo del tipo con un fuerte empujón, y lo tiró encima de la hoguera.

Victor sonrió ampliamente, como Amédée.

—Joder, tenía los pantalones en llamas, se daba palmadas, ardía, casi se le veía el culo quemarse a la luz de la hoguera. Uno de nosotros, (¿Jean, el ejecutivo?) gritó: «¡Se te ve el culo, asesino! ¡Vete a asarlo en el infierno!». Y la señora Masfauré burlándose de él y llamándole de todo. Entonces el tipo sacó su maldito cuchillo y se lo clavó en el cuerpo. El de la señora Masfauré. De lleno en el corazón.

Victor cogió el vaso de aguardiente que le había traído Mélanie.

—Pasamos toda la noche sumidos en el terror. Mientras el tipo iba a deshacerse del cuerpo y Henri sollozaba, juramos que acabaríamos con él. Pero, al amanecer, no había vuelto. Todos los días recorría la isla sin parar, no se rendía. Buscaba comida y no dijimos nada. Reapareció una noche, nos ordenó echar piedras a la hoguera y echó carne encima. Eran kilos, estábamos hipnotizados. Dijo: «Si hay uno de vosotros que sepa cazar focas, que se levante. Hace cinco días que puse las trampas. El que quiera papear, adelante. Pero el que papea, calla. Y el que hable está muerto». Y papeamos. La foca era un macho gordo, pero entre diez que éramos, no iba a durar mucho. A la mañana siguiente, salió de nuevo a colocar las trampas y recorrer la isla con su bastón. Las cosas como son, mientras nosotros estábamos apelotonados junto al fuego, como vencidos y recitando el alfabeto, él aguantaba, buscaba, buscaba. Y más tarde trajo a rastras otra foca, joven, esa vez.

—Perdón —dijo Danglard—, Amédée solo nos habló de una foca. ¿Será un error de Alice Gauthier?

—Imposible. Amédée nunca ha prestado mucha atención, sobre todo últimamente. Dos focas. Un macho grande y otro joven. Ese tipo nos salvó la vida, todo hay que decirlo. Al fin y al cabo, habría podido zamparse su presa él solo, sin que nadie se enterara. Pero la compartió. Más tarde, alguna vez, Henri y yo hablamos

de ese tema. De ese tipo, suficientemente tarado para matar como si tal cosa, y suficientemente humano para repartir la carne. Después de todo, si nos hubiera matado a todos, y podría haberlo hecho, y se hubiera comido sus focas él solo, habría tenido tiempo más que suficiente para esperar que levantara la niebla. Por fin, se levantó la condenada bruma, y encima en diez minutos. Nos agarramos por los hombros y nos pusimos en camino. Veíamos de nuevo los techos del pueblecito. Nos rescataron, nos dieron de comer, nos lavaron (apestábamos a grasa de foca y a pescado podrido de la cabeza a los pies), pero todos teníamos los labios sellados. Bueno, no del todo. Como un solo hombre, contamos que habíamos perdido a dos compañeros allí. Muertos de frío, esa era la versión impuesta. Y si no, acabaríamos igual, eso nos había dicho. Nosotros, nuestros allegados, nuestros hijos, nuestros padres, nuestros amigos. Yo no tenía ni hijos ni padres ni amigos. Pero, en nombre de su hijo, Henri me suplicó que me callara. Así que dejamos al asesino en paz, y le juro que era peligroso. Que lo sigue siendo.

—¿Y los nombres? —preguntó Adamsberg—. Los nombres de los otros miembros del grupo.

—Nadie los sabe. Salvo él.

—Es imposible, Victor. Con dos muertos, por fuerza tuvo que hacerse una investigación a vuestro regreso. Tuvieron que recoger vuestros testimonios y vuestras identidades.

—Sí, esa era la intención de la policía de Akureyri, frente a la isla, en el continente. Pero el tipo lo había previsto todo. Sin dejarnos tiempo para reponernos, nos hizo subir al día siguiente a un ferri hacia la pequeña ciudad de Dalvik, evitando así Akureyri. Pensé que Henri palmaría durante las seis horas de la travesía. Desde allí, Reikiavik y luego París. Las autoridades de Akureyri no podían imaginarse ni por un segundo que intentaríamos huir. ¿Por qué íbamos a huir? Por eso se lo tomaron con calma. Por eso nos perdieron de vista.

—Masfauré debió de declarar el fallecimiento de su esposa, ¿no?

—Claro. Pero al asesino no le importaba que se supiera el nombre de los muertos, de los «dos muertos de frío». Lo que no había que desvelar en ningún caso era el suyo, ni los de los demás. El «legionario» también fue identificado, por un testimonio de su hermana. Un tal Éric, Éric Courtelin, creo. Puede comprobarlo todo en las noticias de la época. ¡Cállense! —ordenó levantándose bruscamente.

—Pero si no estábamos hablando —objetó Danglard, mientras Bourlin levantaba los ojos entornados.

Esta vez, no era miedo lo que expresaba el rostro de Victor, sino una animación un tanto apasionada. Adamsberg percibió fuera un sonido ronco, un grito lastimero y penoso.

—Es Marc —dijo Victor, abriendo la ventana de un golpe seco.

Adamsberg se acercó preguntándose qué clase de persona podía producir un gemido tan espeluznante como inhumano. Sin una palabra de explicación, Victor se

puso a horcajadas en el borde de la ventana y saltó a la calzada, como propulsado por la urgencia.

—Vuelvo enseguida —dijo Adamsberg a Mélanie—. ¿Tendría un sitio modesto, un rellano, una butaca, cualquier cosa, para acostar al comisario? Enseguida vuelvo.

«Enseguida vuelvo», esas dos palabras dichas mil veces, como si Adamsberg tratara constantemente de tranquilizar a los que lo rodeaban, mientras teme, por su parte, no volver nunca. Uno toma un camino en el bosque, mira los árboles y luego, ¿quién sabe?

IX

Adamsberg ya corría en pos de Victor, que a su vez corría en pos de ese Marc gimoteante y gruñón, cuando oyó tras de sí la carrera característica de Danglard.

Quien no haya visto nunca correr al comandante Danglard se sorprende. Desde su puerta, Mélanie miraba a ese ser desplazarse de la más extraña de las maneras, con el busto informe proyectado hacia delante, seguido, como de lejos, por dos piernas largas, pero carentes de firmeza, que le recordaban los cirios fundidos de la iglesia de Sombrevert. Dios lo guarde.

—¿A qué animal está persiguiendo? —preguntó jadeante Danglard al aproximarse a Adamsberg.

—No es un animal, es un señor.

—A un señor así yo lo llamo un señor animal.

Adamsberg alcanzó a Victor y lo agarró por la nuca sudada.

—¡Mierda! —le gritó Victor—. ¡Es Céleste! ¡Marc ha venido a buscarme!

—¿Quién es Marc?

—Su jabalí, joder, ¿quién va a ser?

Adamsberg se volvió hacia Danglard, que llevaba ya diez metros de retraso.

—Tenía usted razón, comandante. Es un animal. Que nos lleva directamente hacia Céleste. No me pregunte ni por qué ni cómo.

En lugar de coger la alameda de la casa, Victor se adentró en el bosque del oeste, por una senda que conocía como la palma de su mano. Adamsberg le pisaba los talones; Danglard lo seguía, tenaz y sin aliento, atrás, con una linterna, protegiéndose los zapatos. Un kilómetro largo de bosque, calculó Adamsberg deteniéndose detrás de Victor, delante de una vieja cabaña de madera, ante cuya puerta, en efecto, resoplaba un poderosísimo jabalí.

—Cuidado —advirtió Victor—, a Marc no le gustan los extraños, especialmente cuando se acercan a la casa de Céleste. Deme la mano, yo lo guiaré, tenemos que mezclar los olores. Acarícieme la cabeza. Ya verá, su hocico es sedoso como el de un patito. Es su peculiaridad. Su hocico se ha quedado en la infancia.

Victor posó la mano del comisario sobre el hocico supuestamente juvenil de la impresionante bestia negra de pelo recio e hirsuto, de cerca de un metro sesenta de largo, según estimó Adamsberg, y cuya maciza cabeza le llegaba hasta bastante más arriba de la cintura.

—Eso es, Marc, son amigos —dijo Victor frotando el cuello del animal, al tiempo que golpeaba una gruesa puerta de madera—. ¡Céleste! ¡Ábreme!

—No está cerrado —dijo una voz fina y contrariada.

Victor empujó la puerta, agachándose para entrar en la exigua y miserable cabaña. El jabalí se precipitó hacia Céleste y se giró inmediatamente para protegerla con su cuerpo y sus colmillos blancos. Grandes y blancos como los dientes de Victor.

—No es nada —dijo enseguida Céleste agitando las manos.

—Marc ha venido a buscarme al restaurante. Cuéntame.

—Ha tenido miedo.

—Es el más fuerte de la manada. Marc solo tiene miedo si tú tienes miedo.

—Puede tener sus preocupaciones, ¿no? ¿Qué sabrás tú de las preocupaciones de un jabalí?

Después de merodear por los alrededores de la cabaña, Adamsberg entró.

—Huele a caballo —dijo.

—Aquí todo huele a caballo —contestó Céleste.

—Fuera, no. En el bosque, no. También huele mucho a ungüento. Una mezcla de menta, de jacinto y de alcanfor. En mi pueblo, se lo aplicábamos a los burros en las patas. ¿Ha estado por aquí?

—¿Quién?

—El que llamó a silbidos a Dionysos.

—Ah, ¿Pelletier? —dijo Céleste en tono despreocupado, casi cándido.

—¿Ha estado aquí?

—Me extrañaría —dijo Victor—. Marc no lo soporta.

—¿Y esta noche? —insistió Adamsberg.

—La puerta ha hecho ruido y Marc se ha puesto nervioso —dijo Céleste torciendo el gesto, impaciente—. Al fin y al cabo, no es más que un animal.

—No —replicó Victor—. Marc es más listo que el hambre. Ha venido porque corrías peligro.

La mujer menuda, refugiada en el único taburete del chamizo, se sacó una pipa del delantal y empezó a cargarla. Una pipa corta, de cazoleta ancha, bastante masculina.

—Céleste —insistió Victor—, enterramos a Henri mañana. No es el momento de mentir. Un suicida o un asesinado no suben allá arriba de la misma manera.

—Sabe Dios —dijo Céleste, encendiendo la pipa y echando grandes bocanadas de humo—. ¿Por qué hablas de asesinato, Victor? ¿No te da vergüenza acusar?

—Hablo de asesinato porque los polis hablan de asesinato. De modo que, o Dios sabe, o tú sabes lo que Pelletier ha venido a hacer aquí por la noche.

—Huele a caballo y a ungüento —repitió suavemente Adamsberg, bastante fascinado por esta mujer flaca que apretaba con fuerza la pipa con los dientes—. Pero me gusta el olor a ungüento —añadió girando su rostro en la sombra, ya que solo dos velas alumbraban la cabaña.

—De acuerdo —admitió Céleste—. Solo ha sacudido la puerta.

—La ha destrozado —dijo Victor mostrando astillas—. ¿Con qué ha hecho saltar este tronco? ¿Con su hacha?

—Estaba borracho, no es culpa suya. Tengo que poner roble en lugar de pino, ya ves que no es lo bastante sólido; ya lo había hablado con el señor Henri.

—Basta, Céleste. ¿Qué te ha hecho?

—Nada.

—¿Nada? ¿Y Marc ha salido escopetado hasta el restaurante?

—Solo es un animal —repitió Céleste.

—¿Quién? ¿Pelletier? —preguntó Victor, elevando el tono.

—No te embales, solo me ha zarandeado un poco por los hombros.

—¿Un poco? Enseñámelos.

—No me toques —ordenó ella.

Y Marc retomó su postura amenazante, esta vez entrechocando los dientes.

—Henri Masfauré no se suicidó, Céleste —interrumpió con suavidad Adamsberg—. ¿Qué le ha dicho Pelletier?

Y Céleste tuvo la impresión de que la mirada perdida de ese comisario ya no la soltaría, como la de su maestro tampoco la soltaba mientras no hubiera acabado los deberes, nunca. En cambio, curiosamente, Marc se fue calmando, hasta el extremo de acercarse un par de pasos al comisario, presentándole el testuz. Adamsberg deslizó prudentemente dos dedos sobre la pelusa de patito de su morro. Ese entendimiento pareció decidir a Céleste.

—Solo dijo que, desde la muerte del señor Henri, lo miro con malos ojos. Y que tengo que parar.

—¿Y por qué lo mira usted mal?

Céleste se sacó un atacador de pipa del otro bolsillo, apretó el tabaco y aspiró una larga bocanada.

—Estaba borracho. Son cosas que se inventa él. Además, Marc ha cargado contra él y lo ha perseguido por el bosque. Ni se me pasó por la cabeza que iría a buscar a Victor.

—¿Cuándo llegó aquí?

—Hace nueve años. Perdió a sus padres muy pequeño, los mataron como si nada, y sus hermanos y hermanas murieron en el revolcadero.

—Se puede entender que eso haya influido en su carácter —dijo Danglard, a quien todos habían olvidado y que se había quedado fuera, casi erguido, apoyado en el marco de la puerta rota.

—Me refería a Pelletier, no a Marc —dijo Adamsberg—. ¿Cuándo llegó?

—Ah, ¿él? Un poco después que yo. ¿Qué importa eso?

—Todo importa, cuando hay un muerto de por medio —dijo Danglard.

—¿Porque ustedes creen que mató al señor Henri, que era su bienhechor? ¿Y todo porque Marc ha perdido los estribos? Está todavía en celo, para que lo sepan. Su camada no ha salido bien. Anda mal de tiempo y tiene que volver a empezar. Y eso lo pone nervioso, hay que comprenderlo.

—No sería el primero que manda a paseo a su bienhechor —dijo Danglard.

—Cuando se fue —dijo Céleste con la voz cambiada, como si estuviera todavía sirviendo en el gran salón—, oí silbar a una víbora ahí fuera.

Frunció el ceño, preocupada, expulsando el humo.

—Tendré que tapar las grietas con pasta de madera. Si no, van a entrar.

Victor miró a Adamsberg moviendo la cabeza. No le sacarían nada más; al menos, no ahora.

—O echar excrementos de córvidos —sugirió Adamsberg—. Ahuyentan a las víboras.

—Hay toneladas en la torre —dijo Victor.

—No quiero nada que venga de la torre, lo sabes muy bien, Victor.

—¿Por qué callaba usted, Céleste? ¿Por Pelletier?

—Ahora que el señor Henri ha dejado este mundo, quién sabe lo que va a ser de nosotros. Yo, Victor, Pelletier. Así que no iba a perjudicarle más, solo por una tontería de borracho.

Dejó su taburete, trajo un poco en la cabaña, con la pipa entre los dientes, echó agua en una jofaina esmaltada con una vieja jarra y estiró meticulosamente la manta sobre el colchón de espuma que yacía en el suelo, aislado de la humedad mediante un plástico azul. Adamsberg observaba ese lugar desolado, la vieja estufa de carbón, el suelo de tierra batida, donde una mancha circular oscura, de unos veinte centímetros, atraía su mirada. Se agachó y puso la mano encima. Un simple círculo más húmedo que lo que lo rodeaba.

—¿Marc mea aquí? —preguntó.

—Sí —contestó Céleste con firmeza.

—No —dijo Adamsberg—. Marca su territorio fuera de la cabaña.

Con la punta de los dedos empezó a retirar la tierra fresca, bajo la mirada aterrada de Céleste.

—¡No tiene usted derecho! —dijo alzando el tono—. ¡Aquí entierro mi dinero!

—Se lo devolveré —dijo Adamsberg sin dejar de escarbar.

No tuvo que cavar mucho para encontrar bajo sus dedos el borde de un vaso grueso, de fondo plano, que sacó del pequeño agujero. Se levantó, lo sacudió y se lo pasó bajo la nariz.

—*Whisky* —dijo tranquilamente.

—¿El vaso de Henri Masfauré? —preguntó Danglard.

Envenenado, pensó el comandante. Céleste, enamorada del gran genio del aire. ¿Quién sabe? Puede que Masfauré planeara casarse de nuevo y que ella lo hubiera matado. Pero en este caso, ¿por qué no había destruido el vaso?

—Marc los va a acompañar hasta la alameda —anunció súbitamente Céleste, como si se hubiera referido a su mayordomo al final de una velada mundana.

—Después del descubrimiento de Amédée —dijo Adamsberg—, subió usted al despacho. Guardó la botella y se llevó el vaso.

—Sí. Marc los acompañará hasta la alameda.

—¿Por qué, Céleste?

La mujer volvió a sentarse en el taburete, se balanceó un momento, con el jabalí yendo y viniendo junto a sus piernas para reconfortarla, frotándolas hasta enrojecérselas. Luego se dirigió de nuevo hacia Adamsberg con el hocico levantado. Sin aprensión esta vez, Adamsberg le acarició la cabeza.

—Se había suicidado. La policía, los periodistas, lo iban a decir. Que bebía *whisky* cada noche. Lo iban a calumniar. Así que cogí el vaso.

—¿Y por qué lo enterró?

—Es su último vaso, es un recuerdo. No se tira el último vaso de un muerto.

—Me veo en la obligación de llevármelo para analizarlo —dijo Adamsberg, deslizándolo directamente en su bolsillo—. Se lo devolveré.

—Entiendo. No lo limpie, por favor. Marc los acompañará hasta la alameda.

Esta vez, los hombres obedecieron. Con una seña, Adamsberg pidió a Victor que se quedara un rato con ella. Obediente, Marc trotaba («hasta la alameda», había ordenado su madre, Céleste), ya sin animosidad alguna.

—Un hombre, una mujer —enunció Danglard vigilando con su linterna el sendero bajo sus pies.

—Pero ¿qué hombre, Danglard? —preguntó Adamsberg.

—Henri Masfauré, ¿quién, si no?

—No lo creo. Olvida usted la visita de Pelletier. Céleste sabe algo; él la teme y, peor aún, la amenaza. Sin embargo, ella lo protege. ¿Qué edad podía tener ella cuando él llegó aquí? Treinta y cinco años.

—¿Y?

—¿Y? Pues un hombre, una mujer.

Los dos hombres anduvieron en silencio, precedidos por el roce sonoro de Marc.

—¿A quién pertenecerá la torre? —preguntó Adamsberg de repente.

—Al Creux.

—¿Y qué tendrá?

—Mala reputación, según Céleste. Dice que, antiguamente, sirvió de mazmorra. Amontonaban en ella a los presos y los dejaban reventar.

—Entonces, no es de extrañar.

—Entonces, no es de extrañar: todavía se oyen a sus almas llorar y a sus espectros reclamar venganza.

—Es comprensible.

—Sí, por supuesto.

Marc no se paró al llegar a la alameda, sino que los llevó hasta una brecha en el muro del recinto.

—Claro —dijo Adamsberg—. Él sabe que solo podemos salir por aquí. El portalón tiene tres vueltas de cadena.

—Céleste le ha dicho: «Hasta la alameda».

—Sin ánimo de ofender a nadie, Danglard, pero Marc es posiblemente más listo que ella. ¿Por qué? Pues porque se adapta; en cambio, Céleste se bloquea.

Adamsberg acarició la nariz infantil del imponente jabalí.

—Ahora vuelvo —le dijo.

Bourlin dormía en el banco de madera azul que desaparecía bajo su masa. Adamsberg le sacudió el hombro.

—Me vuelvo a París, Bourlin, con Danglard.

—Lástima —dijo Bourlin sentándose—, me encontraba a gusto aquí. Mélanie me habría hecho patatas Darphin todas las noches.

—Seguro.

—Nunca las había probado tan buenas. Me han quitado del caso, naturalmente. Acabo de recibir el aviso. Por supuesto, el distrito 15 no se extiende hasta la Posada del Creux. Así que te pasan a ti el caso.

—Sí.

—¿Qué era ese grito?

—Un jabalí que venía en busca de ayuda. Pelletier había maltratado a Céleste. Ella vive en una cabaña miserable en medio del bosque y fuma en pipa. Como las brujas.

—¿Una cabaña? Pero ¿qué era su jefe?, ¿un filántropo o un negrero?

—Puede que nos resulte útil averiguarlo. No olvides fotografiar el signo grabado en el cuero de la mesa del despacho.

—Ese jodido signo.

—Como una guillotina.

—Ya lo has dicho. ¿Has visto alguna vez una guillotina con dos hojas?

—Nunca.

X

Adamsberg había vuelto a la carretera tras haber depositado el vaso de *whisky* en la gendarmería de Rambouillet. Con la orden formal de restituírselo a Céleste después del análisis. El estrépito de la lluvia sobre el parabrisas despertó a Danglard.

—¿En qué punto estamos?

—Hemos pasado Versailles.

—Hablo del caso. Asesinatos o suicidios.

—Dos suicidios que dejan el mismo signo, Danglard. Dos suicidios relacionados con el mismo islote de Islandia. Algo no cuadra. Y Amédée está relacionado con ambos.

—Es difícil verlo como un asesino rabioso que comete un crimen tras otro en dos días. Costaría menos imaginarlo como poeta, con las mejillas pálidas y una pluma en la mano. Pero no con una escopeta ni con una navaja de afeitar.

—Es difícil de entender. Personalidad cambiante, temperamento nervioso, ojos tan pronto ausentes como coléricos.

—Y miedoso también, hasta el punto de huir a caballo.

—Si hubiera querido huir, Danglard, la mejor manera habría sido coger el coche.

—La mejor manera de los imbéciles, comisario. A caballo no lo podíamos seguir. Habría cabalgado hasta Rambouillet, cogido un tren hasta París. Y desde allí, Lisboa, Nápoles, Copenhague, lo que hubiera querido. Más rápido que nosotros.

—Para un plan así, no habría montado a Dionysos, y menos a pelo. No, tenía otra cosa en la cabeza —dijo Adamsberg bajando su ventanilla y sacando el brazo.

Siempre hacía eso, sentir la lluvia en la mano.

—O no tenía nada en la cabeza.

—Lo cual sería todavía más inquietante, aunque posible. ¿Una cabeza hueca con rostro hermoso? Lo contrario de Victor. Una mente llena, con un rostro mal dibujado.

—¿Y él, Victor? Pudo leer la carta de Alice Gauthier y salir pitando hasta París.

—Para que ella no hablara más, sí. Pero Victor no tiene ninguna razón para matar a su jefe. En cambio, para los otros es al revés.

—Exacto —dijo Danglard—. Céleste, Pelletier o cualquier vecino podría haber querido asesinar a Henri Masfauré. Según Bourlin, poseía una fortuna. La familia había acumulado casi un millar de cuadros entre los años 1870 y 1930. Dinero a espuestas, todos los ingredientes necesarios para desencadenar dramas y furores. En cambio, ningún motivo para ir a ahogar a Alice Gauthier.

—Y menos aún para trazar el signo.

—Volvemos al signo.

Danglard suspiró, encajándose en el asiento.

—Lo irrita no haber podido descifrarlo —dijo Adamsberg.

—Peor aún. ¿Por qué habló usted de guillotina? Se parece a cualquier cosa menos a una guillotina.

—Lo he dicho, Danglard, porque es una guillotina.

El comandante sacudió la cabeza en la sombra. Adamsberg frenó y aparcó en el arcén de la carretera nacional.

—¿Qué demonios estamos haciendo?

—No voy a mear, le voy a dibujar esa guillotina. O más bien ese dibujo de guillotina. O sea, que le dibujo un dibujo.

—Eso es.

Adamsberg encendió las luces de emergencia volviéndose hacia el comandante.

—¿Recuerda usted la Revolución? —preguntó desenganchándose una bola de galio del pantalón.

—¿La francesa? No estuve allí, pero sí, me acuerdo.

—Mejor, porque yo, no. Pero sé que en algún momento, un ingeniero propuso que se adoptara la guillotina para los condenados a muerte, para que todos fueran ejecutados de igual manera y sin sufrimiento. En aquella época, la guillotina no estaba destinada al Terror^[3].

—No fue un ingeniero, fue un gran médico. El doctor Guillotin.

—Eso es.

—Joseph-Ignace Guillotin.

—Si lo prefiere.

—Que fue primer médico del conde de Provenza.

—Danglard, ¿quiere que le dibuje el dibujo, sí o no?

—Adelante.

—En un momento dado, el rey todavía era rey. Y no me diga que se llamaba Luis XVI, porque eso me lo sé. En no sé qué reunión, Guillotin vino a presentar su máquina. Se dice que el rey estaba presente.

—Antes de agosto de 1792, entonces.

—Sin duda, Danglard.

El comandante frunció el ceño, y Adamsberg encendió un cigarrillo arrugado mientras ofrecía otro a su ayudante. Las dos brasas brillaron en el habitáculo silencioso.

—Se podría pensar que estamos solos en el mundo —dijo Adamsberg en voz baja—. ¿Dónde está la gente? ¿Los demás?

—Existen. No están dibujando en los arcenes de las carreteras, eso es todo.

—Se dice —prosiguió Adamsberg— que el doctor presentó un diseño de guillotina clásico. Porque en realidad la máquina ya existía desde hacía mucho.

—Desde el siglo XVI. Pero Guillotin había mejorado el sistema.

—Porque ¿cómo se presentaba antes la guillotina?

—Con una hoja convexa.

—Así, entonces —dijo Adamsberg dibujando en el vaho del parabrisas dos barras

verticales y una línea en forma de media luna entre las dos.

—Así. O con una hoja recta. Y Guillotin consideró que una hoja transversal sería mucho más eficaz y rápida.

—Pues no es lo que me habían contado. Hay quien dice que el rey, que era mucho más entendido en mecánica que en política, cogió el croquis, lo examinó, pensó y luego tachó la hoja redonda con un trazo oblicuo, para indicar su modificación. Fue él quien transformó la máquina, fue él quien la mejoró.

Adamsberg añadió una línea transversal a su dibujo del parabrisas.

—Así.

Danglard bajó también la ventanilla, y echó fuera la ceniza. Adamsberg despegó otra bola de galio. Si fueran semillas, podría plantarlas en su diminuto jardín. La depositó sobre el cuadro de mandos del coche.

—¿Qué historia es esta? —preguntó Danglard.

—Una historia, precisamente, y no he dicho que sea cierta. Solo digo que la cuentan. Que Luis XVI habría dibujado él mismo la máquina perfecta que iba a decapitarlo.

Danglard estaba malhumorado, echando el humo entre sus dientes.

—¿Dónde ha leído eso?

—No lo he leído. ¿Se acuerda del viejo erudito de la plaza Edgar Quinet? Él me lo contó un día, dibujando lo mismo con el dedo en la mesa mojada del café Viking. Lo siento, Danglard —dijo Adamsberg volviendo a arrancar el coche—. No es deshonoroso ignorar cosas. Si lo fuera, yo estaría revolcándome en un río de lodo.

—No estoy humillado, estoy estupefacto.

—Entonces, ¿qué piensa ahora? Sobre el signo.

—No es revolucionario, en cualquier caso. O no habría esa alusión al rey.

—A un rey decapitado, Danglard. No es lo mismo. Se puede considerar como un signo del Terror supremo, de castigo supremo.

—Suponiendo que sea realmente lo que el asesino ha querido representar.

—Puede ser una coincidencia. Pero singular.

—Significaría que se trata de un asesino al que le interesa la historia.

—No necesariamente. Ya ve que yo conocía este dibujo. Podría ser un asesino que se acuerda de todo.

—Un hipermnésico.

—Como Victor, por ejemplo.

Adamsberg siguió conduciendo en silencio, aproximándose a las puertas de París.

—Después de todo, no estamos solos en el mundo —dijo adelantando a un camión—. Debe de ser un tipo que piensa en la Revolución.

—Es indudable.

XI

A diferencia de Danglard, Adamsberg no necesitaba dormir mucho. Abrió los ojos a las siete y preparó el café mientras su hijo, Zerk, cortaba el pan. Zerk era tan poco maniático como él, y las rebanadas le salían gruesas e irregulares.

—¿Problemas anoche?

—Un muerto, en el valle de Chevreuse. Interrogatorios, un hijo nervioso tan guapo que parece la hija, secretario dotado de una memoria extraña, caballerizas, un bruto al mando, una mujer viviendo en una cabaña forestal, un jabalí, el restaurante local, la guillotina de Luis XVI, una torre maldita llena de excrementos de córvidos... Todo esto en un sitio llamado el Creux y que no figura en el mapa.

—¿La cosa ha empezado mal?

—Digamos que muy compacta.

—El palomo pasó ayer. Te lo perdiste.

—Llevaba por lo menos dos meses sin pasar. ¿Estaba bien?

—Muy bien. Pero volvió a cagarse en la mesa.

—Era un regalo, Zerk.

A las nueve, Adamsberg había reunido a la casi totalidad de sus colaboradores en la sala más grande de la Brigada, que un día Danglard había llamado pomposamente la «sala del Concilio», para diferenciarla de otra más pequeña, la «sala del capítulo», que reunía grupos más restringidos de oficiales. Las denominaciones se habían vuelto de uso corriente. El mismo Danglard estaba esa mañana en el Concilio, medio dormido, tendiendo la mano hacia el café que le traía Estalère. En el Concilio, como en cualquier otro sitio, el joven cabo se había asignado *motu proprio* esa función, la de preparar los cafés, que llevaba a cabo a la perfección —la única, según algunos—. Por lo demás, sus ojos verdes muy abiertos daban la impresión de cierto asombro perpetuo. Estalère veneraba a dos ídolos en la Brigada, el comisario y la poderosa y omnipotente Violette Retancourt, cuyos padres, por algún malentendido, le habían dado un nombre de frágil florecilla sin prever que alcanzaría el metro ochenta y cuatro de altura y ciento diez kilos de masa musculada. La disparidad fundamental de sus dos dioses dejaba a Estalère sumido en una pesarosa perplejidad, incapaz de elegir en ese cruce de caminos divergentes.

Adamsberg no tenía talento para las síntesis y los informes organizados, de modo que había dejado esa tarea a Danglard, que estaba resumiendo los últimos acontecimientos: desde la mujer en la bañera —totalmente vestida, precisó en honor

al teniente Noël, el oficial más trivial de la Brigada— hasta la carrera por el bosque encabezada por el jabalí. Todo ello de manera cronológica a la par que temática, en un complejo entramado que Adamsberg admiraba. Todos sabían, claro está, que el comandante Danglard iba a desviarse aquí y allá por algún meandro erudito, lo cual alargaría su narración, pero se conformaban. La mujer de la cabaña del bosque y la torre maldita suscitaron el interés del comandante Mordent, que irguió la arrugada cabeza sobre su largo cuello, adquiriendo el extraño aspecto de melancólica ave zancuda al acecho de un pez. Mordent era un gran conocedor de los cuentos de hadas, especialidad que no ayudaba en nada al trabajo de la Brigada, al igual que el conocimiento puntero de Voisenet en materia de ictiología —o sea, la ciencia de los peces, había acabado memorizando Adamsberg, y particularmente de los peces de agua dulce—. Su pasión se extendía a otros dominios fáunicos, y ya se preguntaba qué córvidos poblaban la torre: ¿grajillas, cornejas —negras o cenicientas—, grajos?

El discreto Justin, sentado al lado de Retancourt, que parecía capaz de barrerlo de un soplo, era el único que tomaba notas sin parar.

Mientras Adamsberg se arrancaba semillas de galio del bajo de su pantalón, Danglard hizo circular el dibujo del signo por la mesa, y todos movieron la cabeza, uno tras otro, desconcertados, salvo el teniente Veyrenc de Bilhc, un pirenaico salido del mismo trozo de montaña que Adamsberg. Veyrenc sujetó el papel en su mano un momento, bajo la atenta mirada del comisario, ya que su compatriota había sido profesor de Historia en su vida anterior.

—¿Nada, Veyrenc? —preguntó Adamsberg levantando la cabeza.

—No estoy seguro. ¿Son semillas de galio?

—Sí, aunque del año pasado. Están secas, pero se adhieren muy bien todavía. A mí me sugiere una guillotina. Venga, Danglard, háblenos, sin extenderse necesariamente demasiado, de Joseph-Ignace Guillotin.

Un momento de vacilación siguió al informe de Danglard, expuesto sin ninguna convicción, acerca de Luis XVI, la hoja convexa y la corrección con una hoja recta y oblicua. Solo Veyrenc sonrió ligeramente en dirección a Adamsberg, esa sonrisa ladeada de labios bien dibujados que indicaba su discreta satisfacción.

—¿La Revolución? —preguntó Retancourt cruzando sus gruesos brazos—. Creo que podemos olvidarnos de ella, ¿no?

—No he dicho que fuera eso —contestó Adamsberg—. He dicho que el dibujo me lo recordaba. Y los análisis del signo confirman que, efectivamente, fue dibujado así: primero las dos barras verticales, después la línea curva, y luego la barra oblicua.

—La idea es bonita —intervino Mercadet, que por el momento estaba despierto y su mente ofrecía una vivacidad máxima.

Mercadet sufría de hipersomnia, lo cual lo obligaba a echarse una siesta cada tres horas, y la Brigada lo protegía para ocultar el hecho ante el inspector de división.

—Aunque también es verdad que cuesta comprender qué pinta una guillotina, mitad monárquica, mitad revolucionaria, en el contexto del drama islandés.

—No tiene ningún sentido —asintió Adamsberg.

—Sobre todo si no podemos afirmar con total certeza que se trate de asesinatos —dijo Noël con su voz ronca, hundiendo los puños en su cazadora de cuero—. Esos dos, Alice Gauthier y Henri Masfauré, podrían ser enamorados transidos, nunca mejor dicho —rio sarcástico—, que un día decidieron morir juntos.

—Pero no tenemos constancia de ninguna llamada telefónica entre Gauthier y Masfauré —dijo Danglard—. Bourlin ha rastreado sus líneas un año.

—Puede que se hayan escrito. Se suicidan, dejando su señal de connivencia. No, nada prueba que sean asesinatos.

—Ahora sí —dijo Adamsberg abriendo su móvil—. El laboratorio ha ido rápido. Danglard os ha explicado que las manos del suicida, Henri Masfauré, estaban cubiertas de pólvora. Un posible asesino, enguantado, al tapar el pulgar de Masfauré para disparar, habría dejado la uña sin residuos. Pero no, había pólvora en todas partes. Luego suicidio. Así que pedí otro análisis, más exacto.

—Entiendo —declaró Estalère en tono grave, seguido de una efímera consternación.

—Y hay, en efecto, marcas en las muñecas —prosiguió Adamsberg—, donde el asesino habría sujetado las manos de Masfauré con las suyas. Y tenemos una marca inequívoca en el pulgar izquierdo. Una línea, un trazo blanco de tres milímetros de ancho. El asesino, por lo tanto, habría presionado el dedo de la víctima, pero con la ayuda de un cordel, o más bien de un cordón de cuero recio. Masfauré fue asesinado.

—Si es el mismo signo —se obstinó Estalère, frotándose la frente—, a la mujer la ahogaron en la bañera.

—Exactamente. Y es el asesino quien trazó el signo.

—Esto no se sostiene —intervino Retancourt—. Si uno quiere hacer pasar los dos crímenes por suicidios, ¿por qué dibuja un signo? Sin ese signo, los dos casos habrían sido archivados por separado y no se habría hablado más del asunto. ¿Entonces?

—¿Reivindicación? —propuso Voisenet—. ¿Deja escrita la marca de su poder con esa supuesta guillotina?

—Consideraciones banales —opinó Retancourt.

—Aunque lo fueran —dijo Mordent—, la banalidad es el abono de la vida, ¿no? Pocas veces una perla, un grano de arena, una partícula brillante nos cae en el hombro. Y en este océano de olas ordinarias, el poder es el vicio banal que campa más a sus anchas entre los hombres. Y siendo así, ¿por qué no el símbolo de una guillotina para marcar su poder?

—¿Un monárquico? —dijo Adamsberg—. ¿Un revolucionario? En el fondo, ¿qué importa? Es un signo que indica una ejecución suprema.

—¿Qué hay de supremo en esto? —dijo Mercadet.

—Islandia. Allí tenía a once seres bajo su poder; los sigue teniendo y eso lo embriaga. Ahora solo quedan seis.

—Todos en peligro de muerte —observó Justin.

—Solo si hablan.

—Pero el edificio del silencio ha empezado a agrietarse —dijo Adamsberg—. Dos muertos en dos días que han salido en la prensa. Los seis que quedan habrán comprendido lo que está sucediendo. ¿Se callarán, se ocultarán, se derrumbarán?

—Es imposible protegerlos —añadió Danglard, abatido—. Exceptuando a Victor, los demás son anónimos. Tenemos un ejecutivo, Jean, un médico, una especialista del medio ambiente (la compañera de Gauthier), un experto en pingüinos emperador, un deportista. Nada más. Podemos añadir a Amédée a la lista de amenazados.

—Suponiendo que no sea él el asesino —objetó Mordent—. Y móviles no le faltan. Incluso podríamos plantearnos apretarle los tornillos desde ya.

—Por el momento, giraríamos los tornillos en el aire —dijo Adamsberg, que reunió bajo sus dedos un montoncito de semillas de galio y dejó pasar un rato bastante largo—. Ocho de ustedes se van al Creux en cuanto hayan acabado de comer —ordenó—. Usted también, Estalère.

—Estalère puede encargarse del servicio de guardia en la Brigada —dijo Noël con su entonación burlona.

—Estalère establece un clima de confianza con aquellos a quienes interroga —precisó Adamsberg—, a diferencia de la mayoría de los polis, y de usted, por ejemplo, teniente. Vaya allí a recoger todos los cotilleos que pueda. Las maledicencias, los elogios, los resentimientos, las verdades, las mentiras, las sospechas, los rencores. Vea a los aldeanos, los notables, los alcaldes de Sombrevert y de Malvoisine, a todas las personas que pueda. ¿Quién fue Henri Masfauré? ¿Quién fue su mujer? ¿Y Céleste? ¿Y Pelletier? ¿Amédée? ¿Victor? ¿Quién, qué, cómo?

—Resulta gracioso advertir —observó Danglard— que el primero que pasó por la nueva guillotina en 1792 era un ladrón llamado Pelletier.

—Danglard, por favor —dijo débilmente Adamsberg—, todos tienen hambre y se van a las dos. Usted también. Para usted, una visita al notario de Henri Masfauré. Mercadet lo acompañará, se le dan bien los números. La fortuna es inmensa, parece ser. Mordent, vaya con quien quiera e indague en el pasado de la esposa. Noël, concéntrese en la bestia parda que dirige las caballerizas, un expresidiario, es su especialidad. Y llévese a Retancourt. Teniendo en cuenta el prototipo de tío, no estará de más. Y no se sitúe detrás de los caballos, es capaz de ordenar una coz con un simple silbido. Veyrenc, usted se pega al hijo, Amédée. Froissy, se queda aquí, se centra en Alice Gauthier, vuelve a interrogar al vecino, a la enfermera, a los colegas; hurgue en todo.

—¿Podremos ir a ver la torre? —preguntó Voisenet, con curiosidad por los córvidos.

—¿Para qué?

—Para hacernos una idea de todo.

—Vaya usted, si le apetece, teniente. Y si tiene tiempo, llene un cubo de excrementos para esparcirlos alrededor de la cabaña de Céleste. No diga que los ha recogido en la torre, la teme más que a un nublado. Es un poco ruda al principio. Pero buena gente.

—¿Por qué? —preguntó Kernorkian.

—¿Por qué es ruda?

—No, ¿por qué los excrementos?

—Hay víboras. O se las imagina. Y su cabaña no está bien aislada, hay que esparcir todo alrededor.

—Exactamente —aprobó Voisenet—, el olor las ahuyenta. ¿Y ella? ¿Ruda y buena gente?

—Muchas veces se es así, cuando se defiende a un crío contra viento y marea. Y ¿por qué lo defiende hasta ese punto? Busquen, todos. Cenen en la Auberge du Creux. Según el comisario Bourlin, la cocina vale la pena.

—¿La Auberge du Creux? —preguntó Mercadet algo sorprendido.

—Eso es, teniente. Llaman a ese lugar el Hueco. Es un trozo de tierra errante entre dos aldeas que no está indicado en el mapa. La Posada del Hueco, la capilla del Hueco, la torre del Hueco.

—¿Qué coño nos importa la torre? —Gruñó Noël.

—Nos importa todo, Noël. Una torre, una paloma, Retancourt. ¿Lo recuerda?

Noël inclinó algo la cabeza de mala gana. Había donado su propia sangre a Retancourt, todo hay que decirlo, en una emergencia. De modo que Adamsberg no perdía la esperanza, o casi, de que se corrigiera aunque fuera un poco.

Esta manera de repartir órdenes —era su maldito trabajo, algo que no podía delegar en Danglard— lo ponía enfermo. Lo hizo lo más rápido posible y el equipo se separó para comer; unos se dirigieron hacia la opulenta, burguesa y decadente Brasserie des Philosophes y los otros hacia el pequeño café del Cornet à dés, donde la esposa, incubando su ira, obedecía callada las órdenes de su abrupto marido, a la vez que elaboraba sándwiches poco comunes. Al marido lo llamaban Gros Plant, como el vino homónimo. En realidad, no lo llamaban; al hombre no le gustaba hablar. La lucha social echaba chispas entre los dos establecimientos, uno frente al otro. Algún día, habrá un muerto, pronosticaba siempre Veyrenc.

Adamsberg miró a Veyrenc mientras salía, él, que había entendido el signo de la guillotina. El sol entraba ahora en la sala grande y bajo esa luz de abril, las catorce mechales anormalmente pelirrojas del teniente refulgían en su pelo muy moreno.

—He pensado en una cosa al despertar —dejó caer Danglard antes de salir, con este tono conspirador que no auguraba nada bueno—. En fin, algo que se me ocurrió

al despertar.

—Dese prisa, comandante, apenas tiene tiempo para comer antes de salir.

—Pues tiene que ver con la historia del conde de Provenza.

—No sé qué quiere decir.

—Le he dicho que Guillotin había sido médico del conde.

—Lo ha dicho.

—En mi duermevela, el conde de Provenza me llevó, tirando del hilo, a las familias condales y ducales.

—Tiene mucha suerte, Danglard —dijo Adamsberg sonriendo—. Pocas veces los pensamientos al despertar son tan fastos.

—Eh... Entonces he pensado en los nombres de Amédée, que es raro, estará de acuerdo, y de Victor, que correspondían desde siempre a los duques de Saboya. Estaba casi dormido y le ahorraré la lista de todos los Amadeos de Saboya.

—Gracias, comandante.

—Pero, a partir de 1630, y hasta 1796, hubo tres Víctor Amadeo de Saboya. Víctor Amadeo III se opuso a la Revolución, y las tropas francesas, furiosas, invadieron su ducado.

—¿Y? —dijo con voz cansada Adamsberg.

—Nada. Me divirtió que uno se llamara Victor y el otro Amédée.

—Se lo ruego, Danglard —dijo Adamsberg desprendiendo una bola de galio—, no tome por costumbre decir cosas poco razonables. O no iremos muy lejos usted y yo.

—Entiendo —dijo Danglard después de un silencio.

Adamsberg tenía razón, pensó, empujando la puerta. Su influencia era traidora como una inundación y debía, era verdad, andarse con cuidado. Mantenerse lejos de las resbaladizas orillas de su río.

XII

Adamsberg se había quedado con Justin para tomar notas de los informes que llegaban del Creux. El teléfono estaba conectado a un altavoz y Justin tecleaba en el ordenador mucho más rápido que Adamsberg, que solo utilizaba dos dedos.

—El difunto se había casado con la irresistible Adélaïde veintiséis años atrás — exponía Mordent con su voz monocorde—. Pero su hijo no fue a vivir con ellos hasta que tuvo cinco años. La llegada del niño sorprendió a todo el mundo. Se supo más tarde que lo habían colocado en un centro especializado durante toda su primera infancia debido a sus trastornos psicomotores. No es el término que emplean, pero es el significado. En fin, que el pequeño no era «normal», vamos.

—Pero Amédée no tiene prácticamente ningún recuerdo de ese periodo ni de esa institución —añadió por detrás la voz de contrabajo de Retancourt—. Recuerda patos decapitados, por ejemplo.

—¿Perdón? —interrumpió Justin, levantando la cabeza y reajustándose el mechón rubio que solía peinar de lado, lo que le daba el aspecto de un alumno modélico de antes de la guerra—. ¿Ha dicho «patos», no «gatos» o «jatos»?

—Patos —zanjó Retancourt—. Los decapitaban.

—Guillotina —murmuró Adamsberg.

—Comisario —dijo Retancourt—, con todo el respeto, a los patos se les corta siempre la cabeza. Es de lo más normal.

—Sugiere más una granja que una institución —observó Justin.

—Quizá una institución donde se llevaban a cabo actividades relacionadas con los animales —dijo Mordent—. Está de moda. Contacto con los animales, responsabilidades, trabajitos al aire libre, ir a darles comida, cambiarles el agua.

—Para un niño, decapitar patos no es un «trabajito» cualquiera al aire libre —dijo Adamsberg.

—Pudo presenciarlo por casualidad. En todo caso, el pequeño no estaba bien de la cabeza. Y es posible que siga sin estarlo.

—¿Y qué más recuerda Amédée?

—Una cama fría, una mujer gritando. Más o menos eso es todo.

—¿Había más niños con él?

—Se acuerda de uno mayor que lo llevaba de paseo y a quien adoraba. Debía de ser un auxiliar de enfermería. El médico de la familia está en Versalles, voy para allá con Veyrenc. Retancourt se encargará de Pelletier, el tipo no es trigo limpio.

Danglard llamó por la otra línea.

—El notario está en Versalles. Salgo de allí.

—Esta gente lo hacía todo en Versalles.

—Desde luego, tiene más prestigio que Malvoisine. Teniendo en cuenta las sumas

en juego, Masfauré había optado por un gran gabinete. Precioso, por otro lado: maderas antiguas desde el suelo hasta el techo, tapices de Aubusson, una escena de caza con algún que otro detalle discretamente licencioso, como se...

—Danglard, haga el favor —le cortó Adamsberg.

—Perdón. El notario no ha acabado todavía la estimación precisa de los bienes, pero deben de alcanzar algo así como cincuenta millones de euros. ¿Se da cuenta? Había mucho más antes, pero Henri Masfauré invirtió personalmente en la investigación del bombeo del CO2 y el reciclaje de los residuos. Está terminándose en la Creuse la construcción de la fábrica prototipo que debe poner a prueba esa tecnología. Un bienhechor y un grandísimo investigador, confirmado por el notario. Existe un testamento que data de hace un año y cinco meses.

—Vaya allí —dijo Adamsberg, mientras sacaba un cigarrillo doblado de su chaqueta.

Como, supuestamente, había dejado de fumar, el comisario sisaba cigarrillos de los paquetes de su hijo y se los metía directamente en los bolsillos, donde se retorcían, se vaciaban y vivían una nueva vida en libertad.

—Todo es para su hijo Amédée, que tiene el encargo de acabar la fábrica y de vigilar su puesta en marcha. Menos un legado de cien mil euros a Victor y de quinientos mil a Céleste.

—Entiendo lo de Céleste —dijo Adamsberg—. Pero dejar a su secretario cien mil euros es muy raro. Cabe preguntarse qué servicios habrá prestado para ser recompensado tan generosamente.

—Esa gente no tiene la misma noción del dinero que nosotros, comisario, eso es todo. En cualquier caso, se trata de sumas lo suficientemente grandes como para incitar a matar.

—Para matar a Masfauré, pero no a la profesora de matemáticas.

—A menos que... —objetó Danglard—. La idea podría consistir en cometer otro asesinato antes y usar el mismo signo alambicado, para desviar las sospechas. En cuyo caso, nos enfrentaríamos a la clásica técnica del señuelo.

—¿Sigo anotando? —preguntó Justin—. Porque ya no se trata de un informe, sino de comentarios.

La meticulosidad de Justin no tenía precio, se podía contar con la excelencia de sus actas, pero su reverso maniático resultaba irritante.

—Sí, Justin, anótelos todo —ordenó Adamsberg—. ¿Y cómo Victor o Céleste habrían sabido de la existencia de Alice Gauthier?

—Victor la conocía, de hecho, desde lo de Islandia —dijo Danglard—. En cuanto a Céleste, tenía todas las facilidades para curiosear por toda la casa y toparse con una posible correspondencia entre ella y Masfauré. Si la policía se cree los dos suicidios, mejor. Si se pierden con la pista de Islandia, muy bien también. Si no, siempre queda el signo, extravagante, concebido para enturbiarnos la vista. Un trabajo bien hecho, anticipándose a las lógicas policiacas.

—Es posible.

—Estoy de acuerdo —dijo Justin—. Pero esto no lo anoto —añadió para sus adentros.

—¿Y cómo habrían tenido conocimiento del testamento? —continuó Adamsberg.

—Había una copia en casa de Masfauré —dijo Danglard—. Imposible encontrarla. Voy a cortar, comisario, tengo que reservar nuestras mesas en la posada. Por cierto, sé por qué llaman a este sitio el «Hueco». No tiene nada que ver con nuestra investigación, pero es divertido. ¡Ah, perdón!, Pelletier, muy importante. No recibirá nada. Mejor dicho, ya no recibirá nada. En el testamento anterior recibía una herencia de cincuenta mil euros. Y según el notario, que es un hombre formal pero benevolente, aunque se comporta un poco como un antiguo noble, pero en mi opinión, su partícula es usurpada, porque todos los Des Mar...

—Danglard...

—No he anotado esto —indicó Justin con gesto neutro.

—Resumiendo, Pelletier se queda sin nada —retomó Danglard—. Porque Masfauré sospechaba que sobrevaloraba el precio de los caballos y de su esperma. Un solo semental de gran familia puede valer centenares de miles de euros, y no le hablo de los animales premiados y de genealogía apabullante.

—No, no me hable de ello, comandante.

—Masfauré sospechaba que Pelletier traficaba con los vendedores, emitía facturas falsas y se repartía con ellos la diferencia en dinero negro.

—Eso es lo que sospechaba Céleste —dijo Adamsberg.

—Probablemente. Y si es verdad, imagínese el dineral que pudo acumular. Así que Masfauré modificó su testamento.

—¿Sabe el notario de la falsa partícula por qué Masfauré no denunció a Pelletier?

—Porque quería avanzar en su investigación antes de llegar a ese extremo. Pelletier es un cuidador de caballos fuera de lo común, podría hacer bailar a sus caballos con una sola pata silbándoles un vals. Así que Masfauré quería estar seguro antes de perderlo. También es un buen motivo de asesinato para Pelletier.

—¿Y Voisenet?

—Trabaja en lo de la esposa muerta en Islandia.

—Pásemelo.

—Es que acaba justo de irse a hacer una breve visita a la torre de los condenados.

—Muy bien —dijo Adamsberg—. Tendremos, por lo menos, una certeza en esta capa de niebla.

—Sabremos si son grajillas o cornejas cenicientas —aseveró Danglard.

Adamsberg estuvo toda la noche estudiando los informes de sus ayudantes. No había puesto la calefacción y encendió un fuego después de la cena. Con los pies apoyados sobre uno de los morillos de la chimenea y el ordenador —el *tölva*—

resbalándole por los muslos, pasaba revista a las informaciones que Justin seguía mandándole desde su casa, es decir, desde casa de sus padres, donde seguía viviendo a los treinta y ocho años. Al no tener que preocuparse por la intendencia, Justin era un hombre siempre disponible, salvo cuando jugaba una partida de póquer.

Noël había decidido interrogar con guantes de seda a Pelletier sobre el precio real de los caballos y contaba con llegar a un resultado por medio de subterfugios. Pero Retancourt, poco familiarizada con el uso de guantes, lo había interrogado sin rodeos sobre el rumor de posibles malversaciones. Pelletier se había enfurecido inmediatamente y, fiel a sus reflejos, se había abalanzado sobre la robusta mujer, sin imaginar que no la desestabilizaría más que a un poste de cemento. Retancourt lo había tirado al suelo con un pesado empujón con el busto, sin golpearlo. Su poco refinada infancia, vivida con cuatro hermanos siempre dispuestos a pelearse, había permitido a la pequeña Violeta adquirir técnicas de lucha muy particulares. Pero ya en el suelo, el hombre había silbado notas bastante sofisticadas y dos sementales agresivos habían acudido enseguida al galope resoplando por los ollares. En pie de nuevo, Pelletier había hecho parar a los caballos a cincuenta centímetros de los policías, y ambos comprendieron que los grandes machos que pateaban el suelo podían cargar contra ellos con una sola señal de su amo. Noël sacó su arma.

—Nada de bromas —había ordenado Pelletier—, vale cuatrocientos cincuenta mil. Me extrañaría que fueran capaces de reembolsármelos, polis de mierda.

Retancourt era quien señalaba ese detalle en su informe, y no Noël. Adamsberg imaginaba fácilmente la humillación rabiosa de Noël. Nadie, hasta entonces, lo había llamado poli de mierda.

—En cambio, por ti, de indemnización por tu muerte —había proseguido Pelletier calculando el valor de Noël como un tratante—, tendría que pagar diez mil, y aún apunto alto. Ella —había añadido señalando a Retancourt y escupiendo en el suelo— sería más cara, diez veces tu precio. No amaño las ventas, a ver si os lo metéis en la cabeza. Y si tengo que volver a oírlo, os meto una demanda.

Amédée. El comisario entendía mejor ahora la naturaleza vacilante, introvertida, hasta excitada y escapista del joven. Y su eventual desequilibrio. Había estado aislado durante cinco años. En una cama «fría». ¿Fría, en una institución psiquiátrica de lujo? ¿Había recibido visitas con regularidad? No había manera de saberlo. Según el médico de Versalles, Amédée sufría, además de repetidas anginas y otitis, indicios de angustia y de un fenómeno de «inhibición». Es decir, que había borrado la casi totalidad de los recuerdos de sus primeros años. «¿Demasiado duro?», garabateó Adamsberg. «¿Malos tratos? ¿Abandono?». Y añadió «patos decapitados».

Su madre, por irresistible que fuera, no había tenido buena prensa en los

alrededores, ni en Malvoisine, ni en Sombrevert, ni siquiera en Versailles. Una opinión unánime, excepto por el alcalde de Sombrevert, a quien el voto del hijo Masfauré importaba. Tenía dieciséis testimonios concordantes, enunciados según todas las gamas del lenguaje, desde la expresión comedida de una teniente de alcalde —invitada a un café por Estalère: «Digamos que se las daba un poco de gran dama»— hasta el estilo más trivial de la tintorera, fielmente consignado por Justin: «Siempre quería subir más arriba de donde tenía el trasero». Una mujer que se creía «la reina de los mares», que «miraba desde arriba», que no daba «ni los buenos días, ni las gracias». Una seductora pero arribista «que no se ocupaba de su crío, menos mal que estaba Céleste», una mujer ávida de dinero, «voraz», «orgullosa de su pasta» y que «nunca tenía suficiente, pobre señor Henri». En cuanto a los de la gran burguesía de Versailles, la consideraban con desprecio como una vulgar advenediza.

Voisenet y Kernorkian habían logrado, gracias a una correspondencia parcialmente conservada en cajas de cartón relegadas al desván, remontarse hasta las relaciones de Marie-Adélaïde Masfauré —de soltera Pouillard— antes de su fabuloso matrimonio. El cuadro estaba incompleto, pero indicaba padres obreros y sin medios, de quienes muy pronto se sintió avergonzada; sus inicios en una peluquería de París; luego como aprendiz de maquilladora; y una entrada modesta en el mundo del teatro. Su belleza y su vivacidad combativa la habían llevado a las camas de al menos tres productores.

Adamsberg levantó los ojos hacia su hijo, que deambulaba con paso quedo por la cocina.

—Danglard va a pasarse por aquí —anunció, lo cual hizo que Zerk sonriera inmediatamente y sacara un vaso del aparador.

—¿No duerme allí con los demás?

—Danglard duerme donde duermen sus hijos. En la madriguera.

—Me dijiste que los hijos habían abandonado el nido.

—Aun así. Danglard duerme cerca de las camas de sus hijos.

La verja rechinó y Zerk abrió la puerta.

—Se ha quedado en el jardín —dijo—. Lucio le ha ofrecido una cerveza.

El comandante había dejado una botella de vino blanco en la hierba y charlaba con el viejo español, Lucio, que compartía el pequeño jardín común con Adamsberg. Sagaz y solemne, el hombre tenía por costumbre tomarse dos cervezas fuera, al llegar la noche, hiciera el tiempo que hiciera. Después, orinaba en el haya antes de entrar, y ese era el único punto de desacuerdo entre los dos vecinos, porque Adamsberg creía que dañaba la base del árbol y Lucio afirmaba que nutría el suelo con benéfico nitrógeno. Danglard se había sentado al lado del viejo, sobre el cajón de madera que

había bajo el haya, y no parecía dispuesto a moverse. Adamsberg sacó dos taburetes, seguido de Zerk, que llevaba el vaso del comandante, dos cervezas encajadas entre sus dedos y un sacacorchos. Cuando Adamsberg conoció, muy tardíamente, a su hijo de veintiocho años, Zerk decía «enganchacorchos» y utilizaba otros términos extraños de ese tipo. Adamsberg se había preguntado si el chico era inteligente, original o quizá lerdo, limitado. Pero como se hacía la misma pregunta sobre sí mismo, sin darle importancia, había acabado por perder el interés en el enigma.

—¿Cuántos gatos hay aquí ahora? —preguntó Danglard al ver pasar delicadas sombras.

—La pequeña ha crecido —dijo Adamsberg—, es muy fecunda. Seis, siete, no lo sé, los confundo a todos, menos a la madre, que siempre viene a frotarse contra mí.

—Hombre, tú la trajiste al mundo y te quiere —dijo Lucio—. Hemos tenido dos camadas, son nueve: Pedro, Manuel, Esperanza... —empezó a contar con los dedos.

Mientras Lucio iba enumerando, Adamsberg tendió un fajo de papeles a Danglard.

—Acabo de imprimir los informes. Esposa más voraz que maternal. En cuanto a la vida del pequeño Amédée, desconocida hasta los cinco años.

—... Carmen y Francisco —concluyó Lucio acabando el recuento de gatos.

—Efectivamente, Céleste no llegó hasta que el pequeño tenía cinco años —dijo Danglard, acercando su vaso a Zerk.

—¿De dónde vino?

—De una aldea, cerca de Sombrevert, con buenas referencias. Con medias palabras, porque no le gusta traicionar, ha dado a entender que, sin ella, el pequeño nunca habría conocido el bienestar afectivo, ni siquiera el alimenticio. La madre salía cuando le venía en gana, se iba a París o a cualquier otro sitio, mientras el padre trabajaba hasta la noche en su despacho. Todo ha recaído sobre Céleste, hasta hoy. De alguna manera, según ella, exceptuando el trauma y la pena, la muerte de la madre no cambió nada en la vida cotidiana del adolescente.

—¿Cómo ha reaccionado Amédée al enterarse de que su padre no se ha suicidado?

—Está aliviado porque no es responsable. Pero se da perfecta cuenta de que es un «sospechoso condenadamente ideal», por citar sus palabras. Piensa que lo van a detener de un momento a otro. Todo está paralizado allí, salvo Victor, que está clasificando los papeles de Masfauré; y Pelletier, que sigue trabajando: con asesinato o sin él, los caballos tienen que comer. Amédée vaga por los prados y los bosques con bolas de galio en los pantalones. De vez en cuando, se sienta en un banco y se las quita.

—Bien por él.

—A mí no me lo parece —dijo Danglard—. No sabe qué hacer con las manos.

—Eso —intervino Lucio— es una cuestión existencial. ¿Qué hace uno con sus diez dedos? Yo solo tengo cinco y sigo planteándome la misma pregunta. A mis años.

De niño, Lucio había perdido un brazo durante la guerra civil española y esa amputación había generado una obsesión incesante, intacta y reiterativa. Ya que, justo antes de perder ese brazo, le había picado una araña, así que no había podido acabar de rascarse la picadura. Para Lucio, «acabar de rascarse» se había convertido en un concepto determinante del comportamiento vital. Acabar de rascarse, siempre, o sufrir por ello toda la vida.

—Amédée solo se anima cuando Victor deja su trabajo para ir a hacerle una visita —prosiguió Danglard—. Parece ser que Amédée no tiene más puntos de anclaje que Céleste y Victor. Tampoco hay ninguna chica. Victor lo protege, salta a la vista. Se diría que no ha hecho otra cosa en toda su vida. Cada dos horas, deja su despacho para dar un paseo con él.

—¿Y él? ¿Victor?

—Se pregunta, como todo el mundo, quién pudo matar a su jefe. A su jefe y a Alice Gauthier. Voisenet se atrevió a sugerir la culpabilidad de Amédée y Victor bajó la frente como si fuera un casco de combate, con un rodete tapándole casi los ojos. Le dio la espalda, como para evitar pegarle. Después volvió y dijo: «Islandia, joder, pero ¿qué más quieren? Ya les hablé de ese asesino demente. ¿Qué más quieren?». Voisenet le contestó torpemente que no teníamos modo alguno de identificar a ese hombre, ni tampoco a los demás miembros del grupo. «¿Y qué?», dijo Victor, «¿como os sentís impotentes, la tomáis con Amédée? ¿Porque a algún pájaro tendréis que meter entre rejas?». A propósito de pájaros, son cornejas cenicientas. Voisenet está un poco decepcionado, creo que esperaba encontrar grandes cuervos. Pienso que lo de la torre es lo que ha disminuido su rendimiento en el interrogatorio. Aun así, se ha tomado la molestia de disponer líneas de excrementos alrededor de la cabaña sin que Céleste se entere.

—Muy bien. Por lo menos habremos servido de algo.

—Ese Amédée —interrumpió Lucio—, ¿es del que habéis dicho que no se sabía nada antes de los cinco años?

—Sí.

—No me extraña que se mire los diez dedos como si no fueran suyos. No ha acabado de rascarse, eso es todo.

—Más que nada es que no quiere rascarse, Lucio —dijo Adamsberg—. Ha borrado todos sus recuerdos. No es capaz de decir dónde estaba, ni con quién, ni por qué.

—Tremenda picadura, entonces.

—En principio, estaba en un centro de salud, y no precisamente de baja categoría, eso seguro. Su padre es riquísimo.

—Centro de salud, ¡un cuerno! —afirmó Lucio—. Estaría en algún sitio donde las pasó canutas. Hay que obligarle a rascarse, no queda otra. Y de dónde estaba el niño, los padres estarían al tanto. Lo cual los convierte en un buen par de cabronazos. ¿No es ese un buen móvil para matar? Hala, un buen escopetazo y asunto resuelto, deuda

pagada.

—Lucio, hay otra mujer asesinada, en París, y no tiene ninguna relación con la infancia de Amédée.

—¿Al mismo tiempo? ¿La mujer?

—La víspera.

—Pues es para engañaros. ¿Te persiguen perros? Échales carroña y sigue tu camino tranquilamente.

—Es lo que decía esta tarde —observó Danglard—, pero de otra manera. En todo caso, Henri Masfauré no esclavizó a Céleste. No solamente le legó medio millón, sino que es ella la que se empeñó a toda costa en vivir en la cabaña del bosque, no cabe ninguna duda sobre este particular. Amédée se lo ha explicado a Estalère. Al final del día, solo quería hablar con Estalère.

—Cuenta, *hombre*.

Era la primera vez que Lucio lo llamaba así y Danglard se lo tomó como un honor. Le parecía que el anciano tendía más bien a menospreciar sus circunvoluciones.

—Céleste había descubierto la cabaña hacía mucho tiempo, un antiguo secadero de manzanas, pero esperó a que Amédée tuviera doce años para pedírselo al jefe. Cada noche de su vida (intento reproducir sus términos, tal como Amédée me lo contó), cuando se quedaba dormida, «se iba a su cabaña» para ahuyentar las preocupaciones. Una cabaña imaginaria que tenía en el tarro, claro, según dice, rodeada de peligros, el viento, la tormenta, los animales. La rehízo mil veces, nunca satisfecha, no lograba nunca la seguridad perfecta de la cabaña ideal, hasta que encontró el chamizo en el bosque. Masfauré primero se negó: demasiado peligroso. Pero era precisamente eso lo que la había seducido. Porque no hay sensación de seguridad sin sensación de peligro. Nunca duerme tan bien como cuando la lluvia azota el tejado y un jabalí se restriega contra las paredes de madera.

—Eso debió de cambiar con la llegada de Marc, ¿no?

—Un poco. Duerme fuera y la protege. Lo encontró huérfano, muerto de hambre y lloriqueando ante su puerta.

—¿Quién es el llorica? —preguntó Lucio.

—Un jabato —explicó Adamsberg—. De ahí su nombre^[4]. Marc la defiende mejor que un regimiento de soldados.

—Lo de la cabaña es como el vientre —dijo Lucio—. Una vez que sales de allí como un cretino, no te queda más que pelear, como se decía en mi pueblo, o hacerte un vientre nuevo.

—¿Una vez que sales de dónde? —preguntó Zerk.

Adamsberg le pidió un cigarrillo, quizá para disimular la torpeza de su hijo.

—Del vientre de la madre —explicó rápidamente.

—Si fuera así —dijo Zerk ofreciendo fuego a su padre—, todos viviríamos en una cabaña.

—Es precisamente lo que intentamos hacer —dijo Lucio—. Y a esa mujer, ¿le pasó algo con su madre?

—Una pelea cuando era joven —dijo Danglard—. Pero la madre murió antes de que pudieran reconciliarse.

—¿Qué os decía? —dijo Lucio abriendo una cerveza con los dientes—. No ha podido enterrar la pelea, no ha podido acabar de rascarse. Y eso, eso la lleva directa a la cabaña. A esa mujer no hay que moverla de ahí bajo ningún concepto.

La gata se frotó contra la pierna de Adamsberg, llevándose de paso unas cuantas bolas de galio. Adamsberg le acarició la cabeza, lo cual tenía por efecto dormirla en pocos minutos. Hacía lo mismo con su hijo pequeño, Tom, con idéntico resultado. Había en los dedos de Adamsberg —también en su voz— un producto lenitivo y soporífero más eficaz que cualquier cabaña. Pero no iba a ponerse a rascar la cabeza de Céleste.

—Subo a mi cabaña —dijo levantándose—. Va a llover, es buen momento. Lucio, no te mees en el árbol.

—Hago lo que quiero, *hombre*.

—Haré lo que quiera, *hombre*.

XIII

El comisario Bourlin despertó a Adamsberg a las seis de la mañana.

—Me ha caído encima otro suicidio, colega. ¿Tienes algo para anotar? Es en el distrito 15, claro; si no, no me habría enterado.

—Bourlin, ¿vas a llamarme cada vez que tengas un muerto?

—El 417, calle de Vaugirard, tercer piso, código del portal: 1789B.

—La Revolución, otra vez la Revolución.

—¿Qué murmuras?

—Nada. Intento vestirme con una sola mano.

—Pero el código no funciona, o sea, que no importa.

—¿Han forzado la puerta del piso?

—No. Es un suicidio perfecto. Bueno, atroz más bien, a la japonesa. El tipo se ha hundido un cuchillo en el vientre. Causas probables: dirigía una editorial de libros de arte: quiebra, deudas y ruina.

—¿Hay huellas en el cuchillo?

—Las tuyas.

—Entonces, ¿por qué me estoy vistiendo, Bourlin?

—Porque en su biblioteca hay tres libros sobre Islandia. Y eso que no era muy viajero. Una cosa sobre Roma, un plano de Londres, una visita a la Camarga y para de contar. Pero tres sobre Islandia. Entonces mandé buscar el signo. He sudado la gota gorda, créeme. Porque en blanco sobre blanco, no ha sido fácil de localizar. Había que tener fe.

—Date prisa.

—Allí estaba, grabado con la punta de un cuchillo en un zócalo, a ras del suelo.

—Dame la dirección otra vez, no te estaba escuchando.

Al hombre lo habían asesinado en la cocina, que había quedado transformada en un charco de sangre. Habían puesto pasarelas para la circulación de los agentes. Ya había pasado el equipo técnico, estaban retirando el cuerpo con dificultad. La víctima era bajita pero gruesa y pesada, y los guantes resbalaban sobre la bata ensangrentada.

—¿A qué hora? —preguntó Adamsberg.

—A las dos y cinco de la madrugada, para ser exactos —dijo Bourlin—. El vecino oyó un grito terrible y el ruido de una caída. Él nos llamó. Mira el signo, aquí.

Adamsberg se arrodilló y abrió su libreta para reproducirlo.

—Es el mismo, sí. Pero me parece más pequeño, más vacilante.

—Ya me he dado cuenta. ¿Crees que es una imitación?

—Bourlin, de momento vagamos como pompas de jabón al viento. Más vale no

pensar demasiado.

—Como prefieras.

—¿Tienes ya en tu máquina las fotos de la víctima?

—¿En mi «bruja que cuenta»? Sí. Victor podría identificarlo. Se llama Jean Breuguel. No como Brueghel el Viejo, que diría Danglard, solo Breuguel.

—Entendido —dijo Adamsberg, sin comprender la alusión de Bourlin—. Mándaselas a Victor. Explícale en dos palabras la situación. Aquí encontrarás su correo electrónico —añadió Adamsberg, tendiéndole su libreta.

Libreta cubierta de dibujos en los márgenes o en mitad de las páginas, comprobó Bourlin mientras preparaba su envío de fotos al Creux.

—¿Eres tú el que hace esto? ¿Estos dibujos?

Adamsberg observaba cómo cedía la pasarela de plástico con el peso de Bourlin, en medio del charco de sangre.

—Sí —dijo Adamsberg, encogiéndose de hombros.

—¿Este es el retrato de Victor, aquí, debajo de su dirección?

—Sí.

—Y aquí, Amédée, Céleste, Pelletier —dijo Bourlin hojeando las páginas.

—Que sepas que Masfauré lo excluyó de su testamento. Sospechoso de fraude en la compra de caballos y semen.

Bourlin no escuchaba, ocupado en examinar los dibujos, todavía suspendido a veinte centímetros encima de la sangre coagulada. Finalmente, grabó la dirección electrónica de Victor y le devolvió la libreta al comisario, receloso.

—¿A mí también me has dibujado?

Adamsberg sonrió y volvió al principio de la libreta.

—Lo hice de memoria —precisó—, en nuestra primera visita al Creux.

—No me sacaste demasiado feo —dijo Bourlin, bastante encantado de la imagen de sí mismo que reflejaba el dibujo.

—Toma —dijo Adamsberg, que arrancó la hoja y se la tendió a su colega—. Si te apetece.

—¿Podrías hacer unos dibujos de mis hijos?

—Ahora no, Bourlin.

—Ya, pero ¿algún día?

—Un día sí, cuando volvamos a cenar en la Auberge du Creux.

—Las fotos han salido —dijo Bourlin cerrando el ordenador—. Ven a ver los libros sobre Islandia. Aquí —dijo pasando al salón—. Los he puesto en la mesa baja. Puedes tocarlos, no hay huellas.

Adamsberg movió la cabeza.

—Es normal, son nuevos. Los tres. No tienen polvo, ni páginas dobladas; están impecables.

Adamsberg abrió uno y aproximó su nariz.

—Incluso huelen a nuevo.

—Un momento —dijo Bourlin, sentándose al lado de Adamsberg en un sofá gris hundido—. Un momento. ¿Quieres decir que nos han colocado estos libros para orientarnos hacia Islandia? ¿Pero que, como son nuevos, la pista es falsa?

—Exactamente. Nos hemos equivocado, Bourlin.

—Y el asesino metió la pata. Podría haber comprado libros de segunda mano.

—Le faltó tiempo, seguramente. Figúrate tres asesinatos en ocho días. Se está dando prisa. Pero sus libros, al menos, nos han dirigido hacia un objetivo: buscar el signo.

—¿Por qué deja siempre este signo asqueroso si quiere que creamos que se trata de suicidios?

—Sabe que ya no creemos que sean suicidios. O no es lo que quiere realmente. Un asesino que firma está poseído por el orgullo, es algo banal, como diría Retancourt. Tarde o temprano, si hubiéramos archivado los casos, nos habría hecho saber que se trataba de asesinatos, de los suyos, de su obra. Para que no echáramos los muertos a las mazmorras de la torre del Creux.

—A no ser que el signo no sea para nosotros. Sino para que los demás lo sepan. Los que quedan del grupo islandés.

—Pero si este hombre no estuvo en Islandia, Bourlin.

—Joder, se me olvidaba —dijo Bourlin sacudiendo la cabeza—. Y además, el signo es algo diferente. ¿Quién más conoce la relación entre los dos primeros asesinatos y el signo? Victor y Amédée, solo ellos. Les enseñaste el dibujo.

Los dos hombres meditaron un momento en silencio. Es decir, Adamsberg dejaba vagar su mente, mientras Bourlin reflexionaba, incluso rumiaba, dándole veinte vueltas a su pensamiento, mientras se sonaba el catarro primaveral.

—A no ser que no se trate del mismo asesino —dijo Adamsberg—. A no ser que un tío sepa de los otros dos asesinatos y el signo y que los haya utilizado para cometer este crimen. Colándonos los libros sobre Islandia. Pero con poca práctica para dibujar el signo.

—Piensas en Victor.

—Sí, para limpiar a Amédée de cualquier sospecha. Amédée, que debe de tener para esta noche una coartada de cemento armado. ¿Quién puede vigilar las idas y venidas de Victor? Por la noche, Céleste está en el bosque y Pelletier muy lejos, en las caballerizas.

Bourlin apoyó la frente en sus grandes manos.

—No creas que me escaqueo, Adamsberg, pero me alegro bastante de que heredes todo esto. Yo ya me pierdo.

—Es que no has dormido.

—¿Tú no te pierdes?

—Yo estoy acostumbrado, que no es lo mismo.

—Voy a buscar el termo.

Bourlin sirvió dos cafés en copas grabadas, los únicos recipientes que encontró fuera de la cocina.

—¿Acostumbrado a qué? —preguntó Bourlin.

—A perderme. Bourlin, imagina que andas por una playa de arena y rocas.

—Vale.

—¿Visualizas esas algas secas que se enganchan unas a otras y se enredan en una especie de madeja inextricable?, ¿qué forman una bola grande, a veces muy grande?

—Perfectamente.

—Pues eso es lo que tenemos.

—Una bola de mierda.

—Desgraciadamente, no. ¿No hay azúcar?

—No, está en la cocina. No me atrevo a ir allí a robar azúcar. Es una cuestión de respeto, Adamsberg.

—No me refería al azúcar, sino a la bola de mierda. He dicho «desgraciadamente, no» porque la mierda es una materia coherente, homogénea. Mientras que una bola de algas esta hecha de miles de fragmentos enmarañados que provienen de decenas de algas diferentes.

Los dos hombres, cansados, se tomaron sus cafés amargos. Al alba, el saloncito resultaba mustio, sin remozar desde hacía al menos veinte años, apenas iluminado por un pálido sol naciente; olía a naufragio y abandono. Y era incongruente tomar allí café en copas.

—Mira en el *tölva*, a ver si ha contestado Victor —dijo Adamsberg sin moverse, engullido por el viejo sofá gris con agujeros de quemaduras de cigarrillos.

Bourlin tuvo que teclear su código tres veces, las teclas eran pequeñas para sus gruesos dedos.

—Puedes añadir otra alga a la bola —dijo finalmente—. Victor asegura que no ha visto nunca a este tipo. A pesar de ser un... «hipermnésico», como dice Danglard.

—Hipermnésico, creo. Pero no estoy seguro.

—Entonces, es lo que tú decías. Breuguel nunca hizo ese viaje. Pero nos inducen a creerlo.

—¿Has podido determinar de qué manera ha entrado el asesino?

—La puerta de la cocina da a la escalera de servicio —explicó Bourlin—, pero sobre todo da al colector de basura que hay en cada rellano. Cada noche (información facilitada por el vecino de abajo, una vez más), Breuguel tiraba allí su bolsa de basura antes de acostarse. Bastaba con esperarlo en el rellano y agredirle al volver a la cocina.

—Y conocer sus costumbres.

—O vigilarlo durante un tiempo para memorizarlas. Al igual que los demás, el hombre podía hablar. Ruina, depresión, factores combinados para una posible confesión.

—¿Confesión sobre qué?

—Pues sobre Islandia.

—Este hombre no estuvo en Islandia —dijo Adamsberg.

—Mierda —dijo Bourlin, volviendo a apoyar la frente entre las manos.

—Es lo que te decía. Es el efecto de la bola de algas. Es inevitable. ¿Tienes hora?

—Llevas dos relojes en la muñeca. ¿Por qué no la miras tú mismo?

—Porque no funcionan.

—Y entonces, ¿por qué los llevas? Y además, ¿por qué dos?

—No lo sé, hace ya mucho tiempo que los llevo. ¿Me dices qué hora es?

—Las ocho y cuarto.

Bourlin volvió a servir dos cafés en las copas grabadas.

—Seguimos sin tener azúcar —dijo en tono desolado, como si resumiera con esa penuria el estado alarmante de la investigación—. Y tengo hambre.

—No puedes ir a la cocina a manganar comida, Bourlin. Tú lo has dicho. No atraca uno a los muertos deslizándose por encima de un charco de su sangre.

—Pues me importa una mierda.

Adamsberg emergió del viejo sofá y deambuló por el vetusto saloncito. Bourlin volvía con azúcar en polvo y una lata de raviolis que engullía fríos, pinchándolos con la punta de su navaja de bolsillo.

—¿Mejor? —preguntó Adamsberg.

—Sí, pero está asqueroso.

—Hay que considerar la posibilidad —expuso con lentitud Adamsberg, casi científicamente— de que la bola de la que hablábamos —prosiguió separando las manos— sea todavía más gorda de lo que imaginábamos.

—Gorda ¿como qué?

—Como tú.

Los dos hombres sopesaron en silencio esta eventualidad. Luego Bourlin se centró de nuevo en la lata de raviolis.

—Entonces estamos jodidos —dijo—. Nunca encontraremos al asesino.

—Es muy posible. Cuando te tiran a los pies treinta bolas de billar, es casi imposible reconocer la buena. Es decir, la de salida.

Adamsberg cogió un bocado de la punta de la navaja de Bourlin.

—¿Y tú qué opinas de este ravioli frío? —preguntó Bourlin.

—Asqueroso.

—Ya tenemos una cosa clara.

—Eso y los córvidos de la torre, que son cornejas cenicientas.

—Dos, pues.

—Frente a esto —retomó Adamsberg dejando de caminar—, tenemos que lanzar nuestra propia bola. Por irrisoria que sea. Recurrir a los métodos arcaicos.

—¿Un comunicado de prensa?

—En prensa y en redes sociales. Llegará al mundo entero en menos de seis horas.

—¿Para decirle al asesino que sabemos que son suicidios?

—Seguro que le hará ilusión. Pero no se juega a provocar a un tipo obsesionado con la guillotina.

—Si es que se trata de una guillotina.

—Si es que lo es. No lo olvido, Bourlin. Nos preocupamos de proteger a los demás miembros del grupo islandés. Las compuertas están abiertas, nada nos dice que el asesino no tenga en la cabeza eliminarlos a todos, uno tras otro, y quedarse tranquilo de una vez.

—¿Me estás tomando el pelo? Has dicho que dejábamos lo de Islandia. Por él y por los libros nuevos.

—¿Y si Victor miente? ¿Y si lo conocía?

—Entonces, ¿volvemos a Islandia?

—¿Cómo quieres que nos alejemos de algo si no sabemos ni dónde estamos?

—En el comunicado, ¿hablaremos del signo?

—No —dijo Adamsberg al cabo de un instante—. De momento, nos lo guardamos. Publicamos algo del estilo de (ya me lo redactará Danglard) «Tres muertes en ocho días». Damos los nombres y las fotos.

—¿Tres? —interrumpió Bourlin—. Pero si Breuguel no estuvo en Islandia.

—Da igual. Y luego: «Las autoridades policiales tienen razones para creer que los miembros del dramático viaje, etcétera, que tuvo lugar en Islandia, etcétera, podrían estar amenazados por un asesino. Se ruega a las personas a quienes pudiera afectar, etcétera, que se den a conocer con la mayor brevedad en una gendarmería o una comisaría, con el fin de que se pueda garantizar su protección, etcétera». Con la dirección de correo electrónico de la Brigada y el número de teléfono.

Bourlin se acabó el desayuno, arrugó la lata con el puño, cerró el ordenador y se levantó del sofá gris apoyándose en el reposabrazos.

—Lanza la bola —dijo.

XIV

A las diez y media, sin afeitarse y con la camiseta del revés, Adamsberg terminaba de informar a los miembros de la Brigada acerca de las circunstancias del tercer asesinato. Y puesto que el vaso de *whisky* encontrado en la cabaña de Céleste no contenía nada sospechoso, posiblemente eso la exculpaba (salvo drama amoroso secreto, recordó Danglard). La mujer habría conservado para sí la última huella de los labios de Henri Masfauré.

El comunicado de prensa estaba redactado y la teniente Froissy se encargaba de difundirlo en ese momento. Todos o casi todos habían vuelto de su misión en Yvelines.

La sala del Concilio se estaba vaciando y Adamsberg retuvo a Froissy por la manga.

—Teniente —dijo—, cuando haya publicado el anuncio, pero solo después, encuéntreme algo de comer. No he tomado nada desde anoche.

—Ahora mismo —dijo Froissy, febril.

Los alimentos eran el punto débil de Hélène Froissy, patológico según algunos. Lejos de ingerir cantidades ingentes de alimentos con la desacomplejada soltura de Bourlin, Froissy comía poco, seguía siendo delgada y elegante, pero vivía atenazada por el pánico a la carencia. El armario metálico de su despacho se había convertido en una especie de reserva en caso de guerra, y los miembros de la Brigada iban y se servían un poco de todo cuando había falta de víveres, durante las horas extraordinarias. Estas sustracciones provocaban en Froissy tal pánico que las sustituía al momento, escapándose bajo cualquier pretexto para ir a la compra. El hambre repentina del comisario repercutía en el espejo de su propia angustia. Habría abandonado cualquier misión con tal de alimentar a los demás. Fuera de este doloroso punto, Froissy era de lejos la mejor informática del equipo, seguida por Mercadet. Pero a esas horas, Mercadet estaba durmiendo arriba, en el cuarto de la máquina de bebidas.

—No hay ninguna prisa —la tranquilizó Adamsberg—, el comunicado primero. Tan pronto como sea posible. Luego, mientras esté comiendo, me contará lo que ha encontrado sobre Alice Gauthier.

En diez minutos la rápida Froissy había difundido el comunicado, que circulaba proyectado en su carrera alrededor del mundo, y había traído lo necesario para alimentar a Adamsberg en su despacho. En su plato, con cuchillo y tenedor —pues la teniente no descuidaba el servicio—, Adamsberg adivinaba la razón de que no hubiera pan fresco: Froissy había temido que el comisario se desmayara por inanición

en lo que tardaba en ir y volver de la panadería. Mandaba la urgencia nutricional.

—Vamos allá —dijo Adamsberg, atacando la loncha de paté.

—Es *mousse* de jabalí al Armañac. También tengo jamón italiano en virutas, al vacío, claro, y no es tan rico, o *magret* de pato, o...

—Está perfecto, Froissy —dijo Adamsberg, levantando una mano—. Cuénteme. ¿Ha podido averiguar algo sobre el visitante de Alice Gauthier, el del martes siete de abril, al día siguiente de la visita de Amédée?

—Para el vecino, el que llamó a la puerta fue el mismo, porque oyó ese «Dé» en el nombre. Y porque fue a la misma hora, cuando la mujer estaba sola. Pero no lo puede asegurar.

—¿Y qué dicen los colegas de Gauthier?

—He visto a dos y al director. Cuando volvió de Islandia, la recibieron como a una especie de heroína, pero ella no quería ni oír hablar de aquello. Rechazaba cualquier muestra de compasión. Como ya se ha dicho, era dura de pelar. Impuso silencio sobre el tema y lo consiguió. De su vida, no sabían nada. Una de sus colegas piensa que era homosexual, pero no está segura y tampoco le importa. No hay gran cosa que sacar de todo esto. He preguntado al director si es posible que hubiera algún joven a quien se las hubiera hecho pasar canutas y que quisiera vengarse. Pero según él, incluso furiosos, los chavales entraban en vereda.

—¿También los chantajistas a quienes había denunciado?

—Parece ser que sí. Eran jóvenes, ni siquiera les cayó una pena con libertad condicional. No se mata a alguien, años después, por una cosa así. No, el único punto candente de su vida, o gélido, más bien, es la tragedia en Islandia.

—¿No existe ninguna confidente, ningún amigo o amiga, a quien hubiera podido revelar algo antes de hablar con Amédée?

—Nadie a la vista. Las dos colegas dicen que se recluyó después de la tragedia. Que la mujer a la que veían a veces que iba a esperarla a la salida del colegio, desapareció. Supongo que se trataba de su amiga la «medioambientalista». O sea, que debieron romper. En cuanto a las cenas bianuales con los demás profesores, dejó de ir. Devolvía los deberes corregidos al día siguiente, lo que demuestra que se quedaba en casa. El portero de su edificio lo confirma: nada de salidas, nada de invitados. Después cayó enferma, hace dos años. Enclaustrada.

—Punto muerto —concluyó Adamsberg—. Tenemos o puntos muertos o cien hipótesis que se enmarañan en las contradicciones y los meandros.

—El comunicado nos va a sacar de ahí, comisario. Cuando hayamos interrogado a todos los supervivientes de ese islote de muerte, la bruma se levantará en diez minutos, como allí, en Islandia.

Adamsberg sonrió. Froissy tenía el arte de soltar a veces frases optimistas e ingenuas, como si se dirigiera a un niño. Alimentar, tranquilizar, consolar.

—No se aparte de la pantalla, Froissy, que no se le pase ni un solo mensaje, se lo ruego.

—Día y noche, comisario —aseguró Froissy quitando el plato vacío—. He instalado una alarma sonora que me notifica cualquier respuesta a este anuncio.

Y día y noche era algo de lo que ella era capaz. Dormitando en su sillón, atenta a la señal. Alarma sonora de notificación. Adamsberg ni siquiera sabía que existiera eso en las «brujas que cuentan».

XV

Y un silencio estupefacto, después ansioso, fue envolviendo poco a poco a la Brigada.

La noche del día siguiente a la publicación del anuncio, ni un solo miembro restante del grupo islandés se había manifestado. Adamsberg se había arrancado las últimas bolitas de galio del pantalón y merodeaba por los despachos, entre los agentes perplejos cuya actividad se ralentizaba conforme pasaban las horas, cada cual pendiente de alguna aparición estimulante de Froissy fuera de su despacho. Un pequeño grupo de debate se había formado en el pasillo.

—Incluso suponiendo que no todos estén en las redes sociales —decía Voisenet—, incluso suponiendo que ninguno lo esté, alguien les tendría que haber avisado ya. Un amigo, un miembro de la familia.

—Tienen miedo —dijo Retancourt.

Llevaba en el brazo el gato blanco y gordo de la Brigada, que reposaba amorfo sobre ella cual trapo limpio y doblado en dos, relajado y confiado, con las patas colgando a cada lado. Retancourt era el ser preferido del gato, también conocido como la Bola, bola que podía alcanzar ochenta centímetros en extensión. Retancourt estaba a punto de darle de comer, es decir, de llevarlo al piso de arriba, donde aguardaba su escudilla, porque el gato —que gozaba de perfecta salud— se negaba a subir la escalera solo y a comer sin compañía. Por lo tanto, había que esperar a su lado hasta que hubiera engullido su porción, para seguidamente bajarlo y depositarlo en su lugar predilecto, la tibia fotocopiadora que le servía de cama.

—¿Más miedo al asesino que a ser asesinado mañana?

—Siguen la consigna del silencio. Si se presentan, si nos hablan, serán ejecutados. ¿Para qué adelantarse? Se creen fuera de peligro mientras no hablen.

—Después de tres muertos, al menos uno de ellos debería intentar buscar refugio.

—Victor dice la verdad cuando asegura que el hombre los tenía aterrorizados.

—¿Diez años después?

Adamsberg se reunió con ellos.

—Sí, diez años después —confirmó—. Y si los tiene aún bajo su influjo, es porque no deja que lo olviden. O los ve o les escribe. Mantiene una vigilancia y una presión continuas.

—¿Y por qué? —preguntó Mordent—. En ese grupo que se formó en un arrebato, una noche, en una fonda, nadie conocía el nombre de los demás. En el fondo, ¿qué podrían decirnos que supusiera un peligro para él?

—Podríamos obtener un retrato robot —dijo Voisenet—. Puede que algunos sepan a qué se dedica. O que sepan mucho más de lo que imaginamos.

—¿Piensa en Victor? —preguntó Adamsberg.

—Por ejemplo. No tenía más opción que la de hablar con nosotros. Pero puede

que nos haya dicho lo justo. Resulta demasiado arriesgado para él, como para los demás, darnos una información precisa sobre el hombre. Lo mismo en el caso de Amédée. Es posible que Alice Gauthier le dijera mucho más. Y que tenga que cerrar la boca para sobrevivir.

—¿Qué hacemos? —preguntó Estalère, a quien la parálisis del equipo desconcertaba.

—Dar de comer al gato —dijo Retancourt subiendo la escalera.

—Mercadet está durmiendo —dijo Estalère contando con los dedos—; Danglard, tomando una copa; Retancourt, llenando el cuenco; Froissy, vigilando su pantalla. Pero ¿y nosotros?

Adamsberg sacudió la cabeza. No había ni una sola brizna de la bola de algas que se pudiera coger sin que se rompiera. Se había pasado el fin de semana sin alejarse más de un metro de su teléfono, con el volumen al máximo, ansiando una llamada de Froissy. Pero ya no tenía esperanza. Todos aterrados, ocultos, mudos. Y ninguno creía en la protección policial. ¿Quién se cree que un par de polis apostados delante de una puerta disuadirían al asesino de darles alcance? Ellos sabían lo que les esperaba, ellos lo conocían, lo habían visto en acción. ¿Y cuánto tiempo iba a durar esa protección? ¿Dos meses? ¿Un año? ¿Era la policía capaz de movilizar a cincuenta hombres para salvaguardarlos durante diez años? No. El asesino les había avisado: ni siquiera la cárcel le impediría eliminarlos. A ellos, a los cónyuges, a los hijos, a los hermanos, a las hermanas. Entonces, ¿para qué presentarse estúpidamente a la pasma? Sería como ir al matadero.

Eso suponiendo que Islandia fuera una pista fiable.

La temperatura era suave aquel domingo al anochecer. Adamsberg iba y venía por el jardín, móvil en mano, seguido de la madre gata. Como si lo hubiera estado vigilando desde su ventana, el viejo español se reunió con él llevando dos cervezas.

—¿Qué, *hombre*, no lo consigues?

—No lo solucionaré, Lucio. Tres muertos en ocho días; hay otros en peligro, de los cuales hay cuatro que ni siquiera sé quiénes son. Serán asesinados mañana, dentro de un año, dentro de veinte, no sabría decirlo.

—¿Lo has intentado todo?

—Creo que sí. Incluyendo un error.

Porque el anuncio que había publicado solo había servido para poner al asesino sobre aviso. Sin traer ni un solo grano al molino. Una idiotez y punto. Puede que no hubiera pensado correctamente. Puede que no le hubiera dado siete vueltas a la idea.

Lucio destapó la botella de cerveza con los dientes.

—Vas a joderte la dentadura abriendo las botellas así.

—No es mía.

—Eso también es verdad.

—No es como si dejaras una investigación a medias —dijo Lucio—. Es una historia que se acaba. No tendría que escocer.

—No me escuece. Pero la historia no ha terminado. Otro día, otro muerto. En esas estoy, esperando un muerto, esperando que el asesino deje una pista. Y no la dejará, créeme.

—Has debido de pasar por alto alguna vía.

—No hay vía que valga. Es una bola gorda de algas enmarañadas. Y secas. Sin vía alguna. Y es él quien la ha hecho. Y cuando creemos que le encontramos un sentido, vuelve a enmarañar la bola de otra manera.

—Se lo está pasando en grande, el tío.

Lucio se rascó el brazo ausente en el vacío, en el sitio donde le había picado la araña.

—Estás así por que no tienes mujer desde hace meses.

—¿Cómo que «así»? —preguntó Adamsberg, abriendo su botella de un golpe seco en el tronco del haya.

—Esto también estropea el árbol. «Así», dando pena a todo el mundo con tu bola de algas.

—¿Y cómo sabes que no tengo mujer? Siempre tengo una mujer en algún sitio.

—Qué va.

XVI

Llegó solo, a las nueve y veinte, a la Brigada el lunes por la mañana. Con bola de algas y falta de sueño. Una docena de sus hombres se había agrupado en la recepción alrededor del cabo Gardon, dominados todos por la masa de Retancourt, que parecía equilibrar el conjunto y que confería un eje a esa escena un tanto pictórica. Esperaban, mudos, algo tensos, las miradas posadas en la sala de acogida, como si Gardon tuviera entre las manos una limosna de la Providencia o un ingenio explosivo. Nunca Gardon se había encontrado en semejante situación, convertido en centro de la curiosidad de todos, y no sabía qué decir ni qué hacer. Aunque las limitadas capacidades de Gardon fueran sobradamente conocidas, a nadie se le habría ocurrido quitarle la carta de las manos. Habría sido ofender al recepcionista. Era él quien había recibido la misiva, era él quien tenía que desempeñar su tarea.

—La ha traído un mensajero especial —explicó al comisario.

—¿El qué, Gardon?

—La carta. Va dirigida a usted. Pero como el papel es grueso, como la letra es bonita, igual que en una invitación de boda, comisario, y como lleva esto —dijo dirigiendo el índice hacia el ángulo izquierdo del sobre—, se la he enseñado al teniente Veyrenc, y entonces todo el mundo ha venido para verla.

Gardon se la entregó a Adamsberg, horizontal, como si se la hubiera ofrecido en bandeja de plata, y cada uno mantuvo su postura, sin mover el cuerpo, solo las miradas, que convergieron en el comisario. «Saben algo que tú no sabes», pensó Adamsberg oyendo la voz cascada de Lucio.

Dirección escrita con pluma y no con rotulador o bolígrafo, letra casi caligrafiada, sobre de lujo, forrado. Casi dudó en leer el nombre del remitente, arriba a la izquierda, que parecía haber petrificado a su equipo:

ASOCIACIÓN DE ESTUDIO DE LOS ESCRITOS DE MAXIMILIEN ROBESPIERRE

Sus dedos apretaron ligeramente el sobre y levantó la cabeza.

—La guillotina —dijo Veyrenc en voz baja, resumiendo los pensamientos, el único pensamiento, de todos los presentes, que asintieron, separaron las manos o se frotaron las mejillas.

La interpretación del signo que había hecho Adamsberg los había divertido o irritado: simple pérdida de tiempo, paseo fuera de pista por las nubes, y a eso llevaban mucho tiempo acostumbrados, tanto que no le habían dado importancia, excepto Veyrenc. Adamsberg cruzó su mirada con la suya, que sonreía.

—*La terrible cuchilla destella en la alborada* —declamó el teniente en voz baja—. *Los oscuros cadalsos se alzan hacia el cielo.*

»*La hoja cae helada: una vida que siegan.*

»*No queríamos ver esa imagen funesta.*

—La rima, por Dios, Veyrenc, la rima —dijo Danglard.

Veyrenc encogió los hombros. Su manía —heredada de su abuela, a pesar de que era una mujer inculta— de declamar falsos y malos versos que él consideraba «al estilo de Racine», desazonaba al comandante. Solo en medio de los demás, Danglard mantuvo la cabeza baja, la espalda encorvada. Adamsberg podía captar sus pensamientos. Su adjunto rumiaba su fracaso en descifrar el signo, a lo que se sumaba su oposición algo cáustica a la interpretación de Adamsberg. Al igual que los demás, se había negado a considerar «esa imagen funesta».

—Pues... una carta, comisario, es para abrirla, ¿no? —dijo Gardon sin ánimo de ofender, y su intervención rompió prosaica ese momento de tensión colectiva que los había llevado a una tierra inquietante o acaso poética.

—Un abrecartas —pidió Adamsberg, alargando la mano—. No voy a romper esto con el dedo. Sala del Concilio —añadió—. Reunid a todos los que queden por los despachos o donde la máquina de bebidas.

—Mercadet está dando de comer al gato —precisó Estalère.

—Pues bajadme al gato y a Mercadet.

—Ya voy yo —dijo Retancourt, y nadie se opuso, porque bajar a la Bola y al teniente medio dormido no era tarea fácil, menos aún teniendo que pasar por el condenado escalón irregular con el que todo el mundo tropezaba cada dos por tres.

Adamsberg leyó primero la carta para sí, mientras Estalère servía cafés en la sala del Concilio. El comisario no sabía leer de manera fluida en voz alta y tropezaba con las palabras, o incluso las modificaba. No es que lo intimidaran sus adjuntos, pero prefería transmitirles un texto más o menos claro, porque presentía que la prosa del refinado autor no sería de las más sencillas.

Froissy entró la última en la sala, los ojos cansados por su vigilia de tres días y tres noches delante de la pantalla muda.

—Por fin nos ha llegado una contestación, pero a la antigua —le dijo Adamsberg.

El comisario esperó que el tintineo de las cucharitas en las tazas se hubiera apaciguado para iniciar su lectura.

—De François Château, presidente de la Asociación de Estudio de los Escritos de Maximilien Robespierre.

Señor comisario:

No fue hasta ayer, avanzada la noche, cuando tuve noticia, a través de un colega, del anuncio que sus servicios habían publicado respecto al asesinato de tres personas, a escasos días de distancia; a saber: la señora Alice Gauthier y los señores Henri Masfauré y Jean Breuguel. Dicho anuncio me dio a conocer estos nombres que ignoraba hasta entonces. En cambio, he reconocido en las fotografías, y sin que cupiera la menor duda, a esas desdichadas víctimas.

Me parece de la más alta importancia hacerle saber que las tres eran miembros

de la susodicha Asociación, cuya presidencia tengo el honor de asumir. Aunque se trataba de visitantes ocasionales, esas personas asistían a nuestras asambleas desde hará unos siete o diez años —no sabría ser más preciso— una o dos veces al año, hacia principios del otoño y en primavera.

Su «desaparición» no me habría inquietado en modo alguno sin la lectura de su comunicado. No existe, en nuestros estatutos, ninguna obligación de asistencia presencial y cada uno es libre de venir e irse cuando lo desee. Sin embargo, la coincidencia entre estos tres fallecimientos y la asistencia a nuestro grupo de estudio por parte de las víctimas me alarma legítimamente. Más aún por cuanto observo la notable ausencia de un cuarto miembro, mucho más asiduo y que parecía mantener algún contacto con los fallecidos. Al menos se saludaban, estoy seguro de ello.

Le ruego me disculpe por la extensión de esta carta, pero comprenderá fácilmente que tema —por utilizar una fórmula que un policía no desaprobaba— que haya un asesino entre nuestros muros, lo cual tendría como consecuencias otras posibles y trágicas muertes y el final seguro de nuestras actividades.

Por estos motivos, le quedaría profundamente agradecido si aceptara encontrarse conmigo con la mayor celeridad, de ser posible a las 12h30, al recibir la presente. Habida cuenta de estos alarmantes elementos, parece altamente preferible que nadie me vea entrar en sus instalaciones. Le quedaría, pues, muy agradecido —y le ruego no tome a mal estos modos inusuales, dictados por las circunstancias— si tuviera usted a bien ir al Café des Joueurs, en la calle de Tanneurs, y presentarse al dueño como uno de mis conocidos. Lo guiaré hasta la puerta de atrás y por una callejuela que da a un aparcamiento subterráneo. Por la escalera 4, saldrá a dos pasos de la puerta trasera del café La Tounée de la Tournelle, en el muelle del mismo nombre. Me encontrará sentado en una mesa mal iluminada al fondo de la sala, a la derecha. Estaré leyendo Motos de ayer y de hoy. Le agradeceré que lleve esta carta con usted para que pueda estar seguro de su identidad.

Sin más, señor comisario, le ruego acepte mis más respetuosos saludos.

Adamsberg solo se había trabado en una decena de palabras —¿y a quién no le habría pasado?, se dijo—. Un silencio desconcertado siguió a la lectura, inicialmente debido más al tono de la carta que a su contenido.

—¿Podemos volverla a oír? —preguntó Danglard, al notar el pánico en los ojos de Estalère, que manifiestamente había perdido pie.

Adamsberg miró mecánicamente sus dos relojes parados, preguntó la hora —las diez y diez— y obedeció sin que nadie encontrara nada que objetar.

—Adiós, Islandia —resumió Voisenet cuando el comisario terminó la carta.

—En efecto —dijo Noël—, ya puedes esperar sentado, si lo que quieres es ir a contemplar peces en las aguas árticas. En cambio, si lo he entendido bien, vamos a

sumergirnos en un acuario donde nadan peces mucho más raros que todos los que conoces. Un acuario para pirados del robespierrismo. Eso seguro que sí valdrá la pena.

—Clima igualmente glacial —dijo Voisenet.

—Nada indica que se trate de una sociedad de «robespierristas» —dijo Mordent, con el ligero desprecio que destilaba cuando se dirigía a Noël—. Sino de investigadores que analizan los textos de Robespierre. Es un matiz importante.

—Aun así —dijo Noël—, son gente apasionada por ese tío. Estamos en la Brigada Criminal. No vamos a ponernos a defender asesinos en masa, ¿no?

—Fin del debate, Noël —dijo Adamsberg.

Noël se arrebujo en su cazadora de cuero, ese caparazón viril que le hacía parecer el doble de fornido de lo que era.

—¿Una trampa? —preguntó Justin alargando un delicado dedo hacia la carta—. Le está pidiendo que pase por un auténtico dédalo para reunirse con él.

—Es increíble: los trucos que se inventa la gente para librarse de la policía —dijo Kernorkian.

—Lo que resulta más bien tranquilizador, en cierto sentido —comentó Adamsberg.

—Le piden —insistió Justin— que vaya allí a encontrarse, suponiendo que la callejuela o el aparcamiento no sean una encerrona, con un desconocido que habla como un libro, de quien no se sabe si dice la verdad ni si es realmente presidente de esa asociación. Todo esto parece muy conspirativo, huele a intriga a la antigua.

—No iré yo solo, Justin. Me acompañarán Veyrenc y Danglard. Me ayudarán en la comunicación, para dar un envoltorio histórico a la conversación.

—El fondo de la salsa, por así decirlo —propuso Voisenet.

—La historia no es un fondo de salsa —protestó Danglard.

—Perdone, comandante.

—Y como protección —añadió Adamsberg—, porque nunca se sabe, efectivamente, cinco agentes en retaguardia. O sea, usted sola, Retancourt. Espérenos en el aparcamiento y síganos. Es el punto peligroso del recorrido. Después entre en La Tournée de la Tournelle por la puerta principal, como una clienta cualquiera que viene a comer. No se haga notar.

—No le será fácil —ironizó Noël.

—Más que a usted, teniente —dijo Adamsberg—. Usted huele a poli de asalto a más de cien metros. En cambio, Retancourt inquieta o tranquiliza a su antojo.

Adamsberg leyó sobre el tranquilo rostro de Retancourt que la ofensa de Noël se pagaría, y que no sería la primera vez.

—La asociación existe realmente, acabo de comprobarlo —dijo Froissy, que rara vez abandonaba su pantalla y que no había oído el intercambio—. Fue fundada hace doce años. Pero en este enlace no figuran los nombres de los que la gestionan.

—Lo comprobaremos en el *Boletín oficial* —dijo Mercadet—. Yo me encargo.

—Su página web es de lo más sobrio —prosiguió Froissy—. Reproducciones de época, algunos textos de Robespierre, fotos del lugar, fechas de las asambleas y una dirección. Parece una antigua lonja o algo así.

Danglard se desplazó para examinar la pantalla.

—Sin duda un granero —dijo—. La forma ligeramente doblada de la parte alta de las ventanas indica una construcción de finales del siglo XVIII. ¿Dónde está?

—En el norte de París, bordeando Saint-Ouen, en el número 42 de la calle Courts-Logis —respondió Froissy—. Declaran seiscientos ochenta y siete miembros inscritos. Disponen de una gran sala de debates, con tribunas, más una cafetería, un salón y vestuarios. Las reuniones, llamadas «ordinarias» o «extraordinarias», se celebran una vez por semana, los lunes por la noche.

—Esta noche, pues —dijo Adamsberg con un ligero estremecimiento.

—Y esta noche toca «extraordinaria» —añadió Froissy.

—¿A qué hora?

—A las ocho.

—Se necesita mucho dinero para alquilar un sitio así. Investíguelo, Froissy. Propietario, inquilinos, etc.

La postura sentada había durado demasiado para el comisario, que se levantó para recorrer la sala a grandes zancadas.

—No olvidemos que nos están mareando desde el principio —dijo—. Nos mandan a Islandia; al mismo tiempo, nos preparan para la guillotina, con un signo lo suficientemente poco claro como para que no resulte fácil de descifrar. Después, con el asesinato de Jean Breuguel, nos llevan de nuevo a Islandia, engañados, para remitirnos de nuevo a la guillotina, pero con un signo grabado de manera ligeramente distinta. Vacilante. Vamos pasando de suicidios a asesinatos y de sospechoso en sospechoso: Amédée, Victor, Céleste, Pelletier o «el asesino de la isla». Y ahora nos encontramos frente a Robespierre. O más bien frente a un asesino que, en esta asociación, se carga a apasionados de Robespierre.

—O sea, un infiltrado —dijo Kernorkian.

—O infiltrados. ¿Asesinatos políticos?

—O venganza personal —propuso Voisenet—. Porque, para ser robespierristas, nuestras tres víctimas no parecían muy asiduas a las asambleas.

—Suponiendo que ese presidente diga la verdad.

—Y suponiendo que exista.

—O también —dijo Mordent—, como sugiere el tipo..., ¿cómo se llama?

—François Château.

—O también, como sugiere ese François Château, puede que alguien quiera arruinar a la asociación. ¿Quién se quedaría en un grupo cuyos miembros pueden morir a manos de un asesino loco? En menos de un año se quedará despoblado y cerrado. Ya sea por causas políticas o personales.

—Entonces, ¿por qué al principio nos pusieron sobre la pista de la tragedia

islandesa? —dijo Justin.

—No sé si nos «pusieron» allí alguna vez —dijo lentamente Adamsberg, desandando—. Cometí un error o me expresé mal o me perdí. Es la maldita bola de algas, una gata no encontraría sus crías en esa maraña.

—Ni siquiera la Bola —dijo Estalère.

—Nadie nos ha orientado —prosiguió Adamsberg—. Nos hemos orientado solos. Ya en el primer crimen, el asesino había dejado un signo que no tenía nada que ver con Islandia. Pero apareció esa carta de Alice Gauthier, y luego Amédée, y el segundo asesinato en el Creux, y el islote islandés. Fuimos solos a Islandia.

—Donde la bruma cae en cinco minutos y nos engulle —dijo Mordent asintiendo—. ¿Por qué razón nos traes

»*tu carga de niebla,*

»*bruja de la llovizna,*

»*sobre las praderas?*

Danglard lo miró, un tanto estupefacto.

—Perdón por interrumpir —dijo Mordent—. Y no es mío, Veyrenc, es un poema islandés.

Mordent alargó su escuálido cuello, síntoma de preocupación en una zancuda en apuros.

—Aun así, las dos primeras víctimas habían estado en Islandia —añadió—. ¿Coincidencia? No nos gustan las coincidencias.

—No necesariamente —dijo Adamsberg, iniciando un giro nuevo en su deambular—. Esos dos pudieron volver a verse después de la tragedia. Supongamos que uno de ellos estuviera afiliado a esa asociación de estudios. Y que el primero, pongamos Henri Masfauré, iniciara al segundo, digamos Alice Gauthier, en las reuniones de la sociedad Robespierre.

—No hay indicios de una actividad de este tipo en Gauthier ni en Masfauré.

—Y sin embargo, si el presidente dice la verdad, eran realmente miembros de dicha sociedad, Mordent. Y Jean Breuguel, también. No es el tipo de cosa que se anuncia a gritos. Lo de «estudios robespierrianos» podría no haber gustado al director del colegio donde trabajaba la señora Gauthier o a los socios industriales de Masfauré.

—El tema sigue candente —confirmó Danglard.

—Pero si el asesino no tiene nada que ver con Islandia —dijo Mercadet—, ¿por qué llevó libros a casa de Jean Breuguel?

—Para tomarnos el pelo, teniente, para animarnos a seguir la pista falsa en la que nos habíamos metido y para alejarnos de la asociación. Eso explicaría que su guillotina fuera tan alambicada. Tenía necesidad de dibujarla, pero no de que la identificáramos.

—Lo tengo —dijo la delicada voz de Froissy.

—¿Qué?

—El edificio conocido como el Granero de Trigo, pertenece a la ciudad de Saint-Ouen. Lo alquilan diversas agrupaciones, y una vez por semana, la Asociación Robespierre. Inquilino declarado para los lunes: Henri Masfauré —añadió tranquilamente—, por ciento veinte mil euros al mes.

—¡Vaya! —dijo Adamsberg dejando de caminar—. Ahora aparece un flanco entero de montaña inexplorado, una faceta del filántropo que había permanecido invisible.

—Entre un filántropo y Robespierre hay tanta similitud como entre la Tierra y la luna.

—Desengañese, Kernorkian —dijo Danglard, con voz algo irónica—. El espíritu de Robespierre era filantrópico, créame. El bienestar de los humildes, la subsistencia de todos, la abolición de la esclavitud, la supresión de la pena de muerte (sí, como lo oye), el sufragio universal, un estatuto honorable para todos los denostados (para los negros, los judíos, los bastardos) y la «sublime» perfección en la tierra.

—Danglard —interrumpió Adamsberg—, tratemos entre todos de ceñirnos al tema. Y es: un asesino en la asociación Robespierre que ejecuta a sus miembros. Ceñidos al tema.

Consigna sorprendente, viniendo de Adamsberg, que tenía mucho más que ver con una esponja a la deriva que con una lapa adherida, pegada obstinadamente a la roca. Preguntó de nuevo la hora: las once y cuarto.

—Debería cambiar las pilas de sus dos relojes —susurró Froissy.

—Nos ceñimos al tema —repitió con más firmeza Adamsberg—. Veyrenc, Danglard, prepárense; sobre todo, no vayan armados. Mordent, compruebe este asunto del alquiler del Granero de Trigo con el notario de Masfauré. ¿Era oficial o lo pagaba en efectivo? Póngase en contacto con Victor para conocer el contenido de su biblioteca, ¿libros de historia, estudios sobre la Revolución? ¿O quizá Masfauré disimulaba su afición?

—Por ciento veinte mil al mes, me parece algo más que una afición —dijo Mercadet.

—Efectivamente. Usted, Froissy, emita un aviso de investigación urgente, pero interna esta vez, destinada a todas las comisarías y gendarmerías del territorio: buscamos un «suicida» con un signo de guillotina. Mándeles el dibujo, en sus tres formas ya conocidas.

—¿Qué suicida? —preguntó Estalère.

—Recuerde —explicó Adamsberg con la paciencia protectora que siempre utilizaba con el cabo— que François Château nos señala la existencia de un cuarto hombre ausente que habría tenido algún contacto con nuestros muertos. Verdadero o falso, lo buscamos. La policía ha podido pasar por alto un falso suicidio.

—Sin fijarse en el signo —completó Mercadet—. Era casi invisible en casa de Masfauré y Bourlin solo lo encontró en la de Breuguel por los libros sobre Islandia.

—Empezamos a buscar entre los suicidios del último mes. Que los agentes

vuelvan a cada lugar en busca del signo. Si esto no da resultado, la misma investigación para los suicidios del mes anterior, y así sucesivamente. Avisen al inspector de división sobre la extensión de la búsqueda. Justin, redacte el aviso, y usted, Froissy, imite mi firma. Salimos dentro de diez minutos. Retancourt, prepárese y salga antes que nosotros.

—Danglard, ¿a propósito de qué es aquello que se dice de «Si la montaña no viene a ti, eres tú el que irá a la montaña»? —preguntó Adamsberg mientras salían de la sala.

—Creía que debíamos ceñirnos al tema —dijo Danglard algo seco.

—Es verdad. Pero Mordent no tendría que habernos recitado ese poema islandés. Usted los contamina, comandante, a todos. Al final no quedará ni un solo policía concentrado en esta Brigada. Y yo necesito policías concentrados.

—Porque usted no lo está.

—Exactamente. ¿Y bien, la cosa de la montaña?

—No es propiamente una «cosa», comisario. Se trata de una palabra coránica. Se trata incluso de Mahoma, ni más ni menos. «Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña».

—Pues, en lo que a mí respecta, y más modestamente, digo: «Si no he ido a la montaña, la montaña ha venido a mí». Porque no había visto el camino.

—Sí lo vio, comprendió usted el signo.

—Pero no fui más allá, Danglard. No pasé de la guillotina.

—Más vale, comisario.

—Y sin la carta de esta mañana, seguiríamos clavados en el mismo sitio.

—Pero llegó la carta. Y llegó la carta porque salió su anuncio.

—Comandante, hoy es usted clemente conmigo —dijo Adamsberg, sonriendo.

XVII

Adamsberg llamó al comisario Bourlin desde el coche.

—Dejamos Islandia, Bourlin —dijo—. Definitivamente.

—¿Rumbo adónde zarpamos?

—Rumbo a la Asociación de Estudio de Robespierre.

—La Asociación de Estudio de los Escritos de Maximilien Robespierre — corrigió Danglard alzando la voz.

—Hostia —dijo Bourlin—. Tu guillotina.

—El presidente nos ha escrito en persona, echa en falta a tres miembros ausentes.

—Nuestros tres suicidas.

—Exacto. Y habría un cuarto ausente, según él.

—¿Cuántos son allí?

—Casi setecientos.

—Hostia —repitió Bourlin.

—Es lo que quería decirte.

—¿Crees posible que el asesino les ponga una bomba para ganar tiempo?

—No; se lo pasa demasiado bien. Al menos de momento.

El jefe del pequeño Café des Joueurs esperaba su llegada.

—No me dijeron que serían tres.

—Tampoco nos lo han prohibido —dijo Adamsberg, sacando la carta de su bolsillo.

La simple vista de la letra sofisticada apaciguó al hombre, que los acompañó a la puerta trasera. Luego a un pequeño patio y, luego, a otro, luego a una callejuela y a una puerta metálica de seguridad antiincendios.

—Por aquí bajan al aparcamiento de la Tournelle. Supongo que les han indicado la salida que deben coger.

—Sí.

—Entonces, dense prisa —añadió el hombre, mirando a derecha e izquierda—. Y no se hagan notar. Aunque con este —señaló el pelo de Veyrenc—, lo veo difícil.

Dio media vuelta sin una señal. Justin tenía razón: olía a complot, a conjura, a conspiradores a la antigua usanza.

—Un poco ridículo, ¿no? —dijo Veyrenc.

—Sin duda —aceptó Adamsberg—, pero no le falta razón en lo que a ti respecta.

—¿Tengo yo la culpa?

Adamsberg torció el gesto. Era cierto que nadie podía olvidar a Veyrenc, este rostro pesado y bello pero adornado con esa cabellera bicolor, a la manera de una piel

de leopardo invertida. Sería el último policía a quien uno enviaría para seguir a alguien, o para una conspiración del siglo XVIII. Torturado de niño por unos chicos que le habían propinado catorce cuchilladas en el cuero cabelludo, el pelo le había vuelto a crecer rojizo en las cicatrices. Eso había sucedido en su tierra, en el Haut Pré de Laubazac, detrás de la viña. Adamsberg no era capaz de recordarlo sin un estremecimiento en el vientre.

Salieron por la escalera 4 y empujaron la puerta trasera de La Tournée de la Tournelle. Sala amplia, bastante lujosa, manteles blancos, llena de clientes a esa hora. Danglard localizó a Retancourt sentada en ángulo: cinta rosa claro ciñendo su cabello corto y rubio y traje sastre a juego. En la mesa, una revista de labores de punto para bebés. La imponente teniente tricotaba sin mirar siquiera las agujas, parando solo para tomar un bocado de su plato, tirando de la lana blanca que había en un capazo floreado a sus pies.

—¿Tú lo sabías? —susurró Veyrenc—. ¿Qué sabía hacer punto? ¿Y tan bien?

—La verdad es que no.

—Nadie diría que es un carro de asalto camuflado. Está impecable. Con la pistola debajo de los ovillos de lana.

—Nuestro tipo está allí —dijo Danglard—, cerca del perchero. El de la camisa blanca y chaleco gris, ese que se limpia las uñas.

—No creo —dijo Veyrenc—. No me imagino al presidente Château haciéndose las uñas en un restaurante.

—Ha cogido la revista —dijo Adamsberg—. *Motos de ayer y de hoy*. Nos ha mirado de reojo. Está dudando porque somos tres.

Se presentaron a su mesa y el hombre se levantó a medias para estrecharles la mano.

—Señores, ¿tienen ustedes la carta?

Adamsberg se abrió la chaqueta y el sobre asomó del bolsillo interior.

—Usted es el comisario Adamsberg, si no me equivoco —dijo François Château—. Creo que me suena su cara. Y estos señores son...

—El comandante Danglard y el teniente Veyrenc.

—Combinamos nuestras competencias —dijo Danglard.

—Tomen asiento, por favor.

Más tranquilo, Château deslizó su limpiaúñas de acero pulido en el bolsillo de su chaleco y les pidió que eligieran menú, aunque les recomendó el hojaldre de champiñones con acederas y el hígado de ternera a la veneciana. El hombre no era alto, tenía los hombros estrechos, la cara redonda, las mejillas sonrosadas. Cabello castaño tirando a rubio, escaso en la parte superior del cráneo, ojos azules y pequeños que no llamaban la atención. Nada destacable, salvo ese limpiaúñas incongruente y su postura, muy recto, aplicado, como si estuviera sentado en una silla de iglesia.

Adamsberg se sintió decepcionado, como si el presidente de la asociación Robespierre hubiera tenido que ser intimidante.

—¿Bebe usted? —preguntó Danglard consultando la carta de vinos.

—Moderadamente, pero con placer en su compañía —dijo Château, relajando su sonrisa—. Yo preferiría blanco.

—Me parece muy bien —dijo Danglard, pidiéndolo enseguida al camarero.

—Les ruego, una vez más, que me disculpen por el modo de convocarlos. Me he visto obligado a ello, lamentablemente.

—¿Amenazado?

—Desde hace tiempo —dijo el pequeño Château apretando los labios—. Y la cosa se está agravando. Tengan la bondad también de perdonarme por los cuidados higiénicos de mis manos —dijo mostrando los dedos con las uñas negras de tierra—. No me queda más remedio.

—¿Es usted jardinero? —preguntó Adamsberg.

—Acabo de plantar tres naranjos de México y espero una floración magnífica. En cuanto a las amenazas, señores, ustedes comprenderán que dirigir una asociación centrada en Robespierre no tiene nada en común con el pilotaje de un buque mercante, ¿verdad? Se trataría más bien de un navío de guerra enfrentándose a enemigos y tempestades, en la medida en que el solo nombre de Robespierre reaviva pasiones cuyos embates asaltan y rompen en la borda. Confieso que, cuando fundé el grupo de estudio, no esperaba este inmenso éxito, ni que despertara tantos ardores, ya fueran fervientes o llenos de odio. Y a veces —añadió jugando con la punta del cuchillo en el plato—, pienso en abdicar. Demasiadas cristalizaciones, reacciones inflamadas, manifestaciones de culto o de rechazo, que acaban por transformar nuestra formación de investigación en un ruedo de delirios. Lo deploro.

—¿Hasta ese punto? —dijo Danglard llenando los vasos, y evitando el de Adamsberg.

—Había anticipado su desconfianza, la verdad, es muy normal. Tengan, les he traído dos cartas recientes que dan fe de que las amenazas, ¿saben?, no son en absoluto una broma. Guardo muchas más en el despacho. Aquí les muestro una de hace aproximadamente un mes.

Te crees un gran hombre y te ves ya triunfante, pero ¿sabrás prever, sabrás evitar el golpe de mi mano? Sí, estamos determinados a quitarte la vida y a liberar Francia de la serpiente que intenta destrozarla.

—Aquí tienen otra —prosiguió Château—. Enviada el diez de abril. Justo después de los asesinatos de Alice Gauthier y de Henri Masfauré, si no me equivoco. Como verán, el papel es vulgar; y el texto, escrito con ordenador. Nada que decir sobre el autor, salvo que la carta ha salido de Le Mans, lo cual no nos ayuda en absoluto.

Danglard se abalanzó con avidez sobre la segunda carta.

Todos los días estoy contigo, te veo todos los días. A cualquier hora mi brazo alzado busca tu pecho. Oh, tú, el más bellaco de los hombres, vive unos días más para pensar en mí, duerme para soñar conmigo. Adiós. Ese mismo día, al mirarte, gozaré con tu terror.

—Poco banal, ¿no les parece? —dijo Château, amagando una risa—. Pero coman, señores.

—Tan poco banal —dijo Danglard con voz grave— como que los dos textos son copias exactas de verdaderos correos enviados a Maximilien Robespierre, después de la votación de la terrible ley del 10 de junio de 1794.

—¿Quiénes son ustedes? —exclamó Château empujando bruscamente su silla—. ¡No son policías! ¿Quiénes son ustedes?

Adamsberg sujetó al hombre por el brazo y buscó su pálida mirada. Château respiraba agitadamente, pero pareció encontrar algo de paz en la expresión del comisario, suponiendo que fuera comisario.

—Policías, somos policías —le aseguró—. Danglard, enséñele discretamente su carné. Es que el comandante sabe mucho sobre el periodo revolucionario.

—No conozco a nadie —dijo Château con voz sorda, aún a la defensiva— que sepa del texto de estas cartas, salvo los historiadores.

—Él —dijo Veyrenc señalando al comandante con el tenedor.

—La memoria del comandante Danglard —confirmó Adamsberg— es un abismo sobrenatural donde vale más no poner los pies.

—Lo siento —dijo Danglard sacudiendo su larga e inofensiva cabeza—. Sin embargo, esas cartas son bastante conocidas. ¿Cree usted que si yo formara parte de los que lo amenazan, me habría descubierto tan estúpidamente?

—Es verdad, lo reconozco —dijo Château, acercando su silla, un poco más sereno—. Aun así...

Danglard volvió a servir vino y dirigió un leve signo de cabeza a Château, a modo de reconciliación.

—¿A quién van dirigidas las cartas? —preguntó—. En el sobre, quiero decir.

—Lo crea o no, al «Señor Maximilien Robespierre». Como si viviera todavía. Como si fuera todavía una amenaza. Por eso les digo a ustedes que auténticos dementes frecuentan nuestras asambleas y ahora atacan a nuestros miembros. Con la intención, al menos así lo creo, de instaurar un clima de terror que terminará por alcanzarme a mí. Han leído la frase: «Ese mismo día, al mirarte, gozaré con tu terror». Yo creé la asociación, tuve la idea, imaginé el concepto y, en virtud de ello, soy presidente desde hace doce años. Por lo que parecería lógico que el autor de las cartas, o cualquier otro loco furioso, terminara apuntándome a la cabeza, ¿no les parece?

—¿No hay nadie más con usted? —preguntó Adamsberg.

—Un tesorero y un secretario, que me sirven también de guardaespaldas. Sus verdaderos nombres no son los que constan en el *Boletín oficial*. El mío sí. La verdad es que no desconfiaba, al principio.

—Y un financiero —añadió Veyrenc.

—Quizá.

—Incluso un mecenas.

—Sí.

—Henri Masfauré.

—Cierto —dijo Château—. A quien acaban de asesinar. Pagaba el alquiler de la sala. Hace nueve años, cuando se unió a nosotros, atravesábamos una situación difícil y él se hizo cargo. Con su desaparición, el asesino corta el nervio de la guerra, como diría Cicerón: el dinero.

Adamsberg observaba al pequeño presidente recortar con precisión el hojalde con sus terrosas manos, buscando una razón de ser a ese contraste en un hombre tan amanerado. La negrura de la tierra ennoblece las manos; la de la suciedad, las envilece. O algo así.

—Si a Masfauré lo apasionaba tanto el tema como para financiarles la asociación, ¿cómo es que no venía más a menudo? Usted escribió que era un miembro episódico, como las otras dos víctimas.

—Henri perseguía una meta científica importante, incluso revolucionaria, esta es la palabra; y su tarea lo absorbía totalmente. Prefería no correr el riesgo de que se supiera que estaba en la asociación. No habría gustado a todos sus colaboradores, ¿verdad? Y desde luego, el mismo problema se nos plantea a todos nosotros; y a mí. Soy jefe de contabilidad en el Grand Hôtel des Gaules, ciento veintidós habitaciones. ¿Lo conocen?

—Sí —dijo Veyrenc—. Pero creía que era jardinero.

—En cierto modo —dijo Château con languidez, mirándose las uñas—. Me ocupo del jardín del hotel, los demás no saben hacerlo. Dicho esto, si mi director se entera de la asociación que presido, estoy en la calle. Cualquiera que busca acercarse a Robespierre es necesariamente sospechoso, es tan sencillo como eso en la mentalidad de la gente. A Henri le bastaba simplemente saber que la asociación existía. La visitaba dos veces al año.

—En su opinión —preguntó Adamsberg—, ¿fue Masfauré quién invitó a Alice Gauthier, la mujer asesinada, a asistir a alguna sesión?

—Es probable, la verdad. A veces se sentaban juntos. He debido ver a la señora Gauthier y al señor Breuguel una veintena de veces, no más. Pude reconocerlos en la fotos que publicaron ustedes porque ellos no iban disfrazados. Asistían a las sesiones en las galerías, detrás de los diputados.

—¿Disfrazados? —preguntó Adamsberg.

—No entiendo —intervino Veyrenc—. Existen en Francia otros grupos de

investigación sobre Robespierre. Historiadores que investigan, examinan minuciosamente, analizan y publican sus resultados en un ambiente estudioso. En cambio, su asociación desencadena alteraciones, fervores y odios.

—Es un hecho —dijo Château, enderezándose más todavía, para hacer sitio al llegar los platos de hígado de ternera a la veneciana.

—Es que, señor Château —dijo Danglard—, nos ha hablado usted de un «concepto» que necesita el costoso alquiler de un gran edificio. Con sesiones «extraordinarias». Imagino que este es el meollo del problema: no se limitan a examinar minuciosamente los archivos, ¿no es así?

—Es cierto, comandante. Les he traído unas cuantas fotos que lo ilustrarán mejor que mis palabras. Porque reconozco —añadió rebuscando en su bolsa para sacar los documentos— que a fuerza de escuchar los discursos del siglo XVIII todo el año, he tomado la enojosa costumbre de expresarme de una manera ampulosa que no facilita las cosas. Incluso en el hotel, ¿verdad?

Una docena de fotos circularon por la mesa. En una vasta sala, iluminada por altas lámparas de techo equipadas con falsas velas, trescientas o cuatrocientas personas, vestidas todas con trajes de finales del siglo XVIII, se apiñaban alrededor de una tribuna de orador, unas en el centro, las otras en las gradas, algunas sentadas, algunas de pie, o erguidas, con las manos alzadas, brazos tendidos, como increpando o aplaudiendo al orador. Arriba, en las galerías laterales, un centenar de hombres y mujeres con ropa corriente y discreta se fundían en la sombra; muchos se inclinaban sobre la balaustrada. Banderas tricolores flotaban aquí y allá. Los encuadres eran demasiado abiertos para distinguir un rostro. Pero casi se podía oír el sonido de la sala, su ruido de fondo, la voz del orador, de los murmullos, de los gritos, de las invectivas.

—Sorprendente —dijo Danglard.

—¿Les gusta? —preguntó Château con una verdadera sonrisa y algo de orgullo.

—¿Es una representación? —preguntó Adamsberg—. ¿Un espectáculo?

—No —dijo Danglard pasando de una foto a otra—. Se trata de una reconstrucción muy fiel de las sesiones de la Asamblea Nacional durante la Revolución. ¿Me equivoco?

—No, en absoluto.

—Supongo que los discursos declamados por los oradores y los diputados son fieles a los textos históricos.

—Naturalmente. Cada miembro recibe antes de la fecha de la asamblea el texto completo que será desarrollado ese día, incluidas sus propias intervenciones, en función de su papel. Esto se efectúa a través de una página de internet y cada miembro tiene un código.

—¿Su papel? —preguntó Adamsberg.

¿Para qué sirve el «juego» de la Revolución?

—Necesariamente —dijo Château—. Tal miembro interpretará a Danton, tal otro encarnará a Brissot, a Billaud-Varenne, a Robespierre, a Hébert, a Couthon, a Saint-Just, a Fouché, a Barère, y en orden. Debe conocer por adelantado el discurso que pronunciará. Funcionamos por ciclos de dos años: desde las sesiones de la Asamblea Constituyente, hasta las de la Convención. ¡No las reconstruimos todas! De lo contrario, los ciclos durarían cinco años, ¿verdad? Elegimos las jornadas más representativas o memorables. En pocas palabras, hacemos vivir la historia, escrupulosamente. El resultado es bastante impresionante.

—¿Y a qué llaman las sesiones «extraordinarias»? Como la de esta noche —quiso saber Adamsberg.

—Las sesiones en que aparece Robespierre. Atraen a mucha más gente. Solamente aparece dos veces al mes, debido a que su papel es largo y agotador. Y a él no se le puede sustituir. Últimamente, sin embargo, trabaja todas las semanas, llevamos retraso.

Château volvió a parecer nervioso.

—Hay un «pero» a este éxito —dijo.

—La pasión —sugirió Danglard.

—Y es un fenómeno que no habíamos previsto en absoluto —respondió Château—. Una deformación, ¿verdad? ¿Nos queda un poco de vino, comandante? Al principio, habíamos repartido los papeles en función de las fisionomías y los temperamentos de nuestros miembros. Disponíamos de un Danton formidable, feísimo y con voz estentórea. Mucho talento igualmente para el parálítico Couthon, el arcángel Saint-Just, el grosero Hébert. Pero al cabo de un año, cada uno de los diputados, hasta el más modesto, se había impregnado totalmente de su personaje y de la causa de su grupo, ya fueran centristas de la Llanura, moderados de Gironda, radicales de la Montaña, dantonistas, robespierristas, rabiosos o exagerados. Se convirtió en una auténtica batalla campal. Los miembros ya no seguían sus textos, se increpaban o se insultaban espontáneamente en medio de la sesión: «¿Quién eres tú, ciudadano, para osar envilecer la República con tus hipócritas palabras?». Hubo que poner fin a aquello.

Un Château triste sacudió la cabeza, con las redondas mejillas sonrosadas por el vino.

—¿De qué manera? —preguntó Danglard.

—Cada cuatro meses, obligamos a los miembros a cambiar de bando político: uno de la Llanura vuelve a la Montaña, uno rabioso se vuelve moderado, ¿entienden ustedes el principio? Y, créanme, estas conversiones forzadas no siempre se realizan sin choques.

—Interesante —dijo Veyrenc.

—Tan interesante, a decir verdad, que hemos emprendido una investigación innovadora. Explorar el fenómeno que ningún historiador ha logrado jamás descubrir

del todo: ¿cómo el lívido y gélido Robespierre, carente de carisma y empatía, con su voz de falsete y su cuerpo sin vida, pudo generar tal adoración? ¿Con su rostro lúgubre y sus ojos vacíos pestañeando detrás de sus lentes? Pues todo eso lo observamos, lo consignamos.

—¿Cuánto tiempo llevan ustedes con esta investigación? —preguntó Danglard, que ahora parecía más atraído por esa atípica sociedad que por el caso de los asesinatos.

—Alrededor de seis años.

—¿Han obtenido resultados?

—Sí, ciertamente. Tenemos en nuestro poder millares de folios, de notas, de observaciones y de síntesis. Nuestro secretario es quien pilota el proyecto. Esas mujeres, por ejemplo, esas miles de mujeres tan fervientes de Robespierre, tan anhelantes, y a las que él, sin embargo, rechazaba. Pues bien, las tenemos, comandante, en nuestras tribunas. Se prendan de él, es para no creerlo.

—Me gustaría moverme —dijo Adamsberg—. ¿Podríamos pasear por los muelles?

—Sí, claro, señores. Ya llevo demasiado tiempo aquí.

Los cuatro hombres se encontraron, por cierto contraste, junto a la estatua ecuestre del rey Enrique IV, en el parque de Vert-Galant, y se sentaron en un banco soleado.

—¿Tiene usted fotos de más cerca? —preguntó Adamsberg.

—Nuestros estatutos nos lo prohíben —dijo Château, que había reemprendido la limpieza de la tierra bajo sus uñas—. Nuestros miembros se inscriben anónimamente y todas las tomas están vetadas. Por las razones de confidencialidad que ya he evocado. Y cada cual debe dejar su teléfono móvil en la entrada, desconectado.

—Por lo que no puede darnos el nombre del cuarto hombre, cuya ausencia lo inquieta, ni entregarnos una foto suya.

—Así es, efectivamente. Además está caracterizado y participa. No al principio. Pero al cabo de un tiempo, lo poseyó la fiebre, como a tantos otros, ¿verdad? Por lo que su ausencia me preocupa. Debía estar con nosotros hace dos semanas, tenía un papel que representar. No habría faltado, le gustaba demasiado aquello. Pero, entre todas estas máscaras agitadas, me siento incapaz de señalar a un sospechoso. No obstante, le diré que los más desquiciados por la aparición de Robespierre son aproximadamente unos cincuenta. Sin embargo, el asesino, ¿verdad?, podría asimismo ser un hombre en la sombra, discreto como un hurón y no dejar que se trasluzca su odio.

Château se trabajaba las uñas de los anulares con meticulosidad.

—¿Y esto? —preguntó de repente Adamsberg enseñándole el signo dibujado—. ¿Lo había visto antes? Está presente en los escenarios de los tres crímenes.

—Nunca —dijo Château negando con la cabeza—. ¿Qué se supone que representa?

—Nos lo preguntamos. ¿Tiene alguna idea? ¿En ese contexto?

—¿En ese contexto? —dijo Château frotándose la calva.

—Sí. En su contexto.

—¿La guillotina? —propuso Château, un poco como un alumno dudando delante de la pizarra—. ¿Pero cuál? ¿La de antes? ¿O la de después? ¿Una mezcla de guillotinas? Esto carecería de sentido común.

—Es verdad —dijo Adamsberg.

Enfundó las manos en los bolsillos. Él tampoco veía la manera de seguir la pista a un hombre entre unos setecientos miembros anónimos y caracterizados. Una nueva masa de algas se formaba en su horizonte, más tentacular aún que la que lo obsesionaba el día anterior, pero aglomerándose y fusionándose indecentemente con ella.

—Dice usted que se puede asistir a sus sesiones como «miembro ocasional».

—Sí, tres veces al año.

—¿Esta noche, por ejemplo?

—¿Quiénes, ustedes tres? —preguntó Château sorprendido, soltando el utensilio.

—¿Por qué no?

—Pero ¿qué esperan obtener allí?

—Una impresión —dijo Adamsberg encogiéndose de hombros.

—La de esta noche es una sesión importante. Se trata del larguísimo discurso del 5 de febrero de 1794, es decir del 17 de pluvioso del año II. Que habrá sido abreviado, descuiden.

—Me gustaría verlo —dijo Danglard.

—Como deseen. Preséntense a las siete de la tarde delante de la puerta trasera del edificio, en el número 17. Les proporcionaré trajes y pelucas. Si no les importa. Con sus trajes de calle, quedarían relegados detrás o a las galerías, y no verían nada.

—Su Robespierre —dijo Adamsberg—, ¿por qué no puede sustituirlo?

Château se quedó callado, pensativo y contrariado.

—Señores, lo comprenderán esta noche.

XVIII

Adamsberg, con el pelo negro y liso, largo hasta la mitad de la espalda y recogido en una coleta, se observaba en los altos espejos de los vestuarios de la asociación, ataviado con una levita de color antracita y doble hilera de botones, una camisa con el cuello alzado hasta las orejas y un ancho fular alrededor del cuello, con un amplio nudo delante. «Elegante pero sobrio», había preconizado Château para el comisario. «Sin más», había añadido, «porque dudo que le sentara bien. Será hijo de un pequeño notable de provincias, no vayamos más allá. En cambio, para su comandante Danglard, chaleco de color crema, traje violeta oscuro, chorrera de encaje: un descendiente ligeramente venido a menos de una ilustre familia de soldados. En cuanto a su colega de los mechones pelirrojos, peluca, chaleco azul oscuro, traje a tono, calzones blancos: hijo de un abogado parisino, brillante pero más austero».

Decenas de hombres ajetreados los adelantaban, vestidos de seda, terciopelo y encajes. Se apresuraban hacia la gran sala de la Asamblea Nacional. Algunos se rezagaban en una esquina para volver a leer el texto de su intervención. Otros hablaban en un lenguaje del pasado, llamándose unos a otros «ciudadano», disertando acerca de una mujer fallecida por una irritación del bajo vientre, de un molinero lapidado por haber sustraído harina, de un primo sacerdote, huido y exiliado. Un poco perdido en medio de lo que le pareció una inmensa mascarada infantil, pero distraído por su propio aspecto, Adamsberg estuvo a punto de perder a sus dos adjuntos.

—Apresúrate, «ciudadano» —le dijo Veyrenc mientras posaba la mano sobre su hombro—, la sesión empieza dentro de diez minutos.

Por sus labios sesgados, Adamsberg había reconocido al teniente con un ligero estremecimiento. Era verdaderamente fácil para un asesino colarse en este recinto, donde los hombres eran irreconocibles y los nombres desconocidos, y observar a placer.

Un Danglard que andaba medio revoloteando con su seda violeta entregaba su móvil a un guarda.

—Lástima —dijo bastante risueño— que estos trajes ya no estén de moda. Pierdo mucho con las indigentes ropas contemporáneas. ¿Cómo hemos podido llegar a tener una imaginación tan pobre?

—A escena, Danglard —dijo Adamsberg empujándolo hacia las grandes puertas de madera y olvidando por un instante, en ese extraño teatro, que solo había ido allí para hurgar en el resbaladizo corazón de las algas.

Se instalaron en la «Llanura» de los centristas, a pocos pasos de la tribuna donde un orador desconocido elogiaba las victorias recientes de los ejércitos patriotas de la República. Hacía frío entre esas paredes de piedra tapizadas de colgaduras, bajo la inmensa bóveda de madera. No había calefacción, se respetaban las condiciones del tiempo. Bajo la luz de las grandes lámparas de araña, Danglard escrutaba la muchedumbre, particularmente las gradas de la izquierda, donde se agitaban los montañeses.

—Allí, ese es Danton —susurró Danglard a Adamsberg—. Tercera fila, sexto asiento. Será guillotinado dentro de dos meses exactamente y lo presiente.

—Del octavo escuadrón —gruñó un diputado junto a ellos—, solo quedaron doce caballos y nueve hombres.

El presidente de la asamblea pasaba ahora la palabra al ciudadano Robespierre. Un silencio, un hombre que sube, directamente, los escalones de la tribuna y se da la vuelta. Aplausos frenéticos, gritos de las mujeres apiñadas en las tribunas, agitación de banderas.

El actor, impasible, con la tez lívida bajo su peluca blanca, el busto recto y delgado enfundado en un traje a rayas, barrió con la mirada los rostros de los diputados y se ajustó las pequeñas gafas antes de inclinarse sobre su texto.

—Está blanco como un muerto —dijo Adamsberg.

—Está empolvado, siempre lo está —murmuró Danglard, que lo conminó a callarse, mientras la asistencia se sumía súbitamente en el silencio obedeciendo a un gesto apenas perceptible del actor.

Su voz se elevó dentro del recinto, fría, chirriante, sin fuelle. Desarrollaba su discurso tan pronto reiterativo como terriblemente brillante, pernicioso, apaciguador, agresivo, reforzado con grandes ademanes mecánicos.

—*Es tiempo ya de señalar con claridad el objetivo de la Revolución y el término en que queremos alcanzarlo; ha llegado la hora de rendirnos cuentas a nosotros mismos, y de los obstáculos que nos alejan todavía...*

Al cabo de quince minutos, Adamsberg sentía el peso de sus párpados. Se volvió hacia Danglard, pero el comandante, inclinado hacia delante, miraba al orador, cautivado, boquiabierto, con su chorrera de encaje, como si asistiera a la aparición de un animal de alguna especie desconocida. Le pareció imposible arrancar al comandante de su estado de estupor.

—... *Queremos un orden de cosas donde las pasiones bajas y crueles se vean encadenadas, y todas las pasiones generosas y benéficas se vean suscitadas por las*

leyes...

En su aburrimiento, Adamsberg buscó alguna complicidad hacia su derecha, en su compatriota e hijo de viticultor Veyrenc. Menos desfigurado que Danglard, pero igualmente embelesado, Veyrenc miraba fija e intensamente al hombrecillo macilento y crispado que declamaba en su tribuna, sin perder un solo detalle de la escena. Adamsberg volvió a poner su atención en el actor, intentando comprender por qué subyugaba así a sus adjuntos. Muy elegante, sutil y preciso en cada uno de sus gestos, el hombre podía interesar por sus declaraciones hechizantes, sorprender por su porte austero, incomodar por su mirada fija de un azul demasiado pálido, con unos ojos que parpadeaban a intervalos, o inquietar por sus labios contraídos, que parecían no haberse relajado nunca para sonreír. Era la historia en vivo, el presidente los había avisado, el actor encarnaba de forma inmejorable al Incorruptible de la Revolución. Y lo lograba plenamente.

—... *Queremos sustituir en nuestro país el egoísmo por la moral, la tiranía de la moda por el imperio de la razón, el desprecio a la desgracia por el desprecio al vicio, la insolencia por el orgullo, el amor al dinero por el amor a la gloria, las buenas compañías por las buenas personas, la brillantez por el genio, la saturación de voluptuosidad por el encanto de la felicidad...*

—¡Ciudadano Robespierre! —interrumpió una voz procedente de la derecha de la asamblea—. ¿Qué demonio te empuja a suponer que el hombre es hasta este extremo perfectible? ¿Acaso quieres, a fuerza de virtud, hacer que estas «buenas personas» pierdan la razón que tanto predicas?

—No está en el texto —comentó Danglard irritado al oído de Adamsberg—. El discurso del 17 de pluvioso no fue interrumpido.

Adamsberg se dio cuenta de que Danglard estaba auténticamente contrariado por este desvío. Al igual que Robespierre, que se quitó las gafas y cuya mirada casi descolorida se deslizó inflexible hacia el inoportuno, a quien obsequió con una simple torsión de labios. El hombre volvió a sentarse inmediatamente, extinto el acaloramiento.

—Hostia... —murmuró Veyrenc.

El orador prosiguió, impasible.

—... *y que, al sellar nuestra obra con nuestra sangre, podamos, al menos, ver brillar la aurora de la felicidad universal. Esta es nuestra ambición. Esta, nuestra meta.*

La concurrencia se levantó como un solo hombre y la sala se llenó del estrépito de las sillas, los chirridos de los bancos, los aplausos, los gritos, las increpaciones entre diputados, mientras se desplegaban en las tribunas populares las banderas tricolores de la Revolución.

Aturdido, Adamsberg había abandonado discretamente la sala. Esperaba a sus

colegas, apoyado en un árbol, fumando uno de los cigarrillos de Zerk. Esa velada insólita lo había irritado tanto como alterado y miraba con ojos casi sorprendidos a las personas y objetos ordinarios que lo rodeaban: reja de árbol, transeúntes en vaqueros, escaparate apagado de una farmacia, quiosco de periódicos. No había hecho falta más de una hora para que ese otro siglo lo domesticara en sus márgenes, que se acostumbrara a sus atuendos, a sus luces, a las declamaciones, a los rumores de la asamblea. En cuanto a Danglard y Veyrenc, esa noche estaban perdidos, fascinados, engullidos por la fiebre del tiempo. Entonces, sí, entendía qué objeto admirable y peligroso había inventado ese pequeño François Château. Qué impulsos imprevisibles podían apoderarse de estos hombres, arrebatados desde hacía tantos años por el engranaje de estas veladas, y a qué espantoso asesino podían alumbrar.

Una hora y media más tarde, los tres hombres se dirigían en coche hacia el sur sin intercambiar palabra. Observando sus rostros conmocionados, Adamsberg prefirió dejar que regresaran al siglo actual en silencio. Solo una vez cruzado el Sena y parados en un semáforo, murmuró tranquilamente:

—Peatones, asfalto, hedor, siglo XXI.

—No lo has entendido —respondió Veyrenc.

—Mientras no me llames «ciudadano», queda esperanza.

—Realmente no has entendido nada —insistió Veyrenc.

—¿Os acordáis de lo que nos dijo Château? —preguntó Danglard—. ¿Que no se podía sustituir a Robespierre? ¿Que lo entenderíamos esta noche?

—Sí —dijo Adamsberg—. Porque el actor es notable.

—No, comisario. Porque es él.

—¿Él? ¿Quién?

—Robespierre. El actor, como usted dice, es él, es Robespierre. *Es el Incorruptible.*

Adamsberg sintió que sería inútil e inoportuno, y casi vulgar, recordar a sus adjuntos apasionados que Robespierre había muerto decapitado. Y se lo confirmó Veyrenc murmurando para sí, con el rostro vuelto hacia la ventanilla:

—No hay nada que añadir. Era él.

XIX

—Lo tenemos, comisario —dijo Mordent, entrando a grandes pasos en el despacho de Adamsberg.

Cierto es que la longitud de las flacas piernas de Mordent acentuaba su estampa de ave zancuda.

—¿Qué tenemos? —preguntó el comisario sin levantar los ojos.

Adamsberg estaba de pie detrás de su mesa, pero no fue eso lo que contrarió a Mordent, ya que el comisario trabajaba casi siempre de pie. Fue que, precisamente, no estaba trabajando. Estaba dibujando. Mientras la Brigada entera acechaba nerviosa las llamadas de las comisarías y gendarmerías del país entero, tras el aviso de búsqueda, emitido por el propio Adamsberg, del cuarto falso suicida. Peor que dibujar: pintaba con acuarelas, un material que sin duda había cogido prestado a Froissy, que pintaba paisajes en sus horas libres.

—¿Está usted pintando? —preguntó Estalère, que seguía los pasos de Mordent.

Sin que nadie supiera por qué, Estalère tenía que seguir siempre los pasos de alguien. Como un patito perdido que se cuele en una fila. Poco importaba con quién tropezara el cabo en la esquina de un pasillo, Mordent, Voisenet, Noël, Justin, Kernorkian, Froissy o cualquier otro, se ponía a rueda y seguía. Así que los agentes estaban acostumbrados a descubrir de pronto al joven siguiéndolos y a delegar en él una parte de sus tareas pendientes.

—Esta noche, Estalère, hacia las cuatro de la mañana, me desperté con una idea en la cabeza —explicó Adamsberg—. La garabateé en un trozo de papel y me volví a dormir.

Adamsberg sacó una hoja arrugada de su bolsillo y se la tendió al joven.

—«Dibujar» —leyó Estalère—. ¿Era esa su idea, comisario?

—Eso es. Así que obedezco. Hay que obedecer a las ideas de la noche. Cuidado, Estalère, nunca a las del atardecer, que son, a menudo, exaltadas y perniciosas.

—En cambio, las de la noche ¿qué son?

—No lo dicen —contestó Adamsberg, sacudiendo la cabeza y mojando el finísimo pincel en un bol de agua.

—Comisario —interrumpió Mordent—, le estaba anunciando algo al entrar.

—Lo sé, comandante. Usted es el que se ha callado. Ha dicho: «Lo tenemos». Y he contestado: «¿Qué tenemos?». ¿Ve cómo lo escucho?

—Tenemos a nuestro muerto —dijo Mordent en un tono enfático.

—¿Al cuarto? ¿Con el signo?

—Sí. Aunque no sabemos si es el muerto correcto.

—¿Qué es un «muerto correcto»? —preguntó Estalère.

—Es decir —explicó Adamsberg, retrocediendo para juzgar su dibujo—, que no

sabemos si es el hombre cuya desaparición señaló el presidente de la asociación. O si nos hemos encontrado con otro. En el caso islandés, que ya no es un caso, temíamos otras seis muertes, una vez lanzado el asesino a su locura. En este caso, podemos temer más de seiscientas. Perdone —dijo, posando el pincel y mirando— Mordent, pero con la acuarela, hay pinceladas que no se pueden dejar secar antes de haberlas acabado. ¿Quién? ¿Dónde? ¿Cómo? Traiga a todos los agentes a la sala del Concilio.

Estalère salió rápidamente del despacho, sin seguir a nadie esta vez. Sala del Concilio igual a reunión, igual a cafés por preparar. Con azúcar, sin azúcar, uno o dos terrones, con leche, sin leche, cortado, fuerte o largo, se lo sabía todo de memoria, según los gustos de cada uno. Él no bebía café. Adamsberg consultó sus relojes parados y Mordent le indicó que eran las once.

—La llamada nos llegó de la gendarmería de Brinvilliers-le-Haut, cerca de Montargis —anunció Mordent, una vez que todo el mundo se hubo instalado en la sala.

—En el departamento de Loiret —precisó Danglard.

—Tuvieron, no un suicidio, sino un accidente mortal hace diecinueve días en el pueblo de Mérecourt-le-Vieux.

—O sea, cuatro días antes de la muerte de Alice Gauthier —calculó Veyrenc.

—¿Por qué han contestado a nuestro aviso? —preguntó Justin—. No habíamos dicho «accidente», sino «presunto suicidio».

—Porque uno de los cabos, al dirigirse a ese lugar la noche del «accidente», se manchó la manga al rozar un muro pintado con tiza azul chillón. Después de nuestra llamada (estaba bastante alterado al teléfono y les presento las cosas tal y como me las contó), se preguntó lo que podía pintar esa tiza azul en la escalera de un sótano viejo y oscuro. La escalera es estrecha, por eso rozó el muro y se manchó la chaqueta.

—¿El accidente tuvo lugar en un sótano viejo y oscuro? —se interesó Voisenet.

—Así es.

—¿Hombre? ¿Mujer?

—Un hombre de sesenta años. Todas las noches, después de cenar, o sea, de noche, iba al sótano a buscar un par de botellas de vino que atemperar para el día siguiente. Dos botellas que mantenía siempre planas en las manos para no remover el poso. Es lo que dijo su hermana, porque vivía con la familia de su hermana. Ella señaló este hecho para explicar el accidente: tropezó con un escalón al subir y se cayó de espaldas. Tenía las dos manos ocupadas (por las botellas) y no pudo agarrarse. Se cayó escaleras abajo. Las botellas también, una de ellas quedó intacta —precisó el cabo.

—No hay justicia —dijo Kernorkian.

—¿Qué resultados había dado la investigación? —preguntó Adamsberg—. ¿Pudo haberlo empujado un miembro de la familia?

—Estaban todos en la mesa en el momento de la caída. Acabándose el vino atemperado de la víspera —dijo Mordent tras consultar sus anotaciones.

—¿Entonces, el cabo?

—Un perro viejo. Volvió esta mañana para examinar la escalera, por la mancha de tiza.

—Muy listo, el tío —dijo Veyrenc.

—Más bien, sí. Y encontró un pequeño dibujo azul en el muro mugriento. De unos quince centímetros de alto aproximadamente. Está estropeado por el roce de la manga, pero el signo sigue viéndose con claridad.

Mordent hizo circular la foto que había mandado el gendarme.

—El asesino no busca el refinamiento —dijo Danglard—. Tiza, lápiz de maquillaje, punta de tijera, de cuchillo. Lo que le importa es dejar su marca. Y como ya se ha dicho, no busca que sea llamativa. Pero tampoco puede evitar dibujarla y es un rasgo de orgullo de ciertos criminales. Muy banal —añadió mirando a Retancourt.

—Pienso —dijo Adamsberg considerando el grafiti azul— que, en el caso de Jean Breuguel, el asesino grabó el signo con la mano izquierda. Lo que podría explicar la torpeza del dibujo.

—¿Por qué con la mano izquierda?

—Porque tenía la mano derecha demasiado ensangrentada.

—¿Y eso qué nos aporta? —preguntó Noël, que aun siendo un hombre somero, misógino y agresivo, no era imbécil, ciertamente.

—A saber, teniente, que el caso de Breuguel, que no es Brueghel, no se sale de nuestra serie.

—¿Qué es eso de Breuguel que no es Brueghel?

—Pregúnteselo a Bourlin, me lo dijo él.

—Cuando decimos «Breuguel» —explicó Danglard—, tenemos tendencia a pensar que se trata de Brueghel el Viejo, un pintor flamenco del siglo XVI.

—No —dijo Noël—, no tenemos tendencia a pensar eso.

—Es verdad —reconoció Adamsberg—. Mordent, ¿cuál es el nombre de la víctima, su foto, su profesión?

—Angelino Gonzalez. Fue profesor de Zoología en la Universidad de Laval, en Quebec; después, en la de Jussieu, en París. Desde su jubilación, vivía en casa de su hermana, a la espera de encontrar un piso en Bretaña. Es bretón.

—¿Angelino Gonzalez, bretón? —dijo Noël con una risita sarcástica.

—Cierre el pico —dijo simplemente Adamsberg, a un tris de añadir, «¿Y de dónde es usted?», ya que el teniente era un huérfano de la DDASS, la Dirección Departamental de los Asuntos Sanitarios y Sociales, al que encontraron una mañana de Navidad bajo un porche nevado, como en un cuento, habría dicho Mordent. Salvo que no había sido precisamente como un cuento de hadas.

—¿Qué tipo de zoólogo? —preguntó Voisenet.

—Un especialista en pájaros.

—Victor habló de un especialista en pingüinos emperadores en el grupo —comentó Kernorkian.

—No se especifica que Gonzalez fuera especialista en pájaros nórdicos —dijo Mordent.

—Hemos abandonado Islandia —recordó Mercadet con firmeza.

—Totalmente —aprobo Adamsberg—. Justin, haga, de todas formas, comprobar su pasaporte.

—Ya está hecho —dijo Mordent—, pero solo es de hace ocho años. Dos idas y vueltas Francia-Canadá, eso es todo.

—Hemos abandonado Islandia —repitió Mercadet.

—¿Cuántas veces vamos a decirlo? —dijo Danglard con una pizca de irritación.

—Es normal —dijo Adamsberg— que Islandia ronde todavía por nuestras cabezas. Envíe la foto de Angelino Gonzalez al presidente de la asociación. A Victor también.

—Joder —dijo Danglard—. ¿Por qué a Victor?

—¿Por qué no, comandante? —dijo Adamsberg levantándose—. No se preocupe, hemos dejado las rocas blancas. Además, me temo que nuestro nuevo viaje al círculo ártico de Robespierre sea todavía más helador.

El equipo se separó en desorden para almorzar entre Le Cornet a Dés y La Brasserie des Philosophes, mientras otros se quedaban allí con un sándwich. Eso fue lo que hizo Adamsberg, que tenía algo que hacer; es decir, dibujar.

Las contestaciones no tardaron en llegar. La de Victor, que nunca había visto a ese tipo, que no se parecía en nada al enamorado de los pingüinos, y la de François Château, que sí, le parecía reconocerlo, pero ¿podía ver más fotos para estar seguro?

Se habían citado a las tres de la tarde en su despacho de la asociación. Una señal de confianza, pero con la condición expresa de que, en caso de acudir Veyrenc, se tapara la cabeza. Cosa que hizo, ocultando su pelo bajo una gorra negra con «París» escrito en letras doradas.

—No he encontrado otra cosa en el almacén —dijo Veyrenc—. También le he cogido esta cazadora caqui a Retancourt. No está mal, ¿no? Os seguiré de lejos.

—¿Por qué, hagamos lo que hagamos, nos toman siempre por policías? —preguntó Adamsberg.

—Por nuestra mirada pervertida —dijo Danglard—, por nuestro estado de alerta fuera de lugar, por nuestra suspicacia, por el poder que creemos poseer, por una ofensiva que todos sentimos posible. Es un asunto de feromonas, el hábito no hace al monje.

—A propósito de hábitos —dijo Adamsberg—, ¿es usted, Danglard, quien nos

fotografió anoche vestidos de diputados del siglo XVIII? ¿Y quién ha difundido esas imágenes por los móviles de todos los agentes de la Brigada?

—Desde luego. Nuestro aspecto me pareció muy honorable.

—Pero todos se han reído.

—La risa es una defensa contra todo lo que impresiona. Usted ha tenido mucho éxito, se lo señalo. Froissy se ha enamorado de usted a las nueve y veinte de la mañana. Esto perturba la visión habitual que tienen de usted. Hombres o mujeres.

—Muy bien, Danglard, y ¿qué gano yo con esto?

—Ambigüedad.

Adamsberg estaba acostumbrado a quedarse sin respuesta ante las réplicas de su adjunto.

XX

—A decir verdad, creo que sí, creo que lo he visto por aquí —dijo François Château pasando revista a las cuatro fotografías que había traído Adamsberg—. Ahora ya puede usted quitarse la gorra, teniente —añadió sonriente.

—Se llama Angelino Gonzalez —dijo Veyrenc sacudiéndose el pelo.

—Usted, teniente, no es en la Asamblea Revolucionaria donde tenía que haber asumido un papel —prosiguió Château sin dejar de sonreír—, sino en el Senado romano. Un auténtico busto antiguo, habría estado perfecto. Pero, perdón, me desvío del tema buscándole un papel. ¿Angelino Gonzalez? No sé cómo se llaman, ya se lo dije.

—Pero los observa —dijo Adamsberg.

—De alguna manera tenemos que saber qué tipo de gente acude aquí, ¿verdad? Después de cada sesión (anoche se fueron ustedes demasiado pronto) se sirve un bufé en una sala contigua. Es de pago, pero casi todos van. Es el momento, no solo de tomar un refrigerio y de beber, sino también de conversar sin parar. A veces, voy, participo, capto las conversaciones. Puedo casi asegurarles que el setenta y cinco por ciento de nuestros miembros son historiadores profesionales, lo cual no impide que se enciendan, ya se lo conté. Otro quince por ciento son historiadores aficionados, de cualquier profesión, curiosos, ávidos de conocimiento del mismo modo en que, si me permiten, podría encontrarse entre nosotros un policía como el comandante Danglard, ¿no es así? El diez por ciento restante son dispares: profesiones liberales, funcionarios, psicólogos y psiquiatras, empresarios, educadores, profesores, también gente de teatro. Cuento con algunos artistas, si bien percibo que la relación entre el gusto por la historia y la práctica del arte no es de las más sólidas. Desde hace unos doce años, se puede decir que los conozco a todos. Y todos sin excepción están seducidos por la representación con vestuario, por la fidelidad a los textos, por la atmósfera de época y, creo poder decirlo, por el hecho de llevar traje de época. Es algo que realza.

—Lo he notado —dijo Danglard.

—¿Lo ve usted? Sin contar con el hecho de interpretar un papel, incluso mudo. Aquí, comandante, cada individuo existe, cada voz cuenta. Votamos en las asambleas. Participamos en la creación de las ideas y de las leyes. En fin, adquirimos importancia.

—¿Y los «ocasionales»? —preguntó Adamsberg.

—No los descuido en absoluto. Entre ellos podrían encontrarse «infiltrados», «espías», adversarios. Sin pagar la cuota anual (que es cara, imagine tan solo el precio de los trajes y de la tintorería), tienen derecho a tres sesiones por año, que se abonan en cada sesión, como en el teatro. No podemos prescindir de ellos: todos

nuestros miembros fijos debutaron como «ocasionales». Pero otros permanecen sin problema como visitantes. Era el caso, evidentemente, de Henri Masfauré; pero también el de Alice Gauthier y de su tercer hombre, el que tiene nombre de pintor.

—Jean Breuguel.

—Eso es.

—Si no pide el nombre ni documentos de identidad, ¿cómo puede saber que sus «ocasionales» solo vienen tres veces? —preguntó Veyrenc—. O en el caso de los miembros fijos, ¿cómo tener la certeza de que otro no los sustituye?

—Pedimos un seudónimo y fotografiamos la palma de una de las manos. En la entrada, comparamos el dibujo de las líneas de la mano con nuestro negativo. Es un método seguro y muy rápido, y no es una huella dactilar.

—Bien pensado —dijo Veyrenc.

—No esta mal, a decir verdad —concedió Château con satisfacción—. Los demás pensaban pedir el reverso del documento de identidad, pero es dar demasiada información. Sería demasiado fácil llegar hasta la persona.

—¿Qué «demás»? —preguntó Adamsberg.

—Mis dos cofundadores, les hablé de ellos, el secretario y el tesorero, que son igualmente anónimos y velan por mi seguridad.

—¿Contables ellos también?

Château sonrió de nuevo. Una vez superadas sus primeras reticencias, el hombre resultaba, a fin de cuentas, agradable y sutil.

—No intente saber, comisario. Digamos que tanto el uno como el otro son apasionados de la historia.

—Apasionados —señaló Danglard—. Entonces, no son historiadores profesionales.

—No he dicho eso, comandante. Son ellos los que se encargan del aspecto experimental de nuestro trabajo.

—El estudio del «efecto Robespierre».

—No solo. El efecto terapéutico también. Lo descubrimos más tarde. Muchos depresivos, o tímidos enfermizos, o seres angustiados por la vida se han recuperado aquí. Volviendo a tocar la realidad, afrontándola de nuevo a través de esa otra realidad desfasada. Me siguen, ¿verdad? Conozcan a mis socios (llamémosles Leblond y Lebrun, si no les parece mal); ellos conocen a nuestros miembros mejor que yo, en particular a los extraños, los insólitos. Y posiblemente a esos «ocasionales» fieles pero determinados a quedarse al margen. Son una preocupación.

—Y un punto oscuro —matizó Veyrenc—. ¿Por qué tomarla con ellos, que son los menos representativos de sus asambleas?

—Enojosa coincidencia, quizá, ya que la cuarta víctima, Gonzalez, ¿verdad?, no lo era. Pero no puedo afirmar nada en su caso. Porque, si es el hombre en el que estoy pensando, siempre llevaba peluca y traje de época. Por lo tanto, me resulta muy difícil identificarlo por la foto de un muerto. Sin embargo, tenía la nariz larga, ojos

cansados y labios gruesos, no creo equivocarme.

—Un segundo —dijo Adamsberg, levantándose—. ¿Tiene usted papel?

—Por supuesto —dijo Château algo extrañado, tendiéndole una hoja.

Adamsberg hizo un dibujo rápido y preciso de una foto de Gonzalez.

—Bonito —opinó Château—. No parece tener demasiada afición por la historia, ¿no es así?

—No tengo memoria de lo escrito. Solo recuerdo lo que veo. Ahora, fíjese bien.

Con trazos ligeros y seguros, Adamsberg añadió al rostro de Gonzalez una peluca, un fular, un cuello alzado y un refinado nudo de tela a modo de chorrera.

—¿Y ahora? —preguntó tendiendo el dibujo a Château.

El presidente aprobó con la cabeza y se frotó la calva, impresionado.

—Claro que lo conozco. Ahora incluso veo perfectamente de quién se trata.

—¿Un ocasional?

—No. Un aficionado a las sensaciones fuertes. Acude a menudo, para las sesiones importantes. Ese Gonzalez se ofrecía siempre como voluntario en las listas de papeles. Hizo un Hébert excelente, insultante, grosero como un cerdo. Era quien redactaba *Le Père Duchesne*, como sabrá.

—No, en absoluto —dijo Adamsberg.

—Perdón —se rectificó Château, sonrojándose—. No era mi intención ofenderlo.

—No lo ha hecho.

—Me refería a que Hébert empleaba «cómo carajo esto», «qué carajo lo otro», cada cinco palabras. Gonzalez disfrutó de lo lindo, fueron unas espléndidas sesiones. «¡Que los sapos del pantano^[5] vayan a estornudar dentro del saco!». Robespierre estaba tremendamente ofuscado, como cada vez que Hébert arremetía con su lenguaje tan grosero.

—¿Estornudar dentro del saco? —preguntó Adamsberg.

—Una expresión de la época para «pasar por la guillotina». Gonzalez tuvo también mucho éxito con el papel poco lucido de Marat. La verdad sea dicha, había cuidado particularmente el maquillaje para hacerse unos párpados caídos. Tenemos tres maquilladoras aquí —precisó el pequeño Château, animándose de nuevo, como cada vez que hablaba de su «concepto»—. En otro registro completamente distinto, hizo el papel ineludible de Couthon. Sí —añadió devolviendo el retrato a Adamsberg—. Le gustaba. ¿Cafés? —preguntó levantándose.

Adamsberg miró sus relojes y después el de la pared cubierta de paneles de madera noble.

—Le estamos robando mucho tiempo —dijo.

—Tengo aún más empeño que ustedes, si cabe, en descubrir quién asesina a nuestros socios. Mi tiempo les pertenece —dijo a través del estruendo de la cafetera—. Cuatro asesinatos en tres semanas. Pero será terriblemente arduo descubrir al asesino en medio de la muchedumbre.

—Es decir —observó Adamsberg—, que tendríamos más posibilidades si todos

dijeran la verdad.

Y volvió a visualizar el infernal enredo de algas que lo aprisionaba hasta por las noches. Lo que tenía que hacer ahora le desagradaba.

—¿Hacia dónde quiere llegar usted, comisario, y a propósito de qué? —interrogó con calma el presidente.

—A propósito de Robespierre.

—Excepcional, ¿verdad? —comentó Château, dejando las tazas encima de la mesa de despacho—. Ya se lo había dicho. Aun así, el discurso del 17 de lluvioso es, sin duda alguna, una auténtica hazaña, pero un tanto aburrido por momentos, como pasa a menudo con el Incorruptible. Pues bien, él logra que pase perfectamente.

—Como él.

—¿Él, quién?

—Es lo que dijeron mis adjuntos anoche cuando volvíamos. Salieron de la sesión casi conmocionados.

—¿Tan pronto? —dijo Château, sonriente y ofreciendo azúcar a su alrededor.

—«Era él», dijeron. Él mismo: Robespierre.

El presidente miró sorprendido a Danglard y Veyrenc, quienes a su vez miraban a Adamsberg sin entender, incómodos por que el comisario revelara sus reacciones de la víspera.

—Tenían razón —retomó Adamsberg—, era él. Y esa es la razón, claro está, de que no se pueda cambiar.

—¿Adónde quiere llegar, comisario? —preguntó Château, sacudiendo la cabeza—. Sus propios colaboradores no lo siguen, ¿me equivoco?

—¿Puedo fumar?

—Se lo ruego —dijo Château sacando un cenicero de su cajón.

Adamsberg extrajo un cigarrillo al tiempo que cogía con una mano una carpeta que depositó sobre la mesa. Sacó de aquella una acuarela en papel fuerte, que le ofreció a Château.

—¿Qué le parece?

—El hombre no es guapo —dijo Château después de un silencio, aflojando los labios, apretados por un instante—, pero el retrato es exquisito. Tiene usted auténtico talento.

—¿Y se le parece? —preguntó Adamsberg, pasando el dibujo a sus adjuntos.

Encendió su cigarrillo, se recostó en la silla y buscó una calma que no encontró, algo que no le había pasado muchas veces en su vida.

—Mucho —dijo Château—. Soy yo.

—Es indiscutible —dijo Danglard, algo perplejo, volviendo a dejar delicadamente la acuarela sobre la mesa para no estropearla.

—¿Es un regalo, comisario? —dijo Château, a la defensiva.

—Con mucho gusto, pero más adelante. Acuérdesse de la experiencia que hemos tenido antes con la cara de Gonzalez, añadiéndole la peluca y el traje. Me he tomado

la libertad de elegir para usted la vestimenta exacta que llevaba Robespierre anoche. Traje rayado con dos tonos de pardo dorado, blanco crema en la chorrera de encaje plano, blanco brillante en la peluca, aros de las gafas y, claro está, el rostro empolvado y lívido.

Adamsberg mostró un segundo dibujo a sus adjuntos antes de pasárselo al presidente. Los tres hombres se habían puesto tensos, y a Adamsberg se le cayó sin querer la ceniza en el suelo de parqué.

—Un rostro carente de la tez rosada que tiene el suyo al natural —añadió.

Estaba dicho, estaba hecho, y Adamsberg se levantó para andar un poco, estirando discretamente los brazos hacia abajo.

—Es él —dijo Danglard en voz baja, mientras Veyrenc, sobrecogido, se limitaba a mirar fijamente el retrato.

—¿Él, quién? —preguntó suavemente Adamsberg—. ¿Él, Maximilien Robespierre, muerto decapitado en 1794? ¿O usted, a quien tenemos frente a nosotros, señor François Château? ¿Robespierre redivivo del territorio de las sombras? ¿O François Château, que lo conoce tan bien, tan totalmente, que sabe mostrar la crispación de la sonrisa, parpadear, mantener la cara impasible, jugar con los delicados movimientos de las manos, imitar su voz, mantenerse rígido, con la espalda recta como una tabla? Espalda —prosiguió volviendo hacia la mesa e inclinándose hacia Château— que, por cierto, mantiene usted muy recta de forma natural, gestos que tiene usted naturalmente delicados, voz que tiene naturalmente débil, ojos que tiene naturalmente pálidos, sonrisa que tiene naturalmente crispada.

Château sufría y su dolor se expandía como un perfume tóxico dentro de la pequeña habitación, alcanzando a cada uno de los hombres. En su desamparo —y ahora que los dibujos de Adamsberg habían descubierto al doble—, se reconocía en él al Robespierre de ayer. Se había contraído en su asiento, sus labios se habían estrechado y el rosa juvenil había abandonado sus mejillas. Adamsberg se dejó caer, rendido, en la silla, como cansado y desolado por su propio ataque. Dejó la colilla apagada en el cenicero y sacudió la cabeza con cierta tristeza.

—Pero usted, señor Château, usted sabe sonreír. En cambio, él no podía, para su desgracia. Usted no tiene su tez macilenta, usted no lleva gafas, usted no tiene tic facial. Como tampoco tiene úlceras en las piernas ni le sangra la nariz. Me documenté un poco ayer, como puede observar.

—Entonces es simplemente —dijo Château con voz neutra— que soy muy buen actor. Pero, una vez más, lo felicito, comisario. Yo mismo soy un observador sagaz, pero estaba convencido de que nadie podría jamás adivinar mi rostro, tan común, detrás del de Robespierre. Sus propios colaboradores no lo habían reconocido, por lo que he podido comprobar.

—De modo que tiene usted razón al creerse en peligro. Si yo he podido ver a

François Château detrás de Robespierre, alguien más ha podido hacerlo. Nadie podrá reemplazarlo en esta tribuna. Nadie tiene esa capacidad. Con su muerte, la asociación se apaga. Y más aún, una vez que haya desaparecido usted, se irá también Robespierre, regresará de nuevo a la nada. Y eso que, en la época, tuvieron la precaución de cubrir su cuerpo de cal para aniquilarlo con más seguridad. Pero ¿y su alma, dónde fue a parar su alma?

—No me sumo a las historias de almas, comisario —dijo Château endureciendo el tono.

—Vamos a irnos, señor Château, me permitiré volver dentro de tres horas.

—¿Y por qué motivo, si es tan amable?

—Porque no es usted un «muy buen actor»; usted es él, como lo han expresado mis adjuntos. O, para decirlo con otras palabras, usted es un excelente actor, porque usted es él.

—Ha desertado usted de las tierras de la razón, comisario.

—Volveré a... —Adamsberg echó una ojeada al reloj de pared—. A las siete y media. Mientras tanto, cuídese. Más todavía de lo que imagina.

XXI

En cuanto salió de la oficina de la asociación —había que cruzar dos verjas con guardia, provistas de cerraduras de seguridad y de códigos electrónicos; el presidente estaba protegido como en un bastión—, Adamsberg dio orden a Retancourt de que se encargara de la protección constante de François Château. El asesino había eliminado a Masfauré, porque, sin su aportación financiera, la asociación dejaba de existir. Este primer golpe era fatal. Se podía suponer que después de ese asesinato, Robespierre sería el próximo blanco, instalando poco a poco el temor, después el miedo y por fin el *terror*, como lo había hecho Robespierre, antes de dar en el corazón. *Vive unos días más para pensar en mí, duerme para soñar conmigo. Adiós. Ese mismo día, al mirarte, gozaré con tu terror.* ¿A cuántos miembros tenía programado matar? ¿Los suficientes para que el rumor tomara cuerpo y despoblara la asociación antes de atacar su alma? ¿Los suficientes para dejar a Robespierre-Château asistir, solo, al hundimiento de su obra? Su signo, sí, era efectivamente antirrobepierrista, era el dibujo de la guillotina «a lo Luis XVI». Era la marca del último poder del rey, incluso sobre la máquina que iba a decapitarlo.

—Péguese a él, Retancourt; meta al pequeño Justin en el asunto, no llama la atención. Que Kernorkian vaya en moto. Trabaje con quien quiera, menos con Mercadet, Mordent y Noël.

Retancourt dedujo: uno demasiado soñoliento, otro demasiado contraído, el último demasiado impulsivo.

—Deje a Froissy en su puesto. La necesito para las búsquedas. ¿Sabe si ha tenido resultados?

—Todavía no. Está buscando una vía más directa, es decir, ilegal.

—Perfecto. Mi idea es salir de la asociación hacia las ocho y media. Que Justin y Kernorkian estén ya en su sitio, creo que el hombre está realmente en peligro. Pero no forzosamente ahora. La cosa puede durar semanas —advirtió Adamsberg, que sabía hasta qué punto vigilar a alguien de forma constante e incierta era psicológicamente agotador—. Danglard y Veyrenc vuelven a la Brigada y explicarán la situación al equipo.

—Has apuntado al centro —dijo Veyrenc—. François Château hace el papel de Robespierre. Pero ¿qué adelantamos con esto? ¿Por qué vuelves allí ahora a ensañarte con él?

Los tres hombres se entretenían junto al coche. Adamsberg se iba a caminar, el hecho era evidente sin necesidad de decirlo. Había dejado a Veyrenc su bolsa de dibujos, para que informara a los colegas, y se iba con las manos en los bolsillos.

—Porque ahora sabemos que el hombre está amenazado —dijo Adamsberg.

—Eso ya lo hemos entendido —dijo Danglard—. La cuestión es ¿por qué ensañarse?

—Danglard, ¿ha dejado usted alguna botella medio vacía una vez empezada?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Lo sabe usted bien. No hemos apurado la botella de François Château. Podemos presentar el asunto bajo dos puntos de vista: François Château es Robespierre y está amenazado. O bien: François Château es Robespierre y es peligroso. O es todavía menos simple.

Veyrenc, con el pelo de nuevo oculto bajo la gorra de turista, frunció el ceño y encendió un cigarrillo, tendiendo mecánicamente el paquete a Adamsberg.

—¿Château habría quedado impregnado de Robespierre hasta el punto de fusionarse con él? —preguntó—. ¿Hasta el punto de reproducir las matanzas? Y ¿apenas destruido un enemigo, descubriría a otro?

—Un engranaje sin fin —matizó Danglard—, ya que el enemigo que acosaba a Robespierre era él mismo. Pero en ese caso, ¿por qué nos habría escrito Château?

—Ni idea —dijo Adamsberg cambiando el peso de una pierna a otra, signo de que iba a irse enseguida—. Tenemos que vaciar la botella. Hasta lo que queda en el fondo.

—El poso —dijo Danglard.

—No —rectificó Adamsberg—, es como una botella con dos tapones. Hemos evacuado la primera parte. Si Froissy acaba su trabajo a tiempo, tengo la esperanza de hacer saltar el segundo tapón.

—¿Qué le ha pedido a Froissy?

—Una búsqueda de identidad sobre François Château.

—¿Cree que vive con un nombre falso?

—No, en absoluto. Desde la Brigada, mándenme una foto de Victor.

—¿Qué pinta Victor otra vez en este asunto? —preguntó Danglard.

—Era secretario de Masfauré, por lo tanto pudo acompañarlo a la asociación, oír, saber. Dígame, Danglard, ¿tuvo descendientes Robespierre?

—Va muy desencaminado, comisario. Se dice que Robespierre tenía el vientre muerto. Es decir, entiéndame, el bajo vientre.

—Lo había captado.

—No hablo de impotencia, sino de incapacidad. Síntoma notable de su vasta patología.

—Zerk ha preparado una pierna de cordero para esta noche —dijo Adamsberg, cambiando de tema—. Es demasiado para nosotros dos.

—Me encargo del vino —se apresuró a decir Danglard, ya que el vino blanco que compraba Zerk en la tienda de la esquina retorció las tripas como un disolvente.

—No es tanto por su compañía —añadió Adamsberg, sonriente— como porque todavía necesito saber lo que sabe.

—Cuando esté cerrado el caso, ¿podré quedarme con uno de los dibujos? — preguntó Danglard.

—¿Usted también? ¿Por qué?

—Es un buen retrato de Robespierre, simplemente.

—Un retrato de Château —rectificó Adamsberg—. Usted mismo los confunde ahora. Así que imagínese él.

El Sena estaba demasiado lejos para que le diera tiempo a ir hasta el muelle y volver, sobre todo teniendo en cuenta el ritmo tranquilo de su paso. Lo mejor era ir hasta el canal Saint-Martin. Era agua en cualquier caso. No era el torrente de Pau, claro está, pero seguía siendo una especie de río que seguir, con sus gaviotas arriba. Los edificios que lo bordeaban tampoco eran las laderas de los Pirineos, pero al menos eran de piedra. Piedra y agua; hojas en los árboles; gaviotas, que, por deterioradas que estuvieran, no eran para despreciarlas.

Su móvil vibró cuando alcanzaba el canal y aspiraba el olor a trapo mojado que desprende el agua sucia de las ciudades. Esperaba con ansia una respuesta de Froissy y levantó la cabeza hacia las chillonas gaviotas para dirigirles una oración pagana. Pero las gaviotas no le prestaron atención y recibió la foto de Victor. Todo aquello, muy lejos de Islandia, volvía a poner en juego a los jóvenes del Creux. Porque si Victor estaba al corriente de las actividades paralelas de su filantrópico jefe, podría habérselo dicho a Amédée. Y ¿quién sabe lo que él y Victor pensaban de la pasión de Henri por Robespierre? ¿La juzgaban peligrosa? ¿Costosa? Victor había asegurado que la biblioteca de Masfauré no contenía ningún libro sobre la Revolución. Lógico, si su intención era guardar el secreto acerca de la asociación. Y era efectivamente lo que hacía: Mordent había confirmado que el notario no tenía constancia alguna de pagos a ninguna asociación cultural. El dinero circulaba pues en efectivo.

Piedra, agua, pájaros. Se arrellanó en el banco que había escogido, con las manos cruzadas en la nuca, vigilando el cielo, fijándose en las gaviotas más dóciles. A Adamsberg le resultaba fácil elegir una, encaramarse a su lomo, sin apretar, orientar su vuelo dirigiendo sus alas con suavidad, sobrevolar los campos, alcanzar el mar y allí, jugar a resistir con el viento en contra.

Después de unos seiscientos kilómetros recorridos de ese modo, Adamsberg se enderezó, preguntó la hora y paró un taxi. No le agradaba la idea de volver al oscuro despacho de Château. Y aún menos la de forzarlo a vaciar la botella. Si podía arrancar el segundo tapón.

A las siete y veinticinco, el guarda le abrió de nuevo ruidosamente las verjas del

edificio y le rogó que esperara al señor Château en su despacho, no iba a tardar. Como se había quedado sin los cigarrillos arrugados de Zerk, Adamsberg se había comprado un nuevo paquete. Andar y fumar en el despacho forrado de madera del pequeño presidente no estaría de más para extraer ese tapón. La segunda respuesta de Froissy le había llegado siete minutos antes. Excelente, Froissy. Haber tenido razón en ese punto le producía un ligero vértigo, como si se aventurase en esferas de sinrazón cuyos mecanismos —peor todavía, cuyo futuro— desconocía. Mientras que, solo, de noche en la cima de una montaña, se sentía tan a sus anchas como un rebeco. Pero el mundo de François Château, que acababa de espesarse aún más, no era su territorio. Pensó en este cuento que le gustaba a Mordent: aquel en que, apenas el protagonista penetraba en el bosque, las ramas se cerraban detrás de él y el camino de vuelta ya no era ni transitable ni visible.

Adamsberg no se había atrevido a abrir el cajón del escritorio para sacar el cenicero y miraba los libros de la biblioteca sin leer sus títulos.

—Buenas tardes, comisario —dijo una voz chirriante detrás de él.

Una voz oída la víspera. François Château acababa de entrar; o más exactamente, esta vez, Maximilien Robespierre. Adamsberg se quedó estupefacto delante del personaje, a quien, la víspera, no había visto tan de cerca. Con los brazos cruzados y la espalda rígida, el hombre enfundado en su magnífico traje azul, empolvado y empelucado, le dirigía esa sonrisa crispada que no era sonrisa, parpadeando detrás de unas gafitas redondas de lentes oscuras. Adamsberg no se movió, como tampoco se habían movido otros en su época. Hablar con Château era una cosa, conversar con Robespierre era otra muy distinta.

Sin mediar palabra, el personaje abrió el cajón y depositó el cenicero sobre la mesa.

—Bonito traje —dijo simplemente Adamsberg, sentándose con torpeza en el borde de la silla.

—Lo llevaba en la fiesta del Ser Supremo, que tenía que haber sido mi consagración —explicó con sequedad el hombre, recuperando su postura—. La única mañana en que se me vio una verdadera y tierna sonrisa, según dicen algunos, amantes de anécdotas, tal era el brillo de la luz celestial en el cielo de París. Nunca ha contemplado usted esa claridad inaudita, ni la verá jamás. Llevé de nuevo este traje el 8 de termidor ante la asamblea. Pero no pudo conjurar mi ejecución, que tuvo lugar dos días después, mientras doblaban las campanas por la República.

Adamsberg abrió su paquete de cigarrillos ofreciéndole inútilmente a Château, o comoquiera que hubiera que llamar a ese hombre. Adamsberg, que había sabido adivinar el rostro del pequeño presidente detrás del de Robespierre, no tendría que sentirse sobrecogido por aquella aparición. Pero con el traje, la personalidad del hombre había cambiado, como si el impasible rostro de Robespierre hubiera ahuyentado, e incluso brutalmente desalojado, la amable figura un tanto infantil de Château. Del modesto presidente ya no quedaba nada, y Adamsberg se interrogaba

sobre esa puesta en escena excesiva y ridícula, que aun así lo desconcertaba. ¿Esperaba Château obtener de Robespierre una fuerza que temía no encontrar para ese encuentro? ¿Impresionar con esa estampa heladora? Pero había otra cosa, concluyó observándolo a través del humo. Château había llorado y no quería de ninguna manera que se viera. A través de los polvos, Adamsberg distinguía, a pesar de todo, el borde enrojecido de los párpados inferiores y las bolsas formándose bajo los ojos hinchados. Adamsberg situó instintivamente su voz en el tono más bajo, más dulce.

—¿De verdad? —dijo Adamsberg, aún mal sentado en su silla.

—¿Lo dudaría usted, señor comisario? La Reacción barrió toda Francia, que cayó cual mujer fácil y olvidadiza en los brazos de un tirano. ¿Y después? ¿Qué ocurrió? Unos pocos y breves arranques de rebelión, memorias de nuestros gloriosos esfuerzos engullidos por una República envilecida, donde la bajeza y la avidez aplastaron nuestros ideales. Ideales cuyos nombres, sin embargo, Libertad, Igualdad, Fraternidad, recorren todavía el mundo, como una nostalgia. Lema que aún adorna nuestros frontones, pero que nadie piensa de corazón en pronunciar.

—¿Ese lema es suyo?

—No. Los términos vagabundeaban por todas partes. Pero yo soy, sí, yo soy quien los forjó en una única hoja: *Libertad, Igualdad, Fraternidad o la muerte*.

Château, trémula la nariz, rompió de pronto su discurso e inclinándose hacia Adamsberg, apoyó sus finas manos sobre la mesa.

—¿Ya tiene suficiente, señor comisario? ¿Nos hemos divertido lo suficiente? Porque es así como deseaba verme, ¿verdad? Verme en «él». ¿La representación ha sido de su agrado? ¿Hemos terminado ya?

—¿Qué va a pasar con todo esto? —preguntó prosaicamente Adamsberg señalando con un gesto de amplitud el edificio.

—¿En qué le concierne eso a usted? Nuestros fondos nos permitirán llegar al término de nuestras investigaciones.

El tono tajante, casi paralizante, de Robespierre persistía en la voz del presidente y seguía incomodando a Adamsberg.

—A él, ¿lo conoce usted? —inquirió, mostrándole la foto de Victor.

—¿Otro muerto? ¿Otro traidor infame? —dijo Château cogiendo el móvil que le ofrecía el comisario.

—¿Lo ha visto alguna vez por aquí?

—Naturalmente que sí. Se trata del secretario de Henri Masfauré, su nombre es Victor, bastardo e hijo del pueblo. ¿Eliminado también? —preguntó con frialdad.

—Todavía vive. Entonces, ¿acompañaba a su jefe cuando este asistía a las asambleas?

—Henri no podía prescindir de su secretario. Victor obedece, Victor memoriza. Interróguelo a él también.

—Es mi intención —respondió Adamsberg, consciente de que, como parte de su

papel imperioso, Château acababa de formular una orden.

Eso no lo molestaba, pero sí lo impresionaba. Se levantó. Dio unos pasos y dejó el móvil encima de la mesa, después de haber marcado el 4, que lo ponía en comunicación con Danglard, de manera que su adjunto pudiera seguir la conversación desde la Brigada. La opinión del comandante le importaba en esta singular circunstancia.

—¿Sabe usted de dónde le viene su parecido con Robespierre? —continuó Adamsberg sin volverse a sentar.

—Del maquillaje, señor comisario.

—No. Se le parece.

—Travesura de la naturaleza, intervención del Ser Supremo, como usted prefiera —dijo Château mientras se sentaba cruzando las piernas.

—Parecido que lo indujo a lanzarse tras las huellas de Robespierre y a fundar esta asociación, este «concepto».

—En absoluto.

—Hasta que el personaje empezó a impregnarlo poco a poco.

—Sin duda debido a que es de noche, y a que su jornada habrá sido agotadora, pierde usted en sutileza. Ahora se dispone usted a preguntarme si me «fusiono» con él, según no sé qué aberrante proceso mental, si soy presa de una doble personalidad y demás notables estupideces. Lo interrumpo antes de que diga semejantes locuras. Represento el papel de Robespierre, como acabo de demostrarle, y me limito a eso. Por lo demás, me pagan muy bien por hacerlo.

—Es usted rápido.

—No resulta difícil adelantarle.

—Lo tiene dominado —dijo Danglard con el tono ansioso de un hombre que comenta el desarrollo de un encuentro deportivo.

Los agentes se habían reunido en una masa compacta, pegados unos a otros, algunos recostados sobre la mesa, para oír mejor la voz que salía del aparato depositado encima del escritorio.

—Usted es François Château, eso lo sé —dijo Adamsberg.

—Muy bien. Esto cierra el debate.

—Y es usted hijo de Maximilien Barthélemy François Château. Hijo a su vez de Maximilien Château.

Château-Robespierre se tensó y, en la otra punta de París, Danglard y Veyrenc también.

—¿Qué? —preguntó Voisenet, seguido por la mirada de sus colegas.

—Son los nombres de pila del padre y del abuelo de Robespierre —explicó rápidamente Danglard—. La familia Château se ha atribuido los mismos nombres que los Robespierre.

El presidente Château entró en uno de esos conocidos ataques de furia del Incorruptible, con el puño abatiéndose sobre la mesa, sus labios finos y temblorosos increpando, atacando.

—¿Está en peligro? —preguntó Kernorkian.

—Cállese, joder —dijo Veyrenc—. Retancourt está muy cerca.

Saber que la teniente estaba cerca del comisario tranquilizó enseguida al equipo, incluido Noël. Las cabezas se inclinaron más hacia el altavoz.

—¡Traidor! —gritaba ahora Château—. ¡Le pido ayuda con toda mi confianza y usted la usa como infame hipócrita para hurgar como una rata hasta en mi propia familia!

—«Infame hipócrita», una de las expresiones favoritas de Robespierre —comentó Danglard a media voz.

—Y aunque así fuera, ¿qué importa? —Proseguía Château—. Sí, toda la familia era furiosamente robespierrista y, créame, ¡es algo que no le deseo a nadie!

—¿Por qué no heredó usted los nombres sagrados?

—¡Gracias a mi madre! —aulló Château—. ¡Hizo todo lo posible para protegerme de esos devotos furiosos, y se ahogó ante mis ojos cuando yo tenía doce años! ¿Está usted satisfecho, señor comisario?

El hombrecillo se había levantado, se había arrancado la peluca y la había tirado al suelo con violencia.

—Desenmascarado —dijo Danglard—. El segundo tapón de la botella ha saltado.

—¿Hay botellas con dos tapones? —preguntó Estalère.

—Claro que sí —dijo Danglard—. Cállese. Se oye correr el agua. Hay un lavabo en el despacho, junto a la máquina de café. Se está desmaquillando, quizá.

Château se frotaba brutalmente la cara, dejando correr un agua blanca. Luego, escupiendo y sorbiendo sin la menor vergüenza, se secó la piel, de nuevo mitad rosa mitad lívida, y volvió a sentarse, a medio camino entre el orgullo y el abatimiento, tendiendo una mano elegante para pedir, esta vez, un cigarrillo.

—Es usted un combatiente cualificado, comisario, tendría que haberlo guillotinado antes —dijo recobrando casi la sonrisa, tan triste esa noche—. Guillotinarlo a usted antes que a nadie. Porque eso es lo que está usted pensando, ¿verdad? ¿Que mi loca familia me ha entronizado como «descendiente» de Robespierre? ¿Qué me ha metido esa misión en mi cabeza de niño? Pues tiene usted razón. Mi abuelo fue el forjador de este destino, un viejo intratable, criado, también él, en el gran culto. Mi madre se oponía a ello y mi padre era un débil. ¿Debo seguir?

—Se lo ruego. Mi abuelo era un imbécil, tocado por la guerra, y un déspota.

—El viejo empezó mi educación cuando tenía yo cuatro años —dijo Château, algo más calmado—. Me enseñó los textos, pero también la postura, la voz, las mímicas, y más aún, la desconfianza hacia los enemigos, el recelo hacia todos y la pureza como regla de vida. Convencido como estaba ese viejo cretino rebosante de soberbia de que descendía del gran hombre. Mi madre me ayudaba a resistir. Cada

noche, como Penélope y su tapiz, deshacía para mí el trabajo diurno del viejo. Pero se murió. Siempre he pensado que fue el viejo quien agrietó la barca en la que se ahogó. Al estilo de Robespierre: eliminar el obstáculo que se interponía entre él y yo. Tras el fallecimiento de mi madre, acentuó su dictadura. Sin embargo, yo ya tenía doce años y el escudo que mi madre me había forjado estaba listo. El viejo encontró entonces otro obstáculo delante de él: yo mismo.

Adamsberg dejó de dar vueltas alrededor de la mesa, y los dos hombres cogieron otro cigarrillo. El espectáculo que ofrecía Château —con su rostro sin prestancia a medio limpiar, surcado de rastros blancos, la coronilla calva y el pelo mojado, los ojos tumefactos, todo ello colocado sobre el cuerpo aún enfundado en el traje azul de Robespierre— resultaba tan espléndido como lamentable. Podía haber sido grotesco. Pero su desamparo, la gracia de su porte y lo burlesco de su aspecto lo conmovían. Era él, Adamsberg, quien había querido esta derrota, y esa debacle le era incluso necesaria para la investigación. Hasta el segundo tapón, hasta el poso. Pero a qué precio.

En la Brigada, los pensamientos eran de la misma índole: se contenían las respiraciones, la emoción era perceptible, pero Estalère fue el único en expresarla.

—Es triste, ¿eh? —dijo.

—Mi padre adoraba a Napoleón —dijo Voisenet—, pero nunca me pidió que fuera a conquistar Rusia. Aunque lo exasperábamos mis peces y yo.

—Silencio —exigió Danglard.

—Sin embargo —retomó Château exhalando humo—, su sospecha va más allá. Se figura usted que el viejo torció mi personalidad, como el herrero deforma una barra de hierro. Que interioricé el papel de «elegido» que me había asignado y que ahora, ¿verdad?, reproduzco el comportamiento destructor de Robespierre. Que soy yo quien elimina a los miembros de mi propia asamblea. Es lo que usted piensa. Y en esto, comisario, anda completamente desencaminado.

Château apretaba y aflojaba los dedos sobre su pecho, encima de la chorrera de encaje mojada, como si quisiera agarrar o acariciar algo. Adamsberg le había visto hacer, la víspera, ese gesto compulsivo. Un colgante, supuso, un talismán, un retrato de su madre, un mechón de sus cabellos.

—Con el «escudo» que le dejó su madre, ¿por qué fundó a pesar de todo esta asociación y asumió este papel que tanto odiaba?

—Sabía ser Robespierre a la perfección desde los quince años. Incluso después de la muerte del viejo, el personaje me obsesionaba, seguía mis pasos, mis gestos, no me dejaba ni a sol ni a sombra. Entonces, me di la vuelta y, a decir verdad, lo afronté. Lo afronté, comisario. Con la voluntad de acabar con él, de ajustarle las cuentas. Lo agarré. Lo sujeté y lo representé y representé una y otra vez. Ahora es mi criatura, y no yo la suya. Soy yo quien tira de los hilos ahora.

Adamsberg asintió.

—Estamos cansados, ¿no? —dijo sentándose y aplastando su cigarrillo.

—Sí.

—Sus socios, los cofundadores, ¿cómo los llamábamos?

—Leblond y Lebrun.

—Leblond y Lebrun, ¿saben todo esto?

—No, ni hablar. ¿Puedo rogarle, si es que se puede rogar a las fuerzas policiales, que permanezcan en esta ignorancia?

XXII

Zerk no era todavía buen cocinero, pero hacía sus progresos. El asado estaba en su punto; y las judías de bote, aceptables. Danglard sirvió vino generosamente y Adamsberg se tomó el tiempo de cenar antes de abordar de nuevo el asunto. Sus adjuntos lo habían entendido y pasaban alegremente de un tema a otro, lo cual tenía arrobado a Zerk, que no estaba mucho más dotado que su padre para lides verbales. Eso también sirvió a Adamsberg de descanso respecto al conglomerado de algas, que de momento, seguía igual de denso y de oscuro.

Se reunieron con sus cafés alrededor de la humeante chimenea, Danglard ocupando su sitio de costumbre, a la izquierda; Adamsberg a la derecha, con los pies apoyados en el morillo, y Veyrenc en el centro.

—¿Qué impresión les dio? —preguntó Adamsberg.

—Parecía sincero —dijo Danglard.

—Igual que en nuestro almuerzo, en el muelle de la Tournelle —dijo Veyrenc, escéptico—, cuando nos ocultó que él hacía el papel de Robespierre. Cosa que, por otro lado, tampoco tenía obligación de revelarnos.

—Quizá exista un tercer tapón en el fondo de la botella —dijo Adamsberg.

—Existen botellas con nueve tapones, no sería la primera vez —dijo Danglard llenándose otro vaso.

—No para usted, comandante.

—No me asustan los tapones, en efecto. Saltan a mis manos como animalillos domesticados.

Zerk había bebido demasiado, se había quedado dormido encima de la mesa, con la frente apoyada en los brazos.

—Pretende manejar los hilos del personaje —dijo Adamsberg—; interpretarlo en la tribuna y, de ese modo, reírse de él. Pero esta tarde, cuando era Robespierre, cuando le entró rabia frente a mí, cuando se le escaparon esas palabras: «traidor», «infame hipócrita», «bastardo e hijo del pueblo», no me pareció que el pequeño Château estuviera al mando. Como si, cuando viste el traje de época, y llevaba uno azul, el que se había puesto el día de la fiesta de Dios...

—Del Ser Supremo —corrigió Danglard.

—Como si el pequeño Château —continuó Adamsberg—, el pequeño Château se volviera entonces permeable, poroso, y absorbiera el personaje sin dominarlo en absoluto. Robespierre entra en él como le da la gana y, en esos momentos, ya no queda nada de François Château. Nada. Contrariamente a lo que ha intentado hacerme creer. En eso también me ha mentado. Y sin embargo, sufría. Y su sonrisa dolía.

—*Esa sonrisa duele* —recitó Danglard—. *La pasión que visiblemente ha bebido*

toda su sangre y secado sus huesos deja subsistir la vida nerviosa, como en un gato ahogado y resucitado luego mediante el galvanismo, o quizá en un reptil que se tensa y se yergue, con una mirada indecible, espantosamente bella. La impresión, sin embargo, no nos engañemos, no es de odio; lo que experimentamos es una piedad dolorosa, mezclada con terror.

—¿Es una descripción de él?

—Sí.

—¿De dónde sacó la idea de investigar los nombres de su familia? —preguntó Veyrenc.

—El hecho de que Château esté tan impregnado del personaje, me hizo suponer una posible filiación. En aquel momento, yo no sabía que Robespierre no había tenido hijos.

—Ninguna descendencia —volvió a asegurar Danglard—. Las mujeres y todo lo relacionado con la sexualidad lo aterrorizaban. Sobre esa base fundó la noción recurrente de «vicio», sin ser consciente de ello, claro está. Había perdido a su madre a los seis años, y esa madre, entre embarazo y embarazo, no tuvo prácticamente tiempo de ver a su hijo Maximilien antes de morir de parto. Tras su defunción, el padre modelo, el buen abogado de Arras, desertó de la casa para desaparecer definitivamente más tarde, abandonando a sus cuatro hijos. A los seis años, Maximilien era cabeza de familia, sin haber recibido ni una onza de amor. Se dice que el niño se paralizó y ya nunca más se lo vio jugar ni reír.

—¿Y eso no se corresponde bastante bien con Château? —preguntó Veyrenc.

—Muy bien, incluso.

—Al desnudo —dijo Adamsberg—, quiero decir, cuando abandona la envoltura de Robespierre, Château parece más bien asexual.

—Si Robespierre no se hubiera encontrado con la Revolución, es posible, efectivamente, que como abogado en Arras, se habría parecido a nuestro Château. Talentoso y petrificado, exaltado y amordazado. Sin poder jamás acercarse a ninguna mujer. Sin embargo, Dios sabe que lo amaron con locura. Pero no, no tuvo descendencia. Ni uno de los cuatro niños Robespierre tuvo hijos. Es posible que Maximilien tuviera varios deslices, o quizá uno solo, antes de ser Robespierre. Pero parece muy dudoso.

Danglard se interrumpió, pensativo; luego frunció el ceño como un animal vacilante, de pronto insatisfecho y al acecho.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Château! No, no digan nada, se me va a ir de la cabeza.

El comandante apretó los labios contra el vaso, entornando los ojos.

—Lo tengo —dijo—. Se trata de un rumor. Y se me había olvidado completamente. Casi se me escapa de entre las manos como los gatos del jardín.

—Vamos, comandante —dijo Adamsberg, sacando un cigarrillo de su paquete personal.

Se lo dejaría a Zerk al día siguiente y le robaría otros. Eran los de su hijo los que

le apetecían. Pero no se roba a un hombre dormido.

—Existe un rumor pertinaz sobre un hijo oculto de Robespierre —explicó Danglard— que habría nacido en 1790. Se llamaba Didier Château.

—¿Château? —dijo Adamsberg, incorporándose.

—Como Château.

—Continúe, comandante.

—Se llamaba incluso François Didier Château. François, como François. Solo se conserva una «prueba» de esa ascendencia, y es una carta. De 1840, cuando François Didier Château tiene cincuenta años y nada menos que el presidente del Tribunal de Apelación de París solicita con vehemencia un empleo para él. Él, que no es más que un pequeño posadero de provincias. ¿De qué modo el humilde François Didier Château, «bastardo e hijo del pueblo», pudo entablar semejante relación con el poderoso presidente parisino? Es un primer enigma. En una carta al prefecto, este presidente pide que se confíe al posadero una casa de postas de...

Danglard se frotó la frente y, enderezándose, tomó un trago de vino blanco.

—De Château-Renard, en el departamento de Loiret —completó con brevedad y alivio—. Es más, el presidente del Tribunal de Apelación señala que su protegido está asimismo recomendado por personalidades tales como el juez de paz, el alcalde o unos nobles. ¿Qué podía tener ese posadero para atraer a tan altos defensores?

—Una reputación —dijo Veyrenc.

—Exactamente. Ya que en su respuesta negativa, el prefecto... Déjeme su ordenador, comisario.

—Ya está —continuó Danglard pasados unos instantes—: «... Ahora bien, el señor Château que tiene usted a bien recomendarme es hijo natural de Robespierre». Fíjense en la seguridad con que lo afirma el prefecto, sin la menor duda. Continúo: «No es responsable de su nacimiento, lo sé, pero desgraciadamente su origen ha influido de manera enojosa en sus opiniones y su conducta y es de lo más radical».

Danglard dejó el ordenador en el suelo y cruzó los brazos, sonriente y satisfecho.

—¿Qué más, Danglard? —preguntó Adamsberg, estupefacto, e inclinándose hacia su adjunto como si se tratara de una lámpara mágica de Aladino.

—Poca cosa, pero menos da una piedra. Después de la muerte de Robespierre, la madre de François Didier se refugió en Château-Renard con su hijo de cuatro años. ¿Circulaban rumores? ¿Tuvo ella miedo por su hijo? ¿Corría su vida peligro? Es muy posible. Ya que, unos años antes, se temía que el niño del Temple^[6] fuera una amenaza. La de la voz de la sangre que despierta y clama venganza. Al igual que la de los torturados de la torre del Creux.

—¿Quién es el niño del Temple? —preguntó Adamsberg.

—El hijo de Luis XVI.

—¿Qué más sabe sobre el hijo secreto?

—Poseemos una descripción física de él, de cuando estaba en el ejército de Napoleón. No hay nada convincente, pero tampoco nada que contradiga lo de su

supuesto padre. Quiero decir con esto que no era un gigante de nariz aguileña y ojos negros. No, medía menos de un metro sesenta, tenía los ojos azules y el pelo claro, la nariz pequeña y la boca pequeña.

—En efecto, es impreciso.

—Pero, segundo enigma: cinco años después de haber fracasado en su intento de convertirse en dueño de la casa de postas, nuestro posadero es nombrado director de los vehículos públicos. ¡Diligencias de Estado! Así —dijo Danglard chasqueando los dedos—. Contactos en las altas esferas, una vez más. Y ya está, ya no me queda nada en el zurrón.

—Es mucho, Danglard. La afirmación del prefecto no es moco de pavo.

—No me lo creo —dijo Danglard—. Que Robespierre se haya acostado con una mujer. ¿Quién nos dice que esa Denise Patillaut (era el nombre de la madre, ahora lo recuerdo), embarazada fuera del matrimonio, no se vanagloriara de esa ilustre paternidad para atenuar el oprobio de su condición de madre soltera? Después, la familia pudo perpetuar la leyenda. Hasta nuestro actual François. Suponiendo que sea realmente un descendiente de aquel François Didier.

—Tenemos otro elemento —dijo Veyrenc—. Su parecido inaudito con Robespierre.

—No lo sabremos nunca —dijo Danglard—. Ni nosotros, ni la familia Château. La comparación de ADN no es posible; los restos de Robespierre fueron finalmente dispersados por las catacumbas de París.

—Pero lo más importante no es la verdad —dijo Adamsberg, apoyando de nuevo los pies en el morillo—. Sino que los Château lo hayan creído. Que el abuelo se haya aferrado obstinadamente a esa idea, como sus ancestros antes que él. Que hayan alimentado la llama, mantenido el culto. Así, ¿qué cree nuestro François? ¿Qué es un descendiente de robespierristas, como me ha contado, o que lo es del mismísimo Robespierre de carne y hueso? Esto cambiaría las cosas.

—Este tipo miente como un sacamuelas —dijo Veyrenc.

—Si se cree descendiente —dijo Danglard—, y si es nuestro asesino, ¿por qué, repito, nos habrá escrito?

—Para ser como su antepasado —dijo Veyrenc—. Porque Robespierre no mata disimuladamente, como un «hipócrita» bandido de los bajos fondos. Porque ajusticia en la plaza pública. Porque sus muertes deben ser ejemplares.

—O sea, que hay un tercer tapón, en el fondo de la botella —concluyó Adamsberg en voz baja.

XXIII

Los dos socios de François Château aceptaron sin reticencia la convocatoria de Adamsberg para presentarse en la Brigada a las tres de la tarde. Mientras, Froissy investigaba en los archivos de Château-Renard la descendencia de François Didier Château, posadero en 1840, y Retancourt y sus hombres seguían con la vigilancia del presidente.

«Nada que señalar», había escrito Retancourt en un SMS. «Regresa a su domicilio a las 22 h, cena solo, duerme solo, vive solo. Ahora en su trabajo en el hotel, horario 11 h-17 h. Como anécdota, fui agredida anoche en mi puesto de la calle Norevin por tres cretinos de cabeza rapada que me habían tomado por una mujer deseable. Muy halagada. Justin testigo, ninguna complicación, pero los chicos están en la comisaría del distrito 18, un poco perjudicados».

«Bastante perjudicados», rectificó Adamsberg, descolgando el teléfono para hablar con su colega del distrito 18.

—¿Montreux? Aquí Adamsberg. ¿Has recogido tres chavales esta noche?

—¿Lo que les cayó encima venía de tu comisaría? ¿Qué era, un árbol?

—Un árbol sagrado, exacto. ¿Cómo están?

—Humillados hasta los huesos. Sencillamente, los derribó de un derechazo en el estómago, sin destrozos. Tu «árbol» sabe contener sus golpes. Sin daños en los testículos.

—Es toda suavidad.

—De todos modos, y antes del asalto final, una nariz aplastada para uno, una oreja hecha trizas para el otro, con sus tres *piercings* (el tipo aúlla al tratar de recuperar sus pendientes en los jirones de piel) y un buen tajo en la mejilla para el tercero. Ella estaba en su derecho, intentaron cepillársela, borrachos como cubas. Tenemos el testimonio de su colega. ¿Quién es ese joven en comparación con el árbol? ¿Un brote de junquillo?

—Un dulce junco pensante.

—Está bien. Por lo menos tienes variedad. Yo tengo cinco idiotas. ¿Y tú?

—Solo uno, creo.

Adamsberg colgaba cuando Estalère hizo pasar a los dos socios de François Château. Uno frágil y otro cachas, como en los mejores tandems, pero ambos profusamente barbudos, muy melencidos para su edad —cincuenta más o menos— y con gafas.

—Ya veo —dijo Adamsberg, sonriendo e invitándolos a sentarse—. Temen ustedes las fotos clandestinas. Estalère, café, por favor. Ya he dado mi palabra de que

no les pediría sus nombres.

—Trabajamos con discreción —dijo el cachas—, no nos queda más remedio. La gente tiene la mente tan estrecha que un malentendido se puede producir muy fácilmente.

—El presidente me ha explicado por activa y por pasiva sus reglas de confidencialidad. Estas barbas están muy bien hechas.

—Sabrá sin duda que disponemos de excelentes maquilladoras en la asociación. Lo de las barbas no es nada. Todo se transforma.

—Entonces, siéntanse a gusto —dijo Adamsberg.

—¿Ha visto algo? —preguntó el más delgado una vez que hubo salido el cabo.

—¿Estalère? Siempre tiene los ojos así.

—Si tuviera los ojos negros, haría un buen Billaud-Varenne.

—¿Un robespierrista?

—Sí —dijo el cachas.

—Estalère es un corderillo.

—Pero es bien parecido, como lo era Billaud. En cuanto al carácter, poco importa. Ya vio cómo François Château logra subyugar a la sala. ¡Pero no produce ese efecto en su hotel, se lo garantizo! En cuanto al ordenanza, el de la recepción, que no es muy guapo, disculpe mi franqueza, sería un buen Marat.

—Dudo que pueda declamar un texto. Yo mismo sería incapaz.

Adamsberg se calló cuando Estalère trajo los cafés.

—Pero François le habrá explicado seguramente que nuestra asamblea libera las palabras y los comportamientos —dijo el cachas.

—Hasta hacer surgir auténticas pasiones, fervientes identificaciones con los personajes representados —dijo el delgado.

—Incluso si, en la vida real, el actor no tiene la menor afinidad política con su personaje; a veces todo lo contrario. Se ven tipos de la derecha más radical transformarse en auténticos exagerados de extrema izquierda. Es uno de los objetos de nuestro estudio: el efecto de grupo que barre las convicciones individuales. Pero como cambiamos cada cuatro meses, actualmente estamos buscando a un Billaud-Varenne y a un Marat.

—Y a un Tallien.

—Pero no a un Robespierre —dijo Adamsberg.

El delgado sonrió con delicadeza.

—¿Comprendió por qué, la otra noche?

—Casi demasiado.

—Es excepcional, irremplazable.

—¿Alguna vez le ocurre a él también ser víctima de una «ferviente identificación con el personaje»?

El cachas trabajaba probablemente en el sector de la psiquiatría. Era comprensible que no deseara que sus pacientes supieran que llevaba chorreras de encaje.

—En sus inicios, tal vez le ocurriera —dijo el delgado, pensando—. Pero lleva doce años interpretando a Maximilien. Se ha instalado una rutina, y lo hace como quien juega a las damas. Con concentración, con intensidad, pero nada más.

—Un segundo —interrumpió Adamsberg—. ¿Quién de ustedes dos es el tesorero llamado Leblond y quién es el secretario llamado Lebrun?

—Leblond —declaró el delgado de barba clara y sedosa.

—Entonces usted es Lebrun. ¿Puedo fumar? —preguntó Adamsberg hurgando en su bolsillo, en busca de la provisión hecha esa mañana gracias a la reserva de Zerk.

—Está usted en su casa, comisario.

—Cuatro muertos ya, todos ellos miembros de su asociación. Henri Masfauré, el pivote financiero, Alice Gauthier, Jean Breuguel y Angelino Gonzalez. ¿Les ponen cara?

—Perfectamente —dijo Lebrun, el de la barba sombría y densa—. Gonzalez estaba caracterizado, pero hemos visto su dibujo. Es él.

—François Château me ha aconsejado vivamente que los consulte. Porque vigilan ustedes a los afiliados todavía más que él.

—Peor aún —dijo Leblond sonriendo—: los espiamos.

—¿Hasta este punto?

—Ya ve que somos francos con usted. La «historia viviente» nos ha sobrepasado y ha generado alteraciones psicológicas asombrosas.

—Incluso —empalmó Lebrun— derivas patológicas. A las que asistimos, qué duda cabe, en este momento. Lo cual demuestra que hacíamos bien vigilando a nuestros miembros de cerca.

—¿Cómo lo hacen?

—La gran mayoría de los presentes adopta una actitud clásica —explicó Lebrun—. Se entregan, ponen todo su empeño en su papel, y a veces demasiado. Esto abarca una amplia gama de comportamientos, desde los que se divierten, como Gonzalez, que se lo pasaba en grande, aunque eso no le impidió crear un formidable Hébert, ¿verdad, Leblond?

—Excelente. Me rompió el corazón tener que pasar el papel de Hébert a otro que no lo hace mal, pero que no está a su altura. No pasa nada: en la próxima sesión, llevará una semana muerto. Disculpe —dijo levantando las manos—, cosas nuestras.

—Así pues —retomó Lebrun—, abarcamos desde los que se divierten hasta los que se lo toman en serio, desde los que participan hasta los que se incendian.

—Pasando por todo el espectro de la diversidad y de los matices graduales entre ambos extremos.

«... el espectro de la diversidad y de los matices graduales...», anotó Adamsberg. ¿Sería Leblond un físico?

—Pero todo ello permanece encauzado dentro de los límites habituales de la «normalidad», de esa «loca normalidad» —dijo Lebrun—, sobre todo desde que hemos establecido turnos para los papeles. A quienes vigilamos, mi colega y yo, es a

los demás, una veintena de miembros. Los «infras», como los llamamos entre nosotros.

—¿No les molesta que ande? —preguntó Adamsberg, levantándose.

—Está usted en su casa —repitió Lebrun.

—¿A quiénes llaman los «infras»?

—A los que se sitúan más allá del espectro común —explicó Leblond—, como los rayos infrarrojos, por ejemplo, que nuestro ojo no detecta. Imagine un espectáculo cómico donde alguien no se ríe. O una película desgarradora donde un espectador se queda frío como el mármol.

—Cuando los que asisten a nuestras asambleas, en general, «salen de sí mismos», para explicárselo sencillamente.

—Y no nos referimos a un «momento» —precisó Leblond—. Sino a una constante. A un rasgo invariable.

«A un rasgo invariable». Un científico, en todo caso.

—Los «infras» —retomó Lebrun, y Adamsberg anotó la armonía de su dúo casi intercambiable— permanecen asombrosamente neutros. No tristes ni distraídos, sino indescifrables. Desde luego, no indiferentes. De otro modo, ¿qué harían entre nosotros? Pero sí distantes.

—Los escucho —dijo Adamsberg, continuando sus paseos.

—En realidad —dijo Leblond—, están allí, atentos, pero su participación es de un orden muy distinto del orden corriente.

—A decir verdad, vigilan —lo completó Lebrun—. Y nosotros vigilamos a los que nos vigilan. No son de los nuestros. ¿Qué vienen a hacer? ¿Qué buscan?

—¿Cuál es su respuesta?

—Es difícil —continuó Lebrun—. Con el tiempo, mi colega y yo hemos identificado dos grupos distintos entre los infras. A uno lo llamamos los «infiltrados» y al otro, los «guillotizados». Si no nos hemos equivocado, los infiltrados eran menos de una decena.

—No contamos a Henri Masfauré, aunque él también los haya espiado. Hablaba a veces con unos, a veces con otros. Victor estaba ahí para servirle de oído registrador. Entre ellos estaban Gauthier y Breuguel, ambos asesinados, y un hombre a quien no hemos vuelto a ver desde hace unos años. Como observará, aparte de Gonzalez, el asesino eligió eliminar a los infiltrados, esos acechadores, esos fisgones. Por lo tanto, no son inofensivos.

—¿Cómo describirían a los otros, los supervivientes?

Adamsberg se detuvo ante su mesa y, todavía de pie, se dispuso a tomar unas notas.

—Hemos identificado a cuatro de ellos con certeza —dijo Lebrun—. Una mujer y tres hombres. Ella, ronda los sesenta años, lleva media melena, lisa y teñida de rubio, un rostro bien proporcionado, los ojos azules y brillantes, debió de ser muy guapa. Leblond ha podido hablar con ella varias veces, a pesar de que los infras no se dejan

abordar mucho. Supone que tal vez fuera actriz. En cuanto al antiguo ciclista, descríbelo tú, lo conoces mejor que yo.

—Lo llamamos el antiguo ciclista por sus largas piernas, que mantiene siempre un poco separadas. Como si, con perdón, la entropierna le doliera todavía por el sillín de la bicicleta. De ahí su apodo. Yo le echaría cuarenta años, el pelo castaño, corto, los rasgos regulares pero sin expresión. A no ser que borre intencionadamente cualquier expresión para disuadir a posibles conversadores. Típico de todos los infra.

—Una actriz, un ciclista —anotó Adamsberg—. ¿Y el tercero?

—Sospecho que es dentista —dijo Lebrun—. Su forma de mirar es como si quisiera valorar nuestras dentaduras. También está el ligero olor a desinfectante que desprenden sus manos. Cincuenta y cinco años, quizá. Ojos marrones, escrutadores y tristes; labios finos, dentadura renovada. Tiene cierta amargura, y caspa.

—Dentista escrutador, amargado y casposo —resumió Adamsberg tomando nota—. ¿Y el cuarto?

—Nada notable —dijo Lebrun con una mueca—. Es un tipo intrascendente, sin ningún rasgo notable, no consigo captarlo.

—¿Se quedan juntos?

—No —dijo Leblond—. Pero se conocen, con seguridad. Hay un extraño *ballet* entre ellos. Se cruzan, intercambian unas palabras rápidas, se dirigen hacia otro y así, una vez tras otra. Contactos efímeros, como necesarios y discretos, voluntariamente, creo. Se van siempre antes del cierre de la velada. De manera que ni Lebrun ni yo hemos podido nunca seguirlos. Porque tenemos la obligación de permanecer allí para velar por la seguridad de François.

Adamsberg añadió a la lista de los «infiltrados» los nombres de los muertos: Gauthier, Masfauré, Breuguel y más abajo, fuera de cuadro, Gonzalez. Trazó una línea de separación y tituló la segunda columna, como los «guillotizados».

—¿Otro café? —propuso—. ¿O té, chocolate? ¿Una cerveza?

El interés de los dos hombres se despertó. Adamsberg ganó un punto.

—O vino blanco, si lo desean. Tenemos uno excelente aquí.

—Cerveza —escogieron los dos hombres con una misma voz.

—La tenemos en el piso de arriba, los acompaño. Tengan cuidado, hay un escalón irregular que nos ha dado bastantes disgustos.

Adamsberg estaba tan habituado a la disposición de la salita donde se encontraba instalada la máquina de bebidas que entró sin avisar a sus huéspedes. El gato, en compañía de Voisenet, devoraba su cuenco de pienso, pero, sobre todo, el teniente Mercadet dormía profundamente instalado en una serie de cojines azules especialmente reservados para él.

—Tenemos un agente hipersomniaco —explicó Adamsberg—, funciona por ciclos de sueño de tres horas.

Adamsberg sacó tres botellas de cerveza de la nevera —una era para él, había que participar para sellar el buen entendimiento— y las abrió en la estrecha barra

equipada con cuatro taburetes.

—Solo tenemos vasos de plástico —se excusó Adamsberg.

—Ya nos imaginamos que no regentan un bar de lujo. Y que esta cerveza está prohibida.

—Evidentemente —dijo Adamsberg apoyando un codo en la barra—. Esto —dijo enseñándoles el dibujo del signo—, ¿lo reconocen? ¿Lo habían visto alguna vez?

—Nunca —dijo Leblond, seguido de un movimiento de negación de Lebrun.

—Pero ¿cómo lo interpretarían si les digo que está dibujado, de una manera u otra, en los lugares de los cuatro crímenes?

—No veo qué puede ser —dijo Lebrun.

—Pero ¿dentro de su contexto, el de la Revolución? —Los ayudó Adamsberg.

—Un segundo —dijo Lebrun cogiendo el dibujo—. ¿Dos guillotinas? ¿La inglesa, antigua, y la nueva, la francesa, mezcladas en un solo criptograma? ¿Una señal?

—¿De qué?

—¿De ejecución?

—Pero ¿por qué crimen?

—En «nuestro contexto» —dijo con cierta tristeza Leblond—, la traición.

—¿El asesino habría localizado a los infiltrados? ¿A los espías?

—Sin duda —dijo Lebrun—. Pero este signo provendría más bien de un monárquico. Se dice que Luis XVI en persona transformó el antiguo prototipo de la guillotina, tachando el filo curvo de la hoja con una raya oblicua. Dicho esto, no hay pruebas.

—Un ingeniero buenísimo —dijo Leblond lacónicamente, antes de tomar un trago de cerveza.

—Queda el segundo grupo —dijo Adamsberg apartando el dibujo—, el de los «guillotizados» como los llaman ustedes.

—O de los «descendientes».

—¿Qué descendientes?

Voisenet cruzó la mirada con Adamsberg, que le hizo señal de no intervenir. El teniente levantó al gato ahíto y salió de la pequeña habitación.

—¿Lleva el gato en brazos? —preguntó Lebrun.

—Al gato no le gustan las escaleras. Tampoco se alimenta si no hay alguien esperando a su lado.

—¿Y por qué no instala su cuenco abajo? —preguntó Leblond el lógico.

—Porque solo quiere comer aquí. Y dormir abajo.

—Es especial.

—Sí.

—¿No teme usted que despertemos a su teniente?

—En absoluto, incluso diría que ese es el problema. En cambio, está dos veces más despierto de lo normal cuando el ciclo alterna.

—Es compleja, la gestión de una comisaría —observó Lebrun.

—Algunos piensan que aquí reina cierta vacilación —dijo Adamsberg, dando un trago al botellín. De esa cerveza que no le apetecía nada.

—¿Y lo logra?

—No demasiado mal. Gracias a la vacilación, supongo.

—Interesante —dijo Lebrun, como para sí.

Lebrun, secretario de la asociación y psiquiatra.

Los tres hombres bajaron, botellín en mano, y a pesar de la advertencia, Leblond estuvo a punto de perder el equilibrio en el escalón desigual. De vuelta al despacho del comisario, la atmósfera, hasta entonces simplemente cortés, se había distendido. Fue Leblond quien tomó la iniciativa de reabrir la sesión de trabajo.

—Los «guillotizados» —dijo—. Son solitarios, no se conocen, no se hablan. Son miembros fijos, incluso asiduos, pero ninguno de ellos tiene un papel de diputado. Se sitúan a la sombra, en las tribunas altas, se disuelven. Mudos, vigilantes, serios, sin emoción aparente. Gracias a estas expresiones inhabituales, Lebrun y yo mismo nos fijamos en ellos, uno tras otro. Tres de ellos se quedan siempre hasta el final y toman un trago en silencio, en el bufé, al final de la sesión.

—¿Descendientes de quién?

—De guillotizados.

—¿Cómo lo saben?

—A aquellos tres —dijo Lebrun— pudimos seguirlos. Una vez que François está en su casa, bien seguro, volvemos para asistir al final del bufé. Y los seguimos.

—¿Quieren decir que saben cómo se llaman?

—Mejor que eso. Sabemos sus nombres, direcciones y profesiones.

—¿Y también conocen sus ancestros?

—Precisamente —dijo Lebrun con una amplia y cordial sonrisa.

—Pero esos nombres ¿no me los puede dar?

—Estamos estrictamente obligados por la regla: no desvelar la identidad de nuestros miembros. Ni la de ellos ni la de los demás. En cambio, no está prohibido que, en el transcurso de una sesión, se los enseñe. Tendrá libertad, luego, para seguirlos si la pista le parece convincente.

—Tenga en cuenta —dijo Leblond— que no acusamos, en absoluto, a estas personas. Ni a los infiltrados ni a los guillotizados. Lo que pasa es que las razones que llevan a los infiltrados a nuestras asambleas no nos resultan claras, como le hemos dicho.

—Las de los «descendientes de guillotizados» lo están más —prosiguió Lebrun— y derivan, seguramente, de un odio intenso y tenaz, transmitido a través de las generaciones, morboso quizá. Un sentimiento de cruel injusticia. Puede que los alivie ver y odiar a Robespierre en directo. A no ser que aprecien asistir al implacable desarrollo de la historia que llevará al Incorruptible a su propia caída. Hasta esa sesión tan fuerte que marca el final de la Convención, en que se relata la dolorosa

muerte de Robespierre. Lo cual provoca abucheos y aplausos, una catarsis final, a través de textos y testimonios, ya que no representamos, jamás de los jamases, las escenas de ejecución. No somos ni perversos ni sádicos. Todo esto es para decirle que quizá lo estemos llevando, sin querer, hacia una pista falsa. Puede que los descendientes y los infiltrados no tengan ningún proyecto criminal. ¿Y por qué matar a simples miembros y no al mismo Robespierre?

—Ese es el meollo de la cuestión, el meollo de la bola —murmuró Adamsberg—. Pero los nombres de esos ancestros, ¿podría dármelos?

—Sí, siempre y cuando sean distintos de los de sus descendientes.

—Los escucho.

—Preferiríamos anotarlos en su libreta —dijo Leblond, sonriente—. Que no se diga que hemos pronunciado un nombre relacionado con la asociación, cualquiera que sea.

—Hipocresía —dijo Adamsberg, devolviéndole su sonrisa.

—«Infame hipocresía», incluso —dijo Lebrun, anotando rápidamente tres apellidos en la libreta que le ofreció el comisario.

Se había quedado dos horas y treinta minutos con ellos. Una vez se fueron, Adamsberg, algo entumecido, se puso la chaqueta. Abrió su libreta y releyó los tres nombres: Sanson, Danton, Desmoulins. De los tres, solo conocía uno, el de Danton. Y es más, le sonaba solo por la estatua plantada en la plaza Odeón y la frase allí grabada: «Necesitamos audacia, más audacia, y siempre más audacia». En cuanto a saber lo que Danton había podido ser o hacer, y cómo había acabado pasando por la guillotina, lo ignoraba.

Las numerosas pistas que le había proporcionado el dúo, en perfecta coherencia, sin que uno nunca dominara a otro, Lebrun y Leblond, el psiquiatra y el lógico, se sumaban como una nota armónica al desorden de la bola de algas. Bola engordada, que lo siguió obstinadamente hasta el Sena. Pasó delante de los puestos de los libreros de viejo, asombrado de sentirse repentinamente más atraído por los libros antiguos. Desde hacía dos días vivía en el siglo XVIII, al cual se aficionaba cada vez más. No, no se aficionaba, se acostumbraba, eso era todo. Imaginaba perfectamente a ese François Didier Château, ese humilde presunto hijo, ese extraño privilegiado, gestionando el paso de las diligencias públicas en el departamento de Loiret. Con sus postas de caballos, sus apeaderos, sus posadas. Bajó hasta el río, encontró un banco de piedra roma y allí se quedó dormido, como quizá lo había hecho un hombre, allí mismo, un hombre más de dos siglos atrás. Y eso le pareció adecuado y confortable.

XXIV

Adamsberg se despertó al atardecer, con el sol tiñendo Notre-Dame y el agua sucia.

—Danglard, ¿dónde va a cenar? —Telefoneó.

—No estoy cenando, estoy bebiendo.

—Sí, pero ¿dónde va a cenar? ¿En la Brasserie Meyer, por ejemplo? ¿Entre su casa y el Sena? Tengo tres nombres, y dos de ellos no los conozco.

—¿Nombres de quién?

—De guillotinos. Cuyos descendientes frecuentan sombríamente la asociación desde lo alto de las tribunas.

—Dentro de veinte minutos —dijo Danglard—. ¿Dónde estaba usted? Lo hemos estado buscando.

—Trabajando fuera.

—Hemos intentado localizarlo varias veces.

—Estaba durmiendo, Danglard. En un banco de piedra del siglo XVIII. Como verá, no abandono el tema.

La Brasserie Meyer no había cambiado la decoración desde hacía sesenta años. El olor a chucrut era penetrante y prometía a Danglard un vino blanco de calidad. Adamsberg esperó a que su adjunto se comiera una salchicha y tomara dos vasos antes de contarle lo expuesto por el tándem perfecto —Lebrun, el de la barba densa, y Leblond, el del pelo sedoso—, de detallarle el asunto de los infiltrados y de los guillotinos y de dejar su libreta ante él, con los tres nombres de los descendientes.

—¿Solo conoce a uno? —preguntó Danglard.

—Sitúo a Danton. Su nombre, su estatua, su frase, eso es todo. Los otros me son totalmente desconocidos.

—Me gusta esta ingenua honradez.

—Vamos, Danglard —ordenó Adamsberg, dudando ante su plato.

Solo le quedaba escuchar —intentar abreviar, si se daba el caso—, estaba preparado.

—Danton era amigo de Robespierre desde el principio, un verdadero patriota con voz de gigante, que devoraba el mundo y la vida, un hombre de corazón, un hombre de creencias, pero al mismo tiempo un hombre de sangre, de mujeres, de deseos y placeres que pagaba muy bien, solo que confundía su dinero con el del Estado, negociando con la Corte. Puestos a aprovecharse, aprovechémonos. Leal y corrupto. Escribió cartas de amor desconcertantes a Robespierre. El Incorruptible lo mandó al cadalso en abril de 1794. Robespierre no sabía sentir la amistad, ni sus virtudes ni sus

vicios. Hacia el final de su vida, solo aceptaba la adulación, como la de su hermano o la del joven Saint-Just. Los excesos del gran Danton debieron de acabar por hartarlo hasta un punto indecible. Ese hombre poderoso dominaba la asamblea sin forzar la voz, mientras que el estrecho Robespierre tenía que desgañitarse. En cuatro años, las iniciales indulgencias de Robespierre habían cambiado mucho. La ejecución del patriota Danton y de sus amigos, tras un juicio que fue una mascarada, constituyó el primer choque traumático experimentado por el pueblo y gran parte de la asamblea. El carro que llevaba a Danton hacia la guillotina pasó por la calle de Saint-Honoré, donde vivía Robespierre. Cuando estuvo delante de su casa, Danton gritó: «¡Me seguirás, Robespierre!». Y ya conocemos la frase que dijo al verdugo antes de tumbarse en la tabla de la guillotina.

—No —dijo pacientemente Adamsberg—. No la conocemos.

—«¡Enseña mi cabeza al pueblo! ¡Vale la pena!».

Aunque poco sensible, o más bien propenso a evitar los escollos de la sensibilidad cual pájaro prudente volando a ras de pared, Adamsberg eligió comer la salchicha alsaciana con los dedos antes que cortarla, rebanarla de punta a punta, cabeza a cabeza con su afilado cuchillo. Además, sabía mucho mejor así. Danglard le lanzó una mirada desaprobadora.

—¿Ahora come usted con los dedos? Quiero decir, ¿en plena Brasserie Meyer?

—Así es —dijo Adamsberg—. Audacia, más audacia, y siempre más audacia.

—Eso para Danton. Fue una ejecución terrible. A pesar de que Danton no era ni de lejos un «virtuoso».

—¿Y Desmoulins?

—Desmoulins. Peor todavía, si es que se pueden graduar estas cosas. Fue compañero de colegio de Robespierre. Ferviente republicano, Camille Desmoulins lo adulaba. Lo invitaba a su casa, lo consideraba su amigo, así como el de su mujer, joven y bonita. Robespierre jugaba con el niño, o al menos se lo sentaba en las rodillas. Pero el amigo Camille dio a entender su hastío del Terror y el miedo a sus repercusiones. Fue guillotinado el 5 de abril, a la vez que Danton. Y la muerte de su joven esposa fue decidida por Robespierre al día siguiente. Así, dejó huérfano al niño pequeño que había tenido en brazos. Todo el mundo comprendió aquel día que, por largas y estrechas que hubieran sido las relaciones con Robespierre, la piedad no existía para él. Robespierre no tenía ninguna relación, y aún menos, estrecha. Esa decapitación fue abominable, al tiempo que constituyó una revelación.

Adamsberg se había terminado las salchichas alsacianas. Le quedaba el chucrut, que para él evocaba, aunque menos grave y más suelta, la enorme bola de algas. Una cena, en resumidas cuentas, muy especial.

—¿Y el otro? —preguntó—. El tal Sanson ¿también fue guillotinado el mismo día? ¿Con los amigos de Danton?

Danglard sonrió y se secó los labios lentamente, disfrutando de antemano de un pequeño efecto sorpresa.

—Ese mismo día, Sanson los guillotínó.

—¿Perdón?

—Lo mismo que había guillotinado a Luis XVI, a la reina María Antonieta y luego a todos los demás durante el Terror. Sin un fallo, Sanson y su hijo hicieron caer la cuchilla de la terrible máquina miles de veces en tres años.

—¿Quién era, Danglard?

—Era el famoso verdugo de París, comisario. El «ejecutor de las altas obras», ese era su título. Charles-Henri Sanson. Podemos decir que tuvo una vida inmunda. Digo bien, Charles-Henri, para que no lo confunda con los demás Sanson.

—No corro ese peligro, Danglard.

—Porque los Sanson —prosiguió Danglard, ignorando la interrupción— fueron verdugos de padres a hijos desde Luis XIV hasta el siglo XIX, hasta que un Sanson jugador, endeudado y homosexual interrumpió la dinastía. Seis generaciones de verdugos. Pero Charles-Henri tuvo una vida inmunda porque debió actuar bajo el Terror. Más de dos mil novecientas cabezas que cortar. Todos los verdugos de entonces se quejaban de esta masa ingente de «trabajo» insoportable, no por una cuestión moral, sino por que eran propietarios de su máquina y debían velar por todo: limpieza y afilado de la cuchilla, evacuación de los cuerpos y de las cabezas, lavado del cadalso, manutención de los caballos y las carretas, sustitución de la paja para la absorción de la sangre, etc. En 1793, seguramente agotado, Charles-Henri Sanson pasó el oficio a su hijo Henri. Drama colateral de la hecatombe: su otro hijo se había matado al caer del cadalso cuando quiso enseñar una cabeza al pueblo.

—¿Y por qué razón podría un descendiente de Sanson estar resentido con la asociación Robespierre?

—Los verdugos, como imaginará, nunca tuvieron buena prensa, desde mucho antes del Terror. No se les daba la mano, no se les tocaba, se les pagaba dejando el dinero en el suelo, sin rozarles las manos. Solo se podían casar entre hijos de familias de verdugos. Nadie más los quería. Pero entre todas esas familias de réprobos, de todas las provincias de Francia, un único nombre ha quedado en el recuerdo: Sanson. Porque cortó la cabeza al rey. Y a la reina. Y a todos los que entregó el Terror. Robespierre hizo horriblemente famoso ese apellido, lo transformó en símbolo de una abyecta crueldad.

—¿Podría ser que uno de los descendientes no lo pudiera soportar?

—Es un peso difícil de llevar.

Danglard dejó pasar un silencio, mientras Adamsberg se las arreglaba, sin mucho apetito, con su bola de chucrut.

—Nada que ver con Danton y Desmoulins —dijo.

Y Adamsberg sintió la bola precipitarse hacia él, atraparlo con todos sus ganchos secos, llena de múltiples trampas, de túneles en callejones sin salida, como nunca había conocido ninguna otra. Dejó caer, vencido, su tenedor.

—Volvemos —dijo—. Desde el principio, en el Creux, llevamos ya catorce

posibles sospechosos. ¡Catorce! En nueve días. Es demasiado, Danglard. Vamos dando tumbos, resbalamos como canicas sobre hielo. Hemos perdido el norte. O mejor dicho, en ningún momento lo hemos encontrado.

—No olvide que primero resbalamos sobre los hielos de Islandia. Eso nos robó tiempo. Y todo para luego vernos lanzados de lleno a la Revolución, frente al improbable descendiente del Incorruptible y sus vengadores. Tenemos nuestras razones para sentirnos desestabilizados.

Era un hecho rarísimo que Danglard, el pesimista, animase a Adamsberg, cuyo temperamento desapegado rayaba la indiferencia —uno de los principales reproches de la teniente Retancourt, a quien esa flema soñadora tendía a exasperar—. Pero, esa noche, sin llegar a hablar de ansiedad, el comandante percibía en el comisario una forma insólita de desasosiego. Le preocupaba, aunque más en relación a sí mismo. Porque a los ojos de Danglard, perpetuamente asaltado por angustias y tormentos que podían adoptar las formas más amenazadoras y diversificadas, Adamsberg representaba una brújula segura, a la que nunca quitaba el ojo, de propiedades tranquilizantes y clínicamente beneficiosas. Pero el comisario tenía razón. Desde el inicio del caso, estaban como perdidos en el corazón de un oscuro bosque, explorando vías sin salida, organizando inútiles batidas, interrogando sin tregua y sin provecho.

—No —dijo Adamsberg—, no es culpa de los hechos. Es nuestra. Hemos pasado algo por alto. Además, me pica hasta hacerme daño.

—¿Le pica? ¿En el sentido luciano del término?

—¿Qué es eso de luciano?

—En el sentido de la doctrina del viejo Lucio.

—Eso es, Danglard. Hay algo que no encaja en el dúo tesorero-secretario, Leblond-Lebrun.

—Creía que había ido muy bien.

—Muy bien. Todo perfecto.

—¿Y eso es malo?

—Sí. Demasiado liso, demasiado consensuado.

—¿Preparado, quiere decir? Es normal que se hayan preparado.

Adamsberg vaciló.

—Quizá. Y de común acuerdo, en irreprochable alternancia, nos sirven siete sospechosos. Cuatro infiltrados y tres descendientes.

—¿Desconfía?

—No. Son pistas serias y tendremos que interrogar a los guillotinos. Sobre todo usted, Danglard. No me veo desenvolviéndome con un descendiente de Danton, del verdugo o de Dumoulins.

—Desmoulins.

—En el fondo, Danglard, ¿por qué amontona usted esos miles de cosas en la cabeza?

—Pues para obstruirla, comisario.

—Ah, claro.

Obstruirla, claro, de modo que apenas quede sitio para pensar en sí mismo. La maniobra era buena, si bien los resultados dejaban mucho que desear.

—¿Lo molestan esos siete nuevos sospechosos? —preguntó el comandante—. ¿Cree que Leblond-Lebrun nos los han echado encima para liarnos?

—¿Por qué no?

—¿Para proteger completamente a otro? ¿A su amigo François Château, por ejemplo?

—¿Le parece incongruente?

—En absoluto. Sin embargo, el descendiente de Sanson me intriga. Que los de Danton y los de Desmoulins estén presentes es algo casi comprensible. Después de todo, sin ser criminales, tienen alguna razón para sentir el deseo de conocer la época en la que su antepasado entró dramáticamente en la historia. Pero ¿qué pinta allí el descendiente del verdugo? Sanson nunca estuvo en la arena política. Administraba la pena capital, eso es todo. Según usted, ¿Leblond y Lebrun saben que François Château mata?

—O podrían tener sus dudas. O sus temores. Podrían tenerle miedo y protegerlo para no palmar también.

—Y Froissy, ¿en qué punto está con nuestro posadero François-Didier?

—Va descendiendo en el tiempo. Hubo un ligero interrogante en 1848. Debido a la Revolución, los archivos son un caos. Ahora se está acercando a 1912, a punto de llegar a la Primera Guerra Mundial. En esa época, la familia Château seguía arraigada al mismo territorio. Pero la alcaldía cierra a las seis de la tarde, Froissy seguirá mañana.

—Lo logrará.

—Por supuesto.

—Después de la guerra, hay riesgo de diáspora familiar. Si Froissy pierde el linaje en Château-Renard, podrá investigar en las ciudades más importantes de los alrededores, que por entonces se industrializaban. Orleans, Montargis, Gien, Pithiviers... o, más modestas, Courtenay, Châlette-sur-Loing, Amilly.

—La geografía también obstruye la cabeza —dijo Adamsberg.

—Como el cemento —dijo Danglard sonriendo.

—Con fisuras.

—Claro está.

—Que no se pueden rellenar con pasta de madera.

—Ni proteger con excrementos de corneja cenicienta.

—Bueno, ¿por qué no? Podría colocar excrementos delante de su puerta y cerca de su cama.

—Es un experimento que se puede probar.

XXV

Adamsberg no pasó siquiera por su casa antes de sentarse en la caja de madera, debajo del haya. Tres minutos después, aparecía Lucio con tres botellas de cerveza que llevaba cogidas entre los dedos de su única mano.

—Algo me pica, Lucio —dijo Adamsberg al aceptar la cerveza.

El comisario se levantó para destapar la botella enganchando la chapa en la corteza del árbol.

—Quédate de pie —dijo Lucio—, que te vea la cara con la luz de la calle. *Hombre*, sí —dijo, volviendo a su propia botella—. Esta vez, te pica. No hay duda.

—Me pica mucho.

—No tiene por qué ser una araña. Puede ser peor. Una avispa, incluso un abejorro. Tienes que averiguar lo que te ha picado.

—No puedo, Lucio, doy vueltas en el vacío. Catorce sospechosos. Hay cuatro eliminados, quedan diez, y unos setecientos más. Todos espectaculares, procedentes de otro siglo, pero ninguno que me ofrezca la menor agarradera. Incluso si logro entender lo que me pica, habré perdido el tiempo.

—Nunca.

Adamsberg se apoyó en el haya.

—Sí, porque lo que me pica no tiene nada que ver con el caso.

—¿Y entonces?

—No me puedo permitir estar buscando mi abejorro por todas partes mientras alguien se dedica a matar a diestro y siniestro.

—Es posible que no puedas, pero no tienes elección. De todos modos, si no encuentras al tipo, no te quedará nada en la mollera, así que ¿qué más da? ¿Sabes cuándo empezó a picarte?

Adamsberg dio un trago y permaneció un rato largo en silencio.

—Creo que fue el lunes, pero no estoy seguro. Puede que sean solo ideas mías.

—¿Y qué más quieres?

—Creo que debió de ocurrir antes. La picadura puede datar de cuando fuimos al Creux.

—¿Qué Creux? ¿Qué más da que la picadura esté en el codo o en el muslo?

—No, Lucio, el Creux es el nombre de un sitio minúsculo, en Yvelines.

—Ah, ¿ese Creux?

—¿Lo conoces?

—Trabajé cuatro años cerca de allí.

—¿Y sabes por qué ese pedazo de tierra se llama así?

—Por lo que yo recuerdo, ocurrió cuando el follón de la Segunda Guerra Mundial. Había habido mucho estropicio y los chicos perdieron los planos del

catastro, ¿entiendes? Volvieron a plantar las señales de cualquier manera. Vamos, que hicieron una chapuza, y luego se dieron cuenta de que había cosa de un kilómetro vacío entre un pueblo y el otro. Lo que pasó es que nadie sabía a quién pertenecía ese trozo que quedaba entre los dos.

—Pues que hubieran redibujado el catastro.

—*Hombre*, no era tan sencillo. Parece que en el «hueco» entre los dos pueblos, había una especie de castillo encantado que nadie quería. Cada pueblo prefería perder un poco de terreno antes que tener fantasmas. ¿Te das cuenta? ¿En plena guerra? ¡Como si no hubiera nada más importante que esa gilipollez!

—Es una torre con fantasmas. Servía de mazmorra para los condenados.

—Ah, entonces son ellos los que aúllan por la noche. Hay que decir que es comprensible, pobre gente.

—No, son las cornejas cenicientas.

—¿Tú crees? Porque yo pasé por delante en bici una noche y se oían gritos nada humanos, te lo aseguro.

—Es que el grito de la corneja no es humano. No canta. Conoces el sitio estupendamente, Lucio.

—Sí. Deberías añadirme a los sospechosos, así tendrías quince. Mira, ahora recuerdo el nombre de uno de los pueblos. Sombrevert. Mal nombre, ese.

—Y el otro, Malvoisine. ¿Conocías a los habitantes?

—Mira, solo estaba de paso. Incluso te diré por qué. Había una posada en el Creux. A veces me dejaba caer por allí para cenar. Había una chica, Mélanie, una verdadera belleza. Demasiado alta, demasiado delgada, pero yo estaba loco por ella. Si mi mujer supiera... Dios me proteja.

—Perdóname, Lucio, pero tu mujer murió hace dieciocho años, ¿no? —dijo con suavidad Adamsberg.

—Pues sí, ya te lo dije.

—Entonces, ¿cómo quieres que lo sepa?

—Digamos que prefiero que no lo sepa y punto —dijo Lucio rascándose la barba de acero—. En fin, esa historia del «hueco» entre los dos pueblos se quedó tal cual. A veces es Sombrevert el que se ocupa de podar los árboles y de arreglar la carretera, y a veces es Malvoisine. ¿Y crees que la picadura viene del Creux?

—¿Recuerdas que te había hablado de una gran reunión con trajes de época? ¿Una donde yo estaba vestido como hace dos siglos? Toma, mira esta foto —dijo Adamsberg encendiendo el móvil en la noche.

—Casi estás guapo aquí —dijo Lucio—. Mira que lo mismo eres guapo y ni nos habíamos enterado.

—Pues me divertí un poco con este traje. Me miré en el espejo. Y en ese instante, al mismo tiempo, algo no iba bien. O sea, que algo había debido de pasar en el Creux. No cuando andaba entre el galio. No, después. ¿Céleste en su vieja cabaña con el jabalí? ¿Pelletier que apestaba a caballo? No lo sé. ¿O cuando dibujé en el parabrisas?

¿Qué había dibujado? A Lucio le importaba un rábano.

—¿Cuántas horas pasaron entre el galio y el parabrisas?

—Unas ocho horas.

—Pues no es mucho, podrías averiguarlo sin problemas. Rómpete un poco los cuernos. Es un pensamiento que pensaste y que no acabaste de pensar. No tienes que perder tus pensamientos así, *hombre*. Hay que fijarse dónde guardamos nuestras cosas. Tu adjunto, el comandante, ¿a él le pica también? ¿Y al otro con su pelo pelirrojo?

—No. Ni al uno ni al otro.

—Eso es que es un pensamiento solo tuyo. Es una pena, si te fijas, que los pensamientos no tengan nombre. Los llamaríamos y vendrían corriendo a tumbarse a nuestros pies.

—Creo que tenemos unos diez mil pensamientos por día. O miles de millones, sin darnos cuenta.

—Sí —dijo Lucio abriendo la segunda cerveza—. Sería un follón.

Adamsberg cruzó la cocina y se encontró con su hijo que trabajaba sobre joyas futuras, provisto de pan y queso.

—¿Ya subes?

—Tengo que ir a buscar pensamientos que pensé y que olvidé pensar.

—Ya veo —dijo Zerk, totalmente sincero.

Tumbado en su cama, Adamsberg mantenía los ojos abiertos en la oscuridad. La cerveza de Lucio le dislocaba un poco la nuca. Se obligó a volver a abrir los ojos. Rómpete un poco los cuernos, se dijo. Busca. Reflexiona. Sé capaz.

Y se durmió, sin pensar.

Los escalones que crujían bajo los pasos de Zerk al subir a acostarse despertaron a Adamsberg dos horas después. No has profundizado. Se obligó a incorporarse. Aún tenía en la cabeza el desagradable recuerdo de la perfección del dúo Leblond-Lebrun y la certidumbre de que le resultaba irritante pero que no le picaba. Desazonado, bajó a la cocina y se calentó unas sobras. Pasta con bonito, como hacía Zerk una y otra vez al principio, en la época en que no sabía preparar nada más.

Adamsberg añadió salsa de tomate fría para acabar de arreglarlo. Eran más de las dos de la madrugada. El dúo Leblond-Lebrun. ¿Cómo los había llamado también? El tándem. Sus relatos impecables, sus relatos superpuestos. No. No superpuestos, sino entrecruzados. Superpuestos eran los de Amédée y Victor. Aquellos dos habían contado lo de Islandia por separado, cada uno con sus reacciones y sus emociones, pero sus versiones habían sido prácticamente idénticas. Incluida la historia del asesino que se había quemado el culo en el fuego y se daba palmadas en el pantalón;

incluidos los insultos de Adélaïde Masfauré; incluido el tipo que mandaba calentar las piedras. Incluido ese calificativo de «inmundo». ¿Significaba eso que Alice Gauthier había presentado las cosas a Amédée del mismo modo que Victor? ¿Con palabras similares? Reúna a diez testigos de una misma escena, ninguno la contará desde el mismo ángulo, ninguno destacará los mismos detalles ni pronunciará las mismas palabras. Ellos, en cambio, sí.

Adamsberg dejó con suavidad su tenedor, como siempre cuando una idea, que todavía no era tal, un embrión de idea, un renacuajo, ascendía lentamente hasta la superficie de su consciencia. En estos momentos, lo sabía, no debía hacer ningún ruido, ya que el renacuajo se sumerge con rapidez y desaparece para siempre. Pero si un renacuajo asomaba su cabeza informe a la superficie de las aguas, no era sin una razón. Si era únicamente para divertirse, lo volvería a echar al agua. Mientras tanto, y sin hacer un solo gesto, Adamsberg esperaba que el renacuajo se acercara un poco más y empezara a metamorfosearse en rana. Amédée-Victor, una convergencia de narración, como el testimonio liso de Leblond-Lebrun. Como si, al igual que el tesorero y el secretario, en armonía, se hubieran entendido *a priori* sobre la manera de presentar las cosas.

Imposible, ya que cuando ellos llegaron al Creux sin avisar, ninguno de los dos jóvenes había podido prever ese interrogatorio ni ponerse antes de acuerdo.

Por supuesto que sí, habían podido. Aún inmóvil, escrutando los movimientos del agua, Adamsberg observó la idea-renacuajo a la que parecían haberle crecido dos patas traseras. No era suficiente para atraparla con un gesto brusco. Claro que sí, habían hablado de Alice Gauthier, fuera. Céleste estaba informada, lo había dicho. Victor los había oído. Ni él ni Danglard habían podido encontrar una razón plausible a la huida peligrosa de Amédée, a pelo, sobre Dionysos. Inmediatamente seguido por Victor a lomos de Hécate. Y allí, en el bosque, habían tenido un poco de tiempo para fijar un relato común. Y para mimar la escena de la vuelta: Victor que no había podido alcanzar a Amédée, la llamada de Pelletier para que volviera el fogoso semental y un lastimoso Amédée. Por supuesto que esos dos se entendían como dos dedos de una mano, mucho más allá de las relaciones usuales entre el hijo de un jefe riquísimo y un secretario. Por supuesto que esos dos conocían algún claro donde reunirse en el bosque. Por supuesto que existía entre ellos una complicidad insólita y profunda. Y los relatos paralelos sobre Islandia dimanaban de esa connivencia. Y si los dos hombres habían sentido la necesidad de ponerse de acuerdo, es que una parte de su relato era falsa y la debían ocultar.

La pareja Amédée-Victor estaba en perfecta sintonía. Y los dos habían mentido.

Ahora, Adamsberg podía volver a coger el tenedor y acabarse la comida fría. La idea había salido de las ondas, ahora la veía bien, con sus dos patas delanteras, instalada en la mesa, a su lado, emergida de la esfera acuática para arribar a su tierra.

Un velo ocultaba los acontecimientos islandeses como ocultaba la infancia de Amédée. ¿Dónde pudo estar ese niño antes de los cinco años? ¿Y esa historia de la institución? ¿De un trastorno que ni siquiera tenía nombre y del que Amédée no parecía tener secuela alguna?

¿Dónde había estado ese chaval, maldita sea? Ese chaval sin recuerdos. ¿Y de dónde salía el huérfano Victor?

Ya no creía en la coincidencia del apellido. Un recién nacido abandonado a la Dirección Departamental de Asuntos Sanitarios y Sociales no lleva apellido. Victor se había hecho llamar Masfauré —apellido raro, en efecto— con el fin de tener un excelente pretexto para acercarse a la familia. No solamente para acercarse, sino para introducirse en ella, como un cuco penetrando en el nido de otro pájaro. ¿Con qué intenciones? ¿Y para aproximarse a quién? ¿Al gran sabio, el salvador del aire? ¿O al millonario? ¿O bien a Amédée?

¿Qué había dicho exactamente Danglard a propósito de los nombres de los dos jóvenes? Una referencia erudita. Sí, nombres usados por duques de a saber dónde. Adamsberg había desechado la anécdota, sin relación con la idea que le había picado. En realidad, eran dos picaduras: la convergencia excesiva de los testimonios del hijo y del secretario de Masfauré y la infancia de Amédée relegada a lo desconocido. Masfauré, el tesorero mayor de la asociación Robespierre.

Zerk encontró a su padre a la mañana siguiente profundamente dormido en su silla, con las piernas estiradas, apoyadas en el morillo de la chimenea, y un plato de bonito frío sobre la mesa. Señal de que había debido sumergirse para buscar la idea y que, una vez encontrada, se había dormido bruscamente en sus laureles.

Empezó a preparar el café sin hacer ruido, puso los tazones en la mesa sin que entrechocaran y se alejó hasta la escalera para cortar el pan, con el fin de prolongar el sueño de su padre. A fin de cuentas, le había cogido cariño a ese tipo. Sobre todo, se daba cuenta de que todavía no era capaz de dejar la casa. Despertado por el olor del café, Adamsberg se estaba frotando la cara cuando Zerk volvió con el pan cortado.

—¿Estás mejor? —preguntó Zerk.

—Sí. Pero nada que ver con la investigación.

—No pasa nada —dijo Zerk.

Y una vez más, Adamsberg entendió que ese hijo se le parecía peligrosamente, en lo peor quizá.

XXVI

Duchado, afeitado pero peinado con los dedos, Adamsberg se encerró en su despacho en cuanto llegó a la Brigada. Al cabo de veinte minutos, contactaba, por fin, con los servicios de la Dirección Departamental de Asuntos Sanitarios y Sociales.

—Comisario Adamsberg, Brigada Criminal de París.

—Muy bien, señor —contestó una voz concienzuda—. Llamo a su centralita para comprobarlo. Entenderá que tenemos la obligación de controlar. De acuerdo —dijo unos minutos después—. ¿Qué desea, comisario?

—Datos sobre un tal Victor Masfauré, abandonado al nacer y entregado a una familia de acogida hace treinta y siete años. Es una solicitud urgente.

—Tenga la bondad de esperar, comisario.

Adamsberg oyó un tecleo que se le hizo larguísimo.

—Lo siento —dijo la mujer al cabo de seis minutos de espera—. No me aparece ningún bebé en acogida con ese nombre. En cambio, tengo al matrimonio Masfauré, que vino para adoptar a un niño que ya estaba colocado. Pero de eso hace veintidós años, no treinta y siete, y el chico no se llamaba Victor.

—¿Y Amédée? —dijo Adamsberg cogiendo un bolígrafo.

—Eso es. Tenía cinco años cuando la pareja solicitó la adopción. Cumplían todos los requisitos.

—¿Dice usted que ya estaba colocado? ¿Por motivos de irresponsabilidad parental? ¿De violencia sobre el niño?

—No, en absoluto. Había sido abandonado como X al nacer. La madre solo había elegido el nombre.

—¿El apellido de la familia de acogida y el lugar, por favor?

—Los señores Grenier, Antoine y Bernadette. Granja de Thost, T, H, O, S, T, carretera del Vieux-Marché, en Santeuil, departamento de Eure et Loir.

Adamsberg consultó sus relojes inmóviles, la infancia de Amédée estaba al alcance de su mano, a una hora y media de coche. Nada que ver con el caso Robespierre, pero el comisario ya se había levantado y tenía las llaves en el bolsillo. No iba a seguir rascándose toda la vida.

Con la chaqueta ya puesta, convocó a Mordent, Danglard y Voisenet.

—Me voy —anunció—, ida y vuelta en el día. Danglard y Mordent, tomen el relevo aquí. Voisenet, ¿cómo va lo de la vigilancia a François Château?

—El informe está en su mesa.

—No he tenido tiempo de leerlo, teniente, lo siento.

—Nada nuevo, ningún seguidor en el horizonte. Vuelve a su casa todas las noches a la misma hora, una vida de lo más triste. Pero es prudente. Sale del hotel o de su despacho en un taxi previamente solicitado.

—¿Ha localizado a todos los habitantes del inmueble?

—Sí, comisario.

—A los que entren, pídales los documentos de identidad. Como siempre, fíjese especialmente en los sigilosos, las cabezas gachas y los excesivamente relajados. En las gafas, las gorras y las barbas. En estos casos, sígalos en el ascensor.

—Perfecto.

—¿Adónde va, comisario? —preguntó Danglard, algo tenso.

—A la infancia de Amédée. No estaba en una «institución». Había sido abandonado y colocado en una familia de acogida, en Eure et Loir. Los Masfauré lo adoptaron a la edad de cinco años.

—Perdone —intervino Mordent bastante seco—, ¿vuelve usted atrás? ¿Abandona Robespierre?

—No abandono nada. No podremos seguir a los guillotizados (bueno, a sus descendientes) antes del lunes que viene, día de la próxima sesión de la asamblea, que será cuando Lebrun nos diga quiénes son. De momento, hemos sacado todo lo que se podía del trío Château-Leblond-Lebrun. En cuanto a Froissy, no ha terminado todavía con la descendencia del posadero Château. Está en Montargis ahora. Por lo tanto, sí, me ausento unas cuantas horas.

—Por un secreto de familia que no es asunto nuestro.

—En efecto, Mordent. Pero hemos dejado escapar demasiadas cosas en el Creux.

—¿Y qué? Ya no nos conciernen.

Adamsberg observó un instante a sus tres subordinados, sin contestar, y apartó suavemente a Mordent de su camino hacia la salida.

—Me voy —dijo seguido por las miradas reprobadoras de los tres hombres.

Estaba todavía en la carretera de circunvalación atestada cuando atendió la llamada de un número desconocido, voz rápida y alterada.

—Comisario Adamsberg, aquí Lebrun. Lo llamo desde una cabina.

—Lo escucho.

—Al salir de mi casa, esta mañana, he visto a Danton yendo arriba y abajo por mi calle, por la acera de enfrente.

—¿Quiere decir al descendiente de Danton?

—¡Por supuesto! —exclamó Lebrun, exasperado, pero más que nada asustado—. Me he dado la vuelta en la entrada del edificio, y luego lo he observado desde mi ventana. Dos horas, comisario, se ha quedado dos horas esperando antes de desistir. Ha acabado por irse, pensando seguramente que habría salido más temprano para el trabajo.

—¿Lo ha seguido?

—¿Para qué? Sé dónde vive. ¿Entiende usted lo que esto significa? —Se impacientó—. Que sabe quién soy, que conoce mi verdadera cara y dónde vivo.

¿Cómo lo ha hecho? Ni idea. Pero ahora me persigue, con un cuchillo en el bolsillo, o qué sé yo.

—¿Y qué quiere de mí, si se niega a decirme absolutamente nada sobre él o sobre usted mismo?

—Le pido protección, comisario. Ya van cuatro muertos, y soy yo, ahora, el que está en el punto de mira.

—No puedo intervenir sin información. Lo siento —dijo Adamsberg iniciando una media vuelta en dirección a París.

—Acepto —accedió Lebrun—. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Dentro de unos treinta minutos, en la Brigada.

—¿Antes no?

—Estoy en plena misión, Lebrun, conduciendo por la carretera de circunvalación. No se quede en la cabina y vaya a la Brigada ahora. En taxi. Y sin barba, por favor.

Adamsberg aceleró y entró en su despacho veinticinco minutos más tarde. Estuvo a punto de no reconocer al hombre que se volvió hacia él cuando entró. Pelo blanco y corto, gafas, tez más oscura que en su papel de Lebrun y la nariz más fina. Aspecto más respetable también, traje gris, sin una sola arruga.

—Buenos días, doctor —dijo Adamsberg tirando su chaqueta sobre el respaldo de la silla.

—Como ve, su Billaud-Varenne ya me ha traído un café. ¿Me llama «doctor»?

—Una sensación que tengo, acertada o no. Psiquiatra quizá. ¿Qué Billaud-Varenne?

—Ese joven de ojos tan abiertos que uno se pregunta si logra cerrarlos por la noche. Le dije a usted que haría un buen Billaud. Maldita sea, tendríamos que haber parado esta empresa cuando notamos que empezaba a torcerse. Cuando se incendiaron las mentes. Tendríamos que haberlo hecho. Pero era cautivador volver a vivir el desenfreno de esas pasiones. Exacto, soy psiquiatra.

—Han tenido un Robespierre demasiado perfecto. Ha convertido la «historia viva» en una réplica inquietante.

—Hasta el punto de que la línea divisoria entre lo real y la ilusión se ha roto —afirmó con gravedad Lebrun—. Y cuando esa línea se rompe, comisario, las consecuencias son altamente peligrosas. A esto hemos llegado. Es el fin de nuestro experimento, claro, pero ya ha costado cuatro vidas.

—¿Está usted seguro de que era ese hijo de Danton el que esperaba delante de su casa?

—Seguro. Tendría que haber salido, haberme enfrentado a él, haberle hablado, pero me faltó valor. No es la más llamativa de mis cualidades. Soy un hombre de consultorio.

—Esta vez, doctor, necesitaremos su nombre y su dirección.

El médico reflexionó aún, y asintió.

—Mis colegas me han autorizado para comunicárselos —dijo—. Pero no los de

los otros dos descendientes, mientras no hagan nada inquietante.

—¿Qué cree usted que buscaba? Seguro que no matarlo en plena calle, no es su estilo.

—Después de haberme creído personalmente en peligro, he pensado que esperaba quizá, a través de mí, llegar hasta Robespierre. El tesorero y yo somos los únicos que sabemos dónde vive.

—¿Y atacar ya a la cabeza? Es demasiado pronto, no lo creo.

—Por lo menos preparar el ataque, averiguar el lugar. Creo, como usted, que es su meta última. Pero antes, instaura un clima de terror ascendente. Quiere que Robespierre conozca el miedo como se lo hizo conocer a otros. Supongo, por lo tanto, que en su locura se imagina que está frente al verdadero Robespierre.

—Estoy de acuerdo —dijo Adamsberg encendiendo un cigarrillo medio vacío, cuyo papel ardió en una llamarada.

—Vive la disolución de la frontera entre lo real y lo ficticio que he mencionado antes.

—Si piensa que Robespierre está en el punto de mira, ¿por qué desea protección?

—Porque no estoy seguro de nada. Protección limitada, comisario. ¿Quizá es pedir demasiado? Al fin y al cabo, no me han amenazado.

—¿Limitada a qué?

—A mis trayectos domicilio-hospital, hospital-domicilio.

—¿Qué domicilio? —preguntó Adamsberg sonriendo.

—Me traslado hoy a casa de un amigo —dijo el médico sonriendo a su vez—. No, comisario, seguiré sin decirle mi nombre. No porque sea sagrado o intocable, pero piense en la reacción de mis pacientes si se enteraran. ¡Confiar sus almas a un «cortador de cabezas»! No, renuncio a cualquier protección si mi nombre debe aparecer. No lo cuestiono a usted, pero todos sabemos hasta qué punto se filtran los secretos de la policía.

—¿Y cuál es su lugar de trabajo? —preguntó suspirando Adamsberg.

—Si le parece, espéreme cada tarde a las seis, delante de la entrada principal del hospital de Garches; llevaré la barba negra que usted ya me ha visto.

—Una investigación interna nos diría rápidamente su nombre.

—Estoy allí únicamente de forma provisional. Y si enseña una foto mía, le dirán, posiblemente, que se trata del doctor Rousselet. Que no es mi apellido.

Adamsberg se levantó para deambular por su despacho y controlar por la ventana el crecimiento de las hojas del árbol. Los tilos son siempre tardíos. Ese Lebrun-Rousselet era un miedoso, pero un miedoso bien organizado.

—Danton, el verdadero Danton —prosiguió—, por lo que me dijo el comandante, tenía también las manos manchadas de sangre, ¿no?

—Por supuesto. Actuó durante el Terror antes de que este lo triturara. Él fue quien dio impulso al Tribunal Revolucionario: «Seamos terribles para dispensar al pueblo de serlo...», ¿conoce esa frase?

—No.

—«... y organicemos un tribunal, con el fin de que el pueblo sepa que la espada de las leyes pesa sobre la cabeza de todos sus enemigos». En ese nuevo tribunal, los juicios se despachaban en veinticuatro horas y acababan en guillotina. A eso contribuyó el bueno de Danton.

—Una semana de protección, renovable —concedió Adamsberg—. Le remito a los comandantes Mordent y Danglard para resolver los detalles técnicos.

—Sus colaboradores tendrán que conocer el aspecto de ese Danton-hijo. Tenga —dijo el médico, dejando con reticencia una foto sobre la mesa.

—Creía que no tenía fotos de los miembros de la asociación.

—En este caso, he derogado la norma. Juzgue usted mismo.

Adamsberg examinó el retrato del descendiente. Era uno de los rostros más sombríos y feos que hubiera visto.

XXVII

Conducía con el girofaro en el techo para compensar el tiempo pasado con el doctor Lebrun-Rousselet. El hombre había aguantado el tipo, pero la inquietud lo oprimía. Su dicción no era tan fluida como en su primera visita, apretaba las manos a menudo, el pulgar dentro del puño. Adamsberg consideró también la posibilidad de que llevara un maquillaje nuevo en su apariencia de hoy. El hombre avanzaba enmascarado, sesgado, en guardia. Listo para replegarse a la menor alerta, como los mozos en la plaza, cuando azuzan al toro y luego se refugian de un salto detrás de la valla de madera.

—¿Danglard? —Telefonéó mientras conducía con una mano—. Hable un poco alto, voy conduciendo.

—Creía que había vuelto, maldita sea.

—Pero los barcos derivan siempre más allá de los faros.

—¿Sigue el rastro del niño Amédée? ¿Mientras me entero de que el secretario de la asociación acaba de ser amenazado y solicita protección?

—Amenazado, no. Observado.

—¿Ha visto usted el careto de ese hijo de Danton?

—Lúgubre. Dígame, Danglard, ¿cómo se llaman esas vallas tras las que se resguardan los tipos que irritan al toro?

—¿Perdón?

—En las corridas.

—Burladeros. Y esos «tipos» son los peones del torero. ¿Es importante? —añadió Danglard, cáustico.

—En absoluto. Es solo que nuestro médico (resulta que Lebrun es psiquiatra) es un tipo así. Teme los asaltos, huye. En cambio, François Château, a quien suponemos directamente amenazado, no ha pedido protección alguna.

—Después de cuatro asesinatos y con Danton por su calle, me pongo fácilmente en su pellejo.

—Podríamos sugerirle que se unte de excremento de corneja cenicienta.

—Esto le gustará sin duda.

—Tengo la impresión de que nuestro Lebrun milita en la asociación Robespierre (se puede considerar militancia, ¿no?) porque allí asiste a agresiones, violencias y ofensivas que no soportaría en la vida real. Esto lo equilibra por poderes.

—¿Y qué?

—Danglard, habré vuelto dentro de cuatro horas, es inútil que se impaciente.

—¿Y qué? Es ahora cuando vamos a interrogar a este vástago de Danton. Y usted se larga a charlar con la familia de Amédée.

—Es usted mucho más adecuado que yo para interrogar a un tipo impregnado de

historia hasta el punto de perder la razón. El retoño de Danton necesita un hombre erudito y delicado. Huelga decir que no debe ir usted solo.

Adamsberg entró en el modesto pueblo de Santeuil y se detuvo frente a un bar-estanco, donde el patrón accedió a prepararle un bocadillo, cosa inhabitual en la casa.

—Solo tengo gruyer —dijo el hombre con rudeza.

—Perfecto. Busco la granja del Thost.

—Ya se ve que no es usted de aquí. Se dice «Tôt», sin pronunciar la ese. ¿Y para qué?

—Para ayudar a un niño que vivió allí hace mucho tiempo.

El hombre apretó los labios, pensando. Claro, si se trataba de un niño, la cosa cambiaba.

—Está a setecientos metros de aquí, en la carretera de Réclainville. Después cruza la carretera del Mercado Viejo y ya está. Pero ya no encontrará nada. Si el chaval busca a sus padres, es una lástima. Porque todo quedó reducido a cenizas hace quince años. La casa se incendió, con el marido y la mujer dentro. Mal asunto, ¿verdad? Unos chicos, que una noche encontraron divertido encender una hoguera. Con tanta paja cerca, imagínese. Todo se esfumó en menos de una hora. Como los Grenier tomaban pastillas para dormir, no se dieron cuenta de nada. Mal asunto, malo.

—Muy malo.

—Aunque le digo una cosa: no eran demasiado queridos. No hay que criticar a los muertos —preámbulo que permite hacerlo a continuación—, pero eran unos cabrones de cuidado. Nada en el corazón y todo en el calcetín. Y acogían a niños huérfanos para aumentar sus ingresos. No sé cómo han podido confiar niños a gente así. Porque, eso sí, los chavales tenían que apencar a base de bien.

—¿Hubo algún niño que se llamara Amédée?

—Yo no iba nunca. Pero quién podría informarle es la Mangematin. Sí, se llama así, mala suerte, pero uno no escoge su apellido. Una buena mujer. Cuando haya pasado la antigua granja (no tiene pérdida, todavía quedan muros ennegrecidos), siga treinta metros y verá un portón verde a su derecha.

—¿Ella los conocía bien?

—Iba todos los meses a ayudar para las grandes coladas. Y llevaba golosinas a los chavales. Una buena mujer.

Adamsberg llamó al portón verde un poco antes de las cuatro de la tarde, después de haberse sacudido las migas del bocadillo. Un perro grande se estrelló los dientes contra la verja, ladrando con ferocidad, y el comisario le puso una mano en la cabeza

a través de los barrotes. Después de unos cuantos gruñidos, que se convirtieron en gemidos, el perro se dio por vencido.

—Eso es que sabe usted tratar a los animales —dijo una mujer gruesa mientras se aproximaba cojeando—. ¿Qué se le ofrece?

—Investigo un caso de un chaval que vivía en la granja del Thost. Fue hace mucho tiempo.

—¿En casa de los Grenier?

—Sí. Se llamaba Amédée.

—¿No le habrá pasado nada? —preguntó la mujer abriendo el portón.

—No, en absoluto. Pero no recuerda mucho de esa época y necesitaría un poco de ayuda.

—Pues yo no ando corta de memoria —dijo la mujer, haciéndolo pasar a su pequeño comedor—. ¿Café? ¿Sidra?

Adamsberg escogió el café y la mujer —que se llamaba Roberta Mangematin, lo había leído en su buzón— pasó una bayeta por el hule de la mesita ya limpia.

—¿No le molestará que tome sidra? —dijo secando el hule con un trapo—. ¿Viene de lejos?

—De París.

—¿Es usted de la familia?

—De la policía.

—Ah —dijo la mujer, tendiendo el trapo delante de un grueso radiador.

—Es que Amédée se ha visto implicado en un asunto muy feo (él no es responsable, no se preocupe) y necesita saber más sobre su infancia en el Thost.

—Se dice «Tôt», la ese no se pronuncia. Eso no fue ni infancia ni nada, jefe.

—Comisario —dijo Adamsberg, enseñándole su identificación.

—¿Un comisario para esto?

—Es que nadie se interesa por él, por Amédée. En cambio yo, sí. Por eso he venido.

Roberta le sirvió respetuosamente el café y se puso un buen vaso de sidra.

—¿Cómo está ahora, el crío?

—Muy guapo.

—No lo había más guapo en toda la región. Era para comérselo. Y más bueno que el pan. Pero ¿cree usted que con eso se ablandaba la Grenier? ¡Qué va! Lo encontraba demasiado delicado. Así que lo hacía trabajar como una bestia. Con cuatro añitos que tenía. Para hacer de él un hombre, decía. Para hacer de él un esclavo, será. Me partía el corazón, criaturita, con esa carita tan triste. ¿Y dice usted que no recuerda nada?

—Solo retazos. Habla de patos decapitados.

—Ah, eso —dijo la mujer, posando pesadamente su vaso—. Menuda zorra era la tiparraca esa. No hay que hablar mal de los muertos, pero es que no hay otra palabra. Se le había metido entre ceja y ceja que Amédée matara las aves de corral siempre que hiciera falta. Con cuatro años, ¿se da cuenta? Y el Amédée era demasiado

sensible para eso, no quería de ninguna de las maneras. Ella le enseñaba cómo había que hacerlo, agarraba la gallina y, ¡zas!, le cortaba el cuello de un hachazo. Así, delante de él. Fueron dramas y más dramas. Porque cada vez que él se negaba a hacerlo, la otra lo castigaba un día entero sin comer. Entonces llegó un momento en que, si es que no podía ser de otra manera, el crío perdió la cabeza. ¿Qué tendría, cinco años? Fue poco tiempo antes de que se marchara. Cogió el hacha e hizo una carnicería: decapitó a siete o diez de una vez, patos. El médico me dijo que era una venganza por lo que le hacían, o algo así. Que a ese paso, habría acabado por cortar el pescuezo a la Grenier. Pero yo no lo creo.

Roberta negó enérgicamente con la cabeza.

—¿Qué cree usted? —preguntó Adamsberg.

Café diez veces mejor que en la Brigada, tendría que hablarlo con Estalère.

—Que solo quería demostrar que lo sabía hacer —contestó Roberta—, para que dejaran de castigarlo y de tratarlo como a una niña. No estaba en sus cabales aquel día, no hay que buscar tres pies al gato. Qué lástima, un crío tan bueno... Ella lo torció, eso es lo que hizo.

—¿Y el marido?

—No era mejor que su bruja. Salvo que él no hablaba. Pero hacía todo lo que ella decía, nunca defendió al niño. Un alcohólico y un inútil, se lo digo yo —dijo llenándose el vaso—, pero trabajador, las cosas como son. No me extraña que Amédée se acuerde de los patos. Porque ¿sabe usted lo que hizo ella después?

—Le dio una tremenda paliza.

—Claro, pero ¿después?

—No lo sé.

—Pues todos los patos que había matado, le obligó a desplumarlos y a vaciarlos. Y después se los hizo zampar en todas las comidas, en el desayuno, en la comida y en la cena. El crío vomitaba por todas partes. Gracias a Dios, el mayor lo ayudaba. Se tragaba porciones en su lugar, enterraba trozos, le pasaba su propia comida. Sin él, no sé qué le habría pasado.

—¿Qué mayor?

—Oh, ese ya tenía diez años cuando llegó Amédée de bebé. Tan poco favorecido por Dios como guapo era Amédée, pero con un corazón de oro. Protegió al pequeño como una gallina a sus polluelos. Esos dos se querían, se lo digo yo.

—¿Qué mayor? —repitió Adamsberg, expectante.

—El que habían acogido antes, otro abandonado. La madre le enviaba la pensión, y nada más. Pero el Amédée parece que no estaba tan abandonado, porque un buen día, sus padres vinieron a buscarlo. Esa mujer, cualquiera diría que se creía una duquesa. No había venido a verlo ni una sola vez, pero pagaba bien, según el Grenier. Los Masfauré, se llamaban.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el cartero. Todo el mundo lo sabía. Tendría que haberlo visto cuando

vinieron a recogerlo. Yo estaba de colada. Amédée iba, agarradito él, en brazos de Victor, el mayor, que lo apretaba con todas sus fuerzas, no había manera de que se soltaran. Victor le decía cosas al oído y corría por todo el corral con el crío agarrado a él como un monito, no había manera. Al final, el Grenier dijo que algo había que hacer y despegaron a los dos chicos y metieron a Amédée, que gritaba como un poseso, en el cochazo. En tres cuartos de hora, asunto resuelto.

—¿Tenía el pelo rubio Victor?

—Eso sí, y rizado, como el de los ángeles. Era lo que tenía bonito. Y también su sonrisa. Pero no se le veía a menudo.

—Señora Mangematin, ha hablado usted de las pensiones.

—No habrá creído usted que los Grenier lo hacían por bondad de corazón, ¿verdad?

—Claro que no. Esas pensiones, ¿sabe usted si llegaban una o dos al mes?

—Eso no sabría decírselo. El cartero hablaba siempre del dinero Masfauré y nada más. Se lo pregunto, si eso puede ayudar. Pero ojo, que ya no es un jovenzuelo. Igual no se acuerda.

La mujer fue hasta una habitación contigua para telefonar. El perro feroz había entrado en la sala y había ido directamente a tumbarse entre las piernas de Adamsberg. El comisario le rascaba el cuello maquinalmente, con el pensamiento centrado en los dos chicos de la granja del Thost. Del Tôt.

—Se puede decir que tiene un don con los animales, señor comisario —dijo la mujer al volver—. Él también, un día, se me zampó un pato. Pero no tiene nada que ver.

—No.

—En el perro, matar es parte de su naturaleza.

—Sí —contestó Adamsberg, preguntándose si matar también había pasado a formar parte de la naturaleza de Amédée, a quien la señora Grenier había «torcido».

—Un solo sobre al mes —dijo Roberta volviendo a su vaso de sidra—. Dice que pondría la mano en el fuego. Pero antes no venía de una Masfauré, sino de alguien con otro apellido. Se casaría entretanto.

—Y ¿cómo sabía que era la pensión?

—Eso me lo dijo ya en aquellos tiempos, riéndose. Un cartero nota los billetes de banco, que crujen en los sobres, como un gato encuentra al ratón. El dinero llegaba en efectivo, seguro que la mujer no quería dejar rastro.

—Eso significaría, señora Mangematin, que Victor y Amédée son hermanos, ¿no es así? Si llegaba un único sobre para los dos.

—La verdad, ni se me había ocurrido pensarlo —dijo la mujer tapando con fuerza la botella—, pero no me extrañaría, con lo unidos que estaban. Lo que sí puedo decirle es que cuando la señora Masfauré vino a recoger a Amédée, a Victor ni lo miró, lo mismito que si hubiera sido una mierda, con perdón. Ni descastada hace eso una madre, ¿no le parece? Y si era su madre, ¿por qué no se llevó a los dos chicos

juntos aquel día?

Adamsberg rebuscó largo rato en su libreta, donde nada estaba por orden.

—¿Le importaría volver a llamar al cartero y preguntarle si, antes de la llegada de Amédée, el sobre venía con el apellido Pouillard? ¿De una tal Marie-Adélaïde Pouillard? Era el apellido de soltera de la madre de Amédée.

—En absoluto. Me encanta llamar al cartero.

La respuesta llegó poco después, afirmativa: Pouillard. Roberta había aprovechado para invitar al cartero a cenar.

XXVIII

Danglard estaba debatiéndose con el descendiente de Danton cuando Adamsberg se unió a ellos a mitad de interrogatorio. La habitación era pequeña, bajo los tejados de París, mal ordenada, mal ventilada. El hombre —un antiguo encuadernador, le había indicado Danglard— estaba en el paro desde hacía cuatro años. Danglard tenía el pelo alborotado, alguno que otro de punta, de rabia quizá, y Justin se mantenía con la cabeza gacha y los brazos nerviosamente cruzados.

—Bienvenido, comisario —dijo el descendiente con exuberancia—. Encantado de contar con su presencia entre nosotros. Sus colegas me distraen mucho. Como puede ver, no me queda asiento que ofrecerle.

—No importa. Nunca me siento.

—Entonces es usted como los caballos. Tiene sus ventajas. Pero lo malo es que no ve más allá de sus narices. Lo cual le hace imaginar que un descendiente del gordo Danton mata por el honor del ancestro.

El hombre lanzó una risotada. Sombrío y repulsivo lo era indudablemente, con sus mejillas hundidas, sus largos dientes irregulares y grises, sus ojos negros, muy separados.

—El gordo Danton, sí, señor —dijo en un último resto de risa—. Se dijo de él que era patriota, sincero, ardiente, cálido, cariñoso y derrochador. Yo digo que era un jodido corrupto, un oportunista, un soberbio que conseguía éxitos gracias a su corpulencia y su voz de bestia; un codicioso, un libertino, un criminal, un traidor. Robespierre, al menos, era puro, dentro de su infamia. Como ya he dicho a sus colegas, soy monárquico. Qué menos que tener el deseo de reparar las atrocidades de un ancestro putrefacto. Votó la muerte del rey, que no se queje de haber perdido la cabeza.

—¿Se queja?

La pregunta desconcertó un instante la facundia del descendiente de Danton.

—Como monárquico —prosiguió Adamsberg—, ¿qué hace usted en esa asamblea?

—Escudriño, comisario —dijo el hombre, esta vez con mucha seriedad—. Espío, rastreo. Colecciono todos los defectos y los vicios de sus miembros, miembros que se disfrazan y se escurren como ratas de alcantarilla, sin tener siquiera el valor de sus opiniones. ¿Se creen anónimos? No para mí. Malversaciones, capitales ocultos, canalladas, estafas, pornografía, tráfico de armas, homosexualidad, pedofilia, todo vale. Y no vayan a creer que vuelvo con las manos vacías, ni mucho menos. Los republicanos apestan por todos los poros. No pierda el tiempo en buscar mis informes, todo está a buen recaudo. Y ya constituye una masa considerable. Un poco más de materia y encenderé la mecha. Y volaré ese hervidero de gusarapos abyectos,

dignos descendientes de esos abominables exaltados que arruinaron Francia con esa democracia impotente. Y mediante su destrucción, alcanzaré la República entera.

—Bien —dijo Adamsberg—. Y ¿de qué manera se las arregla para llevar solo tan amplia investigación?

—¿Solo? Delira usted, comisario. El círculo monárquico está más extendido de lo que cree. Alcanza con sus tentáculos hasta la magistratura, y a su policía. Y muchos somos miembros de esa asociación. ¿Cree usted que su República es eterna?

El hombre se carcajeó de nuevo, feroz, antes de erguir su flaco cuerpo y abrir las dos puertas de un pequeño armario empotrado. En el interior de los batientes pendían reproducciones, maculadas por deyecciones diversas, de los rostros de Danton y de Robespierre, con los ojos reventados de pintura roja que les chorreaba por las mejillas.

—¿Le gustan así?

—Violento —comentó Adamsberg—. Hasta el punto de matar, mientras espera la gran noche de la explosión.

El hombre volvió a cerrar amorosamente el armario.

—Como si fuera a perder el tiempo cargándomelos uno a uno, cuando tendré pronto la posibilidad de volatilizarlos a todos a la vez.

Adamsberg dio la señal de salida a sus adjuntos.

—¡Dígale a ese castrado de François Château —vociferó el hombre—, y a sus dos vanidosos y pedantes acólitos, que a su pocilga no le queda mucho tiempo!

—Violento —repitió Adamsberg, una vez en la calle.

—Danton es el que debe de estar que trina —dijo Justin.

—A uno solo lo traicionan los suyos.

—¿Comedia? —preguntó Danglard.

—No —dijo Adamsberg—. Las reproducciones son antiguas, no es una puesta en escena. Los odia.

—Esto hace de él un asesino muy creíble —dijo Justin.

—Creo que apunta más alto —dijo Adamsberg—. Hacer que se revuelquen en el fango y, al manchar la asociación, envilecer la Revolución y hacer que caiga la República. Ni más ni menos. ¿Qué les ha dicho para explicar su presencia delante del piso del psiquiatra?

—Que Lebrun no era más que uno de los muchos a quienes espiaba. Busca un fallo en su existencia.

—¿Lo ha encontrado?

—No lo sabemos. Sus informes están en un lugar secreto, lo ha dicho y repetido.

—Dudo que ninguno de los dos vanidosos acólitos tenga nada que temer de ese flaco Danton hijo. Si el asesino quiere decapitar la asociación, ejecutará a Robespierre. Y de momento, el asesino, eso ya lo hemos visto, inicia la oleada desde

lejos, muy lejos, eliminando sobre todo a los «ocasionales». ¿Por qué? Porque un tornado que sentimos aproximarse con sigilo asusta mucho más que una tromba que nos sumerge brutalmente. Irá estrechando su cerco poco a poco, para que se lo vea venir despacio, en el horizonte. Relajemos la protección a Lebrun, vigilemos simplemente que coja un taxi seguro a la salida del hospital. Haremos lo mismo para Leblond. Convóquelo, intente averiguar dónde vive. Es más astuto que el secretario, me parece.

—Lebrun va a chillar de espanto —dijo Danglard.

—Si tiene miedo, que presente su dimisión.

—Lo desacreditaría: un psiquiatra refugiándose detrás del burladero.

—¿Del qué?

—La valla de madera de las corridas —se irritó Danglard—. Usted mismo me lo preguntó no hace ni seis horas.

—Cierto.

El ángelus anunciaba las siete de la tarde en el campanario de la iglesia de Saint-François-Xavier. Adamsberg hizo un alto.

—Café —dijo.

Aperitivo, pensó Danglard. Era la hora.

—Si le interesa profundizar en el «A uno solo lo traicionan los suyos» —añadió Adamsberg—: podría ser que los dos asesinatos islandeses no fueran lo que creemos.

—Habíamos dicho que dejábamos Islandia —dijo Justin, un tanto quejoso.

—Seguro. Lo cual no nos impide darnos una vuelta por allí, si les apetece.

La propuesta no apeteecía ni al comandante ni al teniente, que no se movieron. Adamsberg les sonrió, les dirigió un leve saludo con la mano y los dejó. Los dos hombres lo miraron alejarse y abrir la puerta de un café. Unos minutos después, se sentaban a su mesa.

—No nos vamos a Islandia, sino a la granja del Thost, en Eure-et-Loir.

—¿Dónde ha estado hoy? —preguntó Justin.

—Lo que le ha hecho perderse todo el principio de nuestra conversación con Danton —dijo Danglard con acritud.

—¿Fue interesante?

—No.

—¿Lo ve, Danglard? Media hora basta de sobra con esa gente. Granja del Thost, antiguamente llevada por el matrimonio Grenier, una familia de acogida.

—Donde estuvo albergado Amédée Masfauré antes de cumplir los cinco años, ya nos lo dijo.

—Donde estuvo detenido, sería más exacto. Malos tratos de todo tipo hasta que el niño estalló con el asunto de los patos decapitados.

—Amédée mencionó esos patos en el Creux —dijo Danglard, a quien la llegada

del vaso de vino blanco había relajado súbitamente.

Justin movió rápidamente la cabeza de derecha a izquierda durante toda la narración de la historia de los siete o diez patos, ahuyentando las imágenes como si fueran moscas. El niño con el hacha, la masacre, la carne de los volátiles que engullía cada día hasta no poder más. El mayor que lo ayudaba a hacer desaparecer los trozos.

—Se entiende que haya borrado todos sus recuerdos —dijo.

—No creo que haya borrado nada —dijo Adamsberg—. Creo que miente. Y a ese chico mayor que lo protegió durante esos cinco años de pesadilla, un niño acogido igual que él, tampoco creo que Amédée haya podido olvidarlo. Era, y probablemente sigue siendo, su único amor y su salvador.

—¿Y?

—Y tenía diez años más que él y no era guapo, salvo por sus abundantes rizos rubios y su amplia sonrisa. Que no mostraba a menudo.

Danglard, con los ojos clavados en el vacío, extendió un brazo tieso hacia el camarero que pasaba.

—¿Hermanos, quiere decir? ¿Son hermanos?

—No lo pillo —dijo Justin.

—Amédée y Victor —reanudó Adamsberg—. Hermanos. Abandonados con diez años de diferencia por la misma madre.

—¿Alguna prueba? —preguntó Danglard, que permanecía con el brazo extendido.

—Llegaba una sola carta al mes a la granja con el dinero de la pensión. No dos. De la señora Masfauré. Pero antes, de la señorita Pouillard. Marie-Adélaïde Pouillard, futura señora de Masfauré.

El camarero llenó por segunda vez el vaso empuñado por Danglard, que giró de pronto la cabeza y le dio las gracias, saliendo de su breve estupor.

—Y un buen día, ¿va a buscarlo cuando tiene cinco años? —preguntó Justin—. ¿Le entran remordimientos? Pero, en ese caso, ¿por qué a él solo?

—Porque, si por ella hubiera sido, no habría ido jamás a buscarlo.

—De acuerdo —dijo Danglard—. Cabe, pues, suponer que Henri Masfauré se enteró, de una manera u otra, de que su irresistible esposa había abandonado a un recién nacido. Según las fechas, poco tiempo antes de su boda. Por temor a perder a Masfauré.

—¿No quería hijos?

—Probablemente, no —dijo Adamsberg—. Ella prefirió desembarazarse del bebé antes que dejar escapar la fortuna Masfauré. Mismo guion, sin duda, diez años antes, con un productor. Era voraz, recuérdenlo. Nada debía frenarla.

—Claro —dijo Danglard—. Hermanos. Victor y Amédée, los nombres que componen el de los duques de Saboya.

—Exacto —comprendió Adamsberg—. Usted supo verlo.

—Pero no vi más allá —dijo Danglard, sacudiendo la cabeza—. Incluso

dejándolos tirados, les dio nombres de la más alta nobleza.

—Cuando Masfauré conoció la existencia de ese hijo abandonado —dijo Adamsberg—, le dio un vuelco el corazón o le dio un vuelco la moral. En todo caso, obligó a su mujer a recoger al pequeño. Supongo que el filántropo vio a su esposa con otros ojos aquel día. Es posible que le produjera horror. Es posible que la perdonara. En todo caso, Marie-Adélaïde tenía que evitar a toda costa que Masfauré se enterase del abandono de otro niño, diez años atrás. No dijo nada de Victor y, al entrar en la granja, ni siquiera lo miró. Voluntariamente.

—Infame —dijo Danglard, dejando el vaso—. Una «infame hipócrita».

—Llegamos a ello —dijo con suavidad Adamsberg—. A los quince años, o antes, Victor tenía edad más que suficiente para hurgar en los papeles de los Grenier y averiguar el apellido de su madre: Pouillard. Para descubrir después, con la misma letra en los sobres, su nuevo apellido, Masfauré. Imaginen a ese joven viendo llegar a la hermosa Adélaïde Pouillard-Masfauré, para recoger al pequeño Amédée, e ignorándolo olímpicamente a él. Y arrancándole de los brazos a Amédée, su único amor bajo el sol. El cochazo se lleva al niño anegado en lágrimas y abandona al otro hijo a su suerte.

—Abandonado dos veces —dijo Justin.

—Razón de sobra para transformar a Victor en una masa de rabia y odio —dijo Danglard.

—¿Hasta el punto de querer matarla, comandante?

Adamsberg hizo bascular su silla, soñador.

—Por lo menos de desearlo —dijo Justin.

—Y ¿por qué irrumpe diez años después —repuso Adamsberg— en casa de los Masfauré, tras haber adoptado ese apellido para atraer su atención? ¿Por qué no dice que es su hijo? ¿Por qué no desencadena un escándalo? ¿Por qué penetra, enmascarado, en la familia, y se incrusta sin decir palabra? ¿Con qué otro objeto, si no es el de matarla, Justin?

—Porque si se da a conocer y ella muere —respondió Danglard—, él será el primer acusado. No debe saberse que es su madre.

—Y se toma su tiempo —dijo Justin—. Hasta que se presenta la ocasión.

—Islandia —dijo Adamsberg.

—Islandia —repitió Danglard—. ¿Sabe Amédée que Victor es su hermano?

—Creo —aventuró Adamsberg— que si Amédée no dijo nunca nada de su infancia, fue obedeciendo las exigencias de sus padres. Se acuerda de Victor, claro está, su dios de la granja del Thost (se pronuncia «Tôt», Danglard), pero no lo ha reconocido. Solo tenía cinco años cuando se separó de él, y se encontró con un adulto de veinticinco. Pero de manera inconsciente sabe que es él. Ninguna otra cosa puede explicar que le tenga esa devoción, como de niño. En cuanto a Victor, estoy convencido de que ha guardado su secreto, incluso para su querido Amédée. Si odiaba a su madre, la madre de ambos, hasta el punto de querer matarla, el silencio

era obligado.

—De modo que la historia de la tragedia islandesa, la historia del asesino del cuchillo... —empezó a decir Justin.

—Sería falsa —acabó Adamsberg.

—No pudieron ponerse de acuerdo antes de que los interrogáramos —objetó Danglard.

—Claro que sí. Acuérdesse de la huida a caballo, comandante, esa huida a caballo tan inútil, y de Victor saliendo inmediatamente tras Amédée. Victor se lo ordenó a Amédée en cuanto Céleste mencionó a una señora Gauthier.

—Y ¿cómo pudo Victor adivinar que esa señora Gauthier era una de las viajeras? No sabía sus apellidos.

—Porque Amédée le enseñó la carta. Él no ocultaba nada a Victor.

—Entendido —dijo Danglard—. Tuvieron tiempo de preparar su historia en el bosque.

—Acuérdesse del retrato del asesino que nos describió Victor. Una cara banal, incierta, sin signo distintivo. Mantuvo la vaguedad sobre la identidad del tipo, que es una especie de hombre invisible. En cambio, insistió, y Amédée lo mismo, en su salvajismo. El ser «inmundo», «atroz», «abominable», el asesino nato. Como si Victor nos indicara a la fuerza el camino con una linterna: buscad por allí, policías, buscad al ser inmundo, sin cara y sin nombre. Buscad hasta el fin del mundo.

—¿Y la muerte del legionario? —preguntó Justin.

—¿Para ocultar la de la madre?

—¿Y Masfauré? ¿También habría matado a Masfauré?

—No. ¿Por qué matar a su bienhechor, diez años después? No, no hay ninguna razón. Masfauré pertenece a la serie Robespierre. Dos casos, dos asesinos. A quienes hemos tomado por uno solo. De ahí el efecto de nudo de algas. Danglard, expondrá usted todo esto mañana en el Concilio. No estoy seguro de querer asistir.

—No está satisfecho, ¿verdad, comisario? —dijo Danglard en voz bastante baja—. ¿Por Victor?

Adamsberg giró la cabeza hacia su adjunto, con la mirada vaga. Era uno de esos momentos en que bogaba por zonas inaccesibles en las que ya no se podía distinguir la pupila del iris.

—Satisfecho, quizá. Pero no estoy feliz.

XXIX

La reunión en la sala del Concilio había conocido un momento de efervescencia después del informe del comandante Danglard. Silbidos y chasquidos de dedos habían resonado, en señal de aprobación respecto a Adamsberg, que se había ido a «palear nubes» a la granja de Thost y había traído materia para reflexionar.

Ese asunto del «paleador de nubes» —como un sargento de Quebec había llamado un día a Adamsberg— tenía a la Brigada dividida desde hacía tiempo en dos bandos opuestos: creyentes y positivistas. Los «creyentes» eran los que acompañaban las derivas, a menudo mudas o difíciles de descifrar, del comisario, por lealtad, o incluso por fe —y ese era típicamente el caso del ferviente Estalère—. Eran «positivistas» los que se aferraban a una estrategia cartesiana por el bien de las investigaciones y a quienes las ondulaciones, incluso las escapadas inasibles del comisario, desconcertaban o exasperaban —y la pragmática Retancourt era su cabeza más visible—. Sin embargo, el día anterior, para sorpresa de todos, la corpulenta teniente no había criticado la fuga de Adamsberg hasta la granja del Thost. «Las mujeres son así», había dicho Noël, «en cuanto hay un niño en juego, ya no tienen nada en la cabeza». A lo que Kernorkian había contestado secamente que, por una vez, Noël accedía a considerar a Retancourt como una mujer, lo cual constituía un progreso.

Mordent y Voisenet, que la víspera habían desaprobado a su superior, permanecían con la cabeza gacha, incómodos.

—Tiro a puerta —reconoció Mordent asomando su largo cuello fuera del nido.

—Cierto —dijo Justin—. Y arroja una luz nueva sobre los viejos asesinatos islandeses.

—Asesinatos prescritos, por otro lado —señaló Veyrenc—. Desde hace cuatro meses. Si Victor Grenier-Masfauré se cargó al legionario y a su madre, no habrá ni juicio ni condena.

—De modo que insistimos en perder el tiempo con el asunto islandés —concluyó Voisenet.

—Pero ganamos en conocimiento —matizó Danglard.

—Lástima —dijo Mordent— que no conozcamos el número exacto de patos decapitados. ¿Siete o diez? Habría podido ser un buen título para un cuento singularmente cruel. «Los siete patos del Thost».

Ocurría, a veces, que Mordent se extraviaba también, pero únicamente cuando recordaba sus cuentos y leyendas, y durante muy poco tiempo. Su mirada nunca quedaba nublada como la de Adamsberg. Conservaba siempre el ojo fijo y preciso del pájaro que acecha a su presa. Sus escapadas eran meras espantadas, mientras que las del comisario evocaban largas marchas sin brújula entre brumas.

—Uno —dijo Retancourt irguiendo el pulgar—, Victor tiene capacidades asesinas. Dos —y levantó el índice—, es un hombre que pasa a la acción. Tres, Victor acompañaba a Masfauré a la asamblea Robespierre. Cuatro, no hay nada que lo aparte de los asesinatos contrarrevolucionarios.

—No —replicó Danglard—. Los asesinatos de Victor, si los hubo, fueron determinados únicamente por su desastrosa infancia. No se sigue matando a diestro y siniestro solo para tener las manos ocupadas.

—Los crímenes de Islandia están cerrados —dijo Voisenet—. Pero la serie Robespierre prosigue, solo que tenemos el tren bloqueado en la estación. La locomotora parada contra los topes y ni un solo raíl para avanzar.

—El lunes por la noche —recordó Mordent—, podremos seguir e identificar a los otros dos «descendientes». Los vástagos del verdugo y del otro tío degollado.

—Sanson y Desmoulins —dijo Veyrenc.

—Mientras tanto —insistió Voisenet— seguimos sin avanzar, vigilando a Château y a sus esbirros, sin ser capaces siquiera de identificar a los demás miembros de grupo de los ocasionales.

Voisenet era un hombre activo y la impotencia, la espera, el fracaso le ponían los nervios de punta. Un temperamento apresurado, aparentemente incompatible con la observación de los peces de agua dulce. Adamsberg consideraba que, precisamente, esta fijación ictiofílica proporcionaba a Voisenet un antídoto vital. Por eso siempre había dejado al teniente leer sus revistas especializadas en la Brigada.

Mercadet, sacado antes de tiempo de su ciclo de sueño —no había querido perderse la reunión—, pidió un segundo café a Estalère.

—Se los van a cargar a todos mientras nosotros damos vueltas en coche y vigilamos en los portales —dijo.

—¿Quién queda aún vivo? —preguntó Estalère.

Veyrenc escogió sustituir a Adamsberg en su papel apaciguador.

—En el grupo de los ocasionales, al menos cuatro, Estalère.

—Muy bien, cuatro. ¿Quiénes?

—Una mujer a quien Lebrun-Leblond llaman la Actriz.

—De acuerdo.

—Un tipo cachas, apodado el Ciclista.

—Sí —dijo Estalère con expresión reflexiva.

Incluso concentrado, Estalère no bajaba las cejas, sino que abría los ojos más de lo que era posible.

—Un hombre escrutador, un dentista, según Lebrun-Leblond. Desprende un ligero olor a desinfectante. Por último, un tipo sin carácter notable.

—Ya tenemos la cuenta —dijo Estalère, y salió a preparar el segundo café, bien cargado, para Mercadet.

—Si sucede un milagro —dijo Voisenet—, puede que tengamos ocasión de verlos en la sesión del lunes por la tarde. Deberíamos de prever efectivos suplementarios,

por si hay que seguir a los dos descendientes y los cuatro infiltrados.

—Podríamos —concedió Mordent—. Pero a estas alturas, con cuatro de su equipo asesinados, dudo que reaparezcan. ¿Qué es de Robespierre?

—Trabaja hasta tarde —dijo Justin—. Seguro que preparando su discurso del lunes.

—¿Cuál será? —preguntó Veyrenc.

—Las sesiones del 11 y del 16 de germinal del año II, aligeradas y refundidas —respondió Danglard, que se había informado—. O sea, las del 31 de marzo y del 5 de abril de 1794.

—Esas en las que Robespierre pidió la detención de Danton, Desmoulins y sus amigos —completó Veyrenc.

—Exacto.

Esa información dejó completamente indiferentes a los demás miembros de la Brigada. Adamsberg entró en la sala en este instante, con la cabeza inclinada hacia la pantalla de su teléfono, saludando con un simple gesto de la mano. Estalère se levantó de un brinco para su misión café.

—Froissy ha acabado su trabajo —anunció sin sentarse—. Ha remontado la filiación de pueblo en pueblo, hasta Montargis. Nuestro François Château desciende, efectivamente, del posadero François Didier Château, presunto hijo de Robespierre. Lo cual agrava mucho su caso. Danglard, informe a todos sobre nuestro extraño posadero de 1840. Y recuérdeme que le pregunte qué fue esa «tan dolorosa muerte de Robespierre». Fue Lebrun quien lo dijo. Retancourt, le ruego que me acompañe a mi despacho.

Adamsberg cerró cuidadosamente la puerta mientras Retancourt se sentaba en la silla de las visitas, silla que no había sido concebida para su tamaño y desaparecía debajo de ella. Ninguna silla lo había sido.

—Tendrá que dejar la vigilancia de François Château.

—Muy bien —dijo Retancourt, en guardia.

Porque la vaguedad que había invadido la mirada de Adamsberg, y que Danglard había percibido la víspera, no había desaparecido. Y en la Brigada, todos sabían lo que esta nebulosidad significaba. Deriva, vapores; paleo de nubes, en definitiva.

—Como habrá comprendido —empezó Adamsberg aceptando el cigarrillo que le tendía Retancourt—, en Islandia pasó otra cosa diferente de lo que los hermanos Amédée y Victor han tenido a bien contarnos.

—Sí.

—Algo mucho más grave.

—Un matricidio.

—Más grave, Retancourt. Acuérdesse: Victor afirma que el asesino obligó a guardar silencio a todos los miembros del grupo, bajo amenaza de muerte. Y en

efecto, llevan callados diez años. ¿Se imagina a Victor aterrorizando hasta ese punto a nueve hombres y mujeres de más edad y más experiencia que él? ¿Con veintisiete años? Porque tenía veintisiete años, en esa época.

—Joven o viejo, ¿qué importa? La edad no tiene nada que ver.

—Según Victor, el asesino les habría asegurado que su «red», o la palabra que fuera, los perseguiría incluso si alguno de ellos lo hacía encarcelar. ¿Podría Victor poseer una «red» así? ¿Salido de una granja, autodidacta? ¿De dónde habría sacado ese poder, esa fuerza de convicción?

—Todo aquello prescribió, comisario —dijo Retancourt alzando los hombros.

—Me da igual.

—¿Mucho más grave que qué? ¿En qué está pensando?

—En nada, Retancourt. ¿Cómo quiere que lo sepa? Hay que buscar.

Retancourt echó hacia atrás su silla, con mucho ruido; su desconfianza crecía por momentos.

—¿Dónde? —preguntó.

—En Islandia. Me voy a la roca tibia.

—Es inconsecuente, comisario, no tiene sentido.

—Me da igual —repitió Adamsberg—. Pero todo dependerá de mi entrevista de hoy. Vuelvo al Creux a hablar con Victor y Amédée.

—¿Para qué? ¿Para revelarles que son hermanos? ¿Así, sin medidas de precaución? Habrá enfrentamiento, gritos, habrá llantos.

—Seguro. Y no me gusta.

—Entonces, ¿por qué?

—Para saber. Quizá uno de ellos diga la verdad.

—¿Y luego?

—Luego, nada. Sabré, eso es todo.

—¿Y los crímenes robespierristas? —Se irritó Retancourt—. ¿Y los cuatro infiltrados en peligro? ¿Los abandona para «saber» lo que pudo tramar Victor en la isla tibia?

—No abandono nada. En el tablero Robespierre, por el momento, las fichas están quietas. Pero se moverán. Nunca se queda nada en suspenso, nunca nada se queda inmóvil. Siempre gana el movimiento. Alguien dijo «los animales se mueven», pero ya no sé quién. Las cosas se moverán por sí mismas, confíe en mí.

—Sí, con cuatro asesinatos más.

—Eso no se sabe.

—¿Y si la entrevista de hoy no le aporta nada?

—Entonces me iré a la roca tibia. Quedarán veintitrés agentes aquí, todos perfectamente informados, todos aptos para dedicarse en exclusiva al asunto Robespierre.

—¿Veintitrés? Es decir, ¿que no se va solo?

—En efecto. No son las extensiones heladas las que me asustan, sino más bien mi

manera de ser. Observar la de los demás me permite permanecer..., ¿cómo dice usted? En el camino recto.

—Del cual se ha salido usted totalmente, comisario —dijo Retancourt levantándose, en señal de salida inminente—. Está divagando. Si se entera el divisionario de que anda corriendo detrás de un caso inútil y archivado mientras abandona una investigación en curso, lo suspenderán.

—¿Haría usted esto? ¿Informaría, Retancourt?

Adamsberg encendió otro cigarrillo y se dirigió hacia la ventana, dando la espalda a su adjunta.

—No puede hacerlo, Violette —dijo; le gustaba, de vez en cuando llamarla por su nombre—. Porque participará en el viaje. A no ser, repito, que la verdad brote del pozo esta tarde, aunque lo dudo mucho.

—¡Ni hablar! —Ladró Retancourt, retrocediendo hacia la puerta—. Yo no abandono al equipo en pleno marasmo.

De modo que estaban los dos de pie, dos tenaces animales enfrentados, los animales más diferentes que se puedan imaginar.

—Muy bien —dijo Adamsberg, aún mirando hacia la ventana mientras la ceniza caía al suelo—. Me llevaré a Justin.

—¿Justin? Es una locura. No es capaz de levantar un peso de cinco kilos.

—Y usted, Violette, ¿cuántos levanta?

—¿En arrancada o en dos tiempos?

—¿Cuál es más difícil?

—En arranque.

—Entonces, ¿cuántos en arranque?

—Setenta y dos kilos —dijo Retancourt, poniéndose ligeramente colorada.

Adamsberg emitió un silbido de admiración.

—No es nada —dijo Retancourt—. El récord del mundo en levantamiento de pesas femenino y en mi categoría es de ciento cuarenta y ocho kilos.

—No necesito una mujer récord. Será sobradamente capaz de sacarme del agua helada si me caigo.

—Estamos en abril. No son las mismas condiciones que las de cuando esos doce cretinos se fueron de aventura, en noviembre.

—Desengañese. En esta época, hay apenas cinco horas de sol al día, con suerte; temperaturas de entre dos y nueve grados, riesgo de aludes, de tornados árticos, de mantos de bruma, de bloques de hielo bogando por el agua helada...

—Justin, no —reafirmó Retancourt—. Se queda aquí. Es muy bueno para los seguimientos, discreto como un gato.

—Usted y Veyrenc. Danglard no, claro está. Solo con el viaje se desestabilizaría durante dos meses. Recuerde lo de Quebec. Danglard se quedará aquí para codirigir con Mordent. Danglard tiene la ciencia; Mordent, el pensamiento acertado.

Adamsberg, andaba a zancadas junto a un lado de la mesa, mientras Retancourt hacía lo propio por el otro lado. Con cuidado de no tropezar con la gran cornamenta de ciervo^[7] que yacía en un rincón, recuerdo de un sombrío bosque normando, y que Adamsberg había olvidado mover una vez depositada allí. Dos seres merodeando en paralelo a dos metros el uno del otro, únicamente separados por el burladero simbólico que era la mesa de madera. Ignoraban que, detrás de la puerta, se había quedado parado Estalère, con el café que había preparado para el comisario y que ya se había enfriado. Oía los ruidos del conflicto y ese desgarró entre sus dos figuras amadas lo dejaba desamparado.

—Si no se puede quitar esa idea de la cabeza, comisario —aventuró Retancourt a modo de conciliación—, retrásela. Resolvamos el caso Robespierre primero y, luego, váyase allí. A la roca tibia, para reponer fuerzas.

—Ya he reservado tres billetes para el martes. Billetes abiertos, por si «los animales se mueven».

—¿Billetes nominativos?

—Para mí, sí. Para usted y Veyrenc, no. Si no, me voy con Voisenet; será feliz viendo peces nórdicos. Mercadet sería bueno, pero no nos podemos permitir que se quede dormido tres horas en la nieve. Voisenet y Kernorkian. O Noël.

—Usted no aguantaría tres días con Noël.

—Claro que sí. Lo que dice me entra por un oído y me sale por el otro. Es potente y rápido para salvar una vida. No lo olvide, Retancourt.

—Lo recuerdo.

—Y el gato. Me llevo a la Bola. Nos dará más calor que una bolsa de agua caliente.

Retancourt se paró en seco. Adamsberg también, y le sonrió.

—Piénselo, teniente. Contestación mañana por la tarde a más tardar.

XXX

Adamsberg se había metido en los bolsillos el teléfono y las llaves del coche. Alcanzó a Danglard en el pasillo.

—¿Me acompaña, comandante?

—¿Adónde?

—Al Creux. Para averiguar lo que han querido escondernos los dos hermanos.

—No saben que son hermanos. Va usted a desencadenar un seísmo, quizá una catástrofe.

—O puede que les haga un favor, que sea una necesidad.

—Son más de las dos y no hemos comido.

—Tomaremos un bocadillo en el coche.

Danglard torció el gesto, dubitativo. Pero, desde el día anterior en el café, la historia de la granja del Thost y sus consecuencias acaparaban sus pensamientos, en contra de su voluntad.

—Cenaremos en la Auberge du Creux —añadió Adamsberg—. Así quedará compensado.

—A lo mejor podríamos encargarnos el menú. El de las patatas Darphin.

—Vamos a intentarlo.

Al cruzar la sala común, el comisario se paró ante la mesa donde trabajaba Veyrenc.

—Interrogatorio en el Creux y cena en la posada, ¿hace?

—Me apunto —dijo Veyrenc—. Esos dos me mosquean.

—¿Te has hecho algo en las mechas?

—Intenté teñírmelas ayer noche.

—Pues el resultado no es nada del otro mundo.

—No.

—Es peor.

—Sí.

—Tirando a violeta.

—Lo he visto.

Desde su despacho, Retancourt miró a los tres hombres alejarse, cerrada como un puño.

Adamsberg estaba echando una ojeada a sus relojes parados, cuando Céleste les abrió el gran portalón de madera.

—Las cuatro —le dijo Veyrenc.

Céleste parecía más bien contenta de volver a verlos y sonreía al estrecharles la

mano, con los ojos fijos en Veyrenc.

—Está enamorada —susurró Adamsberg a su camarada de infancia—. ¿Qué dijo Château, ahora que lo pienso? ¿Por qué no podías figurar en la asamblea revolucionaria? Ah, sí, un rostro de estatua antigua.

—Romana, desgraciadamente —dijo Veyrenc—, no griega.

Adamsberg dio un paso a un lado para andar sobre la hierba a lo largo de la alameda, en busca de su mata de galio seco. Céleste se había ido a buscar a Amédée y Victor, que llegaron los dos de las caballerizas, oliendo ambos a caballo y con el semblante preocupado. Si la pasma hubiera atrapado al asesino de Henri, los habrían llamado, ¿no? ¿Qué pintaban allí en persona?

—Sentimos molestarlos, sin haber avisado —dijo Adamsberg.

—No lo sienten —lo contradijo Victor—. Los policías llegan siempre sin avisar. Por el efecto sorpresa.

—Exacto. ¿Dónde podríamos instalarnos?

—¿Será largo?

—Puede.

Amédée señaló una mesa redonda de madera, plantada en medio del césped.

—Todavía hay sol —dijo—. Si no tienen frío, podríamos quedarnos fuera.

Adamsberg sabía que las personas interrogadas se sentían siempre más seguras fuera que en una habitación cerrada. Su intención no era abrumarlos, se dirigió hacia la mesa.

—Es delicado —empezó Adamsberg, una vez que estuvieron todos sentados—. Es delicado decirles el motivo de nuestra visita.

—¿Qué es...?

—El hecho de que hayan mentido los dos. No hay un modo suave de decirlo.

—¿Es algo relacionado con mi padre?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿con qué?

—Con sus vidas.

—Sobre las cuales no tenemos que rendirles ninguna cuenta —dijo Victor, levantándose—. Si interrogan a un atracador, no tienen por qué saber con quién se acuesta.

—A veces, sí. Pero no se trata de asuntos de cama. Vuelva a sentarse, Victor, si no podría alarmar a Céleste inútilmente.

Céleste llegaba apresuradamente con una pesada y vacilante bandeja cargada de todas las pastas y los refrescos posibles. Veyrenc se levantó de inmediato para ayudarla y dispuso con ella las botellas y los vasos sobre la mesa, mientras Victor volvía a su sitio desfrunciendo la frente.

—Amédée —dijo Adamsberg en dirección al hombre joven e inquieto— dijo no

recordar, aparte de algunas imágenes, sus cinco primeros años en la institución.

—Es verdad.

—Es falso. No estuvo en ninguna institución. Lo habían colocado en la granja del Thost, en una familia de acogida brutal, donde sus padres fueron a buscarlo cuando tenía cinco años.

Amédée enmarañó sus dedos como patas de araña, incapaz de pronunciar una sola palabra. Victor entró inmediatamente en liza.

—¿De dónde han sacado eso?

—De la DDASS y la granja del Thost. Para ser más exactos, de la señora Mangematin, de casa de Roberta. Iba a casa del matrimonio Grenier para ayudar en las grandes coladas. Recuerda a Amédée, abandonado al nacer, y que una pareja fue a recogerlo cinco años después.

Adamsberg hablaba suave y lentamente, consciente, sin embargo, de que aterraba al joven.

—¿No recuerda nada, Amédée, cuando cito esos nombres?

—Nada.

—¿Será necesario entonces llegar a los patos? Nos dijo que se acordaba de patos.

—Sí.

Con la mano posada en la mesa, Victor acababa de doblar las dos falanges del índice hacia dentro. Amédée, igual. Señal de connivencia, consigna de silencio.

—Un día, decapitó siete o diez patos de una vez. Y lo obligaron a destriparlos y a comerlos mañana, mediodía y noche. Un chico de la granja, mayor que usted, lo ayudaba.

—Me acuerdo de un chico mayor que yo, ya lo he dicho.

—¿Y de esos patos? ¿Del hacha? ¿De la sangre?

—Se acuerda —afirmó Danglard con tanta suavidad como Adamsberg.

Amédée desplegó su índice.

—¿Para qué todo esto? —dijo, con el sudor impregnándole la frente y el labio—. Sí, soy un niño colocado en una familia de acogida. Y mis padres me habían prohibido decirlo. No me gusta recordarlo, no me gusta hablar de ello. ¿Y qué, qué pasa? ¿Qué importancia tiene eso para ustedes?

—Y a ese chico que lo ayudó a comerse los patos —insistió Adamsberg—, ¿lo recuerda?

—Si existe una persona en el mundo de la que quiero acordarme, es de él.

—Lo protegía, ¿verdad?

—Habría muerto cien veces sin él.

Victor había doblado hacia dentro todas las puntas de sus dedos, pero Amédée parecía ignorarlo, o que ya no era capaz de captar la señal, arrojado de nuevo a la negra memoria de la granja del Thost, donde solo brillaba un punto, «ese chico mayor».

—Y cuando llegaron sus padres, aquellos padres desconocidos, los separaron a la

fuerza. Me dijeron que usted se aferraba a él, en sus brazos, y que él no quería soltarlo.

—Era demasiado pequeño para entenderlo. Sí, nos separaron, por mi bien, me dijeron luego. Y él me repetía al oído: «No te preocupes, allá donde estés, estaré yo. Nunca te dejaré. Allá donde estés, estaré yo».

Amédée apretó las manos contra sus muslos. Adamsberg respiró profundamente, levantó la cabeza, dejó volar la mirada hacia las altas enramadas. Quedaba por hacer lo más difícil.

—Pero desapareció —continuó Amédée con voz alterada—. Es normal, ¿cómo podría haberme encontrado? Pero eso solo lo entendí más tarde. Durante años, cada noche, lo esperaba, escudriñaba el parque. Pero no vino.

—Sí —dijo Adamsberg—. Vino.

Amédée se echó hacia atrás, contra el respaldo de la silla, con las manos en la frente, como un animal injustamente golpeado.

—Cumplió su palabra —prosiguió Adamsberg, mientras Victor abría los dedos y apretaba los labios—. ¿De verdad no lo ha reconocido? —preguntó inclinándose hacia Amédée—. Él —dijo, y señaló a Victor con un ligero movimiento de los dedos—. Victor, llamado Victor Masfauré.

Amédée giró la cabeza hacia el secretario de su padre con lentitud extrema, como un hombre helado que ya no sabe muy bien cómo usar su cuerpo.

—Cuando los separaron, él era un canijo de quince años, desgarrado y feúcho, y diez años después se encontró usted con un hombre hecho y derecho, barbudo, musculoso. Pero ¿y su pelo, Amédée? ¿Y su sonrisa?

—Feúcho sigo siéndolo —dijo Victor con cierta ligereza, rompiendo intencionadamente la solemnidad del momento.

—Voy a dar un paseo con mis colegas. Los dejo un rato.

A lo lejos, en cuclillas en la hierba, Adamsberg los veía cogerse las manos, quitarse la palabra, apoyar Amédée la frente en el hombro de Victor, pasar Victor una mano rápida por su pelo y, un cuarto de hora después, vio que volvía cierta calma. Los dejó otros cinco minutos e hizo una señal a sus adjuntos, sentados aparte, en un banco, porque el traje inglés de Danglard no soportaba el contacto con la tierra húmeda.

—Vigilen sus dedos —les dijo Adamsberg, tomándose su tiempo para volver a la mesa—. Cuando Victor dobla el índice, es una orden para Amédée para que no diga nada.

—¿No lo había reconocido? —preguntó de nuevo Adamsberg.

—No —dijo Amédée, con la mano todavía agarrada al brazo de Victor, la mirada

completamente cambiada.

—Pero inconscientemente, sí. Lo reconoció al instante y lo adoptó, y quiso a este simple secretario de su padre.

—Sí —reconoció Amédée.

—Lo que nos lleva a usted, Victor, y a sus secretos. ¿Cuál es su verdadero apellido?

—Ya lo sabe, Masfauré.

—No. A los niños abandonados se le atribuyen tres nombres, y el tercero sirve de apellido. ¿Cuál?

—Laurent. Los Grenier me llamaron Victor Laurent.

—Pero se hizo llamar Masfauré para llamar la atención de Henri. Entró en esta casa con un apellido falso, se incrustó en ella, y no le dijo a Amédée que era su compañero del Thost.

Fingiendo tener sueño y con una mano sobre la de Amédée, Victor se explicó con voz cansada.

—No quise causar ningún trastorno. Amédée parecía haberse restablecido, vivía bien, con melancolía, sin duda, pero vivía, y no tuve ganas de trastornar aquello. Estar aquí era suficiente para mí.

—Es hermoso y lo creo de verdad —dijo Adamsberg—. Pero volver así, sin decirle nada, rodearlo de mentiras durante estos doce años, ¿tiene sentido?

—El que le acabo de decir.

—No —intervino Veyrenc.

—No —dijo Adamsberg—. Amédée lo habría acogido como el dios del Thost. No era ante él ante quien quería usted disimular su origen.

—Sí —insistió Victor con la expresión endurecida, la frente hosca y estrecha bajo sus rubios bucles.

—No. No se escondía de él, sino de ella.

—¿Ella, quién? —Intentó Victor, con ademán soberbio.

—Marie-Adélaïde Pouillard, señora de Masfauré.

—No entiendo sus palabras.

—Registró usted todos los papeles de los Grenier en cuanto tuvo edad para hacerlo. Y lo supo todo antes de que se fuera Amédée.

—¡No había papeles! ¡O habrían sido destruidos! —gritó Victor—. ¡Sí, busqué, pero no encontré nada!

—¿Destruídos? ¿Cuando constituían una excelente posibilidad de chantaje? ¿Gente como los Grenier? Por supuesto que no. Usted se hizo con ellos. De otro modo, ¿cómo habría averiguado el nuevo domicilio de Amédée?

Se hizo un silencio profundo y Danglard propuso una copa de oporto. O de cualquier otra cosa. Se bamboleó sobre sus largas y blandas piernas hasta la casa, buscando a Céleste. Algo un poco fuerte, le rogó. Y, por una vez, no era para él. Todos esperaron en silencio, como si ese maná fuera a resolverlo todo, o al menos

dejarlo en suspenso.

—De acuerdo —acabó diciendo Victor, después de dos copas de oporto—. Hurgué en los papeles de los Grenier. Estaban escondidos en un hueco de la viga, detrás de la guadaña oxidada. Pero solo había dos cartas.

—Su descubrimiento tuvo lugar antes de que Amédée se fuera, ¿estamos de acuerdo?

—Sí —dijo Victor y se sirvió de nuevo una copa de oporto—. Yo tenía trece años.

—Había un centenar de cartas y no dos. Y se enteró de más cosas.

Victor volvió a doblar su índice, y esta vez para él solo. Amédée llevaba mucho rato sin entender nada. Seguía mirando fijamente a Victor con esta expresión asombrada, interrogante y casi bienaventurada que podía tener Estalère.

—Solo el apellido de su madre y su dirección —resumió Victor con sequedad—. Cuando fui mayor de edad, me fui de la granja, fui dando tumbos de trabajo en trabajo, pero en cuanto tuve moto, empecé a cruzar el bosque para ir a verlo. Hasta que encontré una manera de entrar.

—Con una nueva educación y un nombre falso.

—¿Qué hay de malo en eso? Se lo había prometido.

—Es verdad. Pero vivir aquí doce años sin decirle nada para no «trastornarlo», eso no me lo creo. Usted se calló por una razón muy distinta.

—No entiendo sus palabras —recitó de nuevo Victor.

Su voz estaba tan cansada como excitada por un principio de ebriedad, y era lo que Adamsberg esperaba al servirle de nuevo. Cuanto más se bebe, más rápido se bebe, que fue lo que hizo Victor apurando su cuarta copa en dos tragos. Amédée ya no decía nada, con la mano todavía aferrada al brazo de Victor. Para la ocasión, Danglard se mantuvo sobrio.

—Sí que las entiendes —prosiguió Adamsberg—. No había más que una sola pensión para los dos niños. Usted lo encontró.

—No, mi madre no pagó nunca.

—Eso es falso, Victor. Estaban las fechas y la letra de los sobres. La de Adélaïde Pouillard al principio. Luego la de Adélaïde Masfauré. Eran el mismo nombre y la misma letra. Era fácil de comprender.

—Todo quedó destruido —gruñó Victor.

—No las memorias. No la del cartero.

Atontado por el oporto que Adamsberg le servía generosamente, Victor el bravo relajó los dedos.

—De acuerdo —dijo simplemente.

—Más que compañeros de infortunio —dijo Adamsberg lo más bajo posible—, sois hermanos.

Adamsberg dejó de nuevo la mesa y se adentró esta vez en el bosque, donde

Marc, el jabalí, lo detuvo en seco y le presentó su testuz. A lo lejos, sus adjuntos habían vuelto a sus posiciones en el banco limpio. Adamsberg se sentó sobre un tapiz de hojarasca. Acostado a su lado, Marc le dejaba rascarle su hocico de patito, resguardado de las emociones que se desparramaban alrededor de la mesa. Adamsberg había heredado de su madre una prudencia excesiva en lo referente a la expresión de los sentimientos que, según ella decía, se desgastan como el jabón y degeneran en estampida si hablamos demasiado de ellos. Levantó la cabeza — también Marc— al ver a Veyrenc de pie delante de ellos.

—Han pasado veinticinco minutos —dijo—. Si esperamos que las emociones de los dos hermanos se hayan reabsorbido, más o menos, nos quedaremos aquí dos años, lo sabes.

—Me parecería muy bien.

Adamsberg se levantó, se frotó someramente el pantalón, le rascó una vez más el hocico a Marc y volvió a la mesa de las revelaciones y confesiones. Ahora la partida iba a estar muy reñida; decidió ir deprisa. Habló sin sentarse, pisando la hierba, con rostros siguiendo sus idas y venidas.

—Victor reaparece hace doce años, subrepticamente, bajo un apellido falso, como una sombra. ¿Por qué? Porque no quiere que, en ningún caso, se sepa que Adélaïde Masfauré es su madre. Comportamiento completamente anómalo. Pero muy lógico desde una única perspectiva: si tiene la intención de matarla.

—¿Qué? —aulló Victor.

—Ya hablarás más tarde, Victor —ordenó Adamsberg—. Déjame decir las cosas. Y decir lo peor. Esa intención, Victor la lleva dentro desde hacía mucho tiempo, desde que era un niño en la granja del Thost. Más todavía cuando la ve llegar, a su madre, que lo ignora olímpicamente. Cuando la ve llevarse al pequeño, y dejarlo a él. Cada día, cada noche revive su odio, su desamparo y su plan. Ella pagará. A los veinticinco años, lo vemos anónimamente instalado con los Masfauré. Acecha la ocasión. Que no se sepa que ella es su madre es una condición de vital importancia. Pero ella lo sabrá, justo antes de que la ataque. En Islandia. Él apoya con entusiasmo la idea de ir a la roca tibia. En ese aislamiento, todo es posible. Un agujero en el hielo o llevarla aparte en el islote; el suelo es resbaladizo, una caída, su cabeza se estrella contra una piedra, hay que pedir socorro, demasiado tarde, ha muerto. Se jura a sí mismo que no volverá viva de la isla. Pero la bruma los envuelve y el llamado «legionario» es apuñalado por un tipo violento. Aceptemos, de momento, que no lo hizo Victor. Pero aprovecha la oportunidad. Durante la noche, con el cuchillo del hombre, apunta al corazón y mata a su madre dormida. Segundo asesinato inmediatamente atribuido al tipo violento. Venganza cumplida. Pero, diez años más tarde, peligro, Amédée recibe una carta de Alice Gauthier y se la enseña. Al día siguiente de la visita de Amédée, Alice Gauthier muere desangrada en su bañera. Y

¿por qué dibujar este signo?

—¡No conozco ese signo! —dijo Victor con rabia.

—Más tarde —dijo Adamsberg, llenándole otra copa—. Segundo peligro: se presenta la policía para interrogar a Amédée sobre su conversación con Alice Gauthier. Él dice la verdad: Adélaïde Masfauré fue asesinada en la isla. Pero en lo relativo a los actos del «hombre inmundo», solo tenemos los testimonios de Victor y Amédée. ¿Por qué ese hombre habría matado a Adélaïde? Respecto al primer crimen, cabe imaginar un altercado de machos aterrados. Pero ¿y ella? En la estela del primer asesinato, el marido habría podido aprovechar la ocasión para eliminar a su mujer. ¿O su devoto secretario Victor? Alice Gauthier pudo hacer a Amédée partícipe de sus dudas. Victor corre el riesgo de ser objeto de sospechas, habida cuenta de que Masfauré acaba de morir. La pasma va a rondarlo y no lo dejarán ni a sol ni a sombra. Victor impone, pues, a Amédée una versión de los hechos. Es lo que motiva la huida a caballo, concertar un relato común: Adélaïde agredida, el tipo cayendo sobre las llamas (un detalle que suena a verdad, pero a mentira cuando se insiste en él), la humillación del hombre, la cuchillada delante de todos. «Si no, Amédée», le asesta Victor, «sospecharán de tu padre. ¿Qué pensará la pasma? ¿Que después de haber asesinado a su mujer y a Gauthier, acaba por suicidarse? ¿Es esto lo que queremos?». Amédée, obediente siempre a las consignas de Victor, Victor el Sol, pero también convencido de la culpabilidad de su padre, obedece. He terminado.

Con los brazos cruzados y las mejillas enrojecidas por el alcohol, Victor se sirvió otra copa —Adamsberg ya no llevaba la cuenta— y se aplicó en hablar con calma, con la espalda tan tiesa como la de Robespierre. La actitud de un hombre ebrio y en estado de *shock*, que se esfuerza por mantener el equilibrio.

—No, comisario. Sucedió como Amédée y yo hemos contado. Si no, ¿por qué nos habría amenazado el asesino? ¿Por qué todos habrían guardado silencio, desde hace diez años, si yo fuera el asesino?

—Ese es el problema. El silencio.

—Pero, comisario, su hipótesis se sostiene —dijo valientemente Victor—, lo reconozco.

Se levantó, tambaleante y barrió violentamente los vasos de un manotazo. Se apoderó de la botella de oporto y dio unos tragos a morro. Acto seguido, se puso a aullar con las piernas separadas, la botella colgada de la mano.

—¡Y les voy a decir por qué todo esto es tan coherente! ¡Porque, sí, quería matarla! ¡Sí, siempre lo quise! ¡Sí, cuando se llevó a Amédée, sí, me juré a mí mismo que lo haría! ¡Sí, también cuando entré aquí para estar cerca de mi hermano! ¡Y sí, no dije nada, para que nadie supiera que era su puto hijo! ¡O hijo de mi puta madre! ¡Para poder matarla con total impunidad! ¡Sí, sí, Islandia era la ocasión ideal! ¡Sí apoyé la idea de la excursión a ese islote de mierda! ¡Pero, sí, aquel tío mató al legionario, me crean o no! ¡Y, sí, tuve la idea de apuñalarla aprovechando el momento! ¡Sí, lo ha reconstruido todo! ¡Solo que yo no soy el que la mató! ¡Ese

cabronazo me robó el asesinato! ¡Mi crimen!

Victor engulló otro trago y, esta vez, perdió el equilibrio y cayó sobre la hierba. Intentó incorporarse, pero renunció, sentado, con los brazos apretados alrededor de la rodillas, la cabeza metida entre las piernas. Llegaron los hipidos, los sollozos, los gritos de una desesperación que ya nada podía contener. Adamsberg levantó una mano, señal de no intervención.

—Deja, Amédée —dijo Victor entre dos hipidos—. No quiero levantarme.

—¿Una manta? ¿Quieres una manta?

—Quiero vomitar. Tráeme algo para vomitar.

—¿Qué quieres?

—Mierda de caballo.

—No, Victor.

—Te lo pido por favor. Mierda de caballo, quiero mierda de caballo.

Amédée levantó la vista, desamparado, hacia Adamsberg, que lo tranquilizó de una mirada.

—Pero cuando estuvimos a salvo, en Grímsey —prosiguió Victor con su voz fuerte y desafinada, derramando lágrimas y mocos—, comprendí que el asesino había salvado... ¿Cómo se llama eso?... Mi alma. Que yo nunca había querido hacerlo. No, no es eso en absoluto. Habría podido, iba a hacerlo, esa cosa, ese crimen. Lo que comprendí fue otra cosa.

Victor reposó su cabeza demasiado pesada en sus rodillas. Adamsberg le levantó la barbilla.

—No te duermas. Te sujeto la cabeza. Apóyala en mi puño. Continúa.

—Quiero vomitar.

—Vas a vomitar, no te preocupes. ¿Qué fue lo que entendiste?

—¿Dónde?

—Cuando estuviste a salvo en Grímsey.

—Que nunca habría podido hacerlo. Volví a ver a mi madre muerta, en las rocas y la nieve, y habría odiado haberla golpeado. Por pocas horas, si el muy hijoputa no lo hubiera hecho, ese acto atroz lo habría hecho yo. Y me habría suicidado.

—¿Eso es lo que comprendiste?

—Sí. Quiero mierda de caballo. Y si quiere acusarme, adelante, me la suda. Me la suda totalmente.

—¿Acusarte de qué? No tengo pruebas.

—Pero va a buscarlas.

—Ha prescrito, Victor.

—¡Pero búsquelas, joder! ¿A qué espera? ¡Búsquelas! ¡Si no, Amédée se preguntará siempre si apuñalé a su madre!

—¿Y cómo quieres que busquemos, si no quieres hablarnos de ese hombre?

—¡No lo conozco! ¡No sé quién es, no sé dónde está!

—Mientes otra vez, Victor. Vamos, date la vuelta ahora, y vomita. Se acabó.

¿Allí, en la hierba? ¿Al pie de la mesa? Danglard asintió. Él siempre lo había hecho pocas veces, pero con cuidado.

—Ayúdame, Amédée —dijo Adamsberg cogiendo a Victor—. Le damos la vuelta, lo ponemos de rodillas, con la cabeza hacia abajo. Le presionas el estómago y yo le doy en la espalda.

Diez minutos más tarde, después de que Amédée hubiera echado unas paletadas de tierra al suelo, Veyrenc y Danglard se llevaron a Victor al pabellón y lo dejaron encima de su cama. Adamsberg se apoyó en la pared, pensativo, con el brazo levantado y el índice extendido en una extraña posición.

—¿Qué hace usted? —le preguntó Danglard.

—¿Qué?

—Con ese dedo.

—Ah, ¿esto? Es una mosca. Había caído en un fondo de oporto. La he recogido.

—Sí, pero ¿qué está haciendo?

—Nada, Danglard. Espero a que seque.

Veyrenc se había quitado los zapatos y los tiró pesadamente al suelo.

—Ya no es necesario que te quedes aquí —dijo Adamsberg a Amédée, sentado cual sirviente en la cama de su hermano—. Dormirá como un tronco hasta mañana. Solo es una cogorza relámpago. Se ha caído dentro de la botella de oporto. Tendrá que secarse, eso es todo.

—¿Que secarse?

—Eso es —dijo Adamsberg mirando la mosca frotar sus pegajosas alas una contra otra—. Mañana por la tarde ya estará bien.

La mosca se frotaba ahora las patas delanteras. Intentó una avanzada de un centímetro sobre la uña de Adamsberg, se enjugó de nuevo y despegó.

—El metabolismo del hombre es lento —dijo.

XXXI

Estaban cenando en la Auberge du Creux, donde Mélanie había aceptado prepararles un menú especial. Danglard comprobaba con la punta del índice la textura de las patatas Darphin, como había hecho Bourlin la vez anterior.

—Es perfecta —dijo—. Me refiero a la cena. En cuanto a los acontecimientos de esta tarde, es difícil opinar.

—No se puede comprobar el valor de una investigación con la punta del dedo —comentó Veyrenc.

—Cierto.

—Y eso que resultaría práctico. Saber si está en su punto, o se ha quemado, o ha quedado reseca, estropeada, para tirarla.

—Esto no es una investigación —dijo Adamsberg—. Estamos fuera de pista, como me ha señalado Retancourt con aspereza. No tenemos nada que hacer en esta historia, y lo que sea que pasara en la isla tibia, ha prescrito, ha terminado, ya no nos concierne.

—Entonces, ¿a qué hemos venido? —preguntó Danglard.

—A saber y a liberar fantasmas.

—No es nuestro trabajo.

—Pero lo hemos hecho —dijo Veyrenc—. Si ha salido bien o no, ya es otro cantar. ¿Hemos liberado los fantasmas, Jean-Baptiste?

—Eso sí lo hemos hecho, y bien. Estos, al menos, no irán a lamentarse a la torre maldita de los desesperados. Más arduo es saber si hemos averiguado algo que sea verdad.

—¿No cree a Victor?

—Ha estado convincente —consideró Veyrenc—. Ha ido lo más lejos posible. Se ha atrevido a confesar delante de su hermano su intención de matar a la madre. Más que valentía, ha sido locura.

—El oporto vuelve loco —enunció, docto, Danglard—. Su necesidad de confesar ha sido más fulgurante que su miedo, ha hecho pedazos las barreras.

—Barreras ya muy dislocadas por el oporto —añadió Veyrenc.

—Es lo que decía. El alcohol dulce sube al cerebro con la celeridad de un acróbata en la cuerda.

—Pero a fin de cuentas —retomó Adamsberg—, un milagro ha salvado su «alma»: el asesino se le adelantó y cometió el «acto atroz» en su lugar. Con lo cual, Victor queda inmaculado como la nieve de Islandia.

—*In vino veritas* —dijo Danglard.

—No, Danglard. Nunca he creído que el alcohol diera luz a la verdad. Al dolor, sí, sin ninguna duda.

—En ese caso, ¿por qué lo hemos empujado a beber?

—Para que soltara los frenos y corriera cuesta abajo lo más lejos posible. Lo que no quiere decir que haya llegado hasta el final. Incluso atontado, incluso con las barreras hechas pedazos, el subconsciente vela por sus bienes más preciados, igual que Marc protege a Céleste. No sabremos nada más. Esperaba los resultados de ese flujo de sentimientos y de medias verdades para tomar una decisión. Le dije a Retancourt una cosa este mediodía. Está totalmente en contra.

—¿En contra de qué?

—Dice que no es asunto nuestro, eso es todo.

—Y tiene razón.

—Sí, por lo tanto no vendrá. Había pensado en ella, y en ti, Louis, para acompañarme.

Ni Veyrenc ni Danglard preguntaron dónde. Se hizo un silencio, de esos silencios densos hasta el punto de que molesta el simple ruido de los cubiertos. Veyrenc posó los suyos sobre la mesa. Captaba el recorrido de Adamsberg más rápidamente que los demás. Puede que eso se debiera a que ambos eran oriundos del mismo rincón de montaña.

—¿Cuándo nos vamos?

—El martes. Tengo tres billetes para Reikiavik, o como se pronuncie. Tres horas y media de vuelo. Después, cuarenta minutos hasta... —Adamsberg sacó la libreta de su bolsillo interior—. Hasta Akureyri —leyó lentamente—. Desde allí, un salto en avión hasta el islote de Grímsey. Enfrente del puerto, al final del espigón, la isla tibia. En esta época, el hielo estará completamente quebrado, tendremos que encontrar un pescador que nos lleve. No será fácil, con la superstición que pesa sobre el islote. O que acepte alquilarnos su bote.

—¿Para encontrar qué? —dijo Danglard—. ¿Roca? ¿Jirones de nieve? ¿O quiere tumbarse sobre la piedra tibia para vivir eternamente?

—No, la piedra no.

—Entonces, ¿para encontrar qué?

—¿Cómo quiere que lo sepa, Danglard, si no lo he buscado aún?

Danglard soltó, a su vez, los cubiertos.

—Usted lo ha dicho. No es un caso y no es asunto nuestro.

—Lo he dicho.

—Y se arriesga a que lo destituyan.

—Retancourt ya me lo ha advertido. Casi me ha amenazado con decírselo al divisionario.

—Retancourt no es una chivata —dijo Veyrenc.

—Pero está fuera de sí y hará cualquier cosa para impedir que vaya.

—Es la razón personificada —dijo Danglard con mucha firmeza.

—¿Cuándo piensa ir? —preguntó Veyrenc.

—¿Vendrá?

—Sí, claro —dijo Veyrenc con su característica calma pétreo.

«Romano», había dicho Château.

—¿Cómo que «sí, claro»? —exclamó Danglard, viéndose bruscamente aislado frente a sus dos colegas.

—Él se va, yo también —dijo Veyrenc—. A mí también me interesa. Estoy de acuerdo con Jean-Baptiste: Victor no ha concluido su camino. Miente, y muy bien. Es casi imperceptible.

—Entonces, ¿cómo puede percibirlo?

—Mirando la cara de Amédée. Algo pasó en Islandia. Sería interesante saber qué.

—¡Interesante! ¡Pero si todo es interesante! —Se encendió esta vez Danglard—. Me gustaría visitar todas las iglesias románicas del país, sería «interesante», pero ¿acaso lo hago? ¿Tengo tiempo de hacerlo alguna vez? Me gustaría ir a Londres, para ver a mi amiga, que acabará mandándome a hacer gárgaras. ¿Tengo tiempo? Con cuatro asesinatos entre manos y los que están por venir.

—No me había dicho eso, Danglard —dijo Adamsberg—. Lo de su amiga de las gafas rojas.

—¿Acaso le importa? —dijo Danglard, agresivo—. ¡Eso sí, usted, mientras tanto, se larga a Islandia ilegalmente, al margen de cualquier misión! ¿Y por qué? Porque es «interesante».

—Mucho —confirmó Adamsberg.

—Dice eso, comandante, porque nos envidia —observó Veyrenc, sonriendo, con esta sonrisa que solo seducía a las mujeres y que a Danglard le resbalaba—. Nos envidia, pero tiene demasiado miedo para acompañarnos. El viaje, el frío, la amenaza de la bruma, las lúgubres rocas volcánicas. Pero a la vez siente no poder entrar en esa pequeña posada, frente a la isla tibia, y probar allí un vaso de *brennivín*.

—¡Tonterías, Veyrenc! ¡Y sepa que conozco el *brennivín*, también conocido como «la muerte negra»! Se van sin objeto, sin lógica, sin el menor elemento racional.

—Es bastante cierto —dijo Adamsberg—. Pero ¿no era usted, Danglard, quién dijo hace poco que siempre es bueno añadir algo al molino del conocimiento?

—¿Dejándonos sobre las espaldas todo el desastre robespierrista?

—Precisamente, Danglard, es el mejor momento para irnos. El desastre robespierrista está en punto muerto y tenemos a todos nuestros peones perfectamente situados sobre el tablero. Pero nada se mueve. ¿Me entiende? No se desplaza ni un solo peón. ¿Puede recordarme quién dijo: «Los animales se mueven»?

—Aristóteles —gruñó Danglard.

—Que era un sabio antiguo, ¿no?

—Un filósofo griego.

—Lo admira, ¿no?

—Pero ¿qué demonios pinta aquí Aristóteles?

—Nos ayuda con su sabiduría. Nada se queda nunca en su sitio. Sin embargo, el tablero Robespierre permanece anormalmente inmóvil. Anormalmente, Danglard. Se

moverá una pieza, tarde o temprano. Y habrá que percibirlo. Pero es demasiado pronto. Por lo tanto, es el momento adecuado para irnos. De todos modos, no tengo elección.

—¿Por qué?

—Porque me pica.

—¿Según Lucio?

—Sí.

—¿Ha olvidado usted, comisario —preguntó Danglard—, que, en ese tablero, tenemos una jugada el lunes por la tarde, en la próxima sesión de la asamblea? ¿Que debemos localizar a los descendientes del guillotinado Desmoulins y del verdugo Sanson?

—Pero allí estaré, Danglard, como usted y los ocho agentes encargados de los seguimientos. Por eso no me voy hasta el martes.

—Habrá revuelta en la Brigada, habrá un motín.

—Es posible. Queda encargado de contenerlo.

—De ninguna manera.

—Será decisión suya, comandante. Después de todo, usted estará al mando.

Danglard se levantó al límite de la exasperación y abandonó la mesa.

—Nos esperará en el coche —dijo Veyrenc.

—Sí. Prepara el equipaje este fin de semana. Ropa de abrigo, petaca de alcohol, dinero, brújula, GPS.

—No creo que haya cobertura en la isla tibia.

—Yo tampoco. Puede que la bruma nos encierre, puede que la palmemos de frío y de hambre. ¿Sabes poner un cebo para focas?

—No.

—Yo tampoco. ¿Quién te parece que debería acompañarnos?

Veyrenc pensó un momento, haciendo girar su vaso sobre la mesa.

—Retancourt.

—Ya te lo he dicho. Está en contra. Y cuando Violette está en contra, es tan flexible como un poste de cemento. Qué se le va a hacer, iremos solos.

—Vendrá —dijo Veyrenc.

XXXII

El fin de semana no había aplacado el humor de Danglard. Iba en silencio, en el asiento trasero del coche, mientras se dirigían, el lunes por la tarde, a la sesión semanal de la Asamblea Nacional de la Convención, sesiones fusionadas de los días 11 y 16 de germinal, y detención de Danton.

Adamsberg se había pasado esos dos días preparando su mochila para Islandia. Disponía de mantas de supervivencia, de tornillos de hielo, anclas de nieve y fisureros, como buen montañero que había escalado los picos de los Pirineos, donde la temperatura podía caer hasta los diez grados bajo cero. Había consultado las previsiones meteorológicas para ese final de abril: nueve grados en Reikiavik — decididamente impronunciable—, pero cinco grados en Akureyri con viento, bancos de bruma movedizos y posibles nevadas. Había contratado a un intérprete a través de la embajada, un hombre llamado Almar Engilbjarturson. Muy bien, lo llamaríamos Almar.

El coche se rezagaba en los atascos de la estación Saint-Lazare. La ansiedad venció al mutismo de Danglard.

—Vamos a llegar tarde, nos perderemos la sesión.

—Llegaremos. Incluso tendremos tiempo de sobra para ponernos los trajes.

La perspectiva de llevar su traje violeta y de lucir su chorrera de fino encaje relajó algo al comandante.

—Por cierto, Danglard. No me ha aclarado lo de la «tan dolorosa muerte de Robespierre».

Contaba, naturalmente, con que la historia fuera más larga de lo esperado. A pesar de su decisión de seguir en silencio, Danglard no pudo resistirse a la pregunta.

—Fue arrestado el nueve de termidor —comenzó a regañadientes—, hacia las cuatro de la tarde. Con su hermano Augustin, el arcángel Saint-Just y muchos otros. Después de haber sido llevado de un sitio a otro, después del fracaso de la insurrección parisina..., le resumo los hechos...

—Por supuesto, Danglard.

—... Robespierre está en el Hôtel de Ville. Hacia las dos de la madrugada, una columna armada fuerza las puertas; su hermano Augustin se tira por la ventana y se rompe una pierna. Lanzan a Couthon, el parálítico, por la escalera, y en cuanto a Robespierre, hay dos hipótesis: la más probable es que se pegara un tiro en la boca, con lo que solo consiguió perder la mandíbula. La otra es que un gendarme apellidado Merda (algo así no se inventa) le disparara. Robespierre está tumbado, terriblemente herido, con la mandíbula colgándole bajo el rostro. Lo conducen a las

Tullerías, donde dos cirujanos se afanan a su alrededor. Uno de ellos le hurga en la boca para extraer las partes trituradas y le saca dos muelas, fragmentos de huesos; no hay nada que se pueda hacer, nada más que vendar al hombre para sujetarle la mandíbula. Y solo al día siguiente, hacia las cinco de la tarde, los llevaron a la guillotina. Y cuando le llegó el turno a Robespierre, el verdugo Henri, el hijo de nuestro Charles Henri Sanson, le arrancó violentamente la venda. Toda la mandíbula inferior se desprendió, un chorro de sangre salió de su boca y Robespierre lanzó un grito terrible. Un testigo escribió: «Lo que se atisbaba de sus rasgos estaba horrorosamente desfigurado. Una palidez lívida remataba su aspecto espantoso». Añade luego que, cuando el verdugo mostró la cabeza al pueblo, «no ofreció más que un objeto monstruoso y repugnante».

—¿Estaba el verdugo obligado a arrancar la venda?

—No, no impedía en nada el paso de la cuchilla.

—¿Tenemos retratos de los Sanson?

—Al menos uno, del padre, Charles Henri. Hombre gordo, cabeza gorda, ojos caídos bajo cejas severas, nariz muy larga, prominente, boca gruesa, colgante.

—Se dice que le gustaba diseccionar a sus decapitados —añadió Veyrenc—. Será encantador conocer a su descendiente esta tarde.

Lebrun los acogió en el vestuario, casi con los brazos abiertos, con peluca gris y el cuello rodeado de un borboteo de encaje que emergía de su traje rojo oscuro. Estaba sentado, bastón en mano, en un asiento Luis XVI sujeto a una caja con dos grandes ruedas de madera. Parálítico.

—Ciudadano Couthon, buenas noches —le dijo Danglard, a quien el placer de verse de nuevo proyectado a 1794 le había devuelto la serenidad, o le había hecho olvidar la realidad en apenas unos minutos.

—No me parezco del todo a él, ¿verdad? —dijo Lebrun, divertido también—. Vamos, ciudadano Danglard, dime, ¿tengo un aspecto suficientemente audaz para ser Couthon, la «segunda alma» de Robespierre?

—No lo suficiente —reconoció Danglard—. Pero nos las arreglaremos.

—Pónganse sus trajes y dejen sus teléfonos, ahora ya conocen nuestras costumbres. Les he reservado los mismos trajes que la semana pasada, para que sus personajes los envuelvan.

Los tres policías reaparecieron de negro, violeta y azul oscuro. Veyrenc se frotaba las medias blancas para que estuvieran impolutas.

—¿No será que estás entrando en el juego, ciudadano Veyrenc? —preguntó Lebrun-Couthon.

—¿Y por qué no? —dijo Veyrenc enderezándose la peluca delante del espejo.

—¿Quién es presidente esta noche? —preguntó Danglard.

—Tallien.

—No es lo que se dice un gracioso —dijo Veyrenc.

—Desde luego que no, ciudadano. Esta noche, entran ustedes en las filas de la Montaña, a la izquierda, en lo alto de las gradas. Mi sillón llamaría demasiado la atención en la Llanura centrista y serían descubiertos. No olviden que Robespierre, en esta sesión, lanza su acusación contra Danton. Incluso alarmados, incluso espantados, no osan ustedes oponerse y se unen cobardemente a los aplausos. El miedo sube. Tener la osadía de atacar a Danton, ¿dónde acabará este asunto? Aun así, más vale seguir complaciendo a Robespierre. Esta es su partitura. ¿De acuerdo?

—Perfectamente —dijo Danglard, divertido al ver a Lebrun imitando las emociones de los montañeses inquietos en la asamblea.

Adamsberg empezaba a comprender que Lebrun era, en el fondo, un hombre ameno. Porque es innegable que el contingente de graciosos está principalmente formado por miedosos.

Un hombre de cara demacrada, con los ojos entornados, de párpados anormalmente largos, al estilo de las ranas, los labios secos, hizo una entrada disimulada y silenciosa.

—Casi no lo reconozco —dijo Adamsberg a Leblond—. Es asombroso.

—Ciudadano Fouché —lo saludó a su vez Danglard—. Noche de júbilo para ti, ¿no es así? Observarás en la sombra, sin decir palabra.

—No está mal, ¿verdad? —dijo Leblond inclinándose ligeramente—. Pero nadie puede imitar realmente las mejillas hundidas de Fouché ni la falsedad de su mirada de reptil.

—Sin embargo, resulta usted inquietante —dijo Adamsberg.

—«Resulta inquietante» —corrigió Danglard—. No se trata a nadie de usted durante la Revolución. Somos iguales.

—Ah, muy bien.

—No lo suficientemente inquietante —dijo Leblond-Fouché con una mueca—. Date cuenta, ciudadano comisario, de que Fouché es en realidad el hombre más terrible de la Revolución. Absolutamente cínico, hábil como el diablo, alevoso y zalamero, vigilando a todo el mundo, chaqueteando en función de los acontecimientos, es la serpiente en la hierba frente al idealista Robespierre, llevado por su loca pureza. Feroz y espantosamente sanguinario. Ha llegado, he llegado, hace poco de Lyon, donde me pareció más expeditivo masacrar a los sospechosos a cañonazos. He vuelto por orden de Robespierre, que me dijo furioso que «nada puede justificar las crueldades de las que me he hecho culpable». Así me veo, ciudadanos, esta noche en el banquillo —concluyó Leblond con una fina sonrisa satisfecha—. Finjo tenderme a los pies del Incorruptible, para hacerme perdonar mis excesos.

Esa sonrisa produjo en Adamsberg una brusca desazón.

—¿Fuiste guillotinado con Robespierre, ciudadano Fouché? —preguntó Adamsberg.

—¿Yo? —contestó Leblond acentuando su pérfida mirada—. ¿Yo, a quien nadie

puede alcanzar? Obraba, por el contrario, para organizar su caída, visitando de noche a los diputados, haciéndoles creer que estaban en la siguiente lista de guillotinos. Lo cual era falso, pero resultaba muy eficaz. Barreré del mapa a Robespierre, morirá dentro de cuatro meses. Ahora, ciudadanos, debo entrar en escena.

—Está muy bien —apreció Lebrun observando a su amigo mientras este desaparecía.

—Llega casi a provocar malestar —dijo Adamsberg.

—Es que Fouché es malestar —dijo Lebrun, acompañando sus palabras con un golpe de bastón en el suelo—. Ciudadano teniente, ten la amabilidad de empujar mi sillón. Tenemos que entrar.

Adamsberg dejó a los tres hombres adelantarse e hizo una llamada rápida a la Brigada antes de dejar su móvil.

—¿Kernorkian? Manda a dos hombres más esta noche, me gustaría que se vigilara más de cerca al tesorero Leblond.

—Imposible, comisario. Él y Lebrun desaparecen como por arte de magia después de acompañar a Robespierre.

—A eso me refiero. Exploren la red de sótanos, de tejados, de patios. Averigüen si puede escabullirse por otra calle.

Había gente esa noche para asistir a la sesión de los días 11 y 16 de germinal. La muchedumbre de los diputados se apresuraba, vestida de negro o con chaquetas de colores espejeantes, buscando cada cual su sitio en la sala fresca y mal iluminada. Lebrun se colocó cerca de Adamsberg y de sus hombres, poniendo su silla de ruedas entre dos bancos, mientras Leblond-Fouché recorría la asamblea con su mirada semiabierta, desde su puesto eminente en las alturas de la Montaña.

—Allí arriba —susurró Lebrun—, en la tribuna de la derecha, el hombre vestido de negro con un pañuelo rojo, al lado de una mujer que agita una bandera.

—¿El gordo?

—Sí, con sombrero de fieltro y el ala ladeada sobre los ojos. Es él.

—¿El descendiente de Sanson?

—¿Cómo sabe que no le estoy señalando a Desmoulins?

—Porque ese hombre hace lo posible para evocar la imagen de un verdugo.

—Interpreta un papel. Todo el mundo lo hace aquí. Ya ha visto a Leblond, hace un rato, parecía hasta peligroso.

—Cuando en realidad resuelve ecuaciones.

—En cierto modo. Sean discretos, se lo ruego —murmuró—. Couthon es muy reconocible y todos lo vigilan para imitar su actitud.

—Comprendido.

Adamsberg encendió su micro, colocado detrás de la oreja, perfectamente disimulado bajo su peluca de largos cabellos negros.

—Sansón presente —murmuró.

—Recibido.

Robespierre bajaba las gradas para subir hasta la tribuna donde el presidente Tallien acababa de llamarlo. Al igual que en la sesión anterior, se hizo un silencio hecho de veneración y de alarma. ¿Verdadero? ¿Falso? Adamsberg observaba a los participantes sin lograr saber si sus expresiones concentradas, aduladoras o crispadas, pertenecían a la interpretación actoral o a su verdad de una noche. Y entendía el gran interés del estudio llevado a cabo por Lebrun-Leblond acerca de la frontera en que se confunden lo verdadero y lo falso y se suelta la presa para ir en pos de la sombra. Y qué gran sombra la de esas jornadas enloquecidas y sangrientas. Pérdida absoluta de referencias que parecía afectar de nuevo a Danglard y Veyrenc, que absorbían boquiabiertos el arte oratorio de Robespierre y que parecían haber olvidado totalmente su misión. Un Robespierre muy intenso esa noche, en esa sesión tan difícil, donde debía convencer a los diputados de que era preciso llevar a la muerte al toro Danton, encarnación de la potencia vital revolucionaria. En un silencio de orden casi místico, la voz chirriante de Robespierre lograba, esa noche, hacerse oír hasta los bancos más alejados.

Veremos, en este día, si la Convención sabrá quebrar un supuesto ídolo podrido desde hace mucho o si este, en su caída, aplastará a la Convención y al pueblo francés.

Aplausos en las filas de la Montaña, donde, sin embargo, algunos permanecen con los puños cerrados sobre las rodillas. La Llanura duda, murmulla, se embala y se indigna. Adamsberg recuerda su papel, inicia un aplauso, imitando a sus compañeros de esa noche. A su lado, Lebrun-Couthon golpea el suelo con su bastón para acompañar y animar las adhesiones. El ambiente es crispado, afectivo, intenso y turbio, palpable en olores mezclados de polvos perfumados y de sudor, condensados por el frío. Todos saben qué acontecimiento está en juego esa noche, pero todos lo viven con ansiedad, como si no conocieran de antemano el desenlace. El mismo Adamsberg, desde los confines de su ignorancia, se pregunta cómo tiene ese Robespierre débil y rígido, como un tablón sin vida, la osadía de atacar a Danton, a quien la energía dilata en todas las direcciones.

¿En qué es superior a sus conciudadanos? ¿Será por que algunos individuos engañados se han agrupado a su alrededor?...

Adamsberg vio a Danglard tensarse en su traje violeta, conocía los textos celebres, acompañaba el crescendo. Al menos, así, Islandia se le había ido por completo de la cabeza. El mero hecho de pensar en su propia marcha al día siguiente le pareció, en esa sala, incongruente, desplazado, casi trivial. ¿Por qué Islandia? ¿Dónde está Islandia?

—Atento —le murmuró Lebrun—, escuche bien la próxima frase.

Robespierre hizo una corta pausa, llevó los dedos a su chorrera.

Digo que cualquiera que tiemble en este momento es culpable; pues la inocencia nunca teme la vigilancia pública.

—Espantoso —susurró Adamsberg.

—La más terrible de todas, en mi opinión.

Robespierre proseguía, cuidando la dicción de sus interminables frases, posando la mirada vacía sobre uno u otro asistente, juzgando los menores estremecimientos de la asamblea, quitándose y ajustándose las gafas con un gesto siempre delicado, pero engolando su voz endeble, exaltándose de manera calculada, sin que ese aumento de la fuerza llevara el menor color a sus lívidas mejillas.

—Nuestro segundo blanco está a la vista —dijo Lebrun—. Tribuna de la derecha, penúltimo asiento. Entre dos hombres de marrón. Pelo largo y castaño, boca de mujer, chaqueta gris.

Adamsberg alertó a Danglard, concentrado en el orador, puesto que era él quien debía coordinar la acción relativa al descendiente de Desmoulins. El comandante tardó unos diez segundos en reaccionar. Incómodo, encendió su micrófono.

—Descendiente Desmoulins a la vista.

—Recibido, comandante.

Mi vida pertenece a la patria, mi corazón está exento de temor y, si yo muriese, sería sin reproche y sin ignominia.

La asamblea se levantó entera y aplaudió de manera febril y desigual. De nuevo, el bastón de Couthon rebotaba en el suelo, acompasando el entusiasmo.

—Pausa —explicó Lebrun—. Como ya dije, se hace un descanso antes de abordar el dieciséis de germinal.

Los centenares de miembros se reagruparon en la sala del bufé, sin que por ello los alimentos y las bebidas hicieran que la atmósfera se pareciera a la de una velada festiva del siglo XXI. No, todos estaban impregnados hasta la médula en sus papeles, entre el frío y las velas. Tanto los retazos de conversación como los gestos

intercambiados seguían ajustándose a la época pasada.

—Sorprendente, ¿no? —dijo Lebrun, acercándose a Adamsberg en su silla empujada por un Fouché cauteloso, al servicio del temible Couthon para hacerse perdonar las masacres de Lyon—. Incluso Leblond-Fouché, como puede ver, sigue interpretando su papel de traidor a todas las causas salvo la suya. Acabará como ministro bajo Napoleón, de la policía, claro está, y lo harán duque.

—Qué menos, teniendo en cuenta todo lo que he hecho por la patria —dijo agriamente Leblond.

—Sanson se mueve —advirtió de pronto Adamsberg.

—Desmoulins lo sigue a ocho metros —dijo Danglard.

—Se dirigen hacia la salida sur —dijo Lebrun—. Dense prisa.

Voisenet, Justin, Noël y Mordent se pusieron en posición. El receptor chisporroteó cuatro minutos más tarde.

—A la vista —dijo Mordent—. Salen juntos, pero cada uno se va en una dirección opuesta.

—El gordo es Sanson —dijo Adamsberg—. Voisenet y Noël, síganlo. La carita de muñeca es Desmoulins. Usted y Justin, no lo pierdan de vista.

—Sanson va en moto. Desmoulins en su coche particular.

—Anote las matrículas. En realidad —añadió Adamsberg, girándose hacia Lebrun—, estos parecen conocerse. Lo que podría agravar la situación.

Veinte minutos después, Sanson era localizado en la calle de Moulin-Vieux. Quince minutos más tarde, también lo era Desmoulins en la elegante calle Guynemer. Había que citarlos para que fueran a la Brigada a la mañana siguiente. Adamsberg sentía no estar presente para oírlos. Pero Mordent y él habían acordado que podría escuchar los interrogatorios en línea, en la medida de lo posible, desde su loca Islandia.

El rumor de revuelta crecía en la Brigada.

Pero ¿qué demonios iba a hacer allí?, se preguntó de nuevo Adamsberg.

—Islandia me parece muy lejana —le dijo a Veyrenc.

—Es que *está* muy lejos —dijo Veyrenc.

—Quiero decir, lejos en los pensamientos, lejos en el tiempo, a más de dos siglos de mí. Esta asamblea viva le vuelve a uno loco. Ahora, mientras te estoy hablando, ya no estoy seguro de saber lo que es exactamente un transporte aéreo.

—Te he entendido. Hay que reconocer que Robespierre ha estado excepcional esta noche. Para helarte la sangre.

—Menos que Fouché, ¿no?

—¿Lo has notado? Muy a gusto en su terrible papel, podría decirse.

—¿Qué demonios vamos a hacer en Islandia? Si es que existe ese país.

—¿Sembrar la semilla de la Revolución?

—Es una idea —asintió Adamsberg—. Llévate los escritos del siglo. Nos harán compañía cuando la niebla nos haya atrapado en el islote.

—Declamaremos.

—Por la Igualdad, por la Libertad. Muriéndonos de frío.

—Exactamente.

XXXIII

—Dicen que te vas al Polo Norte —le apostrofó Lucio desde su puesto.

La bombilla de la farola estaba fundida y Adamsberg no había visto a su vecino en la oscuridad.

—Al Polo Norte no, a Islandia.

—Es lo mismo.

—Pero ya no sé por qué me voy.

—Te vas para acabar de rascarte. Lo que fuera que te picó en el Creux. No le des más vueltas.

—Pero algo va mal, Lucio —dijo Adamsberg alargando la mano para coger una cerveza.

—Está abierta. Así no joderás el árbol.

—Algo va mal. Abandono el caso, abandono a mis hombres, y todo para ir a una tierra de hielo a rascarme.

—No tienes elección.

—Ya ni siquiera sé dónde está Islandia, dónde está el avión. Es por las sesiones de la asamblea. Te hablé de ellas. Estoy en abril de 1794. ¿Entiendes?

—No.

—Entonces, ¿qué entiendes?

—Que te ha picado un bicharraco de cuidado.

—Estoy a tiempo de anularlo todo.

—No.

—Casi todo mi equipo está en contra. Mañana, cuando vean que me he ido de verdad, habrá un motín. No lo entienden.

—Nunca se puede entender lo que le pica a otro.

—Voy a cancelarlo —dijo Adamsberg, levantándose.

—No —repitió Lucio, agarrándole por la muñeca con su única mano, que, a fuerza de ser única, se había vuelto tan poderosa como dos manos juntas—. Si lo cancelas, la picadura se infectará. Y llorarás. Cuando las maletas están hechas, el hombre no mira atrás. ¿Quieres que te diga una cosa?

—No —dijo Adamsberg, irritado por la prepotencia que se arrogaba el viejo.

—Acábate la cerveza. De un trago.

Cansado, Adamsberg obedeció bajo la severa mirada del español.

—Y ahora —ordenó Lucio—, vete a dormir, *hombre*.

Y eso no lo había dicho nunca en su vida.

Después lo oyó aclararse la garganta y escupir en el suelo. Y eso tampoco lo había hecho Lucio en toda su vida.

XXXIV

Adamsberg se encontró con Veyrenc en el mostrador de facturación del vuelo de las 14:30 para Reikiavik. La fila no era muy larga, abril no era temporada turística. Hombres de negocios y muchas cabezas rubias, de un rubio que tiraba a blanco, islandeses que volvían a casa para las vacaciones de Semana Santa. Equipajes ligeros, islandeses apacibles, a diferencia de Adamsberg y Veyrenc, pesadamente cargados con sus mochilas, como si preparasen su defensa contra la mordedura de los hielos. Pero, en fin, ese islote no era como los demás.

Quedaba un asiento vacío, a su lado, el de Retancourt, que Veyrenc no había querido anular.

—La he visto en la fila —dijo mientras se instalaba—. Ni siquiera ha intentado reunirse con nosotros, tiene la expresión tan hermética como una ostra. Una de esas ostras, ¿sabes?, que se resisten a nuestros esfuerzos y que acabamos tirando, o aplastando a martillazos para poder con ella.

—Ya veo.

—Lo que quiere decir, por su parte: «No me preguntéis nunca, bajo ningún concepto, por qué estoy aquí».

—¿Y por qué está aquí, según tú?

—O bien porque piensa que dos tipos como nosotros no podrán sobrevivir a la expedición y se siente con el deber de protegernos contra los elementos hostiles.

—O bien porque, a pesar de todo, algo le interesa de la enigmática isla tibia.

—¿La piedra? ¿Crees que quiere sacar algún vigor de la piedra?

—Ni hablar —dijo Adamsberg—. Se haría demasiado fuerte y, al final, explotaría. Lo mejor es que ni se acerque siquiera.

—O bien porque no se solidariza con el motín, que sin embargo aprueba, para atenuar la revuelta. Sin ella, a los opositores les falta un apoyo de peso. En este momento, en la Brigada debe reinar una atmósfera de desconcierto: «¿Por qué se ha ido Retancourt con ellos a Islandia?». «¿Quién está equivocado, quién tiene razón?».

Los últimos pasajeros entraban en el avión y Retancourt avanzó hacia ellos sin mirarlos. Adamsberg levantó los reposabrazos de los asientos y se apretó contra Veyrenc para dejar más sitio a su ancha teniente, dado que el estrecho asiento estaba mal adaptado a su masa muscular. Ninguno habló durante el despegue; Retancourt estaba concentrada en una revista que no leía.

—Cielo azul límpido en Islandia, según he leído —dijo Veyrenc.

—Pero allí basta un estornudo para que cambie el tiempo —respondió Adamsberg.

—Sí.

—Ni siquiera veremos Rejkavik.

—Reikiavik.

—No consigo pronunciarlo.

—Fachadas de casas rojas, azules, blancas, rosas, amarillas —continuó Veyrenc—. Lagos y acantilados, montañas negras y nevadas.

—Debe de ser muy bello.

—Seguro.

—De todos modos, he aprendido a decir adiós y gracias —dijo Adamsberg, sacando una ficha del bolsillo de su pantalón—. «Bless» y «Takk».

—¿Y por qué no «buenos días»?

—Demasiado difícil.

—Pues con eso no llegaremos muy lejos.

—Tendremos nuestro traductor de la embajada. Nos espera a la llegada con una pancarta.

—Picaremos algo en el aeropuerto.

—Sí.

—¿Qué crees que habrá para comer?

—Pescado ahumado.

—O comida internacional.

Nada. Ni un movimiento. Los laboriosos esfuerzos de los dos hombres para intentar arrancar de su mutismo a Retancourt resultaron inútiles.

Aterrizaje, menú internacional rápidamente despachado, engullido sin una sola palabra por parte de Retancourt.

—La alegría de la huerta —murmuró Veyrenc—. Vamos a cargar con ella como una estatua durante días y días.

—Es probable.

—¿Podríamos dejarla aquí? ¿Largarnos discretamente?

—Demasiado tarde, Veyrenc.

Adamsberg consultó su móvil.

—El interrogatorio del hijo del verdugo Sanson empieza a las siete de la tarde —dijo—. Tenemos dos horas de diferencia y son casi las cinco. Vamos a conectarnos.

Algo se movió en el rostro de Retancourt. Siguió a sus dos colegas con paso más ligero hasta una mesa donde Adamsberg inició la conexión.

—Solo tendremos el sonido —dijo—. Y el volumen de este *tölva* no es muy bueno. Intentemos no hablar durante el interrogatorio.

—No creo que la teniente Retancourt nos moleste —se atrevió a decir Veyrenc

delante de su colega.

—No —replicó Adamsberg—. Violette nos acompaña como en un viacrucis. Y eso que Islandia es bella.

—Muy bella.

—Muy bella —insistió Adamsberg.

—Es un viaje precioso.

—Preciosísimo —dijo Adamsberg.

—Excepcional.

—Excepcional.

El interrogatorio del descendiente del verdugo empezó con retraso. El hombre —llamado René Levallet— estaba rodeado por Danglard, Mordent y Justin.

—¿Pueden decirme qué cojones pinto aquí?

Una voz ronca, con acento parisino barriobajero.

—Como ya le hemos señalado, está usted aquí en calidad de testigo —empezó Danglard.

—¿De testigo de qué?

—Ya llegaremos a eso. ¿Su profesión, señor Levallet?

—Trabajo en el matadero Meursin, en Yvelines.

—¿Y qué mata?

—Pues bovinos, vamos. Pero ojo, practicamos el sacrificio humano, es la ley.

—¿Es decir?

—Vamos, que primero los aturdimos con electricidad, para que no estén conscientes cuando los degollamos. No siempre funciona, las cosas como son.

—¿Es un oficio que le gusta?

—Hay que comer, ¿no? ¿Verdad que a la gente le parece bien que haya tíos que lo hagan? Les parece bien tener un filete en el plato sin preguntarse de dónde sale. Nosotros nos sacrificamos para hacerlo, y punto.

—También era necesario que alguien se sacrificara para ser verdugo.

—¿Y eso a qué viene?

—Viene a que usted descende de la ilustre familia de los verdugos Sanson.

—¿Y eso qué coño importa? —se indignó Levallet—. Pues también: alguien tenía que sacrificarse para hacer funcionar la guillotina. Vamos, hoy en día seríamos más profesionales. Antes aturdiríamos al condenado.

—Hace tiempo que la pena de muerte fue abolida, señor Levallet.

—Entonces, ¿soy testigo de qué?

—De las sesiones reconstituidas de la Asamblea Nacional durante la Revolución por la Asociación de Estudio de los Escritos de Maximilien Robespierre.

—¿Y qué pasa, que no es legal?

—Perfectamente.

—Bueno, pues entonces yo me las piro.

—Todavía no. ¿Por qué asiste usted cada lunes a esas sesiones?

—¿No hay gente que va al teatro? Pues es igual, vamos.

—¿Es su teatro?

—Si quiere decirlo así, a mí me la trae floja.

—¿Su teatro es donde se agitan los que dieron a sus antepasados, y particularmente a Charles Henri, tan siniestra reputación?

—¿Y pasa algo?

—Cuatro miembros de esa asamblea han sido asesinados.

Se oyó el ruido de las fotos de las víctimas que alguien esparció sobre la mesa.

—Ni idea —dijo Levallet.

—Tememos —continuó Mordent— que un asesino vaya eliminando a los miembros de la asociación antes de atacar más arriba: a Robespierre, o más bien al actor que interpreta a Robespierre.

—Querrá decir que se cree que es él. Ese tío está mal de la olla, ¿no?

—De modo que estamos interrogando a muchos de sus miembros —mintió Mordent—. Y necesitamos saber lo que motiva su presencia en las sesiones.

—Pues verlos, vamos. Oiga, que no soy el único descendiente que va a verlos.

—Es verdad —retomó Danglard—, parece que es usted amigo del descendiente de Camille Desmoulins.

—Ese es bueno.

Una frase de niño, anotó Adamsberg. Buenos, malos, una división del mundo.

—Pero no es amigo mío, es un conocido.

—¿Y qué hace y dice con este conocido?

—Pues nos contamos nuestras penas, vamos. Nuestras penas por culpa de ellos. Vamos, que estamos unidos.

—Y ¿cuales son las desgracias de Desmoulins?

—Primero, que no se llama así. Y no tengo por qué contarles nada. Pero no aguanta que hayan guillotinado al Camille, que era un buenazo, y a su mujer después. Porque el crío se quedó solo, con dos añitos que tenía.

—Lo sé —dijo Danglard.

—Eso no es humano, digo yo.

—No. Pero en su familia no han guillotinado a nadie. Entonces, ¿cuáles son sus penas?

—¿Es obligatorio contar las penas a la poli?

—Hoy, sí. Lo siento, señor Levallet.

—Ya, «lo siento», un cuerno. ¿Y luego podré irme?

—Sí.

—Pues mis penas son peores que las de Desmoulins, eso es lo que le digo a él. Y es por culpa de ellos, por culpa de todos los que se divierten allí abajo, con sus bonitos trajes. Vamos, que los querría ver muertos.

—¿Y matarlos?

—Pues no me hace falta. Parece que la pasma no pensáis ni de puta casualidad. Porque después de todo, cuando se acaba el teatro, están todos muertos. La cabeza que cortó Charles Henri y luego la que cortó el tío Henri. Y da gusto verlo. Que estén todos muertos, al final, y que seamos nosotros, los Sanson, los que los matamos. Ahora le toca a Danton y luego a los demás asquerosos.

—Entre los cuales está el bueno de Desmoulins.

—Eso sí, pero vamos, que tampoco era lo que se dice un angelito. Es lo que le digo a su descendiente. Mataron a muchos antes que a él, y a él no le pareció mal. Y por lo que me contó Desmoulins, se conoce que hizo una burrada de las gordas, el Camille. Resulta que Robespierre vivía con una familia donde había chavalas jóvenes. Vale. Y les tenía cariño. No en el mal sentido. Que se ocupaba de ellas, vamos, que les daba una educación. Vale. Y el Camille estaba cada dos por tres metido en esa casa. Vale. Y una noche, le da un libro a una de las chavalas, que era todavía una cría. Y el Robespierre se da cuenta enseguida de que es un libro que no tiene que ser. Con imágenes para adultos, ¿entiende lo que le quiero decir?

—¿Un libro pornográfico?

—Exacto. Entonces, el Robespierre, hecho una furia, le arranca el libro de las manos a la niña. A partir de entonces, el Camille ya dejó de caerle bien a Robespierre. Que no se andaba con chiquitas, aparte.

—Así pues —retomó Danglard tras una breve vacilación—, decía usted que ahora «le toca a Danton y luego a los demás asquerosos».

—¿Tú crees que Danglard estaba al corriente de esta anécdota? —susurró Veyrenc—. Digo lo del libro.

—Seguro que no, lo habría comentado.

—Le va a sentar mal.

—Sí.

—Eso es —contestó Levallet—. Y lo ejecutará el tío Henri. Sanson padre ya no tenía fuerzas o qué sé yo. Y pronto (solo quedan nueve sesiones) el tío le cortará el cuello a Robespierre. Y además le hará daño al arrancarle la venda. Aunque eso no me parece bien, las cosas como son. Ese día se le fue la olla, no me parece bien. Pero en aquellos tiempos no conocían el sacrificio humanitario. Yo le aseguro que, lo que son mis animales, no sufren. Y eso que, a veces, se te parte el alma de verlos.

—Comprendo —dijo Mordent que, por su tono, parecía comprender realmente.

—¿Y su pena? —insistió Danglard, casi melifluo—. ¿La que le cuenta a Desmoulins?

—No se llama así.

—Lo conocemos. Se llama Jacques Mallemort.

—Vaya broma llamarse así, ¿no?

—Seguro que no le habrá ayudado. Pero hoy hablamos de usted.

—Pero bueno, joder, ¿es que tiene uno que contar su vida?

—A veces, sí. Pero no toda. Solo sus penas que le han hecho.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Me hace llorar, a veces. Y yo no lloro delante de la poli.

Se hizo un silencio bastante largo. Retancourt había olvidado mantener inmóvil su máscara, y seguía con atención las palabras del verdugo de bovinos.

—Pues yo —dijo Justin— soy poli, y a veces lloro.

—¿Delante de tus colegas, tío?

—Alguna vez. Cuando me dejó una mujer.

—Joder con las mujeres, vamos.

—Sí —dijo Justin.

—Y ustedes, los comandantes o lo que sean, ¿lloran delante de sus hombres?

—Una vez —dijo Mordent.

—Ah. ¿Y no se lo dirán a nadie, si me pasa a mí?

—No —aseguró Danglard—. ¿Quiere un vaso de vino para ayudarlo? Tengo un blanco de 2004, de buena cosecha.

—Joder con la pasma, cómo se lo pasa. ¿No será una trampa?

—No, me tomaré uno con usted.

—¿A estas horas? ¿En pleno servicio?

—Es la hora del aperitivo. Y, como ve, el aparato está en marcha, nos están grabando. Y si le pasa a usted «eso», paro la grabación.

Un nuevo silencio.

—Fue hace seis años. No estaba tan gordo, al contrario. Incluso no estaba nada mal, pero entiendo que no se lo crean.

Se oyeron ruidos de vasos y de botellas.

—Danglard se está aprovechando —dijo de pronto Retancourt, con un esbozo de sonrisa.

—No, Violette. En este caso, creo que lo hace por ayudar.

—Su cosecha de 2004 es buenísima, por cierto —dijo Veyrenc.

—Sí —confirmó Retancourt.

—Pues sí que es verdad que es bueno su vino —dijo Levallet, como un eco de los que lo escuchaban tan lejos, desde el aeropuerto de Reikiavik.

—Voy a buscarlo yo mismo a la zona de Sancerre. No es caro, es de un pequeño

viticultor.

—¿Me dará la dirección?

—Si usted quiere...

—Porque también es verdad que le da a uno agallas. Entonces, como yo no estaba nada mal, tenía una novia desde hacía tres años. Y como estaba gorda, íbamos a casarnos.

—¿Quiere usted decir que estaba encinta?

—Sí, de cinco meses. Yo estaba contento, vamos. Y ese niño, no iba a currar en los mataderos, se lo digo yo. Porque además fue niña, de todos modos. Y entonces, una tía suya que era una bruja, vieja y beata, que nunca me había podido ver ni en pintura, vino a visitar a mi novia. Y le dijo que yo era un Sanson, y que además lo llevaba en la sangre, puesto que era matarife. Como si tuviera relación. De algo hay que vivir, ¿no? Pero es verdad que no se lo había dicho a Ariane.

—¿Por qué?

—Una mujer es algo sensible. Yo creo que a una mujer no le gustan mucho los verdugos, ni los tíos que se pasan el día matando ganado; normal, ¿no? O sea, que le decía que trabajaba en Yvelines en una zapatería al por mayor; así, no podía ir a verme al curro. Me había informado bastante sobre los zapatos y demás. Cuero, polipiel, suelas, cordones, velcros y, sobre todo, los italianos. Decía que trabajaba en el departamento de zapatillas de estar por casa. Es algo que da impresión de seguridad, las zapatillas de casa, ya me dirá usted.

—No cabe duda. Yo habría hecho lo mismo en su lugar.

—Entonces, claro, todo se vino abajo. Lo que peor le sentó fue la historia de verdugos. Ariane dijo que por culpa de mis mentiras iba a dar a luz a «la hija de un verdugo». Y que jamás viviría con un hombre que llevara «eso en la sangre».

De nuevo un silencio breve.

—Se me va a pasar, se me va a pasar —dijo el hombre a Danglard, que había parado la grabación—. Si aprietas fuerte los ojos, las lágrimas se vuelven para adentro. Le supliqué, le dije todo lo que se puede decir, pero se fue. Su cara, cuando me miraba, se había vuelto de asco. Se fue, lo más lejos posible, con la familia que tenía en Polonia, para que yo no pudiera ver a mi hija nunca.

Silencio.

—Está apretando los ojos —dijo Adamsberg.

—A partir de entonces, empecé a engordar como un buey, se me cayó el pelo. Vamos, que estaba fatal. A su tía la habría matado, pero tuvo un accidente de coche, que se joda. Y los que hicieron que los Sanson fueran conocidos, fueron los revolucionarios de París, ¿verdad?

Danglard había reanudado la grabación.

—Porque los apellidos de los demás verdugos de provincias no se conocen, ¿a que no? Los habría matado, a esos tíos. De todos modos, quería matar a todo el mundo. Fue un médico, un cardiólogo (porque a mí el corazón me daba botes todo el rato), el que me habló de esa cosa donde se veía la Revolución viva y que, al final, moría todo quisqui, y que me vendría bien verlo. Y ese teatro es verdad que me sentó bien. Cuando llegue el mes de julio, dejaré de ir y me pondré a régimen. Por si encuentro otra mujer, que dice Desmoulins. Y eso, ni se me había pasado por la cabeza.

La llamada para el embarque con destino a Akureyri resonó en el aeropuerto, en islandés y en inglés. Recogieron sus mochilas y Veyrenc los guio hacia la puerta correcta.

—No es él —dijo Adamsberg.

—Creo que no —dijo Veyrenc.

Esperaban la opinión de Retancourt sin saber si, después de esta pausa, iba a volver a la vida o a recobrar su función de estatua.

—Un pobre hombre —dijo por fin—. Inofensivo.

—¿A qué hora aterrizamos? —preguntó Veyrenc.

—A las 19:50, hora local.

Adamsberg sacó su móvil del bolsillo trasero.

—Es Danglard. Nos pregunta, un poco seco, lo que nos ha parecido el interrogatorio.

«Un pobre hombre, no es peligroso; suéltelo», escribió Adamsberg.

«Hecho», respondió escuetamente Danglard.

«¿Cuándo será el interrogatorio de Desmoulins?».

«Desmoulins. Mañana a las diez. Las ocho en su puta isla».

Durante el corto vuelo hacia Akureyri, Adamsberg dejó vagar sus pensamientos por la triste suerte del descendiente de Sanson y por su extraño viaje al interior de la Asamblea Nacional. Lebrun había dicho que se practicaban muchos tipos de medicinas entre sus miembros. Era posible que Levallet hubiera acabado contándole su historia. El secretario sabía escuchar con atención y propiciaba la comunicación. Puede que lo hubiera ayudado con sus competencias.

El intérprete islandés los esperaba armado de un cartel que sacudía en todas las direcciones. Bajito, ventrudo y negro de pelo, contrariamente a la idea que tenía Adamsberg, era bastante mayor —alrededor de sesenta años— y se mostraba agitado.

Pero alegremente agitado. Tenía el aspecto de alguien que espera con impaciencia a unos amigos queridos, y los saludó con voz fuerte y acento marcado.

—Lo llamaremos Almar, si le parece bien —dijo Adamsberg al estrecharle la mano—. No puedo pronunciar su nombre.

—Sin problema —dijo Almar, levantando sus pequeños brazos—. Aquí no tenemos apellidos. Somos «hijo de» o «hija de». ¿Lo pillas?

Veyrenc pensó que, sin duda, Almar había aprendido francés en algún ambiente en que se hablaba con desparpajo, lo que explicaría que Adamsberg hubiera podido reclutarlo tan tarde y con facilidad. A Almar seguramente no lo elegían con frecuencia para traducir conferencias políticas o universitarias.

—Yo, por ejemplo: mi hijo se llama Almarson. Almar-son, hijo de Almar, ¿lo ve? Práctico y *chupao*. ¿Adónde vamos? No les aconsejo la ciudad, es fea. Bueno, para nosotros, los que no somos de aquí. Yo soy de Kirkjubaejarklaustur, así que ya ve.

—En absoluto.

—¿No habían venido nunca?

—No, estamos aquí para una investigación policial.

—Es lo que me han dicho y me mola cantidad, será divertido.

—No necesariamente —dijo Retancourt.

Y el hombrecillo pareció descubrir de repente, por encima de él, a la imponente teniente. Pasó un buen rato, algo excesivo, escrutándola, mientras los pensamientos de Adamsberg volaban hacia el descendiente de Desmoulins. Caray, sí que es mala suerte apellidarse Mallemort, teniendo en cuenta el destino de sus antepasados, de ese niño que había quedado huérfano tras la mala muerte de sus padres. ¿Iba él también allí como terapia, para ver morir a los responsables? ¿O para vengar esa mala muerte?

—¿Dónde quieren cenar?

Adamsberg explicó que debían levantarse pronto, ya que tenían que oír un interrogatorio a las ocho de la mañana, y que su vuelo para Grímsey despegaba a las once.

—¿Siguen los interrogatorios desde aquí? Qué gracia —aprobó Almar—. Entonces los llevo a un hotelito al sur de la ciudad, cerca del aeropuerto. Así nos dejamos de follones. El restaurante tiene su aquel, la comida es buena... ¿Les gusta el pescado? Eso sí, las habitaciones no son de superlujo. ¿Les va bien igual?

Les iba bien.

—Abríguense antes de salir. No es que haga una rasca que pela, pero un poco sí, ¿sabe? Aquí, por la noche, estamos a tres bajo cero. Bajada térmica de veinte grados respecto a Francia, nada dramático. El frío de Islandia es un frío que revitaliza, ya lo verán. Y no se puede decir lo mismo de cualquier frío.

—Por supuesto —dijo Adamsberg.

Se pusieron jerséis y anoraks, y Almar los condujo hasta un pequeño hotel de

fachada roja, en el suburbio sur de Akureyri. Jirones de nieve cubrían aún los tejados de alrededor.

—Al menos habremos visto una casa roja —comentó Veyrenc.

—Era la finalidad del viaje, ¿no? —dijo Retancourt.

—Así es, teniente —confirmó Adamsberg.

—Se llama el Hotel del Oso —explicó Almar enseñando el letrero que parpadeaba en rosa—. Ya me contarás, hace la tira que no se ve un oso en Islandia. Y con el deshielo de la banquisa, a ver cómo hacen para plantarse aquí.

—¿Por qué está todo pintado de colores?

—Es que Islandia es toda en blanco y negro, ¿lo ve? Roca volcánica y nieve y hielo. Así que le quedan bien los colores. El negro pega con todo, es lo que dicen los franceses. Pero esperen a ver el azul del cielo. Nunca habrán visto un azul igual, nunca.

—En esta época del año, ¿dura mucho el día? —preguntó Retancourt.

—Como en su país. Eso no quiere decir que veamos mucho el sol; llueve bastante, hay que reconocerlo.

Almar los ayudó a instalarse en sus habitaciones —muy frescas—, encargó la cena y organizó el desayuno. No se quedaba con ellos esa noche, aprovechaba que estaba en Akureyri para quedar con amigos a quienes no veía desde hacía siete años.

—Va a ser divertido —dijo—. Les he pedido cerveza, que no les cuelen ningún vino, les costaría lo mismo que el viaje. Nos vemos mañana a las diez, abajo. Más que suficiente para llegar al cacharro. En esta época no hay turistas que vengan a pisar el círculo ártico. ¿A quién van a interrogar en la isla de Grímsey? Porque allí solo hay un centenar de habitantes.

—A nadie —dijo Adamsberg—. Solo vamos a una roca que hay enfrente, con una estela tibia.

De pronto Almar perdió su entusiasmo.

—¿La isla del Zorro? —preguntó.

—Sí, tiene esa forma, creo, con dos orejas puntiagudas.

—Menos bromas —opinó Almar, sacudiendo la cabeza—. Sabrán al menos que, hace diez años, un grupo de cretinos se perdió allí. Dos de ellos palmaron, muertos de frío.

—Por eso mismo vamos —dijo Veyrenc—. Es el caso que investigamos.

—No hay nada en esa tierra —insistió Almar—. ¿Qué piensan encontrar después de tanto tiempo? ¿Indicios? No vayan a creerse esa película. Han pasado por allí cientos de tempestades, vientos polares, nevadas, hielos. No queda nada en la isla del Zorro.

—Aun así debemos verla —dijo Adamsberg—. Tenemos órdenes.

—Pues, sin ánimo de ofender a sus jefes, son órdenes de imbécil. Peor todavía, no encontrarán a nadie que los lleve hasta allí. Creen que en la isla vive una criatura.

—¿Quiénes?

—Quienes se lo creen a pies juntillas y quienes no se lo creen, pero prefieren no tentar al diablo. Ustedes, los franceses, llevan el diablo en el cuerpo. Es lo que se dice por aquí. Un francés se embala por cualquier cosa. Aquí no vivimos así.

—Entonces, alquilaremos un barco e iremos por nuestros propios medios. Solo está a un tiro de piedra del puerto.

—Aquí, comisario, un tiro de piedra puede ser una eternidad. El cielo puede cambiar en un sonarse los mocos. Llamen a sus jefes, no vayan.

—Pero usted, Almar, sabrá que estamos allí. Si ve que no volvemos, alertará al servicio de socorro.

—¿Servicio de socorro? —dijo Almar, calentándose y agitando cada vez más los brazos—. ¿Y si cae la niebla? ¿Cómo quiere que los encuentre el helicóptero? ¿Cómo va a posarse si no ve el suelo? *Skit* —dijo, yéndose bruscamente.

—Creo que ha dicho «mierda» —dijo Veyrenc mientras veía cómo se alejaba su traductor sin dejar de hacer aspavientos.

—Creo que está justificado —opinó Retancourt.

El dueño del hotel —este, en cambio, muy rubio, de rostro severo y esculpido para resistir bajo cualquier intemperie— les trajo los entrantes sin decir palabra, finas lonchas de arenque salado sobre pan de centeno y después un guiso de cordero ahumado —según identificó Veyrenc— con verduras.

—Parece chucrut —dijo Adamsberg al probarlo.

—Sí, pero es rojo.

—Entonces es chucrut rojo. Les gustan los colores.

—¿Han oído a Almar? —preguntó Retancourt, que comía el doble de rápido que ellos.

—Alquilaremos un barco.

—No alquilaremos nada, no iremos a ninguna parte. Él conoce la zona. Diez años de tempestades lo habrán limpiado todo. ¿Qué esperan? ¿Encontrar el cuchillo con las huellas? ¿Una notita metida entre dos piedras, con una confesión?

—Quiero mirar, Retancourt. Ver si todo es conforme a lo que contó Victor. Ver si hicieron fuego. Eso, incluso diez años después, habrá dejado huellas sobre la roca. Ver si arrancaron los paneles de madera del viejo secadero de pescado. Darme cuenta, imaginar. Ver si la estela tibia existe o si se la inventaron para que no nos acercáramos a nada.

Retancourt alzó sus macizos hombros y enrolló con los dedos las mechas rubias que se le ensortijaban en la nuca, su toque natural de refinamiento.

—El cordero estaba que se deshacía en la boca —dijo Veyrenc, intentando una maniobra de distracción—. ¿Les sirvo un poco más?

—Quédese en el puerto, Retancourt —dijo Adamsberg—, no impongo nada.

—Ha descarrilado usted, comisario. Y todo esto, ¿para qué?

—Porque me pica, eso dijo Lucio. Esta noche, Violette, contemple desde su ventana las luces de la ciudad engastada entre montañas y el brillo de los hielos. Es bello. Es relajante.

—Era el objetivo del viaje, ¿no? —dijo Retancourt.

XXXV

El dueño les había servido un desayuno del cual, aparentemente, era impensable saltarse cualquiera de las etapas, con café a voluntad, leche agria, paté, jamón, queso y galletas de centeno. Volvieron a la habitación de Veyrenc, un poco pesados, con otra taza de café en la mano. Era la única habitación que disponía de una mesita y donde Adamsberg encontró cobertura. Mientras esperaban la llegada del descendiente de Desmoulins, Adamsberg abrió las ventanas y paseó la mirada por las montañas negras y blancas. Almar había dicho la verdad, el azul del cielo era de una materia excepcional que confería a los relieves una precisión tal que parecían vibrar.

—Ya empieza —gruñó Retancourt—. Danglard al mando.

—Tiempo perfecto —dijo Adamsberg mientras cerraba la ventana.

De nuevo, las cuatro fotos de los muertos cayeron sobre la mesa.

—Sí, el rumor de estos asesinatos corre por la sala del bufé —admitió el descendiente de Desmoulins—. No, no sé quiénes son estas personas.

La voz de Jacques Mallemort era apacible y segura, sin irritación alguna.

—Aunque este de aquí me suena.

—Era un ocasional que se volvió participante. Angelino Gonzalez.

—Ah, se dejó encandilar, ¿no?

—Aquí se lo ve caracterizado —dijo Danglard.

—Bonito dibujo —apreció Mallemort—. Sí, ahora ya lo sitúo. Nos representó un Hébert increíble, blasfemaba como un carretero. Y la expresión escandalizada de Robespierre en respuesta, muy convincente.

—¿Ninguna información sobre él?

—No hemos hablado nunca. Allí, hablamos poco de nosotros mismos. No estamos allí para eso.

—Lo que intentamos averiguar es el porqué de su presencia en esa asamblea.

Se oyó el particular crujido del respaldo de la silla, que todos conocían bien, en medio de los leves sonidos rituales de la Brigada, incluido el ruido del gato saltando al suelo desde lo alto de la fotocopidora, cuando el deseo de rebuscar en la papelería vencía a su pereza. Mallemort-Desmoulins se inclinaba, pues, hacia atrás.

—Ya veo —dijo—, investigación criminal. Alguien ataca a los miembros de la asamblea. Y yo, descendiente de Desmoulins (no sé cómo lo habrán descubierto), puedo ser un estupendo sospechoso. Corroído más de dos siglos después por la ejecución atroz de mis ancestros, vengo el honor del dulce Camille matando a esa gente. ¿Sabe cuántos somos? Casi setecientos. Sería un programa monstruoso, más valdría bloquear las salidas y prender una formidable hoguera, ¿no?

Voz pausada, sin la menor traza de inquietud. El hombre parecía reflexionar en voz alta más que defenderse de algo.

—Sería más probable —prosiguió Desmoulins, examinando la situación desde el punto de vista de los policías— que el hombre que está en el punto de mira fuera Robespierre. Digo Robespierre porque el que lo encarna es espectacular. Rayano en lo inquietante. Pero antes, el asesino podría tratar de socavarlo con otros asesinatos, espantarlo, mostrándole cómo se le va aproximando la muerte. Supongo que han logrado ustedes encontrarlo, al actor.

—Sí —dijo Danglard, reticente.

—Está más incómodo con él que con Sanson —susurró Adamsberg—. No sabe muy bien cómo interpretar ese rostro ligero y esa boca de chica.

—Y ¿tiene miedo Robespierre? —preguntó Mallemort.

—Yo diría que no. Se preocupa sobre todo por sus miembros. ¿Mi pregunta, señor Mallemort?

—No la he olvidado. —Y se oyó una sonrisa en la entonación—. He llegado al segundo ciclo en la asamblea. Cuatro años, ya.

—Así pues, ¿asiste a todas estas sesiones por segunda vez?

—Así es. Pero mis motivaciones, curiosamente, han ido cambiando con el tiempo. De tal manera que tengo dos respuestas a su «por qué».

—Entonces hay dos «por qué».

—Eso es. En lo que respecta al primero, mi ingreso en la asociación, es bastante sencillo. Soy historiador.

—Lo sabemos. Es usted profesor de Historia Moderna en la Universidad de Nanterre.

—Eso es. Quería comprender cómo Robespierre había llegado a hacer que le cortaran la cabeza a ese Camille que lo veneraba, a ese fiel y afectuoso compañero. Pensaba en escribir un artículo sobre esta cuestión. Y eso que el ancestro Desmoulins, excelente marido y padre, no fue tan perfecto. Se dice que, una noche, puso entre las manos de una jovencita un libro licencioso. Que Robespierre se lo quitó y que, a partir de ese día, quedó sentenciado a muerte.

—Lo sabemos —dijo Danglard sin extenderse.

—Después de tanto tiempo —preguntó Mordent—, ¿su decapitación y la de su joven esposa siguen soliviantándolo?

—¿En lo más negro y recóndito de mi ser? —preguntó Mallemort, y una vez más, una clara sonrisa se pudo percibir en su voz—. Al principio, sin duda. Tradición familiar, ¿entiende? Pero la cosa fue atenuándose. Las sesiones a las cuales he ido asistiendo me han dado una clave, creo.

—¿Qué es...?

—La abstracción del asesinato en Robespierre. Las ejecuciones sucedían fuera de

su vista, estaban desmaterializadas. Como si no hubiera guillotinado hombres, sino conceptos: el vicio, la traición, la hipocresía, la vanidad, la mentira, el dinero, el sexo. Camille, el enamorado, el afectuoso amigo, ocasionalmente perverso, podría representar el «vicio» que él no podía alcanzar. Pero me estoy extendiendo demasiado, ¿no es así?

—En absoluto. Prosiga, se lo ruego —dijo Danglard—. ¿Y el segundo «por qué?». ¿Por qué volver a empezar? ¿Por qué asiste usted a un segundo ciclo?

Silencio, crujido del respaldo de la silla.

—Deberíamos engrasar esa silla —dijo Veyrenc.

—Así como el primer «por qué» es sencillo de resolver con una compulsión de historiador sumada a una fatalidad familiar (es clásico), el segundo me pone en un aprieto. Digamos que durante el primer ciclo sentí, creo, lo que le había sucedido a Robespierre. Y durante el segundo, he comprendido lo que había vivido Camille.

—¿Es decir —propuso Danglard, dubitativo—, que se encaprichó con Robespierre?

—Gracias por decirlo en mi lugar, comandante. ¿Se puede fumar? Supongo que no.

Ruidos de papeles, de cenicero de vidrio, chasquido de un encendedor.

—Se produjo poco a poco, sin que me diera cuenta. Ya no acudía por Camille, sino por él. Eso me perturbó mucho. ¿Cuáles eran las razones de mi fascinación? ¿Cuáles eran las causas de esa semihipnosis? Después observé a los demás miembros. Todos estaban arrebatados, o casi. Alguien me dijo que el secretario estaba haciendo un estudio sobre ese tema, sobre ese tobogán psicológico por el que Robespierre nos hacía precipitarnos, esa vorágine adictiva que había engullido a mi antepasado.

A continuación, Danglard y Mallemort empezaron a salirse de los términos del interrogatorio, desviando la conversación hacia puntos de la historia, de la Ley de Pradial, de la paranoia, del Ser Supremo, de la infancia de Robespierre, de las ambigüedades amorosas de Desmoulins, de la reacción termidoriana.

Adamsberg sacudía la cabeza.

—No soy el único, Retancourt, que se sale de las pistas —dijo.

—Danglard tira la toalla —resumió Veyrenc—. Poco les falta para irse del brazo a comer a la Brasserie des Philosophes.

—Entonces —dijo Retancourt, ensombrecida—, ¿nuestros tres descendientes no nos llevan a ninguna parte?

—Bola de algas impenetrable, no paro de decirlo desde el principio —dijo Adamsberg—. Inmóvil. Sin embargo, tenemos que seguir vigilando a los descendientes, han tenido buenos maestros para interpretar roles y mentir.

—Pero las pistas no son deslumbrantes —dijo Veyrenc.

—Opacas —confirmó Adamsberg—. En esta asociación, todo el mundo anda disfrazado, enmascarado, caracterizado, sin nombre y sin rostro; son personajes, y no personas, que simulan no conocerse. Simulacros, apariencias, fingimientos, ilusiones, fantasías, no cosecharemos ni una onza de verdad. Nos dicen lo que quieren: un grupo de infiltrados, supuestamente «ocasionales», descendientes de guillotinos. ¿Y qué? Nos pueden contar lo que les dé la gana. ¿A quién creer y adónde ir? Quién sabe si no son setecientos decididos a matar a setecientos.

—Silencio —dijo Veyrenc—. Prosiguen. Es posible que Danglard haya provocado la distracción.

—Complicidad entre eruditos —aprobó Adamsberg.

La voz de Danglard, ligera, animada por la curiosidad, había dejado su tono inquisitorial.

—Pero este apellido, Mallemort, es más bien poco frecuente, ¿no? Dicho de otro modo, es la «mala muerte». Hay un pueblo con ese nombre en las Bocas del Ródano. Pero ¿un apellido?

Se oyó la ligera risa del historiador.

—Pone usted el dedo en las llagas íntimas de la historia, comandante. En 1847, un antepasado, comúnmente llamado Moutier, obsesionado por la suerte de Camille, dirigió una solicitud argumentada al alcalde de Mallemort. El fin, según decía, era que el recuerdo de la «mala muerte» del ancestro no se borrara nunca de la mente de sus descendientes. Dado el contexto prerrevolucionario, la solicitud le fue concedida.

—Encantadora idea.

—Si fuera lo único...

—Usted lleva su nombre de pila, ¿es así? Jacques Horace.

—En eso se equivoca. Camille no se llamaba Horace.

—No me refiero a él, sino al niño que quedó huérfano. *Horace Camille*.

De nuevo la risa ligera, esta vez incómoda.

—¿Qué puedo decirle que usted no sepa, comandante?

—Y a pesar de la carga de ese nombre, Horace Mallemort, ¿no tiene usted ninguna obsesión, ninguna fobia, ninguna ansia de venganza?

—Ya me he explicado. ¿Y usted, comandante, la familia?

—La mitad murió de silicosis en las minas del norte.

—Sería una buena razón para querer asesinar a todos los reyes del carbón.

—No necesariamente. ¿Vamos a comer?

Adamsberg se levantó.

—Esto terminará con vino blanco —dijo con un suspiro—. Nos vemos abajo dentro de quince minutos. El azul chillón del cielo nos sentará bien.

—Basta un estornudo para que todo cambie —recordó Retancourt.

XXXVI

El modesto avión, medio vacío, daba vueltas alrededor de la pista de la pequeña isla de Grímsey. Adamsberg escrutaba esa tierra minúscula, sus acantilados negros, sus placas de nieve, la extensión amarilla de la hierba tumbada que no había rebrotado desde el deshielo, casitas blancas y rojas apretujadas a lo largo del puerto y una sola carretera.

—¿Por qué no aterrizamos? —preguntó Veyrenc.

—Por los pájaros, miles de pájaros —explicó Almar—. Hay que estar un buen rato dando vueltas para ahuyentarlos. Si no, se hace con un tractor. Eso de allí —dijo Almar señalando la ventanilla— es la aldea de Sandvik. Bordeando el puerto, una quincena de casas y, entre ellas, nuestra posada.

Una vez con los pies en la pista negra, Adamsberg contempló cómo se reconstituían las nubes de pájaros.

—Cien habitantes y un millón de pájaros en la isla —dijo Almar—. No me dirán que no tiene su gracia. Ni se les ocurra pisar huevos, el ataque de las gaviotas es feroz.

Dejaron sus maletas en la casa de huéspedes, amarilla y roja con ventanas blancas, limpia como el juguete de un niño. Sin duda era allí donde se había alojado el grupo de Victor y Henri Masfauré. La sala olía a pan de centeno horneado y a bacalao ahumado.

—La dueña se llama Eggrún —dijo Almar—, me informé ayer. Su marido, Gunnlaugur, trabaja en el puerto, igual que las tres cuartas partes de los hombres de aquí. Vamos a empezar por él, así se harán ustedes una idea de lo que les espera.

Adamsberg anotó como buenamente pudo los nombres en su libreta, mientras seguía a Almar hacia el puerto. El traductor parlamentó un momento con Gunnlaugur, que estaba sacando la pesca del barco. Desde allí, en la prolongación de la línea recta del espigón, se veían perfectamente, las orejas de zorro de la isla tibia. Todavía estaban blancas de nieve, pero la costa era negra. A tres kilómetros, todo lo más. Retancourt, inmóvil, miraba fijamente el islote.

—¿Acaso los franceses están hartos de vivir? —tradujo Almar.

Luego, Gunnlaugur contestó a todas las preguntas de Almar sacudiendo la cabeza y echándoles, por último, una mirada de conmiseración y de desprecio. Los demás pescadores del puerto, jóvenes o viejos, tuvieron más o menos la misma reacción, altiva y negativa, hasta que llegaron a Brestir, uno de los más jóvenes, menos inquieto, más locuaz.

—¿Alquilar mi barco? ¿Cuántas coronas tienen tus imbéciles?

—Te proponen doscientas.

—Doscientas cincuenta. Más quinientas a cuenta, porque no tengo claro que

vuelva a ver mi barco.

—Tiene razón —dijo Almar—. Yo también quiero que me paguen antes.

—Esta noche, en la posada —dijo Adamsberg.

—No, ahora.

—No llevo esa cantidad encima.

—Entonces no tiene gracia, pero hasta aquí hemos llegado —dijo Almar cruzando sus cortos brazos.

Adamsberg escribió unas palabras en su libreta, arrancó la hoja y se la entregó al traductor.

—El nombre, el teléfono y la dirección de mi adjunto más antiguo, con mi firma —dijo—. Él te pagará, no le gustaría que yo abandonara con deshonra esta tierra.

Acto seguido, Adamsberg sacó doscientas cincuenta coronas de su anorak.

—Dile que le doy las quinientas de señal cuando subamos a bordo.

—Habré llenado el depósito a las dos de la tarde —dijo Brestir cogiendo los billetes—. Esperaré aquí. Pero antes, que vayan a hablar con Rögnvar. Que no se diga que soy un mal cristiano y que he dejado a unos ignorantes ir a la muerte.

—¿Dónde está?

—En el espigón, ayudando a vaciar los bacalaos. Algo tiene que hacer.

—¿Adónde vamos? —preguntó Veyrenc dando media vuelta—. ¿A ver a un cura para la extremaunción?

—Los islandeses son protestantes —dijo Almar—. No, Rögnvar es un tío que parece haberse aventurado en la isla.

Un pescador con el que habían parlamentado, si se puede decir así, llamó a Almar con un gesto. Una conversación breve y el traductor volvió hacia ellos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Veyrenc.

—¿Es obligatorio traducirlo todo?

—Es su trabajo, Almar —le recordó Adamsberg.

—Muy bien. Me ha preguntado si allí, en los países blandos, hay muchos tipos con el pelo bicolor. He dicho que era el primero que veía.

—¿Los países blandos? —dijo Retancourt.

—La Europa del oeste. Donde los hombres viven sin tener que luchar contra los elementos. Donde los hombres se dedican a charlar.

—¿Ellos no hablan nunca?

—Con extraños, no. Se dice que los islandeses son tan severos como su clima, pero también tan complacientes como verde es su hierba.

—¿Nos acompaña usted al islote? —le preguntó Retancourt.

—Ni hablar.

—Solo es medio islandés. Eso debería protegerlo contra las supersticiones.

Almar soltó una risotada.

—Mi madre es bretona —dijo—, y eso solo empeora las cosas. Ahí está Rögnvar. El viejo sentado en el sillón, el que solo tiene una pierna. Rögnvar, venimos de parte de Brestir. Los extranjeros van a la isla del Zorro. Brestir pide que les hables antes de que se vayan.

Rögnvar escrutó primero minuciosamente los rostros de los tres recién llegados.

—¿Franceses? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—Los que murieron allí eran franceses.

—Precisamente por eso están investigando, tienen órdenes.

—No hace falta investigar. ¿Cuántas veces se lo explicamos cuando volvieron? Muertos vivientes, parecían.

Rögnvar posó sobre sus rodillas el bacalao sanguinolento que estaba destripando y cogió aire. Adamsberg le propuso un cigarrillo que el hombre aceptó inmediatamente.

—Dicen —refunfuñó— que dentro de diez años solo los volcanes tendrán derecho a fumar en esta isla. Lo quieren prohibir. Encima de que aquí, para beber hay que hacer malabarismos. Bueno, tal como estoy, lo de malabarismos es una manera de hablar. Como si los hombres no se hubieran intoxicado siempre para poder vivir. Yo, cuando lo hayan prohibido todo aquí, lo tengo muy claro, me iré. A Francia —añadió guiñando un ojo—, donde podré charlar en invierno, en la terraza de un bistró. De todos modos, para ir a la isla, más vale fumar. A la criatura no le gusta el olor de los hombres.

—Cuéntales, Rögnvar.

—Oh, se cuenta rápido. Fue hace treinta y siete años, era joven y quería a una chica. Y para ponerme a prueba, me dijo que se casaría conmigo si iba a la isla del Zorro y le traía un trozo de la estela caliente. A mí me importaban un rábano todas aquellas historias, como comprenderán, así que dicho y hecho: me embarco en el bote de mi padre. Les puedo decir que allí no hay nada, ni siquiera un pájaro que se pose. Nada, ni un musgo, ni una gaviota; se hace muy raro. Reinaba la calma. Pero ¿qué calma? Crees que oyes soplar, pero no hay viento. Crees que oyes reptar, pero no hay un solo bicho. Una calma que no es agradable. El islote es un pañuelo. Está la parte de delante y la parte de atrás. Una plataforma lisa entre dos orejas, donde un tío trabajaba el arenque en aquella época, y nada más. Se había trasladado allí para que no le robaran el pescado. Acabó mal, es todo lo que sé. Y la chica también, la que me había desafiado. Ese mismo año, resbaló con unos huevos de frailecillo y cayó por el acantilado.

—¿Y esa es toda la historia?

—¿Y tú cómo te llamas?

—Almar.

—Entonces, Almar, déjame fumar, acabaré cuando quiera.

Rögnvar aspiró varias bocanadas seguidas, cerrando los ojos.

—De la estela no se podía sacar ningún trozo. Entonces escogí una pequeña roca lisa que había al lado; la chica no iba venir a comprobarlo, ¿verdad? Y me volví al bote. En el momento de arrancar el motor, sentí un dolor espantoso en la pierna izquierda. Como si me hubieran prendido fuego en los huesos. Grité, me agarré al bote y caí dentro mientras me sujetaba la pierna. Y la calma era menos calma. Algo gruñía, jadeaba, inclusoapestaba. Apestaba a podrido, apestaba a muerte. Con una mano, me apretaba la pierna y con la otra sujetaba el timón; volví lo más rápido que pude, casi choco contra el espigón del puerto. Dalvin y Tryggvi llegaron corriendo y todo fue rápido. Me llevaron a toda velocidad al hospital de Akureyri y allí, sin más, me cortaron la pierna. Me desperté así. No había ni una herida, nada. Solo era la pierna que se estaba pudriendo simplemente, sin razón, azul y verde. Incluso salió un artículo en el periódico. Una hora más y la hubiera palmado. Era el *afturganga*, había querido matarme.

—¿Qué es el *afturganga*? —preguntó Adamsberg.

—El muerto viviente, el demonio que posee la isla. Ahora ya tienes tu historia, Almar.

—No es para mí, es para ellos.

—Ya lo había entendido —dijo Rögnvar echando una mirada nítida y azul a Adamsberg, que le ofreció un cigarrillo y se encendió otro.

—¿Tú cómo te llamas? —preguntó Rögnvar.

—Adamsberg.

—Casi podría ser un apellido de aquí. Y eres tú el que quiere ir al islote, ¿eh?

—Es cierto.

—Ella, en cambio, no —dijo Rögnvar señalando a Retancourt.

—No.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Las órdenes —dijo Adamsberg, abriendo los brazos en un gesto de impotencia.

—Las órdenes, y un cuerno. Y él —dijo señalando a Veyrenc—, viene porque es amigo tuyo.

—Es verdad.

—Pero ella, incluso furiosa como una orca, puede servir. Porque se dice que solo una fuerza extraordinaria puede vencer a un *afturganga*. O una gran fuerza espiritual. Pero aquí no siento ninguna gran fuerza espiritual.

Adamsberg sonrió.

—No es verdad que tengas órdenes, ¿eh? —retomó Rögnvar.

—Tienes razón.

—¿Eres tú el que quiso venir?

—Sí.

—Bueno, creías que eras tú el que quería venir. Pero era él.

—¿El *afturganga*?

—Sí, te llamó desde lejos.

—¿Por qué?

—Quizá tenga algo que decirte. ¿Cómo voy a saberlo, Berg? Pero hay una cosa segura, y es que cuando te convoca un *afturganga*, más vale que obedezcas. Buena suerte, Berg, no sé si volveré a verte.

—En ese caso, te dejo mis cigarrillos —dijo Adamsberg, poniendo el paquete en sus rodillas, junto al bacalao.

Después del relato de Rögnavar, reinaba una cierta vacilación en el pequeño grupo, al que los pescadores seguían con la vista, como para despedirse de ellos. Frases inacabadas, preguntas sin respuestas, conversaciones agotadas y así hasta el final de la comida.

—Comed bastante —dijo por fin Adamsberg.

—¿No estás seguro de tu jugada? —preguntó Veyrenc sonriendo.

—Claro que sí, puesto que me convoca el *afturganga* en persona. Es un honor. Incluso me reconforta.

—Seguro que se echará un pitillo con usted, comisario —dijo Retancourt—, con sus escamas grises y su calavera. Y le contará amablemente toda la historia del grupo. Cómo se comió al legionario, cómo se comió a la señora Masfauré, cómo se disponía a comérselos a todos si la bruma no se hubiera disipado.

—Prueba, Retancourt, de que no manda sobre la bruma más de quince días.

—Ya sería suficiente.

—Danglard me indica que Lebrun ha pasado por la Brigada este mediodía —dijo Adamsberg después de consultar su móvil—. Quería verme, expresamente.

—¿Y? —preguntó Veyrenc.

—Nada. Le han dicho que estaba de viaje por razones familiares. No ha querido hablar con nadie más.

—¿Danglard pregunta por nosotros?

—Por ninguno. No quiere saber nada de nosotros. ¿Dónde está ese Círculo Polar? Almar se echó a reír y sacudió los brazos.

—En medio de un lecho conyugal —dijo.

—¿Qué?

—El Círculo Polar. Se cuenta que un pastor descubrió un día que el círculo pasaba por su casa, y peor, por mitad de su cama. Lo cual enfrió las relaciones amorosas, puesto que el hombre ya no se atrevía franquear la línea a la ligera. Divertido, ¿no?

—Pero ¿dónde está? ¿Sigue existiendo esa casa?

—Jean-Baptiste —dijo Veyrenc—, el Círculo Polar se desplaza todos los años.

—Bien. Y ¿dónde está?

—Parece que hay una señal que lo indica. ¿Realmente quiere poner el pie encima?

—Si volvemos, ¿por qué no?

XXXVII

Brestir estaba en su puesto y Adamsberg le dio las quinientas coronas prometidas. Esta vez su mirada azul no traslucía la indiferencia irónica de la mañana, sino el respeto debido a los cretinos temerarios que se iban para no volver.

—Aquí, el arranque —explicó Brestir—; aquí, la palanca de cambios. Tendrán el viento en contra, sopla del oeste.

Y con ese viento, que iba arreciando, la temperatura marcada era de cinco grados bajo cero, pero la sensación térmica era de unos doce bajo cero. Los tres policías estaban embutidos en sus ropas; Adamsberg, menos que los demás, porque llevaba debajo de su anorak su vieja chaqueta de lana de oveja de los Pirineos, afieltrada de tanto lavarla y endurecida como un caparazón. Examinó el cielo, a lo lejos, de un azul límpido que hacía entornar los ojos.

—En la mar, no navegáis todo recto —ordenó Brestir—. Las olas frontales batirían demasiado contra el barco, podríais volcar y, sobre todo, perjudicarían al motor. Navegad de bolina. ¿Quién pilota?

—Yo —dijo Veyrenc.

—Está bien —dijo Brestir, después de haber examinado la silueta compacta y el rostro robusto del teniente—. Equilibra bien la carga, la mujer en el centro —aconsejó sin apuro—. Que no se incline ni a un lado ni al otro.

Almar tradujo, incómodo. Veyrenc arrancó el motor y salió del puerto virando hacia el sur. Los pescadores habían cesado, por un momento, sus actividades: un pequeño grupo de hombres contemplaban su partida con fatalismo. Solo Rögnvar levantó un brazo para saludarlos.

—¿Lo tienes bien sujeto? —gritó Adamsberg desde proa para que Veyrenc pueda oírlo en medio del silbido del viento helado.

—Buen barco —gritó a su vez Veyrenc—, estable y flexible.

—Vira al norte.

De bordada en bordada, el barco se aproximaba zigzagueando a la isla de blancas orejas.

—¿Estás seguro de que no sabes atrapar una foca? —preguntó Adamsberg, que seguía gritando mientras se ajustaba la capucha para protegerse las orejas del viento que las paralizaba.

—Nunca lo he hecho —dijo Veyrenc sonriendo, tan tranquilo como si estuviera conduciendo su coche hacia la Brigada.

Había en Louis Veyrenc algo inmutable y Adamsberg lo percibió con más acuidad en ese instante. Las reuniones de despacho son poco propicias para captar lo inmutable.

—Vira al sur.

—¿Es el momento de interesarse por la caza de focas? —preguntó Retancourt.

—Ahora o nunca, teniente. Vira al norte, arrímate con cuidado. No es arena, son guijarros negros.

—No tengo intención de reventar el barco —dijo Veyrenc, acercándose a la pequeña playa delicadamente y en paralelo.

Arrastraron la barca hasta la playa rocosa; Retancourt había levantado ella sola la parte delantera. Adamsberg pidió un cigarrillo a Veyrenc —le había dejado los suyos como depósito fúnebre a Rögnvar—, se quitó los guantes y se resguardó detrás del casco para encenderlo, no sin dificultad.

—Chorradas —dijo Retancourt, cuya fina nariz junto con sus ojos claros eran lo único que emergía de su capucha de color amarillo chillón.

—Hay que hacer caso a Rögnvar —dijo Adamsberg.

—De todas formas, la criatura te espera —observó Veyrenc—, tanto si fumas como si no.

—No es razón para indisponerla con nuestro olor. Fuma, Louis. Es cuestión de cortesía, como diría Danglard. Voy a dar los primeros pasos por la playa. Pienso que el lugar de la cita será la piedra tibia.

Adamsberg señaló la plataforma donde todavía se erguían los restos de las barracas de madera.

—Solo puede estar allí —dijo—, arriba. Por el otro lado es todo acantilado vertical.

Conforme iban recorriendo la playa, bastante larga, con el viento en contra, los guijarros daban paso a la roca plana, que luego iba elevándose en una pendiente de unos veinticinco metros hasta las barracas. La nieve y el hielo persistentes en placas dificultaban el ascenso. Retancourt fue la única en alcanzar la plataforma sin que se acelerara su ritmo cardíaco.

—Es verdad —dijo Adamsberg resoplando— que arrancaron las tres cuartas partes del viejo barracón para hacer fuego. Busquemos la estela. No nos separemos.

—Nos separamos —dijo Retancourt—. Es inútil perder tiempo. No hay más de cien metros de largo por cuarenta de ancho. Estaremos siempre a la vista.

—Como quiera, teniente.

Unos minutos después, Veyrenc, de pie junto a la oreja izquierda del zorro, les hizo una señal con el brazo. La estela, a decir verdad parte de la roca, no era mucho más grande que una cuna, pero alisada, desgastada por el roce de dedos y cubierta de inscripciones grabadas.

—Soy yo el invitado, soy yo quien empieza —dijo Adamsberg. Y se arrodilló, se quitó un guante y puso la palma de su mano sobre la superficie negra y algo lustrosa

—. Está tibia —constató.

—¡Pues hemos hecho bien en venir! —dijo Retancourt—. Ya lo sabíamos.

—¿En qué está escrito? ¿Qué opinas, Louis?

—En islandés antiguo. Son runas. ¿Quieres que las copie para Danglard?

—¿Por qué no? —dijo Adamsberg—. Sería un amable regalo para la vuelta. Una respetuosa ofrenda.

—Ni hablar —soltó Retancourt, escrutando el horizonte hacia el oeste—. No perdamos tiempo —insistió.

—Muy bien —dijo Adamsberg conciliador, incorporándose—. Busquemos dónde instalaron su campamento. Es lo que quiero ver.

—Allí —dijo Veyrenc apuntando a la parte rocosa de la playa de abajo—, en ese enclave donde la base de las dos orejas los protegía un poco del viento. Justo antes del inicio de la pendiente. Allí es donde yo me habría refugiado.

—Muy bien —dijo Adamsberg—. Volvamos a bajar, de espaldas, si no queremos rodar toda la cuesta. Ni siquiera ha venido —dijo en tono algo decepcionado.

—No se preocupe —dijo Retancourt—, vendrá.

Los pies resbalaban sobre las rocas, que se desprendían a veces bajo su peso; las manos resbalaban sobre placas de hielo transparente.

—¿Qué imbécil dijo —preguntó Veyrenc tocando al fin el suelo de la playa— que bajar era más fácil que subir?

—Danglard —respondió Adamsberg—. Pero era a propósito del vino. Buscamos el emplazamiento de la fogata. Catorce días de hoguera continua tuvieron que dejar huella. Vamos a avanzar en línea, como para una batida.

Los dos hombres andaban lentamente escrutando la superficie de la roca, mientras Retancourt, que mostraba la más perfecta mala voluntad, miraba a derecha y a izquierda sin convicción.

—¿Y cuando hayamos encontrado ese fuego? —acabó diciendo—. Sabremos que hicieron fuego. Cosa que ya sabíamos.

—Estos agujeros —dijo Adamsberg, parándose—, ¿qué son? Aquí, allí y allá, y también allí —dijo, acelerando el paso.

Se trataba de pequeños orificios del ancho de una madriguera de rata, regularmente espaciados unos de otros por unos cincuenta centímetros.

—Son agujeros de estaca —diagnosticó Retancourt—. Mirad, forman dos líneas paralelas.

—¿Y bien, teniente?

—Creo que el tipo que no quería que le robaran el pescado instaló su ahumadero de arenques aquí. Porque hacer fuego allí —dijo señalando las barracas de arriba— no tiene sentido. No se ahúma el pescado en una construcción de madera sin que arda toda la instalación. Se situó aquí, resguardado del viento. Construyó una estructura ligera para colgar sus bichos.

Retancourt se interrumpió para seguir a grandes zancadas la línea de los orificios.

—Veintiocho agujeros de estaca —dijo—. Una construcción pequeña de cuatro metros con dos, más o menos. ¡Pues sí que hemos avanzado! Hemos descubierto los vestigios de un ahumadero de pescado.

—¿Cómo pudo abrir estos agujeros en una roca así?

—Como todo el mundo —dijo Retancourt, encogiéndose de hombros—. Empezó con una barrena y luego metió un cartucho de dinamita.

—Ah, bien —dijo Veyrenc—. Entonces el grupo se instaló aquí. Si el pescador había considerado óptimo este sitio, los demás también; instinto animal.

—Y no hay rastro de fuego —dijo Retancourt—. No hay placas de roca más roja o más negra. En diez años, el hielo lo ha destruido todo. Fin del viaje.

Retancourt tenía razón y Adamsberg, con los brazos cruzados, observaba el suelo en silencio. Una superficie decapada, muda, de donde las heladas y el viento del círculo ártico habían borrado, cual cepillo de hierro, cualquier vestigio.

—En los agujeros —dijo Adamsberg—. En el fondo de los agujeros.

Posó su mochila y sacó rápidamente mantas, conservas, herramientas, bombona de gas, brújula, hasta encontrar una cuchara y bolsas de plástico. No se dio cuenta de que Retancourt había vuelto su rostro hacia el oeste, con las aletas de la nariz abiertas, respirando profundamente.

—Saca tu cuchara, Louis, ayúdame. Escarba y extrae muestras de todo lo que encuentres, ponlo todo por separado en las bolsas. La erosión no puede haber alcanzado el fondo de los agujeros. Y el fondo no está helado.

—¿Qué buscamos? —preguntó Veyrenc, sacando sus cubiertos de la mochila.

—Grasa de foca. Escarba.

Los agujeros de estaca tenían una profundidad de más o menos diez centímetros, y los dos hombres llegaron fácilmente al fondo. Adamsberg examinó el contenido de la primera cuchara. Una melaza carbonosa, salpicada de esquirlas de roca negra o enrojecida.

—Si no está negro como el hollín —dijo Adamsberg—, déjalo. Es que su hoguera no estaba aquí.

—Entendido.

—Eran doce y seguro que no hicieron una lumbre de viuda. Podemos calcular que su hoguera tendría metro y medio de largo. Busca en ese agujero, yo en este otro.

—Ya está —dijo Veyrenc, irguiéndose—, no hay carbón en los demás agujeros. Su hoguera se acababa aquí.

—Y aquí —dijo Adamsberg, cerrando su última bolsa—. Louis...

—¿Sí?

—Esto ¿qué es? —preguntó tendiéndole un guijarro blanco.

—Retancourt ya no está —dijo Veyrenc, levantándose—. Perdón por ofender a tu diosa, pero su humor empieza a hincharme los huevos.

—A mí también —dijo Adamsberg, echando aun así una mirada inquieta a su alrededor.

—Allí arriba —dijo Veyrenc, señalando la plataforma—. Ha vuelto a subir, mierda. Pero ¿qué coño está haciendo?

—Nos rehúye. ¿Qué es esto? —repitió Adamsberg, tendiendo a Louis el guijarro blanco—. Ten cuidado, quítate el guante.

Adamsberg escupió varias veces sobre la piedra y la secó con el bajo de su jersey antes de depositarla en la mano de Veyrenc.

Se sentó y esperó en silencio.

—No es una piedra —dijo Veyrenc.

—No. Muérdelo. No te lo tragues.

Veyrenc encajó el objeto entre sus dos caninos y apretó varias veces.

—Sólido y poroso —dijo.

—Es hueso —dijo Adamsberg.

El comisario se levantó sin decir palabra, volvió a poner el fragmento, del grosor de una canica, en la bolsa, y lo examinó al trasluz.

—No es de foca —dijo—, es demasiado pequeño.

El viento les traía retazos de la voz de Retancourt, que tronaba a lo lejos. Ahora, se deslizaba pendiente abajo a una velocidad prodigiosa, bocarriba, con los pies por delante, los brazos abiertos, agarrándose a las asperezas, aprovechando a veces el hielo para dejarse ir más rápido. Adamsberg seguía haciendo rodar el huesito entre sus dedos a través del plástico, mientras Veyrenc asistía, interesado, a la asombrosa bajada de la teniente.

—Así, de amarillo, parece una máquina quitanieves.

—Ya sabes que Retancourt convierte su energía en lo que quiera, según exijan las circunstancias —explicó Adamsberg—. Si necesita ser una máquina quitanieves, pues se transforma, es así de sencillo.

—¿Crees que se ha sentado en la piedra tibia? ¿O que ha visto al *afturganga*?

—Es posible. Louis, esto no es un hueso de foca —repitió Adamsberg.

—Entonces es de pájaro. Un charrán que habrá palmado aquí.

—Es demasiado grueso para un charrán.

—Entonces, un frailecillo.

Retancourt corría ahora hacia ellos. Adamsberg se metió las seis bolsas en los bolsillos interiores del anorak, justo antes de que Retancourt los cogiera a cada uno de un brazo, sin dejar de correr.

—¡Nos largamos al barco! —gritó, arrastrándolos tras ella.

—¡Mierda! —protestó Veyrenc, soltándose con presteza, y poniéndose de rodillas para guardar en la mochila sus cosas esparcidas por el suelo.

Retancourt agarró al inalterable Veyrenc por el cuello del anorak y lo sacudió con

violencia.

—¡Al carajo su mochila, teniente! ¡Y la suya igual, comisario! ¡Les digo que corran, así que a correr!

En cierto modo, los hombres no tuvieron elección, Retancourt se había puesto detrás de ellos y los empujaba por la espalda con toda su fuerza.

—¡Más rápido, hostia! ¿Es que no saben correr?

Adamsberg tomó conciencia de que, bajo ese cielo tan azul, el aire había cambiado de consistencia y traía un olor a humedad. Giró la cabeza y atisbó, ascendiendo por la plataforma, una capa blanca tan amenazadora como un río de lava que ya borraba los contornos de las barracas.

—¡La bruma, Veyrenc! ¡Corre!

Habían llegado a la linde de los guijarros, mientras el antiguo espacio del ahumadero de arenques, donde se habían quedado sus mochilas, estaba ya medio cubierto. En su carrera, Veyrenc se torció el tobillo entre los inestables guijarros y se cayó. Retancourt lo levantó y, sujetándolo por debajo del brazo, reanudó el trote llevando en volandas al teniente.

—¡No, comisario! ¡No necesito ayuda, yo me encargo de él! ¡Corra al barco y póngalo en marcha, joder!

Ya no quedaba ni rastro del ahumadero de arenques, ni de la linde de los guijarros. No, la bruma no se desplazaba como un corcel al galope, sino que se abalanzaba hacia ellos como un tren, como un monstruo, como un *afturganga*.

Adamsberg no podía «poner en marcha» la barca. Él solo no podía arrastrarla fuera de la playa de guijarros para llevarla al agua. Miró hacia el puerto todavía claro de Grímsey. Aunque allí era pleno día, ya habían encendido el faro. Para guiarlos. Pero en la claridad del cielo, apenas se vislumbraba la tenue luz amarilla parpadeando. Adamsberg todavía veía a diez metros detrás de él. Retancourt dejó a Veyrenc en el suelo para ayudarlo a poner la barca a flote. Adamsberg saltó dentro, encendió el motor, agarró al teniente, a quien Retancourt, con los pies en el agua, había levantado por la cintura.

—¡A todo gas! —dijo Veyrenc sujetándose el tobillo con las dos manos—. ¡Que nos alcanza!

Adamsberg puso rumbo al puerto y aceleró el motor. Viento en popa, no era necesario dar bordadas, recto y a toda máquina en dirección al espigón, con la niebla a unos quince metros, luego diez y luego siete. La tenían a tres metros de la popa cuando chocaron un tanto brutalmente con el embarcadero del puerto, donde unos brazos los ayudaron a tomar pie en tierra firme.

Brestir amarró su barco antes de conducirlos, con Gunnlaugur, hasta la posada. Detrás, Rögnvar los seguía con sus muletas.

XXXVIII

Una vez dentro del comedor de la posada, Gunnlaugur los colocó sin más preámbulo junto al radiador más grande mientras su mujer, Eggrún, disponía vasitos delante de cada uno. Almar los había estado esperando, dando vueltas como un toro enjaulado, y dio rienda suelta a su emoción agitando los brazos en todas las direcciones.

La mesa era larga, flanqueada por dos bancos, y los islandeses se habían reunido sin decir palabra alrededor del grupo de los extranjeros. Veyrenc había pedido un taburete para apoyar el pie, que se había vuelto azul, como la pierna de Rögnvar. Eggrún llenó los vasitos y Adamsberg mojó un dedo para probar.

—¿*Brennivín*? —dijo.

—Es obligado —dijo Eggrún—. Como se dice, más vale la muerte negra que la muerte blanca. A veces.

—Quizá no habríamos muerto —dijo Adamsberg, repasando todas esas miradas azules que los observaban como a improbables supervivientes—. La bruma podría haber durado diez minutos.

—Diez minutos o un mes —dijo Gunnlaugur.

—Durará dos semanas —diagnosticó Brestir—. El viento acaba de caer de golpe.

La bruma rodeaba ahora todas las ventanas de la posada. Se estancaría en Grímsey más tiempo aún, casi tres semanas. Adamsberg asintió y bebió de un trago su vaso de *brennivín*, que le llenó los ojos de lágrimas.

—Muy bien —apreció Eggrún—. Hay que bebérselo —les ordenó a Veyrenc y Retancourt, que obedecieron.

Volvió el silencio y Adamsberg comprendió que todos estaban esperando el relato. Se les debía. Un extranjero no tenía ningún derecho a llevarse un secreto de la isla del Zorro.

—¿Lo has visto? —preguntó Rögnvar.

Todos consideraban legítimo que Rögnvar iniciara la conversación, en calidad de lisiado por el *afturganga*.

—Visto, no —dijo Adamsberg—. He ido a la piedra tibia a saludarlo, pero no me he sentado encima —expuso prudentemente.

—¿Saludarlo cómo?

—He puesto la mano encima. Así —dijo aplicando la palma a la mesa de madera.

Eso le recordó de pronto las fotografías de palmas de manos que se hacían en la asamblea Robespierre.

—Está bien —apreció Rögnvar—. ¿Y él qué hizo?

—Una ofrenda.

—A ver —ordenó Rögnvar.

Adamsberg fue a buscar las bolsas en su anorak, con la esperanza de que los

isleños no se las quedaran como botín nacional. Después de todo, el *afturganga* se los había dado a él. Y los había pagado caro. Los dejó en la mesa con reticencia.

—Abre —dijo Rögnvar.

—No está muy limpio.

—El *afturganga* no regala diamantes. Abre.

Adamsberg dejó sobre la mesa el contenido de las seis bolsas, en seis montoncitos separados. Mientras tanto, Retancourt se había quedado dormida de repente, sentada en el banco, sin la menor vacilación. Almar la miraba, estupefacto.

—También es capaz de dormir de pie, contra un árbol y sin caerse —explicó Adamsberg—. Lo necesita.

—Claro —dijo Rögnvar—. Es ella, ¿verdad?

—¿Ella qué?

—La que os ha salvado de la muerte.

—Sí —dijo Veyrenc.

—Es por su fuerza —dijo Rögnvar—, te lo había dicho. Ha podido mantener a distancia la bruma del *afturganga*, antes de que os devorase.

—¿No le molestará que hablemos para dormir? —preguntó Eggrún, preocupada.

—En absoluto —contestó Rögnvar en lugar de Adamsberg, que separaba suavemente, con la punta del dedo, los seis montoncitos de tierra negra.

La bolsa número uno no era la única que contenía un guijarro blanco. La tres y la seis también. En total, cinco guijarros blancos. «Pulgarcito», habría dicho Mordent.

—Y ¿qué es? —preguntó Brestir.

—Los restos del campamento de los doce franceses de hace diez años —dijo Adamsberg.

—No —dijo Gunnlaugur—. No queda nada en esa tierra.

—Estaban en el fondo de los agujeros —explicó Veyrenc—. Unos agujeros de estaca que habían servido para construir el ahumadero de arenques. Quedaban restos dentro.

—El *afturganga* tiene sus escondrijos —dijo Rögnvar.

Y Adamsberg no se atrevió a decir que, en su opinión, dado que los doce franceses habían acampado allí, también habían comido allí y que, sencillamente, los restos de su comida habían ido a parar a los agujeros. Como pelotas de golf.

—Y ¿es lo que buscabas? —preguntó Rögnvar.

—Es mucho más, creo.

—Entonces, no lo entiendo.

—¿Puedo lavarlos? —preguntó Almar con las cejas fruncidas—. Los pedacitos blancos.

—De acuerdo —dijo Adamsberg—. Pero con suavidad.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó Veyrenc.

Rögnvar sentía respeto por ese hombre de las mechas de fuego venidas de otro mundo.

—¿Por qué el *afturganga* ha querido mataros? —dijo rascándose la cabeza—. Habrás hecho alguna tontería, Berg.

—He raspado el fondo de los agujeros con una cucharita, y Veyrenc también —dijo Adamsberg abriendo las manos en señal de ignorancia—. Hemos metido todo esto con cuidado en las bolsitas. Antes, he escupido sobre el trocito blanco, para limpiarlo un poco.

—Y ¿qué más? —preguntó Rögnvar, insatisfecho.

—Lo he examinado, se lo he enseñado a Veyrenc, lo he vuelto a coger y lo he mirado. Y mientras tanto, ella —dijo señalando a Retancourt, aún dormida, erguida como un pilar de iglesia— venía corriendo hacia nosotros.

—Ah, eso es —dijo Rögnvar—, te has *entretenido*.

—Eso es —confirmó Gunnlaugur.

—El *afturganga* te llama, desde muy lejos —prosiguió Rögnvar—, te ofrece todo esto, y tú ¿qué haces? Te entretienes.

—¿Y qué?

—Que te instalas. Él te recibe, y tú, enseguida, te sientes a tus anchas, te crees en tu casa. En terreno conquistado. Entonces, claro.

—Claro —recalcó Gunnlaugur.

—Te destruye. Llama a su nube blanca y te traga.

—¿Falta de cortesía? —preguntó Adamsberg.

—Se puede decir así —dijo Brestir. Una ofensa. Nadie habita la tierra de un *afturganga* más tiempo de lo que él desee.

Almar había terminado de lavar los fragmentos blancos y los había colocado cuidadosamente junto a sus respectivos montoncitos de tierra. Hizo señas a Adamsberg para que se reuniera con él en el bar. Una seña sobria, esta vez sin aspavientos.

—¿Qué quieres? —preguntó Adamsberg.

—Una cerveza.

—Te invito.

—Tómame una tú también.

—Tengo ya bastante con el *brennivín*. Todavía me quema las mandíbulas.

—Más vale que te tomes una. O un café, si no. Tómame un café. Con mucho azúcar.

—Muy bien —accedió Adamsberg, dejando que Almar pidiera las bebidas a Eggrún. Había comprendido que allí, y en esas circunstancias particulares, era mejor no oponerse. Al fin y al cabo, recordó, igual que en el café normando de la aldea de Haroncourt.

—¿Qué crees que son, tus piedras blancas?

—Huesos de frailecillos.

Almar tragó la mitad de su cerveza, indicando con un dedo al comisario que hiciera lo propio con su café. Adamsberg sintió una oleada de cansancio aplastarle los hombros. En la mesa, Veyrenc también parecía vacilar y Retancourt seguía durmiendo. Dejó su taza vacía y raspó con su cucharita el azúcar moreno.

—Son los huesecitos que se articulan en la base de un miembro —dijo Almar—. Estudié, hace tiempo. En Rennes.

—Bien —dijo Adamsberg con los ojos casi cerrados.

—No son de frailecillo —dijo Almar—. Son de hombre.

XXXIX

Adamsberg salió de la posada sin poder distinguir su muro del de las casas vecinas, aunque fueran rojas o azules. Aspiró el olor a humedad yodada de la bruma inmóvil, el que había percibido en la isla tibia; sobre todo, el que Retancourt había olfateado mucho antes que ellos y que la había hecho volver a subir a la plataforma para observar lo que el viento traía del oeste. Retancourt, que había vencido a la nube del *afturganga*. Se remangó el anorak para consultar sus relojes. Los veía, pero no podía decir exactamente dónde estaban las agujas. Incluso con la brújula, que yacía junto a los hoyos de estaca, no habrían podido mantener un rumbo, menos aún distinguir los bloques de hielo a la deriva.

Dentro del comedor, Eggrún vendaba con mano segura el tobillo de Veyrenc, después de haberle aplicado un bálsamo muy oloroso, parecido al que Pelletier había aplicado a Hécate en la pata. Inclinado, Rögnvar examinaba con preocupación la pierna del herido. Llamó a Almar con una seña, para que le tradujera.

—¿Estás seguro de haberte torcido el pie corriendo por los guijarros? —preguntó a Veyrenc.

—Seguro. Es solo un esguince, Rögnvar.

—Pero te duele una barbaridad, ¿verdad?

—Sí —reconoció Veyrenc.

—Y cuando te has caído, ¿has sentido un dolor agudo? ¿Como en el corazón del hueso?

—Sí, al cabo de un rato. Una rotura de ligamento, seguramente.

Rögnvar cogió sus muletas y se dirigió hacia Gunnlaugur, que estaba disputando una partida de ajedrez en solitario.

—Sé lo que quieres —dijo Gunnlaugur.

—Sí. Llama al aeropuerto, que pongan un avión en alerta para el hospital de Akureyri. Habrá que vigilarle el tobillo cada hora. Si lo morado sobrepasa la venda, lo llevamos.

—Y ¿cómo despegamos con esta niebla?

—Me apuesto lo que quieras a que no se ha extendido hasta la pista. O no será tan densa. Está solamente sobre la isla del Zorro y sobre nosotros.

Gunnlaugur empujó un peón y se levantó.

—Voy a telefonar —dijo—. No toques las piezas.

A sus espaldas, Rögnvar examinó el tablero. Y movió la torre negra. Era el mejor jugador de la isla de Grímsey, que a su vez era la más importante en cuestión de ajedrez.

Adamsberg ayudó a Veyrenc a desplazarse hasta una pequeña habitación que Eggrún le había preparado en la planta baja.

—¿Y ella? ¿Qué hacemos con ella? —preguntó Eggrún, señalando a Retancourt.

—No la movemos —dijo Adamsberg—. Se recupera cinco veces más rápido que nosotros.

Eggrún echó una ojeada al tablero de ajedrez, donde su marido acababa de descubrir el golpe bajo de Rögnvar.

—Con la revancha y el desempate —estimó—, no habrá cena antes de las ocho y media. Duerman tres horas.

A las siete, Rögnvar dejó a Gunnlaugur, perplejo frente a una maniobra crucial que amenazaba a su dama, para ir a examinar el tobillo de Veyrenc, que dormía. De momento «aquello» no se extendía rápido. Sin embargo, los dedos se le habían hinchado y una mancha morada del tamaño de media corona asomaba por el vendaje.

—Mantengamos el aeropuerto en alerta —dijo volviendo a sentarse y dejando sus muletas en el suelo.

Retancourt, despierta desde hacía media hora, había pedido, mediante gestos, permiso para sentarse con ellos y seguir la partida. Por el rabillo del ojo vio a Eggrún afanándose en poner la mesa, luego en traer las fuentes. Arenque, bacalao y salmón, en láminas curadas, ahumadas, saladas, cervezas e incluso una botella de vino. Y solo eran los entrantes. Un festín que señalaba que el asalto vencedor a la isla del *afturganga* había roto el hielo, si se me permite la expresión.

Sentado en su cama, Adamsberg solo se había adormecido a ratos. Esperó a que el reloj de la posada diera las ocho y cuarto para bajar al comedor y ayudar a Gunnlaugur a llevar a Veyrenc hasta la mesa. Retancourt se unió a ellos y se sentó como un bloque en su silla, con los rasgos del todo descansados. Adamsberg sirvió el vino y levantó el vaso.

—Por Violette —dijo con sobriedad.

—Por Violette —repitió Veyrenc.

—Su caída en la playa podría habernos resultado fatal —dijo Retancourt, chocando su vaso con el del teniente.

—No es *mi* caída, Retancourt. Me había atrapado el *afturganga*. Rögnvar está

convencido. El hombre no me dejará hasta estar seguro de que la pierna no se me va a gangrenar de repente.

—Pero tiene razón en un punto —dijo Retancourt—. Es verdad que en esa roca no hay ni una alma. Ni siquiera huevos de frailecillo en el acantilado. Ni siquiera el hocico de una foca en la superficie del agua. No he visto una sola estela. Tuvieron suerte los turistas de conseguir focas, mucha suerte.

Era el momento, pensó Adamsberg con la mente todavía nublada por el impacto de su descubrimiento. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía esperar cuando fue a raspar los residuos en busca, supuestamente, de una hoguera y de grasa de foca?

—He hablado con Almar hace un rato —dijo, depositando suavemente sobre la mesa los cinco huesecillos, guardados ahora en una caja de pastillas para la tos—. Es lo que había en los hoyos de estacas —explicó para Retancourt, que ya dormía cuando Almar había lavado los huesos.

—Son huesos —dijo Retancourt, cogiendo uno.

—De frailecillo —dijo Veyrenc—. Al menos encontraron eso para comer.

—No, Louis, no son frailecillos. Son humanos.

Adamsberg se levantó en medio del silencio para ir a buscar a Almar a su habitación. El hombrecillo se acababa de despertar y se estaba poniendo un grueso jersey azul.

—Venga a explicárselo, Almar. No recuerdo los nombres. No sería creíble.

—Son huesos del carpo —dijo Almar, mostrando su muñeca—, situados entre el antebrazo y la mano. La muñeca, como se suele llamar. Los humanos tenemos ocho, articulados unos con otros, en dos hileras. ¿Tiene papel, comisario? Gracias. Así lo verán ustedes mejor —añadió dibujando someramente los dos huesos del antebrazo, luego los ocho pequeños carpianos y el inicio de los huesos de la mano—. Los metacarpos —precisó—. En la hilera de encima, está el escafoides, el semilunar, el piramidal y el delicado pisiforme, en forma de garbanzo aplastado.

—Tienen nombres bonitos —dijo Veyrenc con voz átona.

—En la hilera de abajo, el trapecio, el trapezoide, el grande y el ganchoso.

—¿Ha sido usted médico? —preguntó Retancourt comiendo maquinalmente su resto de carne.

—Soy kinesioterapeuta, en Lorient. Me gano un dinero extra ofreciendo mis servicios de intérprete. Por eso le puedo asegurar que lo que tiene es solo un esguince de tomo y lomo —dijo dirigiéndose a Veyrenc—. Puede que tenga una rotura de ligamento y una contusión del metatarsiano, pero no está roto. Solo podremos estar seguros cuando haya bajado la hinchazón. Inyección de anticoagulante antes del viaje en avión y férula que le inmovilice la pierna en Reikiavik. Le conseguiré todo eso.

Seis semanas de reposo.

Veyrenc asintió lentamente, con la mirada fija en los huesecillos que manipulaba Almar.

—¿Son viejos estos huesos? —preguntó Retancourt.

—No. No proceden de la mano del ahumador de pescado. Además, en aquella época había estacas en los agujeros. Fíjense en este —dijo levantando una de las piezas hacia la luz—, se nota todavía el inicio de un ligamento. Diría que son de hace entre siete y quince años.

Retancourt levantó sus ojos claros hacia Adamsberg.

—No he oído decir que ningún viajero se hubiera lisiado.

—No, teniente.

—Lo que no tiene gracia —prosiguió Almar—, es que estos dos, el piramidal y el pisiforme, encajan entre sí. ¿Lo ven? Las facetas encajan perfectamente. Y este piramidal, a su vez, se adapta sin hiato a su vecino, el semilunar. Inténtenlo.

Los tres huesos pasaron de mano en mano, cada cual intentando ensamblarlos como si se tratara de un rompecabezas chino, mientras Adamsberg encargaba por señas otra botella de vino. Almar bebía rápido.

—No es fácil, cuando no se tiene costumbre —dijo Almar al recuperarlos—. En cuanto a estos dos, el trapecio y el grande se ajustan también. Pero sus facetas superiores no pegan con nuestro semilunar ni con nuestro piramidal.

—¿Conclusión? —dijo Adamsberg, que ya la conocía, llenando los vasos.

—¿Ha pedido vino? Pero si ya le dije que costaba un huevo —protestó Almar.

—Eggrún ha invitado a la primera botella, he pedido la segunda. Es lo menos.

—A propósito, ¿le ha devuelto Brestir las quinientas coronas? Su barco ha vuelto sano y salvo.

—Sí, Almar. Prosiga, por favor. Las facetas que coinciden, las facetas que no coinciden.

—Eso es. Lo cual nos da dos muñecas distintas, no cabe ninguna duda al respecto.

—¿Una derecha, una izquierda? —preguntó Veyrenc.

—No, se trata de dos manos derechas. De dos individuos. Añadiré —dijo, separando prestamente los huesecillos en dos montoncitos como quien apuesta en el juego—: un hombre y una mujer. El piramidal, el pisiforme y el semilunar, de la mujer. El trapecio y el grande, del hombre. Si son de aquel grupo, les puedo asegurar que hubo un drama de tres pares de narices, poca broma.

—¿Qué pasó, joder? —dijo Veyrenc.

Almar bebió dos largos tragos de vino.

—Le toca a usted acabar, comisario —dijo Almar, levantando las manos—. He acabado mi parte. No tengo ganas de continuar.

Adamsberg cogió los dos huesos de la mano masculina y los colocó a su vez bajo la luz.

—Aquí, un corte de cuchillo —dijo— y allí, otros dos cortes. Los huesos fueron seccionados a la altura de la unión entre la muñeca y la mano. Los tajos están negros. No es suciedad. Son marcas de fuego.

Adamsberg volvió a dejar los huesos encima de la mesa, en el momento mismo en que uno de los jugadores, detrás de él, daba un golpe con una ficha en el tablero.

—Jaque mate —concluyó Adamsberg con voz sorda—. Los despedazaron y se los comieron. Al legionario y a Adélaïde Masfauré se los comieron.

Eggrún limpió la mesa, donde reinaba el silencio, y dejó delante de cada uno de ellos una crepe y mermelada de ruibarbo. Almar le dio las gracias con entusiasmo.

—Si no se toman este postre, los devorados serán ustedes —dijo—. Esfuércense.

—Cuestión de cortesía —masculló Veyrenc.

—Menudo regalo —dijo Adamsberg atacando la *crêpe*.

—¿Te refieres a la ofrenda del *afturganga*?

—Sí.

—Se entiende que te haya llamado desde tan lejos. No era un detalle. Y mancillaba su isla.

—Sí. Conque habían cazado focas, ¡un cuerno! —dijo Adamsberg, levantando la voz—. Los mataron para *comérselos*. Voy a fumar fuera —añadió cogiendo el anorak.

—Primero, hay que acabar las *crêpes* —advirtió Almar.

—Que son excelentes —murmuró Retancourt en tono monocorde—. Almar, dé las gracias a Eggrún por esta cena. Calurosamente.

—¿Avisamos a Danglard? —preguntó Veyrenc a Adamsberg.

Una chispa rápida e inusual pasó por la mirada vaga del comisario.

—No —dijo.

Mientras Adamsberg y Retancourt se ponían los anoraks, Veyrenc cogió las rústicas muletas de madera que le había dado Gunnlaugur. «No, no me harán falta», había asegurado. Tenía doce pares en la posada, los turistas se pasaban la vida rompiéndose la crisma, según había traducido Almar.

—Berg —lo llamó Gunnlaugur, levantando la cabeza del tablero, peón en mano—. Quédense delante del albergue. No se alejen más de tres metros. Hay un banco delante de la segunda ventana. Es rojo, procuren localizarlo y no se muevan de allí.

Encontraron el banco fácilmente, Gunnlaugur había abierto la ventana para guiarlos bajo esa bruma inaudita. Adamsberg nunca había visto algo así. Puro algodón en bruto.

—Habrás que volver a poner hielo en el esguince —dijo Almar, que los había seguido con su vaso.

—Ya encontraremos, doctor —dijo Veyrenc—. No será por falta de nieve.

—Es bonito esto —dijo Adamsberg encendiendo una ronda de cigarrillos—. No

veo nada a un metro, pero estoy seguro de que es muy bello.

—Atrozmente bello —dijo Almar.

—Creo que me quedaré aquí —dijo Adamsberg.

—Con Gunnlaugur y Eggrún, que nos cuidan como a polluelos; yo también me quedo —dijo Veyrenc—. ¿Tendría yo también que ponerme un nombre islandés, Almar?

—Lúdvíg, simplemente.

—Perfecto. ¿Y Retancourt?

—¿Cómo se llama?

—Violette, como la florecita.

—Entonces, Vióletta.

—En el fondo, el islandés es sencillo.

—Atrozmente sencillo.

—Yo no he dicho que me vaya a quedar —observó Retancourt—. ¿Aquí juegan mucho al ajedrez?

—Deporte nacional intenso —dijo Almar.

—No tuvimos tiempo de copiar el texto de la estela para Danglard —dijo Veyrenc después de un silencio—. Debía de decir algo del estilo de: «Forastero, tú que hollas esta tierra, guárdate...».

—«... de los vicios inmundos de los infames hipócritas» —prosiguió Adamsberg—. Podríamos estar toda la vida así, conversando, sin hablar de ella, al fin y al cabo. Sin hablar nunca de la isla tibia y de los huesos. No se nos da mal. Hablaríamos de unas cosas y otras, las repetiríamos, luego iríamos a terminarnos la copa y a dormir.

—¿A qué hora sale el avión mañana? —preguntó Veyrenc.

—A mediodía en la pista —dijo Adamsberg—. Será espantar al millón de pájaros y llegar a la una al aeropuerto de enfrente.

—Akureyri —dijo Almar.

—Y luego salida hacia Reikiavik a las 14:10; llegada a París a las 22:55, hora local.

París.

Se hizo un silencio casi umbrío.

—Y hablaríamos y dormiríamos —dijo Adamsberg.

XL

—Trata con cuidado a Retancourt —dijo Veyrenc después del desayuno—. Creo que no soporta esa historia de los cuerpos devorados.

—¿Y quién la soporta, Veyrenc? ¿Se puede soportar la idea de Victor comiéndose a su madre? ¿Del filántropo engullendo a su mujer?

—¿Lo sabrían? ¿O creyeron hasta el final que era foca? En todo caso, Violette no lo soporta, está claro.

—Es sensible —dijo Adamsberg sin ironía.

Retancourt volvió con una segunda ronda de café.

—Así es como lo veo, después de todo —dijo llenando las tazas—. Realmente murieron de frío. Y los demás se los comieron para sobrevivir. Como los náufragos de aquel avión, en los Andes.

Retancourt empequeñecía el drama para que a su imaginario soliviantado le resultara casi aceptable.

—En este caso —dijo Adamsberg—, ¿por qué se habría inventado Victor la historia de los asesinatos a cuchillo?

—Porque en comparación, dos asesinatos a cuchillo no eran nada —dijo Veyrenc—. Y a la vez, podían justificar la convocatoria solemne de Alice Gauthier, que tenían que explicar a la policía de alguna manera.

—Cierto —dijo Adamsberg—. Pero ¿por qué inventar la historia del asesino que los amenazaba a todos desde hace años?

—Para justificar el silencio de todos ellos. Cuando, en realidad, nadie los amenaza. Ese silencio es instintivo: ¿quién va a vanagloriarse de haberse comido a sus compañeros? Todos acordaron callarse para siempre, sin que ningún asesino imaginario los atormentara.

Adamsberg daba vueltas sin fin al azúcar en su taza.

—Yo no lo veo así —dijo.

—¿Por qué?

—Porque el discurso de Victor, por falso que sea, está minado por el miedo. Su manera de describir al «hombre inmundo», aunque supongamos que es exagerada, tiene algo auténtico. Igual que su estremecimiento en la Auberge du Creux. Aquel momento, acuérdate, Louis, cuando dejó de hablar porque creyó reconocer al «hombre» en el espejo. Si no era miedo de verdad, ¿para qué hacernos creer que el asesino había aparecido de repente en la mesa de al lado? Grotesco.

—No conocía ese detalle —dijo Retancourt—. ¿Quién era ese tipo, al final?

—Un inspector de Hacienda, según nos dijeron. Que debía de tener algún parecido con el criminal.

—Entonces, ¿cree que hay un asesino?

—Sí.

—Da tu versión, Jean-Baptiste.

—Es peor que todo.

—Cuenta —dijo Retancourt, tomándose el café de un trago.

—A pesar de lo poco que conocemos de este grupo, sabemos que había un médico entre ellos. Victor dice que lo llamaban Doc. Detalle inútil en su mentira; por lo tanto, detalle verídico. Es el punto crucial. Creo que realmente hubo una pelea entre el asesino y el legionario. Pero no una auténtica pelea, sino una agresión provocada intencionadamente para matar a ese hombre, vista, a pesar de todo, como un accidente fatal. Luego, el asesino se aleja para desembarazarlos del cadáver, eso es lo que dice. Fuera del alcance de las miradas, descuartiza inmediatamente el cuerpo antes de que se congele. Le quita todas las partes reconocibles, cabeza, pies, manos, huesos, y separa la carne.

—Date prisa —dijo Veyrenc.

—Lo siento, pero me veo en la obligación de subrayar un detalle. El asesino solo lleva encima un cuchillo. Nada con que partir los sólidos huesos del antebrazo. Así que corta por lo más fácil, la articulación, por la muñeca. Y los pequeños carpos, según nos ha explicado Almar, se quedan prendidos a los ligamentos. Se deshace de los vestigios del cuerpo en la banquisa y congela los trozos de carne preparados. Deja pasar un tiempo, para mayor verosimilitud, y, milagro, poco después ha cazado una foca. Lleva la carne al campamento. ¿Es en el transcurso de una de estas cenas de «foca» cuando el médico, al comer su porción, se encuentra con un hueso? Lo sabremos más tarde. El guion se reproduce para Adélaïde Masfauré. No creo en el drama del intento de violación, en la caída a la hoguera, en las nalgas en llamas ni en el navajazo. Es más sencillo, cuando llega su turno de guardia nocturna, el asesino la asfixia sin hacer ruido, metiéndole la cara en la nieve. La descubren muerta, a la mañana siguiente, de hipotermia. Una vez más, el tipo los libra del cuerpo. Y unos días después, vuelve a llevar carne al campamento, una segunda foca milagrosa; esta vez, «joven». El médico se saca un hueso de la boca y lo identifica enseguida.

Adamsberg se interrumpió bruscamente y su mirada, puesta un segundo antes en Retancourt, ya no veía a nadie. Retancourt se fijó en esos ojos a la deriva, a los que temía más que nada.

—¿Comisario?

Adamsberg levantó una mano, reclamando silencio, sacó lentamente su libreta y anotó la frase que acababa de pronunciar. «El médico se saca un hueso de la boca». Después la releyó, siguiendo con el dedo, como alguien que no entendiera el sentido. Volvió a guardar la libreta y la mirada reapareció en sus ojos.

—He pensado —dijo en tono de disculpa.

—¿En qué?

—Ni idea. Y el médico identifica ese hueso enseguida —prosiguió—. Es del hombre. ¿Qué pasa? ¿Tira su ración al fuego? ¿Dice la verdad? Sin duda. Y todos se

enteran de repente de la composición de esas salvadoras comidas de todos esos días. ¿Terminan *aun así* de, digamos, consumir a Adélaïde Masfauré? ¿Lo sabían ya, respecto al legionario? ¿Hicieron la vista gorda? Cuando, por fin, la bruma se disipa, el asesino da sus órdenes y los amenaza, sin encontrar resistencia. Nadie, entre ellos, tiene intención de contar sus hazañas, y ahora entendemos por qué. Pero ¿quién sabe? ¿Una depresión? ¿Una enfermedad? ¿Una conversión mística? ¿Un remordimiento fulgurante? El riesgo de una confesión está siempre ahí, lo vimos con Gauthier. Así que el asesino los vigila, a todos. Porque se ha comido a dos seres humanos, como todos ellos, pero sobre todo porque él los ha matado con premeditación para alimentarse.

Adamsberg se tomó por fin su café, cien veces removido con la cucharilla.

—¿Y después? —dijo Retancourt, lejana, escapándose, volviendo a adoptar casi su postura del primer día—. Ahora conocemos la verdadera historia de los desesperados de la isla tibia. ¿Y qué? ¿Adónde nos lleva esto?

—A saber que un asesino los sigue rondando.

—Un asesino que no ha matado ni a Alice Gauthier ni a Masfauré ni a Breuguel ni a Gonzalez. Un criminal que no es nuestro criminal. Un criminal que no tiene nada que ver con el ataque al grupo Robespierre.

—Creo saber —murmuró Adamsberg— por qué el tablero Robespierre no se mueve.

—Cuenta.

—No sé.

—Acaba de decir que cree saber.

—Es una manera de hablar, Retancourt.

Retancourt apoyó pesadamente el codo en el respaldo de su silla.

—Tanto si murieron y los devoraron, como si un tipo los mató intencionadamente y se los comieron, volvemos al mismo punto: esto no nos lleva a ninguna parte. Hemos venido para nada.

—*Veni vidi non vici*. «Vine, vi, no vencí» —dijo Veyrenc.

En la mesa vecina, Rögnavar se hacía traducir indiscretamente su conversación. Esa historia le pertenecía, estaba en su derecho. Se irguió sobre sus muletas, recomendó a Gunnlaugur no tocar las fichas y se plantó delante de Retancourt, Almar detrás de él.

—Vióletta —dijo— hay que inclinarse ante una mujer que ha mantenido al *afturganga* a distancia. A tanta distancia que incluso la pierna de tu amigo resistirá. Sin ti, Vióletta, habría...

Y señaló su pierna ausente con una mirada cargada de elocuencia.

—Y Berg estaría muerto. Él cometió el error de entretenerse demasiado en su tierra. Y tú comprendiste que no había que hacerlo. Lo entendiste desde el principio, ¿verdad, Vióletta? Mucho antes de ver la bruma.

Retancourt frunció las cejas y, sin darse realmente cuenta, acercó un poco su silla

a Rögnvar el loco, a Rögnvar el sabio, levantando la mirada hacia él.

—Es verdad —dijo.

—¿Cuándo?

—Cuando llegamos —dijo Retancourt, reflexionando—. Querían copiar el texto grabado en la piedra tibia. Dije (grité, creo) que no, que no podíamos perder tiempo.

—¿Lo ves? —dijo Rögnvar, sentándose en el taburete que Eggrún le había traído—. Lo sabías. Y lo sabías desde hacía mucho, desde tu ciudad, París, donde en invierno se pasa el tiempo en las terrazas. No querías venir, pero lo sabías. Así que viniste.

Rögnvar se había inclinado hacia delante y sus cabellos largos, todavía rubios, rozaban casi la frente de Retancourt. Adamsberg observaba la escena, estupefacto. Retancourt, la jefa de filas discutible de los positivistas, de los materialistas de la Brigada, atrapada en las redes de Rögnvar. Retancourt bajo el influjo de los espíritus de Islandia. No, no habían venido para nada.

Y Rögnvar puso su ancha mano en la rodilla de la teniente. ¿Quién se habría atrevido a hacerlo en la Brigada?

—Pero te equivocas, Vióletta —dijo.

—¿En qué? —susurró Retancourt, incapaz de apartarse de los ojos azul intenso de Rögnvar.

—Acabas de decir —y Rögnvar apretó un poco los labios— que habéis venido para nada. Dices, Vióletta, la valiente, que eso no os lleva a ninguna parte.

—Sí, lo digo, Rögnvar. Porque es verdad.

—No.

—Usted no sabe nada, Rögnvar, del caso en el que estamos trabajando en París.

—Ni lo sé ni me importa. Escucha esto, Vióletta, escúchame bien.

—Sí —accedió Retancourt.

—«El *afturganga* nunca convoca en vano. Y su ofrenda conduce siempre a un camino».

—Pero a usted, Rögnvar, el *afturganga* se le llevó una pierna. ¿Es eso un camino?

—Yo no había sido convocado. Lo violé. Berg, en cambio, sí había sido convocado.

—Repítame la frase.

—«El *afturganga* nunca convoca en vano. Y su ofrenda conduce siempre a un camino». No la apuntes —dijo Rögnvar agarrando la mano de Retancourt—. No te preocupes, siempre la recordarás.

Desde la ventanilla, Adamsberg vio desaparecer la isla de Grímsey, engullida en una cuarta parte por la bruma, con una nostalgia que no tenía prevista. La larga Eggrún le había dado un beso de despedida y, en el puerto, los hombres se habían agrupado para despedirlos. Gunnlaugur, Brestir, Rögnvar, por supuesto, que

levantaba la mano muy alto, y las otras cabezas rubias cuyos nombres ignoraba.

Esa noche, París. Luego, mañana. Mañana habría que dar cuenta a la Brigada del balance de su escapada. Que no había, esa era la verdad, modificado ni un ápice el tablero Robespierre. No llevaba al asesino en su equipaje, solo una botella de *brennivín*, regalo de Gunnlaugur. Aun así, rendición de cuentas obligatoria. Argumentar, sintetizar, organizar su discurso, todo lo que odiaba hacer. Y todo eso, ante rostros malhumorados u hostiles, salvo los de Froissy, Estalère, Justin y Mercadet, quien, debido a su minusvalía, siempre se mostraba indulgente con los demás.

—Veyrenc —dijo—, encárgate del informe mañana en la Brigada. Es un marrón, lo sé. Pero, como Château te consagró senador romano, saldrás mejor parado que yo. Y Retancourt te respaldará.

—El descontento se disparará.

—Es evidente.

—Lo expondré —aseguró tranquilamente Veyrenc, con la pierna estirada en el pasillo del avión y una inyección de anticoagulante en el vientre administrada por Almar—. Intenta, por tu parte, traer a nuestro terreno a Voisenet y a Mordent. A Voisenet, porque puede zigzaguear como sus peces; a Mordent, porque le gustan los cuentos de hadas. Será sensible al combate de Vióletta la Valiente contra el *afturganga*.

—No tengo ganas de *traerlos*, Louis. Que se las arreglen en su terreno, que no es el mío.

—Es precisamente lo que te reprochan. Y comprenderás que no te hayan seguido.

—No del todo —murmuró Adamsberg.

Poco antes de la llegada al aeropuerto de Roissy, Adamsberg, medio despierto aún, abrió su libreta por la página donde había anotado esa misma mañana, en la posada, esta frase: «El médico se saca un hueso de la boca». Bajo la cual añadió la observación banal de Veyrenc a propósito de François Château: «Miente como un sacamuelas». Después, dibujó una flecha y anotó: «Robespierre. Lo es. Los tiene».

Las luces se habían apagado en el avión, los cinturones estaban abrochados, los asientos en posición vertical. El aparato acentuaba el descenso, se distinguían ya las luces de los coches en la autopista. Adamsberg despertó a Veyrenc y le enseñó la página de su libreta. Veyrenc la leyó y sacudió la cabeza, sin entender.

—Esto lo dijiste tú —insistió Adamsberg—. Después de nuestra primera sesión en la asamblea. Dijiste: «Es él».

—¿Robespierre?

—Sí, y tenías razón. Era él.

XLI

Aquel viernes por la mañana, aquel día festivo del Primero de Mayo, en la Brigada, los agentes se habían colocado de manera muy inusual alrededor de la larga mesa de la sala del Concilio, y la distribución de cafés por Estalère se vio perturbada. Instintivamente, esperando la llegada de Adamsberg, se habían formado y reunido los grupos de influencia. En el extremo principal de la mesa, al fondo de la sala, los comandantes Danglard y Mordent no habían modificado su posición de responsables. Pero, en lugar de la organización habitual, Retancourt se había situado al otro extremo, como preparada para enfrentarse a Danglard, acompañada, a un lado, por Froissy y Estalère, y al otro, por Mercadet y Justin. Danglard notó que a su derecha se habían sentado los descontentos dubitativos, como Voisenet y Kernorkian. Y a su izquierda, los descontentos decididos, con Noël en cabeza. El cabo Lamarre, recién llegado de su permiso en Granville e ignorante de la situación, se había quedado entre dos sillas vacías y leía rápidamente los informes de la última quincena.

Como un retrogusto de la Asamblea de Robespierre, pensó Danglard, con sus facciones, sus rabiosos, sus girondinos, sus indulgentes, su Llanura. Suspiró. Algo se rompía en el reino de Adamsberg, y no estaba seguro de no ser él mismo el principal responsable. Desabrido, no había mandado ni un solo mensaje a Islandia para interesarse por el desarrollo de la inútil expedición, que, sin embargo, sospechaba peligrosa. Como era normal, él a su vez tampoco había recibido ninguno. Pero no se hacía ninguna ilusión, Adamsberg no traía nada en su equipaje, ni siquiera una botella de *brennivín* para él.

Veyrenc entró bastante majestuosamente con sus muletas de madera, y se sentó en la silla que Retancourt le había reservado junto a ella. Se colocó de lado y pidió a Estalère un taburete para apoyar la pierna.

Danglard se sobresaltó. Veyrenc se había lesionado. ¿Cómo? Y comparando los rostros del teniente Veyrenc y de Retancourt, pálidos, ligeramente alterados por pliegues y bolsas, comprendió que habían pasado por algo malo. Y él, Danglard, el normalmente tan leal Danglard, ahora parapetado tras su tenaz irritación de oponente, no había preguntado por ellos. Rehuyó el ataque de remordimiento y se preparó para el informe del teniente Veyrenc. Que no conduciría a nada. Y ahí dolía, mucho.

—¿Esperamos a Adamsberg? —preguntó, consultando su reloj.

—No —dijo Veyrenc, examinando los rostros hoscos o las cabezas inclinadas, cruzando la mirada con el comandante.

—¿Herido, teniente? —preguntó Mordent.

—Una agarrada bastante osada en la orilla desierta de la isla tibia.

—Y ¿con quién? —se extrañó Danglard—. Si la orilla está desierta...

—En efecto —dijo Veyrenc—. «Avanzaban sus fauces, nadie podía verlo; / reptando blanquecino sobre guijarros negros. / Había hecho un presente, mas le fuimos ingratos; / y me mordió hasta el hueso, cobró lo que era suyo».

Veyrenc hizo un gesto amplio con el brazo, que para él evocaba al *afturganga*, pero que Danglard interpretó de forma distinta: «Ustedes no lo entenderían». Lo cual venía a ser lo mismo.

—De modo que llegaron a la isla —observó Danglard—. ¿Y después?

—Permita, comandante, que exponga los hechos a mi manera.

—Hágalo —dijo Danglard.

¿Cuánto tiempo hacía que una reunión de la Brigada no se desarrollaba en un ambiente tan chirriante?, se preguntó con algo de melancolía. Consciente, al mismo tiempo, de que el tono de su propia voz contribuía decisivamente a ello. Un pensamiento fulgurante lo recorrió en un escalofrío. ¿Le convenía, de alguna manera, la escapada de Adamsberg, incluso su desertión, que lo situaba a él, Danglard, en el puesto provisional de jefe de Brigada? ¿Buscaba, sin querer, la expulsión de Adamsberg? En caso afirmativo, ¿desde cuándo? ¿Desde que se había puesto aquel brillante traje violeta que tanto lo realzaba? ¿Desde que había experimentado —saboreado, admirado— el poder de dominación de Robespierre? Pero él, el nuevo dirigente por defecto, ¿qué había hecho, dicho o descubierto que hiciera progresar la investigación en el caso Robespierre? ¿Aparte de verter su sapiencia cuando se le pedía que lo hiciera? ¿Y Noël y Voisenet y Mordent? ¿Acaso había aportado alguno de ellos un solo grano de arena al edificio?

Los granos de arena. Por una asociación de ideas simple y rápida, Danglard volvió a ver los lienzos de Céleste; bueno, su único lienzo, con su moteado rojo, que había que observar con lupa para descubrir las mariquitas. ¿Sería ese el somero mensaje de Céleste? ¿Atraer la atención sobre la dignidad risueña de las cosas pequeñas, ínfimas e ignoradas? ¿Había avanzado él sin lupa, incapaz de recoger una sola mariquita?

A punto de sentir un vago vahído, Danglard se sirvió un gran vaso de agua que se bebió de un solo trago, hecho inhabitual, mientras Veyrenc empezaba su informe en el momento en que la barca se alejaba del puerto de Grímsey hacia el islote, sin acompañante autóctono. Veyrenc había omitido las advertencias de Rögnvar y su pierna arrancada por el *afturganga*.

Evidentemente, el episodio de la identificación de los huesos humanos y lo que implicaban en el drama —el canibalismo— desencadenó oleadas sucesivas de estupor y repulsión, exclamaciones, indignación, preguntas, alarmas. Por unos breves

instantes, esos hechos excepcionales vencieron los humores y las facciones. Adamsberg no se había equivocado, lo sucedido en la isla era una historia muy distinta de la que conocían.

Veyrenc mantenía las distancias, atento a las turbulencias, y prosiguió con la acción decisiva de Retancourt para sacarlos de la bruma mortífera, aunque sin recrearse en ello para evitar cualquier llamada a la compasión. Hubo algunos silbidos de admiración e inclinaciones de cabeza aprobadoras. Hasta que se restableció cierta calma y Noël atacó con las conclusiones concretas de esta expedición.

¿Qué les aportaba exactamente?

¿Exactamente? Por muy sorprendentes que fueran los resultados, ¿en qué progresaba la investigación y de qué manera?

Confusión, opiniones divergentes, vanas discusiones.

—Kernorkian —interrumpió Danglard—, ¿su informe sobre cómo se nos escapan Lebrun-Leblond? ¿Qué conclusiones se extraen del examen de la red de sótanos, tejados y patios? El comisario se lo había pedido, ¿no es así?

—Sí, comandante. Está hecho.

—¿Hecho? ¿Sin que yo conozca las conclusiones?

—Lo siento, comandante. Pensaba que debía entregar mi informe al comisario a su regreso.

Una vaga acritud, de nuevo, en los pensamientos de Danglard, una acritud que nunca había conocido y que no le gustaba. Llenó el vaso de agua y dio algunos sorbos para diluirla.

—En ausencia del comisario, lo sustituyo. ¿Red de sótanos?

—No, comandante, no hay comunicación por los sótanos ni por los patios. Pero puede haber una salida por los tejados. Los paneles de cinc son lisos; y las inclinaciones, fáciles. Entre los dos edificios, la separación es de treinta centímetros y está protegida por una reja antipalomas. No se trata de ninguna hazaña deportiva. Por un tragaluz, se entra en el edificio del 22; y por el aparcamiento, se sale a una calle lateral. Así es, muy probablemente, como dejan a François Château sin ser vistos.

—Entonces el lunes que viene, por la noche, sigue usted a Leblond desde esa salida y localiza su domicilio. Llevará a cabo la operación con Voisenet y Lamarre. Un coche y una moto.

—Bien, comandante.

—¿Y luego qué? —Volvió a atacar Noël—. ¡Y luego nada! Cuatro muertos. Y vamos a continuar persiguiendo a esos fantoches, Château, Lebrun, Leblond, Sanson, Danton y demás, elegidos entre setecientos, a falta de algo mejor, a falta de nada. Mientras nuestro comisario se larga a Islandia a resolver un drama turístico.

—A cargo de su propio bolsillo —señaló suavemente Justin.

—Pero ausente —subrayó Noël con voz fuerte, seguida de los murmullos de descontento de siete hombres uniformados.

—El estancamiento de la investigación no se le puede achacar a él —intervino

Mercadet—. Esperamos impacientemente tus sugerencias, Noël.

—¿Es Adamsberg el único que tiene el deber de pensar? —añadió Retancourt.

—Ah, pero ¿piensa? —replicó Noël—. La investigación está en punto muerto porque Adamsberg está estancado, y está estancado porque anda por ahí, en el Creux o en el Polo Norte. Y ese estancamiento nos contagia, nos clava en el suelo, nos priva de iniciativa.

—Nadie te ha pedido que seas tan sensible a su influencia —dijo Mercadet.

—No veo dónde está el error —añadió Froissy—. Se han llevado a cabo todas las investigaciones, todos los interrogatorios y los seguimientos posibles.

Adamsberg, que llegaba tarde adrede, escuchaba esos últimos intercambios apoyado en el marco de la puerta.

—Que siguen sin dar ningún resultado —dijo Mordent—. Es como si echáramos agua sobre la arena.

—Y ¿por qué? —dijo Justin, mirando a Danglard.

—Ciertamente, su espíritu estaba en Islandia —articuló prudentemente Danglard—. Pero ahora ese apartado está cerrado.

Adamsberg eligió ese momento para empujar la puerta, generando una onda de silencio total.

Examinó en primer lugar la pierna de Veyrenc, para asegurarse de que el viaje no había conllevado ninguna complicación, órdenes de Almar. Volvió a ver a Brestir, Eggrún, Gunnlaugur, Rögnvar, agitando los brazos en el puerto. Y frente a él, estos hombres ceñudos en semirrevuelta, frustrados por la impotencia de la investigación, exasperados por su propia falta de inspiración, incapaces de admitir que la bola de algas era oscura y correosa. Necesitaban una válvula de escape para compensar esa insatisfacción: él. Se cruzó con las vacilantes miradas de Danglard y de Mordent, que ya no lo esperaban, y se situó de pie detrás de los asientos de Retancourt y de Veyrenc, mientras Estalère le deslizaba una taza de café entre las manos. Observaba a los presentes, fijándose en los cambios de sitio, los rencores, las dudas, las frentes endurecidas y esa ligera vacilación en el semblante de Danglard, con un hombro alto y un hombro bajo, como dividido entre sedición y desamparo.

¿Danglard futuro cabecilla de equipo? ¿Y por qué no? Poseía una claridad y una ciencia muy superiores a las suyas. Desapegado, casi indiferente, Adamsberg observó a su equipo, sin saber ya exactamente si seguía siendo *su* equipo. Escogió sus palabras.

—Como ya ha expuesto Veyrenc, la exploración islandesa ha hecho estallar las mentiras de Victor y de Amédée Masfauré. Nos muestra a un asesino dispuesto a todo para mantener en secreto sus dos crímenes y la antropofagia.

—Dispuesto a todo —dijo Noël—, pero que, aun así, no ha hecho nada en diez años. ¿Por qué nos concierne todo esto?

—Porque, de los doce viajeros, quedan seis en peligro de muerte, a los que tenemos que añadir a Amédée.

—Que siguen sin estar muertos ni amenazados.

Noël tenía más valor que otros, como Voisenet, cabizbajo, o Mordent, que hojeaba su dossier. Valor ampliamente alimentado por su violencia natural, pero valor al fin.

—Simple información, teniente —dijo Adamsberg—. En cuanto al tablero Robespierre, sigue sin moverse. Ahora bien, los animales se mueven. De lo que se deduce que existe una causa para este inmovilismo que no es la fatalidad, que no es la mala suerte. Creo presentirla, pero no la puedo expresar. ¿Toma nota, Danglard?

—Sí —dijo Danglard con voz plana—. Lo que sigue sin conducirnos a ninguna parte.

—¿A ninguna parte?

Danglard interrumpió sus notas, alertado por una ligera modificación en la voz del comisario, que se tornaba incisiva. Un hecho inusual y siempre acompañado de una mirada anormalmente precisa. Levantó los ojos y la vio, esa mirada de taladro, levemente candente, que surgía de la atonía habitual en los ojos de Adamsberg. Para él, quizá, y solo para él, ese destello tan breve, y ya desaparecido.

—¿Adónde? —preguntó Danglard.

—Al movimiento. Hay que ir adonde se mueven los animales. No entretenerse, como supo entender Retancourt, donde la bruma nos inmoviliza. Estaré ausente esta tarde. Mientras tanto, Danglard, se queda al mando de la Brigada. Tengo la impresión de que algo lo ha seducido en este relevo.

Adamsberg se acabó el café frío y, bolsa de plástico en mano, rodeó la mesa hasta situarse cerca de su colaborador más antiguo. Cogió el lápiz que este sujetaba y escribió debajo de sus notas: «¿A ninguna parte, Danglard? El *afturganga* nunca convoca en vano. Y su ofrenda conduce siempre a un camino».

Después sacó de la bolsa la botella de *brennivín* y la dejó amablemente encima de la mesa.

—Nos vamos —dijo a Veyrenc, pasando tras él.

—¿Al Creux? —murmuró Retancourt.

—Sí.

Veyrenc se irguió sobre sus muletas, mientras Retancourt, sin haber sido convocada, se levantaba a su vez para seguirlos. Extraña conversión, pensó Adamsberg. Cuando uno las ha pasado canutas en la bruma, las ha pasado canutas en la bruma, habría explicado Rögnavar.

XLII

—¿En el fondo, qué es lo que queremos que nos digan? —preguntó Retancourt.

Habían almorzado en la Auberge du Creux, abierta ese Primero de Mayo, y avisado a los hermanos Masfauré de su llegada. Guardándose mucho de mencionar su viaje a Islandia. Al teléfono, Victor, que ignoraba las razones de esa nueva visita, se había mostrado alerta. Porque Adamsberg había pedido que el encuentro tuviera lugar en uno de los pabellones de la entrada, fuera del alcance de Céleste.

—Ante todo, lo que queremos es terminar —dijo Adamsberg con un pensamiento para Lucio—. En segundo lugar, intensificar el movimiento.

—Victor no hablará del asesino —dijo Veyrenc.

—No se puede forzar una puerta con un único golpe de hombro. Hoy le vamos a dar una embestida.

Y Retancourt se abstuvo de preguntar la utilidad de todo esto.

Ahora, instalados en el pabellón de Amédée, los dos hermanos los miraban sin decir palabra, en guardia.

—Anoche regresamos los tres de Islandia —dijo Adamsberg—. Más exactamente, de la isla de Grímsey y, para ser más precisos, de la isla tibia. La isla del Zorro. Duro combate —añadió, mostrando la pierna de Veyrenc—, digno de las informaciones que traemos. Informaciones que, a diferencia de la última vez, no le dirán nada nuevo.

—No entiendo a qué se refiere —dijo Victor a media voz—. No veo qué pueden «traer». No hay nada en la isla del Zorro.

—Hay agujeros de estaca. En el emplazamiento mismo de vuestro antiguo campamento. Estabais instalados en lo alto de la playa, protegidos hasta cierto punto por las bases de los dos conos, ¿no es así?

Victor asintió.

—No pudisteis ver esos agujeros, ya que en la época de su expedición estaban ocultos bajo la nieve. Pero después, Victor, la nieve se derritió. Y los residuos que la salpicaban fueron a parar al fondo de esos orificios. Bien protegidos de los vientos glaciares.

—Esto no tiene sentido —dijo Victor—. ¿Han ido hasta allá para hurgar en agujeros de estaca? ¿Cuya existencia ignoraban?

—Así es.

—¿Para buscar qué?

—Grasa de foca, ¿por qué no?

—¿Y la han encontrado?

—No. Carbón, sí, pero no grasa. Lo siento, lo siento de verdad. Acompáñame fuera, Victor.

Adamsberg se apoyó contra el muro del pabellón, protegiéndose de la lluvia que empezaba a caer. Sacó de su chaqueta la caja de pastillas para la tos y deslizó los cinco huesecillos en el hueco de su mano.

—De mentira en mentira, llegamos casi al final del camino. Son huesos humanos, huesos de la muñeca. Pertenecientes a una mujer y a un hombre adultos. Despedazados, asados y consumidos. Fíjate en las señales de fuego y los tajos de cuchillo.

Adamsberg guardó los huesos en la caja y se la metió en el bolsillo.

—El análisis de tu ADN, o del de Amédée, demostrará que tres de estos restos pertenecen a Adélaïde Masfauré. Y el de la hermana de Éric Courtelin probará que el otro cuerpo es el del legionario. ¿Es eso lo que Alice Gauthier confesó a Amédée? ¿Que habían sido devorados? ¿Lo sabe?

—Sí —dijo Victor—. La cabronaza de Gauthier. No tenía que haberse enterado, nunca.

—¿Aguanta el tipo?

—Mal. Está bajo tratamiento. Duermo en su habitación desde que volvió de verla. Grita en sueños, lo despierto, lo tranquilizo.

Adamsberg volvió adentro y se sentó frente a Amédée.

—Entonces, ¿Alice Gauthier te lo contó todo? —preguntó.

—Para el descanso de su alma, sí —dijo Amédée entre dientes.

—¿Y qué más? ¿Que habían muerto de frío o que los habían matado?

—Que él los había matado.

—¿Por accidente, en los enfrentamientos? ¿O intencionadamente, para... consumirlos?

—Voluntariamente, para consumirlos —murmuró Amédée—. Es lo que todos comprendieron después.

—¿Cómo lo comprendieron?

—Aquel a quien llamaban Doc escupió un huesecito. Del legionario. En la tercera cena. El Doc lo dijo todo. Era demasiado tarde, ya se lo habían...

—Consumido —lo ayudó Adamsberg.

—Y una mañana encontraron muerta a mi madre.

—¿Apuñalada?

—No, seguramente asfixiada en la nieve, según dijo Gauthier, poco antes del alba.

—Así que, cuando el asesino les trajo, unos días después, digamos que lo

necesario para sobrevivir, supuestamente una joven foca, todo el mundo comprendió de qué se trataba: les proponía volver a repetir la experiencia.

—Sí.

—Ya basta —ordenó Victor—, déjelo. Sí, lo comprendimos. Todos.

—Y aun así, ¿lo hicieron? ¿Esa vez conscientemente?

—Sí, todos menos yo. Yo sabía que era mi madre.

Verdadero o falso, pensó Adamsberg.

—Es la verdad —dijo Amédée—. Alice Gauthier dijo que «el joven no había comido».

—¿Y cómo sobreviviste, Victor?

—No lo sé. Yo era el más joven.

—Y ¿por qué no te rebelaste, no te opusiste?

—Eran nueve contra mí. Nueve, todos de acuerdo para hacerlo.

—¿Entre ellos, Masfauré?

—Sí —Victor inspiró—. Estaba sentado a mi lado. Muy débil, tiritando de frío. Le supliqué que no lo hiciera. Me dijo que ella estaría para siempre en él. Y lo hizo.

—Y ahora —dijo Adamsberg— entendemos por fin la gravedad del silencio que les fue impuesto. La amenaza que gravita sobre cada uno de ustedes. Y por qué han sido tan dóciles. Era indecible. Pero no cuando se aproxima la muerte. Es lo que hizo Alice Gauthier tan egoístamente. Es lo que puede hacer cualquiera de ustedes, en un momento de gran debilidad, de remordimientos, depresión, conversión, enfermedad, desesperanza. Y creo, estoy seguro —continuó Adamsberg, que se levantó y se puso a caminar por el pequeño comedor— de que los vigila, que los escruta, que los convoca. Que todos ustedes se reúnen y que él los pasa regularmente por la criba.

—¡No! —gritó Victor—. Nos llamamos y él lo sabe. No tiene necesidad de vernos ni de «escrutarnos».

—Os reunís —insistió Adamsberg, elevando la voz—. Y sabes quién es. Probablemente no sabes cómo se llama, pero sí por lo menos cómo es. Descríbemelo, ayúdame a encontrarlo.

—No, no lo sé.

—No eres el único en peligro, Victor. Amédée también lo está. Ahora él sabe lo mismo que los demás.

—Yo lo protejo. Amédée no hablará.

—No —confirmó Amédée, febril y lánguido.

—¿Y los demás? ¿Te importan un bledo?

—Sí.

—¿Porque se comieron a tu madre?

—Sí.

Adamsberg hizo una seña a sus adjuntos. Levantaban el campamento.

—Mide, Victor, las consecuencias de tu silencio.

—Ya están medidas.

Dejaron a los dos hermanos en silencio, Amédée con la frente apoyada en las manos; Victor, rígido y resuelto.

—No se vendrá abajo —dijo Veyrenc cuando subían al coche.

—Puede que Amédée sí —dijo Retancourt.

—Pero Amédée no sabe qué aspecto tiene el asesino.

Volvieron bajo la lluvia que azotaba violentamente el parabrisas.

—Has hecho bien en no mostrarle los huesos a Amédée —dijo Veyrenc.

—Qué menos —dijo Adamsberg con un escalofrío.

Ya fuera por el efecto de la chaqueta mojada o de la fugaz imagen de la mano de un hombre enseñándole los huesos de su madre devorada.

—Los llevo a la Brigada —les dijo—. Pero no entro.

—¿Deja el campo libre, comisario? —preguntó Retancourt, revolviéndose.

—¿Para qué provocarlos? El fracaso los extenua, la derrota los contrae. ¿Qué piensan ustedes de Danglard? —añadió sonriendo—. ¿Creen que ansía esta plaza?

—Danglard no está como de costumbre —aseguró Veyrenc—. Algo lo perturba.

—Y me parece que es Robespierre —dijo Adamsberg.

Zerk se desplazaba en silencio. Su padre se había dormido sin cenar, con los pies apoyados en la chimenea. Sabía lo que había pasado en Islandia y velaba su sueño. El hecho de que Violette lo hubiera salvado del *afturganga*, como había salvado al palomo, había aumentado todavía más su admiración hacia ella. El timbre del teléfono, a las diez y diez, lo exasperó. Adamsberg abrió los ojos y descolgó.

—Comisario —anunció Froissy—, ha habido otro.

XLIII

Adamsberg se levantó y se despertó del todo.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó mientras cogía su libreta.

—En Vallon-de-Courcelles, a ocho kilómetros de Dijon. No ha muerto. Se ha salvado de milagro.

—¿Quién ha avisado?

—La gendarmería de Dijon. El hombre se ha presentado él mismo en Urgencias. Está hospitalizado. El asesino lo ha ahorcado, pero la víctima ha logrado desprenderse del nudo corredizo.

—¿Qué dice?

—De momento, no habla. Tiene dañada la tráquea, está con asistencia respiratoria hasta que baje la inflamación. Pero está bien, saldrá de esta. Se expresa mediante gestos y escribe, muy poco todavía. Los gendarmes han ido al lugar donde sucedió, un garaje adonde nuestro asesino había llevado a su víctima a la fuerza.

—¿Por qué *nuestro* asesino? ¿Por qué no un suicidio?

—Porque han encontrado el signo, dibujado con un rotulador en un bidón de gasolina. En rojo esta vez.

—Azul, blanco, rojo, la Revolución. Ese cabrón se está divirtiendo.

—Sí. Según los gendarmes, la víctima, un cachas, se enganchó con el brazo a una cadena que colgaba del techo. Han tomado las huellas incrustadas en su piel. Logró impulsarse hacia arriba y aflojar la cuerda, luego apoyar el pie izquierdo en una estantería mural y quitarse el nudo corredizo.

—¿Y se llama?

—Vincent Bérioux. Cuarenta y cuatro años, casado, dos hijos, informático; le mando su foto. Está entubado y en cama, o sea, que no necesariamente sale tal como es, pero así tendrá usted una impresión general.

Adamsberg se descargó la foto en su móvil. El hombre podía corresponder a la vaga descripción que Leblond había hecho del ciclista. Cabeza cuadrada, rostro bien proporcionado, bastante apuesto, no muy expresivo, y ojos pardos de mirada vacía, lo cual resultaba comprensible después de un choque de ese calibre. Marcó el número que le había dado Château, por si había una emergencia —«No intente localizar el número, comisario, no está a mi nombre»—, y le mandó la foto para que la reenviara inmediatamente a Leblond y Lebrun, durmieran o no.

Mientras tanto, Zerk había calentado la cena, puesto la mesa y servido dos vasos de vino, y Adamsberg se lo agradeció con una seña mientras llamaba a la gendarmería de Dijon. Le pasaron al sargento Oblat, encargado del caso.

—Esperaba su llamada, comisario. Acabo de terminar el interrogatorio de la víctima —dijo Oblat con fuerte acento borgoñón—. Intentamos entendernos por

gestos, escribe un poco. Efectivamente, fue agredido hacia las siete de la tarde y conducido a su garaje, donde la cuerda y la silla ya estaban listas.

—¿Forzaron el garaje?

—No estaba cerrado. Solo hay herramientas corrientes, clavos, bricolaje.

—¿Conoce a su agresor?

—Jura que no. Dice que el asaltante es gordo, casi obeso. Cosa de metro ochenta o menos. Es todo lo que tenemos, llevaba una máscara en la cara y una peluca blanca.

—¿Blanca?

—Sí, y en el suelo, bajo la cuerda, hemos encontrado un mechón de pelo blanco, artificial.

—¿Pelo liso o rizado? —preguntó Adamsberg, que, obedeciendo a un gesto de Zerk, atacó la tortilla de patatas antes de que se enfriara.

—No he preguntado. Un gordo, vamos, eso es todo lo que tenemos. Ah, sí. Llevaba gafas, debajo de la máscara. O sea, un gordo con gafas. Con traje gris, de lo más corriente.

—¿Nadie ha visto un coche desconocido en... —echó una ojeada a su libreta— en Vallon-de-Courcelles?

—Hemos interrogado a los habitantes que todavía estaban despiertos. En los pueblos, la gente no es muy parlanchina cuando la sacas de la cama. Mañana haremos un llamamiento a la colaboración ciudadana. En definitiva, de los trece que no dormían, ninguno se fijó en un coche. No creo que el asesino sea tan tonto como para aparcar en la plaza de la iglesia, ¿no? Basta con aparcar a cierta distancia y entrar en el pueblo andando. Todo el mundo cena temprano, todo el mundo se acuesta temprano, no hay un alma en las calles.

—Un gordo con gafas andando.

—Eso no nos lleva muy lejos, ¿verdad, comisario? Hemos empezado la toma de huellas, pero el tipo, con su máscara y su peluca, seguro que no olvidó ponerse guantes. ¿Nos encargamos de la preinvestigación o se la quedan ustedes?

—Se la dejo con toda la confianza, jefe.

—Gracias, comisario. Porque París tiene cierta tendencia a acapararlo todo, ¿me entiende?, sin ánimo de criticar. Pero bueno, ahora se trata de usted, ¿eh?, no de París. ¿Analizamos también el rotulador?

—Es inútil. Pero mándeme fotos del signo. Y del lugar.

—Ya van hacia su Brigada, porque habíamos recibido el anuncio, así que fuimos con ojo. Suicidio maquillado, pensé, hay que buscar si hay un signo. Así es como lo encontré en el bidón. Ni muy escondido ni muy a la vista.

—Excelente, jefe. Pero mándemelo todo ahora a mi correo personal. Sí, se lo delecto. ¿Ha puesto protección a la víctima?

—Las veinticuatro horas del día, comisario, hasta nueva orden. Su mejor protección sería que lográramos evitar a la prensa. Así el asesino no sabría que la víctima ha sobrevivido y no volvería.

—Eso nos dejaría un margen, en efecto.

—Pero ¿qué quiere decir ese signo? ¿Es una H historiada?

—Es una guillotina.

—¿Ah, sí? Eso ya tiene menos gracia, caray. ¿Como las de la Revolución?

—Exactamente.

—¿Es un pirado o qué? ¿Un revolucionario chalado o algo así? O igual lo contrario, ya me entiende.

—Es lo que tratamos de averiguar. Estamos investigando una asociación que trabaja sobre esa época. Pensamos que el asesino merodea por allí, que es donde escoge a sus víctimas. Pero son casi setecientos miembros. Y además, anónimos.

—Pues menudo lío, caray. Y ¿cómo piensa salir de esta?

—Estamos al acecho del movimiento en falso, del error.

—A este paso, tiene tiempo de matar a cuarenta, si se anda con ojo.

—Me doy cuenta, jefe.

—Perdone, comisario, no quería hundirlo.

—No se preocupe. Puede que haya cometido la equivocación esta noche. La mujer y los niños, ¿dónde estaban?

—Pasando el fin de semana con la abuela, en Clamecy.

—Un gordo, con gafas, que va andando y que está bien informado.

—Ánimo, comisario. Cuando una investigación se queda parada, no se puede hacer nada, hay que intentar no quemarse la sangre. Cuando no quiere, no quiere. Diría que me ha gustado charlar con usted. Lo mantengo al corriente de lo que encontremos mañana.

—Habla por los codos, pero no es tonto —dijo Adamsberg al colgar—. Y buen tío.

—Voy a recalentarte la tortilla.

—No te preocupes, me la como así, a la española.

—¿Te vas a Dijon?

—No, me manda todas las informaciones.

—Y ¿por qué el asesino se enmascara así? Perdona, pero es que se oye todo en tu móvil. ¿No podía ponerse una media en la cabeza como todo el mundo?

—En eso es en lo que, posiblemente, se equivoca, Zerk. Pero no podía adivinar que su víctima iba a sobrevivir. Segundo error: huyó demasiado rápido después de haberla ahorcado. La silla debió de hacer ruido al caer. Puede que eso lo asustara.

—¿No avisas a Danglard?

—Froissy está de guardia con Mercadet. Ellos lo harán.

—No quieres hacerlo —dijo Zerk—. En tu opinión, ¿qué es lo que le pasa?

—No es la primera vez que se cabrea conmigo.

—Pero sí es la primera vez que arrastra a los demás. ¿Qué mosca le habrá picado?

—Es porque estamos atascados en un atolladero. Y cuando Danglard se atasca, se aburre. Es su más feroz enemigo. Porque cuando Danglard se aburre, se angustia. Y

cuando se angustia, se viene abajo o agrede. Pero creo, además, que el hecho de conocer a Robespierre no le ha sentado nada bien. Está dopado, en cierto modo. Ya se le pasará, Zerk, no te preocupes.

—¿Aburrirse, cómo?

—Es probablemente una de las pocas cosas válidas que te he dado. Incluso cuando no haces nada, no te aburres.

La respuesta de Château tintineó en su móvil. «Leblond es categórico. Se trata del hombre al que llaman “el ciclista”. Un ocasional del grupo de los infiltrados, o de lo que queda».

«Se llama Vincent Bérioux», contestó Adamsberg. «Vive en Vallon-de-Courcelles. ¿Le suena de algo?».

«De nada. En cambio, he pasado alguna vez por Vallon-de-Courcelles. Es un pueblecito encantador, al pie de una montaña».

—¿Me está tomando el pelo? —preguntó Adamsberg enseñando el mensaje a Zerk.

—No lo creo.

«No es una montaña, está en la región de Dijon», tecleó Adamsberg.

«Es el nombre que le dan allá. Cada cual se crea su propia Montaña, comisario. Buenas noches».

—Sí, me está tomando el pelo.

Adamsberg llamó a Froissy.

—¿Quién está de guardia esta noche en el domicilio de François Château?

—Un segundo, comisario. Lamarre y Justin. Pero Château no ha vuelto a su casa esta noche. Y eso que siempre vuelve a la misma hora. Así que Noël se ha pasado por el hotel hace un cuarto de hora. A veces, Château trabaja hasta tarde. Tienen una inspección fiscal dentro de quince días y es probable que el contable esté un poco liado. Pero no estaba, o ya no estaba, en su despacho.

—¿Lo ha visto alguien entrar o salir?

—Nadie, comisario. Château pasa por el jardín, por donde tiene acceso directo a su despacho. Puede muy bien haber estado allí sin que nadie lo viera.

—Como muy bien puede haber estado fuera, Froissy. Y ahora, con el tiempo suficiente para haber vuelto de Dijon.

Adamsberg escribió un nuevo mensaje para François Château.

«¿Dónde está usted, Château?».

«Estoy en mi casa y acostado. ¿Ha visto qué hora es, comisario?».

«Las 23:15. Mis hombres no lo han visto volver».

«Entonces es que ven mal, lo cual no resulta muy tranquilizador para mi protección. He trabajado en el hotel; tenemos una inspección fiscal. He vuelto hace veinte minutos».

—Mierda —dijo Adamsberg, tirando el teléfono sobre la mesa.

—Pero el agente dijo que el agresor era gordo.

—Es un tío de la asociación, por lo tanto es un tío que sabe disfrazarse. Si parece gordo, es que es delgado. Château es delgado.

—Pero también bajito. Ha hablado de un tipo de metro ochenta, ¿no?

—O menos.

—¿Y por qué iba Château a tirar piedras contra su propio tejado cargándose a sus propios miembros?

—Igual que lo hizo Robespierre cargándose a los suyos.

Adamsberg consultó su pantalla antes de subir a su habitación. El sargento Oblat había sido rápido: fotos del signo y del lugar. Se acercó una silla y examinó las imágenes de cerca, con Zerk inclinado sobre su hombro.

—Al final, ¿te vas a Dijon? —dijo simplemente.

XLIV

El sargento Oblat lo condujo desde la estación hasta el garaje de Vincent Bérieux, en Vallon-de-Courcelles.

—¿No han tocado nada? —preguntó Adamsberg al entrar.

—Nada, comisario, por lo del signo. Lo esperábamos.

—Jefe, en su opinión, ¿por qué el asesino no centró la cuerda? ¿Por qué está enganchada a un lado?

Oblat se rascó la nuca, demasiado ceñida por el cuello de su uniforme.

—Quizá porque lo molestaban los bidones de carburante —dijo.

—Quizá. La silla a la que lo subió pesaba mucho. Salga un momento y escuche.

Adamsberg levantó la silla y la dejó caer al suelo.

—¿Qué, jefe, qué ha oído?

—Poca cosa.

—¿Lo habrían podido percibir los vecinos?

—Están demasiado lejos, comisario.

—Entonces, ¿por qué huyó tan rápido, tan precipitadamente?

—Los nervios, solo se me ocurre eso. Después de cuatro asesinatos, imagínese, nadie es de acero.

—¿Podemos descolgar la cuerda?

—Es suya —dijo Oblat, subiéndose a la silla.

Adamsberg la palpó, como se palpa un tejido, deslizó su mano a lo largo de las ásperas fibras, corrió el nudo y se la devolvió al cabo.

—¿Puede llevarme al hospital?

—Ahora mismo —dijo Oblat—. Ya lo verá, el tipo no es muy hablador.

—Los nervios —dijo Adamsberg.

—Sobre todo es que está conmocionado. Como si quisiera olvidarlo todo, suele pasar.

Cuando Adamsberg entró en el hospital de Dijon era casi la una y media y los pacientes ya habían comido. Flotaban en el aire efluvios de col y de ternera sin edad. Vincent Bérieux no lo esperaba y veía lánguidamente la televisión desde su cama, entubado y con perfusión. El comisario se presentó y se interesó por su salud. Dolor. Aquí, en la garganta. Hambre. Cansado. Los nervios, el *shock*.

—No me quedará mucho —dijo Adamsberg—. Su caso está relacionado con otras cuatro víctimas.

Con un movimiento de cejas, el hombre expresó: «¿Por qué? ¿Cómo?».

—Por esto —dijo Adamsberg, mostrándole el dibujo del signo—. Estaba

dibujado en un bidón de su garaje. También en casa de las otras cuatro víctimas. ¿Lo reconoce?

Bérieux sacudió la cabeza varias veces, en un signo ampliamente negativo.

Adamsberg no había previsto que fuera tan difícil leer en el rostro de un hombre con la boca abierta, enmascarada por un tubo y con los rasgos crispados por un dolor continuo. No habría sabido decir si Bérieux mentía o no.

—Esa peluca blanca, ¿podría describírmela?

El enfermo pidió su libreta y su bolígrafo.

Estilo antiguo. Como las que llevaban los hombres antiguamente

—¿No tiene ninguna idea de la identidad del agresor?

En absoluto. Vida sencilla, tranquila

—No tan tranquila, señor Bérieux. ¿Qué lo impulsa de vez en cuando a dejar Vallon-de-Courcelles, su tranquilidad, su vida apacible, la familia, para ir la Asociación de Estudio de los Escritos de Maximilien Robespierre?

Bérieux frunció el ceño, sorprendido, fastidiado.

—Lo sabemos —dijo Adamsberg—. Las otras cuatro víctimas asistían también.

El hombre volvió a coger el bolígrafo.

—*No digan nada a mi mujer, ella no lo sabe. No le gustaría.*

—No diré nada. ¿Por qué, señor Bérieux?

—*Me lo había comentado un colega. Voy a menudo a París, cursos de formación, softwares. Una noche, entré.*

—¿Por qué?

Curiosidad

—No me parece suficiente. ¿Le gusta la historia?

—*No.*

—¿Entonces?

—*Mierda. Siempre he tenido debilidad por Robespierre. Quería ver. No se lo diga a mi mujer* —escribió, subrayando esta última frase.

—¿Y después? ¿Después de haber visto?

—*Mierda. Quedé cautivado. Volví. Como quien va al casino.*

—¿Cuántas veces acude?

Dos veces al año

—¿Desde hace cuánto tiempo?

Seis o siete años

—Henri Masfauré, Alice Gauthier, Jean Breuguel, Angelino Gonzalez, ¿le suenan estos nombres?

Gesto de la cabeza: «No».

Adamsberg se sacó de la chaqueta las fotos de las cuatro víctimas.

—¿Y de vista?

«Sí», dijo Bérieux asintiendo, después de haber mirado varias veces las fotos.

—¿Hablaban entre ustedes?

Allí no hay nada que decirse. No se va para charlar. Se asiste

—Me han dicho que se conocían ustedes. No mucho, pero algo. Que intercambiaban algunas palabras, algunos gestos.

Saludos de cortesía, como con tantos otros

Adamsberg buscó sus ojos: bajos, fingiendo cansancio. No diría nada más, nada en absoluto. A esos otros los conocía. Vincent Bérioux estaba infiltrado en la asociación, al igual que ellos. ¿Con qué propósito? ¿Al servicio de quién? Y ¿en busca de qué, durante tantos años?

El paciente pulsó un timbre para llamar a la enfermera. Cansancio, nervios, dio a entender.

—Lo está agotando —dijo la enfermera—. Su ritmo cardiaco se ha acelerado. Si es realmente necesario, le ruego que vuelva en otra ocasión. Ha sufrido una gran conmoción, entiéndalo.

«Su ritmo cardiaco se ha acelerado», pensaba Adamsberg mientras comía en la plaza Saint-Bénigne, a dos pasos de la estación. Vincent Bérioux había detestado sus preguntas. Adamsberg volvió a pensar en los mensajes de François Château, la noche anterior. Al presidente no pareció chocarle ni se mostró inquieto porque hubieran agredido a otro de sus miembros, el quinto. Más bien cáustico, desapegado. La noche anterior, Château era Robespierre, indiferente a la suerte de los demás.

Le contestó Justin al teléfono.

—¿Qué demonios hicieron, Lamarre y usted, en la vigilancia de anoche? —preguntó abruptamente—. Château dice que volvió a las 22:55, pero ustedes no lo vieron.

—Pudo volver por los tejados —dijo Justin.

—Qué va, el acceso al aparcamiento está vigilado ahora. ¿Qué demonios hicieron?

—No nos movimos ni un metro, comisario.

—Lo cual no impide hacer algo. Teniente, no lo mando a la guillotina, pero piense, es importante.

—Bien, en un momento dado, estuvimos jugando a cara o cruz. La moneda rodó un poco lejos. Lo que tardamos en recogerla y examinarla, yo diría que un minuto. He de decir que era de dos euros.

—Tiempo suficientemente largo para que Château entrara en el edificio.

—Sí.

—Mientras ustedes jugaban.

—Sí.

—¿A qué apostaban?

—Si Château iba a volver o no.

—¿Y qué dijo la moneda?

—Que iba a volver.

Desde el tren, Adamsberg informó por SMS al comisario Danglard: «Cuerda enganchada a un lado, trenzado rasposo, pelos blancos de peluca, silencio de la víctima». Mandó el mismo mensaje a Veyrenc y a Retancourt.

«¿Cómo es el tipo?», respondió Veyrenc.

«Un gato encogido. Un gato muy musculoso, muy fuerte».

«¿Vienes a la Brigada?».

«No. ¿Cómo está la cosa?».

«Chirriante, pegajosa, sulfurada. ¿A las 18:00 en tu casa?».

«Allí estaré».

Veyrenc dejó su móvil. Era tan raro que Adamsberg no se pasara por la Brigada en sábado, en plena investigación, que sentía la necesidad de hacerle una visita. No porque temiera que el humor contestatario que reinaba en el equipo fuera a afectar al comisario en profundidad: no era permeable a este tipo de fenómeno nervioso, que resbalaba en la superficie de su indolencia. En cambio, la oposición de Danglard era de otra naturaleza y el comisario debía de acusarla de alguna manera.

Los dos hombres habían pasado más de una hora y media diseccionando en vano los elementos del caso, a cual más volátil. Leblond había llamado para que le dieran más detalles. Algo tenso, pero sin más. Con Lebrun, la cosa era más delicada. Había pasado de nuevo por la Brigada, barbudo y melenudo, alarmado por la noticia del nuevo intento de asesinato.

—Sudaba —dijo Veyrenc—. Y se le corría el maquillaje.

—Supongo que habrá exigido una protección más completa.

—Sí. Incluso ha pedido que se vigile la totalidad de los accesos del hospital de Garches. Lo cual es imposible.

—Y ¿para vigilar a quién? ¿A un hombre del que no tenemos ni la menor idea, perdido entre los que ingresan y los que vienen de visita? Sabemos que lleva gafas y que anda con sus dos piernas. ¿Qué ha decidido Danglard?

—Le ha propuesto que se tome unas vacaciones, enclaustrarse en la casa de ese amigo donde se aloja o marcharse. Imposible también, por su trabajo y por la asociación. Danglard le ha asignado otro hombre más, para que se tranquilice. También quería un permiso de armas para defenderse en caso de ataque.

—Las resistencias se aflojan. En todas partes.

—No parece inquietarte.

—Al contrario, me gusta. Cuando se aflojan las resistencias, se crea movimiento. ¿Entiendes, Louis? El movimiento que nos falta. La peluca, los pelos blancos encontrados en el garaje, son un movimiento. Porque están de más. Como dice Zerk,

¿por qué no ponerse una media en la cabeza, como todo el mundo? El sargento de Dijon me ha vuelto a llamar. Los pelos son largos y con las puntas ensortijadas. O sea, que se han caído de una peluca, ya puedes imaginar de qué clase. Esto no nos lleva muy lejos, pero en fin, el asesino se ha arriesgado. ¿Por qué la lleva?

—¿Para sumergirse en el papel?

—Piensas en Château. Pero creo que no necesita ese artificio para entrar en el personaje. Puede que sea a la inversa. Para que el personaje entre en él y lo posea. Sabe qué hacer. Tiene la llave. Mucho más poderosa que una miserable peluca que cualquiera puede ponerse.

Veyrenc se sirvió otro vaso de oporto.

—¿Recuerdas la muerte de Robespierre? —prosiguió Adamsberg, animándose—. ¿Lo que nos contó Danglard en el coche? ¿Cuando lo transportan herido en una camilla, cuando dos cirujanos acuden para curarlo?

—Sí, claro.

—Uno de los médicos le mete la mano en la boca. Y saca una masa sanguinolenta y dos dientes que han saltado. Ahora, tú eres ese cirujano. Haz un esfuerzo. Robespierre está tumbado delante de ti. Él que, hasta hace poco, era el amo adulado del país, el ídolo de la Revolución, el gran hombre. ¿Qué haces con los dientes, Louis?

—¿Perdona?

—Los dientes que le has sacado y que tienes en tu mano. Los dientes del gran Robespierre. ¿Te importan un comino? ¿Los tiras al suelo, como un desecho trivial? ¿Como si estuvieras destripando un pato? Piensa.

—Ya veo —dijo Veyrenc al cabo de un instante—. No, no los tiro. No quiero tirarlos.

—No lo olvides, no eres robespierrista. ¿Entonces?

—Aun así. No los tiro.

—Te los quedas —afirmó Adamsberg, golpeando la mesa con la palma de la mano—. Naturalmente; te los quedas. Aunque solo sea para no cometer la blasfemia de echarlos a los perros. Pero luego, ciudadano cirujano, cuando ha muerto Robespierre, cuando su cuerpo ha sido destruido con cal viva para que no reaparezca nunca más, ¿qué haces? ¿Qué haces con los dientes?

Veyrenc pensó rápidamente, tomándose un traguito de oporto, desplazando la pierna.

—Solo soy cirujano, no soy robespierrista —resumió para sí mismo—. Pues bien, unos meses después, se los confío a alguien. A alguien para quien tienen una importancia enorme y que no los hará desaparecer.

—¿A quién? Ayúdame, no lo sé.

Veyrenc se concentró de nuevo, más tiempo, contó con los dedos, sacudió la cabeza, como si evaluara a los posibles candidatos, quedándose con unos, descartando otros.

—A la que lo amó con locura toda su vida. De hecho, había dos mujeres. La señora Duplay, su casera, y una de sus hijas, Éléonore. Pero la señora Duplay se ahorcó en la cárcel después de la ejecución de Robespierre. Me queda Éléonore. Sí, voy a llevarle los dientes a Éléonore. Era su dios.

—¿Qué fue de ella?

—Escapó de milagro a la represión consiguiente y le sobrevivió unos cuarenta años. Pero sin él, su vida se apagó. Vivió ese casi medio siglo como una reclusa; con su hermana, creo. Fue un duelo nunca acabado.

—Entonces, ¿no tuvo hijos?

—No, evidentemente, no.

—Ahora, eres Éléonore.

—Si quieres...

—Concéntrate.

—Sí.

—¿Vas a morirte, Éléonore, después de más de cuarenta años de devoción, sin preocuparte por los dientes de Robespierre?

—No, seguro que no.

—Entonces, ¿a quién vas a confiárselos, cuando veas que te haces vieja?

—¿A mi hermana? Tiene un hijo.

—¿Qué hace el hijo?

—Acabó siendo napoleonista, creo.

—Compruébalo con el *tölva* —dijo Adamsberg, empujando el ordenador hacia Veyrenc.

—Sí, eso es —dijo Veyrenc al cabo de unos minutos—. Mientras Éléonore vive todavía, su sobrino es nombrado ni más ni menos que preceptor de Napoleón III. Traición.

—Entonces, no encaja, Éléonore. ¿A quién se los vas a dar?

Veyrenc se levantó con las muletas, fue a atizar el fuego —un regreso del fresco en ese principio de mayo— y se volvió a sentar. Golpeaba el suelo con su muleta de madera mientras pensaba.

—A aquel a quien los rumores señalaban como hijo de Robespierre —decidió—. Al posadero François Didier Château.

—Vamos bien, Louis. ¿En qué fecha muere Éléonore?

—Vuelve a pasarme el *tölva*. Murió en 1832 —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Lo ves?, treinta y ocho años después de él.

—En esa fecha, nuestro posadero François Didier Château tiene cuarenta y dos años. Poco tiempo antes, ella le entrega los dos dientes. ¿Es eso, Louis? ¿Tú, Éléonore, le confías los dos dientes?

—Sí.

—¿Conservados de qué manera? ¿Como hemos hecho con los huesos islandeses? ¿En una vieja caja de pastillas para la tos?

Veyrenc reanudó el regular repiqueteo con la muleta.

—Ese ruido me pone nervioso, Louis.

—Estoy pensando, eso es todo.

—Sí, pero no sé por qué, ese ruido me irrita.

—Perdona, es un reflejo. No, sobre todo en aquella época; seguramente engastarían los dos dientes en un medallón. De vidrio montado en oro, quizá. O en plata.

—¿Y que se lleva alrededor del cuello?

—Para eso está hecho.

—Y después de François-Didier, ¿a quién van los dientes? ¿De descendiente en descendiente?

—A nuestro François Château.

Adamsberg sonrió.

—Ya está —dijo—. ¿Te parece posible? ¿Correcto?

—Sí.

—Entonces queda realmente algo de Robespierre.

—También queda un mechón de sus cabellos en el museo Carnavalet.

—Pero unos dientes es algo muy distinto. ¿Te has fijado en el gesto compulsivo de François Château cuando interpreta a Robespierre?

—¿Parpadea?

—No, con la mano. Se la lleva una y otra vez a su chorrera de encaje, a su pecho. Lleva el medallón, Louis. Pondría la mano en el fuego.

—Aunque en este caso, la expresión no esté muy bien traída.

—Es verdad. Y en cuanto se pone el medallón, se convierte en Robespierre, porque tiene sus dientes en contacto con la piel. Estoy seguro de que no se los pone cuando está en el hotel y de que se los ponían cuando era niño. Esos dientes, ese talismán, desencadenan su fusión total, física incluso, con su antepasado. Se transforma realmente en otro. Se transforma en él, íntegramente.

—Y cuando mata, si es que mata, ¿lleva los dientes?

—Necesariamente. Y ya no es Château quien mata, es Robespierre quien purga, quien ejecuta. Por eso pienso que la peluca está de más. No la necesita para nada. Posee algo que es mucho más que un disfraz.

—Pero Robespierre no aparecía jamás sin su peluca. ¿Te imaginas a Château poniéndose una media en la cabeza? ¿Una media de mujer en la cabeza de Robespierre?

—No vas desencaminado —dijo, Adamsberg echándose hacia atrás con los brazos cruzados.

—¿Hasta ese punto está poseído? —dijo Veyrenc con los ojos mirando al techo, dejando de nuevo rebotar la muleta en las baldosas del suelo.

Se hizo un largo silencio que Adamsberg no rompió. Abría los ojos al vacío y no veía más que una bruma espesa, una bruma de *afturganga*. De pronto, cogió la

muñeca de Veyrenc.

—Sigue —dijo—. Sigue y cállate.

—¿Que siga qué?

—Golpeando el suelo. Sigue. Ya sé por qué me irrita. Porque hace que emerja un renacuajo.

—¿Qué renacuajo?

—Un principio de idea sin forma, Louis —se apresuró a explicar Adamsberg por miedo a perderse otra vez en la bruma—. Las ideas salen siempre del agua, ¿qué creías? Pero se escapan si hablamos. Cállate. Continúa.

Aunque acostumbrado a las improbables andaduras de Adamsberg y a la confusión de su pensamiento, Veyrenc observó con algo de inquietud su postura: ojos muy abiertos, sin pupila, labios inmóviles. Siguió repiqueteando en el suelo con la muleta. Después de todo, ese ritmo podía ayudar, acompañar la vibración de los pensamientos, como cuando uno va a paso de marcha, como cuando un tren nos mece.

—Esto me recuerda a Leblond —dijo Adamsberg—, el sedoso Leblond. ¿Sabes, en la última sesión, la serpiente en la hierba? ¿Qué papel interpretaba?

—Fouché.

—Eso es, Fouché. Continúa.

Al cabo de unos minutos, Veyrenc tuvo la tentación de dejar el juego, pero Adamsberg le indicó con un movimiento giratorio de la mano que prosiguiera. Hasta que se levantó bruscamente, se puso la chaqueta, aún lastrada por la pistolera, y atravesó el jardín corriendo. Veyrenc lo siguió cojeando, lo vio proseguir su carrera a lo largo de la calle, subir al coche.

—¡Ahora vuelvo! —gritó.

Y Veyrenc lo vio meter la primera, la segunda y desaparecer por la esquina de la callejuela.

XLV

Adamsberg circulaba por la nacional, rápido, demasiado rápido. Más despacio, no hay nada urgente, más despacio. Pero esa velocidad, tan rara en él, acompañaba el desfile disparatado de sus pensamientos, de las frases y las imágenes. Como si la velocidad fuera a homogeneizarlos todos, como al batir huevos. Fouché, la bruma, los dientes, la peluca, la cuerda en el garaje, su textura rugosa, los huesos del carpo, Robespierre, el *afturganga*, el silencio de Bérieux. El miedo. El sonido, el sonido de la muleta de madera, el movimiento. El tablero de ajedrez inmóvil.

El *afturganga*. Y extrañamente, al pensar en la criatura de la isla, le volvió, a retazos, la descripción de Robespierre: «... en un reptil que... se yergue, con una mirada... espantosamente bella..., no nos engañemos..., es una piedad dolorosa, mezclada con terror...». Las imágenes se enturbiaban, Robespierre se mutaba en el *afturganga* de la Revolución, el que mata y el que da, siempre y cuando no se intente conocerlo, siempre y cuando no se penetre en su territorio sagrado.

Vio a lo lejos los faros de dos motos aproximándose; una lo adelantó y el conductor le hizo una señal para que parara. La hostia puta, mierda de policías.

Saltó fuera del coche.

—Muy bien —dijo—, iba demasiado rápido. Una urgencia. Soy policía.

Enseñó su carné a los gendarmes. Uno de ellos sonrió.

—Comisario Jean-Baptiste Adamsberg —leyó en voz alta—. Vaya, qué casualidad.

—¿Una urgencia? —dijo el otro con las piernas abiertas como si todavía tuviera la moto entre los muslos—. ¿Y sin girofaro?

—He olvidado ponerlo —dijo Adamsberg—. Vuelvo a verlos mañana y lo arreglamos. ¿De qué gendarmería son?

—Saint-Aubin.

—De acuerdo. Entonces, hasta mañana, cabos.

—Ah, no, mañana, no —dijo el primero—. Para empezar, porque es domingo. Y además, porque será demasiado tarde.

—Demasiado tarde ¿para qué?

—Para el control de alcoholemia —dijo, mientras su compañero sacaba un globo y se lo tendía.

—Sople, comisario.

—Se lo repito —dijo Adamsberg con tanta calma como pudo—, tengo una urgencia.

—Lo sentimos, comisario, su trayectoria era insegura.

—Insegura —confirmó el otro con expresión grave, como si de un asunto de Estado se tratara—. Cogía las curvas demasiado cerradas.

—Conducía rápido, eso es todo. Una urgencia, ¿cuántas veces tengo que decirlo?
—Sople, comisario.
—De acuerdo —cedió Adamsberg—. Páseme el globo.
Se sentó en el asiento delantero y sopló. El motor seguía en marcha.
—Positivo —declaró el gendarme—. Acompáñenos.

Ya sentado al volante, Adamsberg cerró de golpe la portezuela y arrancó a toda pastilla. Antes de que los dos hombres hubieran tenido tiempo de subirse a sus motos, ya se había metido por un desvío a la derecha y se había escapado por carreteras secundarias.

Diez y media, noche oscura y lluvia fina. Paró a las once y diez delante del portalón de madera de Haras de la Madeleine. Las luces estaban todavía encendidas en los dos pabellones. Golpeó con violencia el portalón.

—¿Qué es este jaleo? —dijo Victor emergiendo por la alameda.

—Adamsberg. Abre, Victor.

—¿Comisario? ¿Piensa seguir tocándonos las narices mucho tiempo?

—Sí. Abre, Victor.

—¿Por qué no ha llamado al timbre?

—Para no despertar a Céleste, suponiendo que esté todavía dentro de la casa.

—En todo caso, habrá despertado a Amédée —dijo Victor, abriendo el portalón con un pesado ruido de cadenas.

—Hay luz en su casa.

—Duerme con luz.

—Creía que dormías en su pabellón.

—Más tarde, cuando termino de trabajar. Ya está, ya lo ha despertado.

Amédée cruzaba la alameda con unos vaqueros y una gruesa chaqueta que se había puesto precipitadamente sobre el torso desnudo.

—Es el comisario —le dijo Victor—. Otra vez el comisario.

—Démonos prisa —dijo Adamsberg.

Victor lo condujo a una habitación pequeña, con pocos muebles, un pesado sofá de cuero usado, un sillón viejo, una mesa baja. No había ningún objeto de familia en su casa, evidentemente.

—¿Quieren café? —preguntó Amédée algo atemorizado.

—Sí, por favor. La escena del principio, Victor, descríbeme otra vez esa escena.

—¿Qué escena, maldita sea?

Victor tenía razón, ahora ya podía ir más despacio. Ya no había prisa.

—Lo siento. He venido a toda pastilla, me han parado los gendarmes. Estos idiotas me han hecho soplar.

—Y ¿qué ha dado?

—Positivo.

—Y ¿cómo es que está aquí? —preguntó Victor—. ¿Privilegio de los comisarios?

—Todo lo contrario. Estaban encantados con la idea de enchironarme. He saltado al coche y me he largado.

—Delito de fuga. Mala cosa —dijo Victor, divertido.

—Mucho —confirmó con calma Adamsberg—. Cuéntame la escena, cuando los doce franceses se juntaron alrededor de la mesa en la posada de Grímsey. La víspera de la salida hacia la isla del Zorro.

—De acuerdo —dijo Victor—. Pero ¿qué le cuento?

—El asesino, descríbemelo.

Victor se levantó con un suspiro, balanceando los brazos.

—Eso ya lo he hecho.

—Otra vez.

—Era un tipo normal, mediano —dijo Victor, en tono cansado—. Menos por el pelo, tenía mucho. Tenía un careto de los que no llaman la atención, una barbita de collar, gafas. Unos cincuenta años o algo menos. Cuando uno es joven, todo el mundo parece mayor.

—¿Y el bastón, Victor? Habías hablado de un bastón, ¿verdad?

—¿Es importante?

—Sí.

—Pues tenía un bastón, para probar el hielo al caminar.

—Dijiste que hacía algo con ese bastón.

—Ah, sí. Lo levantaba y lo dejaba caer al suelo. Hacía ruido sobre las baldosas.

Toc. Toc. Toc.

—¿Rápida o lentamente? Intenta acordarte.

Victor bajó la frente, rebuscó en su memoria.

—Lentamente —dijo al final.

—Bien.

—No lo entiendo. Ha querido por encima de todo, y sin que se sepa por qué, acabar de resolver la historia de Islandia.

—Sí.

—Y lo ha hecho. Pero no busca al asesino de la isla, busca al asesino del círculo Robespierre. El que deja los signos.

—Cierto.

—Entonces, ¿por qué volvemos a empezar con Islandia?

—Porque busco a los dos asesinos, Victor. Pásame papel, varias hojas y algo con qué dibujar. Un lápiz, si es posible.

Amédée le trajo el material y una bandeja para que pudiera apoyarse.

—Solo hay un lápiz azul. ¿Le valdrá?

—Muy bien —dijo Adamsberg poniéndose manos a la obra—. Voy a hacer varios, Victor. Empezaré por el asesino de la isla.

Adamsberg trabajó en silencio durante diez minutos. Luego le pasó a Victor un primer dibujo.

—¿Era así? —preguntó.

—No del todo.

—No me mientas más, Victor. Esta vez estamos al final de la carretera, acorralados contra las barreras. Y no vamos a romperlas con oporto. O ¿era así? —dijo, pasándole otro dibujo—. ¿Este te convence más?

—Si manipula los dibujos hasta que encajen, no juego.

—Yo no manipulo, deduzco.

—¿Qué?

—Una cara de hoy que trato de rejuvenecer diez años. Lo cual no es tan sencillo, puesto que ese rostro no tiene nada especial, como bien has dicho. Ni nariz aguileña ni ojos fulgurantes ni barbilla prominente, nada de todo eso. Ni guapo ni feo. Ni Danton ni Billaud-Varenne. ¿Cómo, entonces? ¿Así?

Victor observó el retrato, lo dejó caer sobre la mesa baja y apretó los labios.

—Venga —dijo Adamsberg—. Habla.

—De acuerdo —dijo Victor, resoplando como si hubiera estado corriendo—. Así.

—¿Es él?

—Sí.

—El asesino de Islandia.

Adamsberg sacó unos cigarrillos arrugados de su bolsillo y ofreció a los demás. Amédée cogió uno y lo examinó.

—¿Son de contrabando? ¿Son porros?

—No, son de mi hijo.

Adamsberg encendió su cigarrillo, cogió el lápiz y se puso de nuevo manos a la obra. Lo alertó un ruido fuera y se interrumpió para prestar atención un instante. Con las hojas en la mano, se acercó a la ventana sin cortinas que daba al parque. La noche era opaca y la farola de la carretera alumbraba tenuemente el trozo de alameda entre los dos pabellones.

—Puede que sea Marc —dijo Victor—. Hace ruido cuando pasea.

—¿Deja sola a Céleste por la noche?

—Normalmente, no. Puede que venga a saludarlo. O quizá sea el viento.

Adamsberg se sentó de nuevo y reanudó su dibujo. Otros tres retratos que tardó quince minutos en realizar.

—¿Qué dibuja ahora? —preguntó Amédée.

—Ahora, dibujo al otro. Al asesino del círculo Robespierre. Sé que lo has visto, Victor. Cuando acompañabas a Henri Masfauré a la asamblea.

—No andaba mirando a todo el mundo.

—Pero a él, sí. Necesariamente.

—¿Por qué?

—Lo sabes.

—¿Por qué tres dibujos?

—Porque el tipo tiene varios rostros, y no sé cuál has visto tú. Ponle polvos blancos, sombras grises, añade silicona en las mejillas, una peluca, un encaje que le oculta el cuello y se crea la ilusión. Así que te dibujo varios. Porque no se puede, incluso con los mejores maquillajes del mundo, cambiar la inclinación de los ojos, la disposición de los labios, la implantación de los pómulos. Aquí están —dijo disponiendo sus nuevos bocetos en la mesa baja.

Adamsberg giró de nuevo la cabeza hacia la ventana. Roce, rumor. ¿Un gato? Un gato no hace ruido. ¿Una liebre? ¿Un erizo? Los erizos sí hacen ruido.

Victor puso un dedo sobre un dibujo, luego sobre otro.

—Él; y puede que él. Pero no exactamente con este atuendo.

—Pero ¿es el hombre que veías cerca de Masfauré?

—Sí.

—Y cerca de ti también.

—¿Cómo?

—Para ya, Victor. Y mira, ahora —dijo, situando uno al lado del otro, el primer dibujo, el del asesino de la isla, y el último, el del círculo Robespierre.

Victor dobló rápidamente las falanges de sus dedos, pero Amédée, absorbido por el trabajo de Adamsberg, y quizá un poco sonado por la medicación, una vez más, no lo notó. Amédée había sufrido demasiado en los últimos tiempos para seguir siendo dueño de sí mismo.

—Es el mismo tío —dijo espontáneamente.

—Gracias, Amédée. Y tú lo ves igual que él, Victor. Pero, sobre todo, tú lo sabes. Que es el mismo hombre. El asesino de la isla. Que os citaba...

—¡No nos citaba! —interrumpió Victor furioso.

Adamsberg levantó una mano rápida para imponer silencio y escuchó unos instantes los rumores de la noche.

—No estamos solos —dijo en voz baja.

Todos escucharon, expectantes.

—No oigo nada —dijo Victor.

—Hay alguien andando —dijo Adamsberg—. Con mucho sigilo. Apaga la luz. Echaos hacia atrás.

Adamsberg sacó su pistola, la amartilló y se aproximó con cuidado a la ventana.

—¿Cerraste la entrada, Victor? —preguntó en voz baja.

—Sí.

—Entonces, ha llegado por el bosque. ¿Hay alguna escopeta?

—Dos.

—Tráelas. Dale una a Amédée.

—No sé disparar —dijo Amédée con voz débil.

—Lo harás igualmente. Tienes que apoyarla. Cuidado con el retroceso.

—Quizá sea un tío que le ha oído golpear como un loco el portalón y que se ha acercado para ver qué pasaba —dijo Victor.

—No, Victor, no —dijo Adamsberg, escrutando la noche—. Es tu «ser inmundo».

Victor, con la cabeza agachada, se dirigió a la pequeña cocina para coger las escopetas. Tendió una a Amédée.

—¿Está usted seguro? —preguntó.

—Sí.

—¿Dónde está?

—Bordeando el pabellón de Amédée —dijo Adamsberg—. Está más oscuro que la boca de un lobo, apenas lo distingo. ¿Has sido tú, Victor, quien le ha dicho que había estado en Islandia y que había encontrado los huesos?

—¡De eso, nada! ¿Está loco?

—Entonces, ¿cómo es que está aquí?

Un breve resplandor de la luna y la oscuridad volvió a ser total. Un MP5, el tipo tenía un MP5, o alguna putada de ese tipo.

—Hostia puta... —dijo Adamsberg, desplazándose hacia la puerta—. Está armado como un carro de asalto.

—¿Qué? —dijo Amédée.

—Una metralleta. Puede abatir a diez hombres en tres segundos.

—¿Tenemos alguna posibilidad? —preguntó Amédée, intentando apoyarse la escopeta en el hombro.

—Una sola. No diez, ni dos. Girad el sofá del revés, con el respaldo frente la puerta. Arrodillaos detrás, uno a cada lado. Es un mueble viejo, correoso, os protegerá un tiempo. No os mováis de allí.

—¿Y usted?

—Yo salgo. ¿Rechina la puerta, Victor?

—No.

Adamsberg la abrió con precaución.

—Cuando cruce la alameda —susurró—, la farola lo iluminará un poco. Pero a mí, no. Será el blanco, es nuestra oportunidad.

—La farola se apaga a las doce —dijo Amédée, con voz vencida.

—¿Qué hora es?

—Menos tres.

Adamsberg renegó en voz baja y se deslizó fuera, bordeando el muro izquierdo a

lo largo de tres metros hasta el tronco de un plátano. El hombre puso por fin un pie, prudente, en la alameda de grava, con un crujido. A diferencia de él, el criminal no iba vestido de negro de arriba abajo. Adamsberg se concentró en el triángulo claro de su camisa y descargó su arma, cuatro veces. Un grito de dolor y la farola se apagó.

—¡En el brazo, hijo de puta! —gritó el hombre—. ¡Pero puedo disparar con la izquierda, capullo! ¿Qué, lo has conseguido, cabeza hueca? ¿Qué has encontrado en la isla?

—¡Los huesos de tus muertos!

Adamsberg apuntó antes de que el hombre tuviera tiempo de pasarse el MP5 al brazo válido. Tres segundos de tregua que había que aprovechar; le disparó a la rodilla. El hombre cayó al suelo y su tiro desviado atravesó las hojas bajas del plátano. Su arma era pesada, demasiado pesada, tres kilos en su mano izquierda, y era imposible sujetar el guardamanos con el brazo derecho herido. Un MP5 no lo utiliza cualquiera.

—¡Dámelos, Adamsberg! —aulló el hombre—. ¡Dame los huesos o después de ti, me cargo a tus dos críos!

La rabia lo sofocaba, la voz le subía a los agudos, aullante. Sólido, encarnizado, el tipo se había puesto en pie, con un brazo colgando, y Adamsberg vio su silueta inclinada acercarse a paso lento, renqueante. El comisario se abalanzó hasta la casa, cerró la puerta con dos vueltas de llave, en ilusoria defensa. Una vez más, dos segundos de tregua. Lo suficiente para reunirse con los dos hermanos detrás del sofá. ¿Cuántas balas le quedaban? Dos, quizá.

Una ráfaga hizo explotar la cerradura, seguida de otra salva cuyas balas se estrellaron en el muro y el armazón del sofá. Los dos hermanos replicaron a ojo, inútilmente. A la luz de las deflagraciones, Adamsberg vio el cañón del MP5 oscilar, mal sostenido, mal controlado, pero apuntando hacia ellos.

—¡Sal, Victor! —gritó el hombre—. ¡Te doy una oportunidad de salvarlos! ¡Tu Céleste y su puto jabalí mean sangre! Intentaron cortarme el camino en el bosque.

—No te muevas, Victor —ordenó Adamsberg.

Vació su cargador, pero el tipo se había desplazado hacia la ventana, y falló. Estaban acabados, los cogería a los tres. ¿Podría haberlo adivinarlo? ¿Podría haberlo previsto? En una última tentativa, levantó la mesa baja y la lanzó en dirección al asesino, que se levantó entre los restos del mueble, atontado sin duda, pero insumergible. Entretanto, dos haces de luz lo iluminaron de repente por detrás.

Los cristales de la ventana explotaron y dos tiros impactaron en las piernas del insumergible sin previo aviso. Adamsberg vio entrar, empuñando las armas, a los dos gendarmes que lo habían parado en la nacional, linternas en mano. El cabo de las piernas abiertas sujetó al hombre en el suelo mientras su colega le arrancaba el MP5. Joder, he hecho bien en beberme ese oportuno, pensó Adamsberg. Y absurdamente, en

medio de la masacre, oyó la voz de Rögnvar. «El *afturganga* no abandona a aquellos a quienes convoca».

Victor había vuelto a encender la luz. Adamsberg puso una mano rápida en el hombro del cabo.

—Dos heridos en el bosque, llame a los servicios de urgencias.

Y siguió a Victor, que corría en dirección a la cabaña. El jabalí yacía en el suelo, jadeante, alcanzado en el vientre. A su lado, Céleste gemía y murmuraba, con una mano en el pelo del animal y la otra sujetando su pipa. Adamsberg la examinó. Ráfaga de balas en el muslo. Había tenido más suerte que Marc, la arteria no parecía dañada, al menos a primera vista.

—¿Le doy agua? —preguntó Victor.

—No la muevas. Háblale, que siga despierta. Pásame tu camisa.

Adamsberg enrolló la tela alrededor de la herida y apretó fuerte. Luego se quitó la camiseta y se la dio a Victor.

—Presiona con esto el vientre de Marc. Pierde demasiada sangre.

Con el torso desnudo bajo la chaqueta, Adamsberg salió corriendo para dirigir la ambulancia cuya sirena se oía a lo lejos. Hizo que la camioneta avanzara hasta la linde del bosque. Dos hombres y dos mujeres lo siguieron con su material por el sendero. Colocaron a Céleste en la primera camilla y se la llevaron inmediatamente.

—¿Dónde está la segunda víctima? —preguntó la mujer que quedaba.

—Aquí —dijo Adamsberg mostrando al jabalí.

—¿Me está tomando el pelo?

—¡La segunda camilla! —gritó Adamsberg.

—¡Cálmese, por favor, señor!

—Comisario, comisario Adamsberg. La segunda camilla, por favor, ¡sálvelo, maldita sea!

La mujer levantó una mano apaciguadora, asintió y llamó a las urgencias veterinarias. Diez minutos después, también se llevaron a Marc. Adamsberg se arrodilló, recogió la pipa de Céleste y se levantó, mirando a Victor. Ningún comentario, los dos hombres estaban sudando y tenían la cara desencajada.

Dentro del pabellón, un médico atendía las heridas del asesino —brazos, rodilla, pantorrillas—, que bramaba en el suelo.

—¿Su nombre, cabo? —preguntó Adamsberg.

—Drillot. En un principio, cuando descubrimos la escena, decidimos que había que tumbar al individuo en el suelo. Usted es comisario y él tenía una metralleta. Ese era el análisis. Pero digo: en un principio. No cuente que hemos disparado sin advertencia, no teníamos tiempo.

—Afirmaré que hicieron una advertencia antes de romper la ventana.

—Gracias. Pero no nos lo podemos llevar sin saber nada.

Adamsberg se dejó caer en el sillón, que, a saber cómo, se había salvado de los disparos. Un poco como la botella de vino cuando murió Angelino Gonzalez.

—Ha matado a seis personas —dijo con voz átona, encendiendo un cigarrillo—. A dos de ellas, hace diez años, en Islandia. A las otras cuatro en el transcurso de este mes. Una tentativa de asesinato anoche. Esta tarde, golpes y heridas a una mujer y a su compañero e intento de asesinato a nosotros tres.

—¿Cómo se llama? —preguntó el gendarme de las piernas arqueadas. Él se identificó como cabo Verrin.

—Ni idea. ¿Recibieron ustedes, como todos sus colegas, nuestro aviso sobre el asesino del signo? Este signo. —Y lo dibujó en uno de los retratos caídos al suelo.

Verrin asintió con la cabeza.

—Sí, comisario.

—Pues se trata de este hombre.

Verrin salió corriendo con sus piernas combadas. Victor cruzaba la estancia llena de cascotes caídos de las paredes y del techo. Ofreció una camisa limpia al comisario.

—Le he dado un somnífero —dijo—. Está durmiendo.

—¿Quién? —preguntó el cabo Drillot, libreta en mano.

—Amédée Masfauré. El hijo de una de las víctimas.

—Tendrán que facilitarme sus identidades, todos los presentes —dijo Drillot con sequedad.

Los socorristas se estaban llevando al herido. El cabo Verrin volvía hacia ellos, sin resuello.

—He encontrado sus papeles en su coche —dijo—. Se llama Charles Rolben. He llamado a la gendarmería de Rambouillet. ¿Sabe quién es Charles Rolben?

—No —dijo Adamsberg.

—Un alto magistrado. Muy alto. Es lo que acaban de decirme. Además de: «Nada de escándalos, nada de escándalos; aseguren la jugada». Harán falta pruebas, comisario, y de las buenas. Porque con un individuo de este calibre, tiene que andar uno con pies de plomo. El comandante está muy alarmado.

—Ha visto usted al «muy alto magistrado» con un MP5 en la mano, ¿no es así? —dijo Adamsberg.

—Sí.

—Encontrarán sus balas en el cuerpo de Céleste Grignon, abatida en el bosque con su compañero. E incrustadas en los muros de esta habitación. Y en el cuero, la madera y los muelles de este viejo canapé. Sí, cabo, es un asesino feroz. Incluso le puedo asegurar que disfruta con ello. Sí, ha matado, y sin contemplaciones. Empezando por los dos miembros de un grupo de viajeros perdidos en una isla de

Islandia. ¿Recuerda esa historia?

—Vagamente. Pero puede que tuviera un móvil importante, ¿no cree, comisario? Victor miró suplicante a Adamsberg.

—Ni móvil siquiera —mintió Adamsberg—. Es un loco. Acuchilló a un hombre. Intentó violar a una mujer y luego la mató. Nos vamos, cabo, ya sabe usted dónde encontrarme. Tendrá un primer informe el lunes. Mejor dicho, el lunes a última hora de la tarde. Es largo, muy largo.

—Puede que así sea, comisario. Pero nosotros no hemos acabado con usted.

—¿Qué quiere decir?

—Exceso de velocidad, conducción en estado de ebriedad, desacato y huida.

—Pues eso. Me han seguido ustedes, ¿verdad?

—Lo perdimos. Pero lo localizamos por su móvil.

—Comprenderá usted —dijo lentamente Adamsberg— que su comandante se verá en la obligación de informar: han disparado ustedes contra un alto magistrado, por la espalda y sin previo aviso.

—¡Mierda! —rugió Drillot—. Ha dicho que nos iba a cubrir.

—Y ahora digo: olvide el estado de ebriedad y el delito de huida. Situación de emergencia, se lo expliqué diez veces cuando me pararon en la carretera. Un policía no puede saber, cuando se ha tomado un par de oportos con un amigo, lo que le va a pasar a continuación.

—Yo diría más bien tres oportos —observó Drillot.

—Dos, cabo. No podía dar positivo.

—Si le he entendido bien, comisario —dijo Drillot, entornando los ojos—, ¿está poniendo en duda nuestra palabra?

—Me ha entendido usted bien.

Verrin hizo una seña a su colega e inclinó la cabeza.

—¿Y cómo explicamos por qué lo seguíamos?

—Por exceso de velocidad. No me han parado en ningún momento, iba demasiado rápido y me han seguido hasta aquí.

—Es verosímil.

—Aceptado —dijo Drillot.

—¿Adónde han llevado a Céleste? La mujer herida en el bosque.

—Al hospital de Versalles.

—¿Y a Marc?

—¿Quién es Marc?

—El jabalí.

—¿Qué jabalí?

El equipo técnico se desplegaba ahora por la casa y Adamsberg salió. Victor lo acompañó hasta su coche y se asomó por la ventanilla.

—No ha dicho nada de lo que pasó en la isla.
—No. Hacías bien en tenerle miedo. Nos veremos. Con Amédée.
—¿Por qué? —preguntó Victor, alarmado de nuevo.
—Para cenar en la posada. Encargarás nuestro menú. Invitaremos a Bourlin.
—¿Y el tipo al que vi en la posada, el «inspector de Hacienda»?
—Era él. Ya me andaba siguiendo.
—¡Comisario! —lo llamó Victor cuando arrancó el coche.
Adamsberg frenó y Victor corrió unos cuantos metros hasta alcanzarlo.
—¿Lo cree?, ¿que no me he comido a mi madre?
—Estoy convencido de ello. Alguien que se ha comido los patos para que no tenga que comérselos su hermano no se come a su madre.

Una vez en su casa, Adamsberg se tomó el tiempo de redactar un correo electrónico muy breve para Danglard.

Reunión Brigada mañana a las 15:00 h. Ruego reúna al equipo al completo.

Y luego otro al sargento Oblat de Dijon:

Asesino arrestado. Levante la vigilancia a Vincent Bérieux.

Un último a los cabos Drillot y Verrin:

Gracias.

XLVI

Danglard aparcó en el patio de la Brigada, muy inquieto. Adamsberg había mandado el mensaje pasadas las cuatro de la mañana, convocando a la totalidad de los agentes en domingo. Sabía que Adamsberg había ido a Dijon la víspera, a visitar a la quinta víctima, y que el testimonio de Vincent Bérieux, una vez más, no les había hecho avanzar en absoluto. Hombre grueso con máscara, peluca y gafas.

Danglard imaginaba lo peor mientras cruzaba con indolencia el patio. Lo peor y, en el fondo, lo más lógico. Adamsberg iba a replicar. Falta de respeto, insubordinación, estaba en situación de conminar a algunos de ellos a solicitar un traslado. Para empezar, a él mismo. Y a Noël, a Mordent e incluso a Voisenet, a pesar de que se hubiera mostrado más moderado. Danglard sintió que el vapor de la culpabilidad entorpecía su respiración. Era él, con sus sarcasmos y su desaprobación, quien había dado seguridad a los demás, excepto a Noël, que no necesitaba a nadie para animarlo en la agresión. Pero en fin, pensó enderezándose mientras empujaba la puerta del edificio, es necesario, cuando el barco hace aguas, que alguien devuelva al capitán algo de sentido común y lo remolque hacia territorios reales, hacia hechos, lógicas y acciones coherentes. ¿Acaso no era sintomático, gravemente sintomático, que el comisario, en contra de cualquier atisbo de razón, partiera al encuentro de las brumas islandesas, que estuvieran a punto de engullirlo? ¿Acaso no era su responsabilidad, la de él, Danglard, mantener la trayectoria por un rumbo sensato?

Claro que sí. Animado por la evidencia de su deber y la obligación de plegarse a él, por muy difícil que fuera la tarea, el comandante entró con paso más firme en la sala del Concilio. Notó inmediatamente en los rostros de los descontentos los mismos signos de aprensión. Adamsberg, y esto lo sabían todos, recurría muy raras veces al enfrentamiento. Pero, esta vez, todos sentían que se había traspasado una línea roja. Y las reacciones del comisario podían ser, excepcionalmente, tan breves como agresivas. Muchos recordaban el día en que había estrellado una botella delante del cretino del cabo Favre. En ese ambiente de temor, ellos también buscaban, como Danglard, justificaciones posibles con que responder al ataque del comisario.

Ninguna apariencia ofensiva en el semblante de Adamsberg cuando entró con su paso lento en la gran sala. Pero tratándose de él, eso podía no significar nada. Cada cual, según el lado de la mesa donde se había sentado, escrutaba con inquietud o placer el rostro del comisario, que, más límpido, parecía purificado de algún tormento; aquel que, a veces, había alterado sus rasgos y apagado su sonrisa. Sin saber que se trataba de la disolución de la infernal maraña de algas.

Adamsberg permaneció de pie, observando que la nueva disposición —los a

favor, los en contra, los moderados, los dubitativos— no había cambiado desde la última reunión. Por una vez, Estalère se quedaba inmóvil y fue necesario que Adamsberg lo alentara con una señal para que saliera a preparar los veintisiete cafés. El comisario no había previsto el orden de su discurso, y, como siempre, las cosas acudirían cada una a su manera.

—El asesino del círculo Robespierre fue arrestado anoche —anunció con los brazos cruzados—. Recibió varios balazos y está en Cuidados Intensivos en el hospital de Rambouillet, dado que la detención se llevó a cabo tras un tiroteo en el Creux.

Sin saber por qué, Adamsberg observó la palma de su mano derecha, la misma que había disparado nueve veces contra un hombre. Un hombre que había matado en la isla, ahogado a Gauthier, fusilado a Masfauré, apuñalado a Breuguel, derribado a Gonzalez, ahorcado a Bérieux, herido a Céleste.

—Las heridas que tiene en el brazo derecho y en la rodilla se las hice yo —prosiguió—. Las de las pantorrillas, los cabos de Saint-Aubin, Drillot y Verrin. Cabe señalar que el hombre estaba armado con un MP5, con el que nos disparó a Victor, a Amédée Masfauré y a mí. Antes, había acribillado a Céleste y a su jabalí en el bosque.

—¿Qué hacía en el Creux? —preguntó Froissy, a quien ningún sentimiento de culpabilidad trababa el habla.

—Me había seguido, simplemente. Igual que los dos cabos de Saint-Aubin.

—Y los cabos, ¿por qué? —preguntó Retancourt, igualmente libre de cualquier reserva mental.

—Exceso de velocidad —respondió Adamsberg, sonriendo—, desacato y huida. Mercadet lo miró divertido.

—¿Por qué todos esos delitos, comisario? —se aventuró a preguntar Voisenet, sin forzar la voz.

Ya que, al fin y al cabo, la detención del asesino lo cambiaba todo, y ante eso se imponía cierto perfil bajo. Aunque, por lo que entendía, esa victoria se debía únicamente a un golpe de suerte.

—Pues para que me siguieran, Voisenet.

—¿De verdad?

—No. Pero su intervención fue fundamental. Frente al MP5, solo tenía mi arma de servicio y los dos hermanos, una escopeta. Pero el MP5 pesa, y el asesino tuvo que continuar el asalto con el brazo izquierdo, sin poder afianzar el gatillo. Eso le restó velocidad y precisión, pero no fue nuestra salvación. Sin los gendarmes de Saint-Aubin, no creo que hubiésemos sobrevivido —concluyó Adamsberg sin solemnidad ninguna.

Estalère había servido los cafés y todos se agarraron a esta distracción. Y por una vez, nadie acabó con el ruido parásito de los platitos y las cucharillas, que se prolongó mucho tiempo.

—Entonces, ¿solo fue una casualidad? —se atrevió a decir Noël—. ¿La aparición del asesino?

—Hable más alto, Noël —dijo Adamsberg señalándose el oído—, estoy todavía medio sordo por las detonaciones.

—¿Solo fue una casualidad, entonces, la aparición del asesino? —repitió Noël, alzando la voz un tono.

—No, teniente. Yo había ido a ver a Victor para dibujarle el rostro del asesino. Hacía tiempo que maceraba en mis pensamientos. Protegido detrás de sus máscaras, solo se dignó aparecer ayer noche.

—¿Tenía usted elementos? —dijo Danglard, que no podía permanecer mudo después de las intervenciones un tanto intrépidas de Voisenet y Noël.

—Muchos.

—¿Y no nos habló de ellos?

—No he hecho otra cosa, comandante. Estaban ustedes en posesión de los mismos utensilios que yo —y Adamsberg elevó la voz—, a disposición de toda la Brigada, que usted mismo ha dirigido desde mi viaje a Islandia. Le dije que el tablero Robespierre estaba inmóvil, mientras que «los animales se mueven». Le dije que teníamos que ir hacia el movimiento. Le dije que las pistas de Sanson, Danton y Desmoulins eran vanas. Muchas más cosas también: ¿para qué emprenderla con los miembros ocasionales, parásitos episódicos, si realmente se trataba de hundir la asociación o alcanzar a Robespierre? ¿Por qué un signo de guillotina tan discreto? ¿Pero tan alambicado? ¿Por qué esos libros sobre Islandia, nuevos, en casa de Jean Breuguel? ¿Por qué ese silencio de Victor? ¿Por qué ese miedo en todas partes? ¿Verdadero? ¿Falso? ¿Por qué llevar peluca para ahorcar a Vincent Bérioux? Usted recibió como yo las fotografías del lugar: ¿por qué no estaba la cuerda colgada en el centro del garaje? ¿Por qué estaba colgada en un lateral? Incluso lo informé ayer enseguida: «Cuerda desplazada a la izquierda, trenzado rasposo, pelos blancos de peluca, silencio de la víctima». Todos ustedes tenían estos hechos a su disposición, igual que yo. Pero de un tiempo a esta parte, ya no eran capaces de mirar nada ni de oír nada. Sin embargo, comandante, ¿no conformaba todo esto un conjunto de elementos bastante consistente?

Danglard no había tenido tiempo —o ganas— de apuntar todos esos hechos dispersos, si es que que «los animales se muevan», por ejemplo, podía considerarse un «hecho». Justin y Froissy se aplicaban a ello con gran velocidad, mientras él solo percibía, de momento, una nube de mariquitas que, sin duda, había debido de pasar por alto, dispersas como estaban sobre el fondo abarrotado del valle de Chevreuse.

—No eran, por lo tanto, *mis* elementos, Danglard, sino los suyos también, y los de todos.

—Supongamos.

—¿Supongamos qué? ¿Quién de ustedes, Danglard, Voisenet o Mordent, tan instruidos en todo, me señaló que la carne de foca no sabe a pescado? Nadie. Todos

conocéis los relatos de Victor y de Amédée sobre la tragedia islandesa. Según Amédée, el hombre volvió una noche, «chorreando sangre y apestando a pescado», llevando a rastras una foca. Precisa que Alice Gauthier conservaba un recuerdo maravillado de esa cena, como si se hubiera tratado de la degustación de un «salmón gigante». Y Victor nos dijo después, a propósito de esa pesca milagrosa: «kilos de pescado». E insistió todavía cuando contó que, de vuelta a Grímsey, «apestaban a grasa de foca y a pescado podrido desde la cabeza hasta los pies». Les dije a ustedes que los dos hermanos habían tenido tiempo de ponerse de acuerdo sobre su versión antes de hablar con nosotros. Que había demasiadas equivalencias en sus relatos, como lo del «ser inmundo», como lo del «culo en llamas» del asesino. Le dije, Danglard, que el relato era falso. ¿Releyó entonces sus testimonios? No, porque en aquel momento, ya nadie quería oír hablar de Islandia, ni del Creux. Ahora bien, ese Creux no habíamos acabado de explorarlo. Lo habíamos dejado en la estacada, nos lo habíamos saltado, incluso lo habíamos dejado de lado.

Adamsberg oía la voz cascada de Lucio: «Hay una vía que te has saltado. El tío se lo está pasando en grande».

—¿Ha vuelto a leer esos interrogatorios, comisario? —preguntó Kernorkian en tono neutro.

—Sí, para anotar las correspondencias entre sus dos discursos. ¿Por qué mentían, y acerca de qué exactamente? «El salmón, el pescado, el pescado apestoso», eso, por ejemplo, volvía con insistencia en los dos relatos. Ahora bien, Danglard, ahora bien, Voisenet, saben ustedes mejor que yo que la foca es un mamífero y no un pez. Yo mismo, por cierto, lo sabía gracias a ustedes.

—Pero —dijo Estalère— una foca se traga toneladas de peces. A lo mejor huele. Adamsberg sacudió la cabeza.

—Eso no cambia nada el hecho de que su carne no huele a pescado. La carne de buey no huele a hierba, ¿verdad?

—Comprendo —dijo Estalère, meditando—. Entonces, ¿a qué sabe una foca?

—Está a medio camino entre el hígado y el pato. Con matices de sal y de yodo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Comió foca en Grímsey?

—No, he preguntado.

Adamsberg anduvo unos cuantos metros, en una dirección y en otra.

—En fin —dijo—, les repetí cien veces que el caso se iba transformando, desde el principio, en una monumental bola de algas secas.

Lo cual no es en absoluto un «hecho», pensó Danglard, mientras Justin anotaba incluso esa frase.

—Y que uno no puede ir a toda velocidad y todo recto en un magma así. Solo

conseguíamos minúsculos fragmentos quebradizos, mientras íbamos cayendo sin parar en otras trampas. Teníamos elementos, pero flotaban a capas, por decenas, bajo la superficie, sin ligazón aparente, dispares, dentro de su nebulosa. Todo estaba anegado por este asesino retorcido y correoso. Era necesario un tremendo detonador para hacer que ese amasijo remontara al aire libre. Y dibujar su cara.

—¿La del asesino? —preguntó, concienzudo, Estalère.

—La del asesino.

—Y mostrársela a Victor antes que a nosotros —dijo Danglard.

—Efectivamente, Danglard. Porque Victor conocía al criminal.

—Y ¿por qué?

—Porque frecuentaba la asociación con Masfauré. Necesitaba su testimonio. Y lo tuve. No. Fue Amédée quien abrió las compuertas. No estoy seguro de que Victor, de otro modo, hubiera hablado. Pero Amédée se sentía confiado, había recuperado a su compañero de infancia y a su hermano.

—Lo que demuestra que no era inútil darse una vuelta por la granja del Thost —dijo Veyrenc.

—¿De qué detonador habla usted? —preguntó Mordent, con el cuello de zancuda metido, esta vez, encogido, protegido entre las plumas grises de su cuello—. ¿Para atraer la nebulosa a la superficie?

—El ruido de un bastón rebotando en el suelo. Que también podría haber percibido usted, Danglard. Usted estaba allí conmigo, aquella noche. Mejor dicho, ya no estaba usted allí, sino entregado a su descontento por mi viaje a Grímsey.

—¿Cómo? —dijo Voisenet.

—Anoche, Veyrenc estuvo golpeando el suelo con su muleta de madera. Y la capa remontó de golpe hasta el agua clara. No podía ser de otro modo. Y eso que, al principio, había visto a Fouché. Pero bastaba con abrir un poco el campo.

Danglard se sintió perdido del todo. Las palabras de Adamsberg no tenían sentido para él. Necesitaba respuestas nítidas, claras, sospechaba que el comisario disfrutaba enredándolas en las brumas de su isla personal.

—Ese criminal de la sociedad Robespierre —dijo con firmeza—, ¿quién es, comisario?

—El asesino de Islandia, comandante.

Se produjo un silencio oprimido, respiraciones desorientadas, ruidos de tazas vacías, de lápices que se sueltan, que se mordisquean, y Estalère vio la ocasión para una segunda ronda de cafés. A pesar de lo que muchos pudieran pensar, Estalère había captado, tanto en sus aspectos más graves como en los más fútiles, la compleja elaboración de la oposición que se había tejido en torno a Adamsberg.

—Asesino —continuó Adamsberg— a quien fuimos a buscar en la isla del Zorro. Allá, donde empezó todo. Allá, se lo dije a usted, donde todavía oscilaba un

movimiento. Movimiento que prosiguió a oleadas continuas hasta la agresión contra Vincent Bérioux y, luego, contra nosotros, ayer.

—¿Su nombre? —preguntó Danglard, que entendía perfectamente los reproches amortiguados bajo la voz plana de Adamsberg.

—Charles Rolben, un alto magistrado. Nada menos. Seis asesinatos y cinco en grado de tentativa.

—¿A quiénes cuenta usted en los seis? —preguntó Noël, bajándose la cremallera de la cazadora, signo inconsciente, quizá, de apertura.

—En la isla, al legionario Éric Courtelin y Adélaïde Masfauré. Aquí, a Alice Gauthier, a Henri Masfauré, a Jean Breuguel y a Angelino Gonzalez. Tentativas de asesinato: Vincent Bérioux, los hermanos Masfauré y yo mismo. Lesiones y heridas en la persona de Céleste. Y Marc —añadió.

—Un cuadro de envergadura —resumió Mercadet.

—Salvo los de la isla, salvo Céleste —dijo Danglard—, todos son miembros de la asociación Robespierre.

—¡Pero eso importa una mierda, Danglard! —Se acaloró Adamsberg—. ¿Sigues sin querer entender? ¡Todos son miembros del grupo de los viajeros perdidos de Islandia! Jean Breuguel: ¡«el alto ejecutivo» que nos describió Victor! El que se reía en la piedra tibia. Angelino Gonzalez, ¡el «especialista en pingüinos emperador»! Vincent Bérioux, ¡a quien Victor imaginaba monitor de esquí! ¡Todos eran miembros de ese grupo! Y todos se habían comido a sus compañeros. ¿Le parece a usted un hecho anodino, Danglard? ¿No es lo suficientemente colosal? ¿No era colosal el camino que usted me reprocha haber seguido?

Danglard empujó sus notas sobre la mesa y se sirvió un vaso de agua. El comandante se daba por vencido, y todos lo comprendieron. Adamsberg esperaba ese momento de inflexión para empezar una exposición más clara, en la medida de lo posible.

—Si se trata de Islandia —dijo Mordent—, ¿cómo pudo dibujar el rostro del asesino de la isla, de ese desconocido, de ese Charles Rolben?

—Pues porque lo conocíamos, Mordent. Estaba presente en la Asociación Robespierre, como todos lo demás.

—¿François Château?

—Château no, comandante. El que tenía miedo. El que reclamaba protección.

—Lebrun —dijo.

—Lebrun. Lebrun, el violento, el sanguíneo, el arrollador, el egótico, tan bien enmascarado bajo sus maquillajes, sus barbas y sus pelucas. Y bajo sus rasgos insignificantes, modulables según su voluntad. El «ser inmundo», como lo llamaba Amédée. ¿Lo recuerda usted en el papel de Couthon, Danglard? ¿Resultaba tan insignificante entonces? ¿Acaso no apreciaba sinceramente la ferocidad de Leblond-Fouché?

Danglard asintió brevemente.

—¿Recuerda que, aquella noche, Lebrun, en su silla de ruedas, hacía rebotar su bastón en el suelo? ¿Recuerda que el asesino de la isla hacía lo mismo con su bastón de sondear el hielo? Solo un fundador de la asociación podía haber tenido la idea de dar, hace diez años y en aquel lugar, esas citas obligadas a los supervivientes de la isla. Para sopesarlos, acechar sus debilidades y sus desalientos. Idea genial: verlos una y otra vez bajo sus órdenes, pero en una asamblea maquillada, disfrazada y, más que nada, anónima. ¿Quién podría fijarse en ellos? Y sobre todo, sobre todo, en caso de muerte de uno u otro de esos «infiltrados», o de varios, o de todos, ¿buscaría la policía en Islandia? ¿O más bien en torno al nombre de Robespierre, que todavía hace vibrar tantas pasiones? De Robespierre, claro está. Y hacia allá corrimos, efectivamente, yo el primero.

—Si quería sacarnos de la pista islandesa para traernos hacia aquí —preguntó Veyrenc—, ¿por qué no dibujó un signo más claro, más legible?

—En eso reside el genio, Veyrenc. Proporcione a la policía o a cualquiera un indicio demasiado claro y se mostrarán tibios, desconfiados. «Demasiado gordo para ser verdad». «Trampa», pensarán, «carta de elección forzada», sospechosa por lo tanto. En cambio, oblíguelos a reflexionar, llévelos a creer que ellos, los policías, han averiguado por sí mismos el significado del signo mediante el mero esfuerzo de su inteligencia y entonces se agarrarán a su descubrimiento como a un clavo ardiendo. Cuanto más nos esforzamos, más nos empeñamos. En el caso de que no hubiéramos podido descifrarlo, la carta de François Château, auténtica, sincera, nos habría llevado derecho, a la pista de Robespierre. Todos negaron conocer ese signo, y era verdad, salvo en el caso de Lebrun, que era quien lo había inventado. Para nosotros y solo para nosotros. Ni demasiado claro, ni demasiado abstruso. A medio camino. Y obviamente después de que los tres asesinatos hubieran salido en los periódicos, Lebrun incitó a Château para que nos alertara. Mejor aún. Por si se daba el caso de que tuviéramos aún la tentación de pisar otra vez la tierra de Islandia, colocó esos tres libros nuevos en casa de Jean Breuguel. ¡Nuevos! Eso nos hizo concluir que el asesino quería que nos perdiéramos en esa isla. Ah, «error del asesino», pensamos entonces como cretinos. Pero ese «error» era voluntario, claro está. ¿Había mejor manera de hacernos abandonar Islandia? Y lo hicimos. Todos. Atrapados en la órbita del círculo Robespierre, donde, repito, nada se movía. ¿Por qué? Porque allí, nada sucedía. Lebrun nos había obligado a entrar en ese tablero de casi setecientos jugadores, donde los peones estaban inmóviles. Porque los verdaderos peones efectuaban sus movimientos en otros lugares. Y nos habríamos quedado estancados hasta el final en ese tablero muerto, sin encontrar salida, puesto que no la había.

—Hasta que todos los miembros del grupo islandés hubieran muerto asesinados —dijo Mercadet.

—Y sin que nunca la identidad del criminal se nos pasara siquiera por la cabeza —admitió Voisenet.

—En efecto, teniente. ¿Lebrun? ¿El afable Lebrun? ¿El que acudía a prestarnos

ayuda mostrándonos el grupo de los descendientes? ¿Ese grupo que no nos llevaba a ningún sitio? ¿Entregándonos también, y jugando con fuego, aunque sin riesgo, como cuando pasamos el dedo por la llama de una vela, al grupo de los infiltrados? Que no era otro que el grupo de los «islandeses», a quienes convocaba dos veces al año a la asamblea, para sondearlos y reiterarles la consigna de silencio.

—No entiendo lo de la vela —dijo Estalère.

—Te lo mostraré —dijo Adamsberg—. El fuego sin la quemadura. ¿Quiénes eran esos infiltrados?, nos decía Lebrun. ¿Vengadores anti-Robespierre? ¿Monárquicos? ¿Espías a quienes el propio Robespierre eliminaba? ¿En su locura? Y ¿por qué no? El pobre Lebrun, que acababa teniendo tanto miedo. Y lo creímos.

—Mierda —dijo Voisenet, que en ese momento había recobrado su naturalidad—. ¡Nos hemos dejado engañar hasta el final!

—No hasta el final, Voisenet. Hasta que tanto inmovilismo empezó a parecer anómalo y sospechoso. Hasta que, a fuerza de dar vueltas, llegamos a preguntarnos si existía otro camino. O una pista olvidada, oculta, abandonada. Y solo quedaba una.

—Islandia —reconoció Noël.

Y, una vez más, Adamsberg consideró el valor del bruto de Noël, que abdicaba sin vergüenza.

—Una cosa —dijo Adamsberg—. Cuando Lebrun pasó por aquí en mi ausencia, para reclamar protección una vez más, ¿se enteró de alguna manera de que yo estaba en Islandia? Solo sé que se le dijo que estaba ausente por asuntos de familia.

Danglard levantó un brazo blando, lentamente y en silencio.

—Yo —dijo—. Cuando negociaba con él su protección, dejé escapar algo.

—¿Qué «algo», Danglard?

El comandante tuvo el valor de enderezar la cabeza cual Danton dirigiéndose hacia el sacrificio, se dijo a sí mismo.

—Le dije que estábamos haciendo lo que podíamos en su ausencia, ya que se había ido usted a distraerse a Islandia.

—Ese «algo» no es una tontería, Danglard.

—No.

—Esa era la información que había venido a buscar, ya que había visto mi coche aparcado delante de mi casa. Espiaba mis movimientos desde el principio del caso. Y esa información se la proporcionó usted, debido a su irritación. Imagine su reacción: ¡Adamsberg volvía a Islandia! Para seguir esa pista que tanto trabajo le había costado destruir, empujándonos hacia el insondable círculo Robespierre. Entonces ataca a Vincent Bérioux. Bérioux, el ciclista anónimo de la asociación, el monitor de esquí de la isla del Zorro. Disfrazado y con peluca, lo ahorca. ¿Por qué? Para atraernos, cueste lo que cueste, hacia Robespierre. Y hace más que eso. Cuelga la cuerda en un lateral, cerca de una cadena a la que Bérioux podrá agarrarse, y muy cerca de una estantería mural, donde podrá apoyar el pie. La cuerda es rasposa, demasiado rasposa para que el nudo corredizo funcione bien. Sabe que, de este modo, Bérioux, con su fuerza de

deportista, saldrá de esa. Y en efecto, Bérioux sale de esa.

—¿Lo ahorca y le perdona la vida? —dijo Kernorkian—. ¿Qué sentido tiene?

—Que Bérioux pueda testificar que su agresor llevaba una peluca de la época revolucionaria. Para que no nos apartemos nunca más de Robespierre.

—Comprendido —dijo Estalère, muy concentrado, mordiendo el interior de sus mejillas.

—Claro —suspiró Mordent.

—Y Lebrun, previsor, deja un mechón de su peluca en el suelo, no sea que el ahorcado se le muera de verdad. Pero Bérioux sobrevive; y Bérioux nos habla de esa peluca, sin pasar de ahí. Lo hace por la misma razón que su agresor: para que sigamos a la sociedad Robespierre y que Islandia no aparezca nunca. Para que jamás descubramos que había devorado a sus compañeros, como los demás. Me dijo que iba a las asambleas por «pasión hacia Robespierre», y mentía, naturalmente. Acudía porque lo convocaban, igual que a los demás.

—Claro —repitió Mordent con un suspiro más profundo.

—Y entonces todo marcha sobre ruedas para Lebrun: la peluca nos manda derechos hacia un tipo lo suficientemente pirado como para asesinar vestido del siglo XVIII. Y ¿en qué destacado pirado de la asociación íbamos a pensar? ¿Qué pirado de peluca blanca?

—Robespierre —dijo Retancourt.

—A quien habríamos acabado inculcando, tarde o temprano. Un descendiente del Incorruptible, un tipo cuya infancia había sido destrozada por un abuelo devoto, un tipo que encarna su papel como si el personaje lo habitara. Sí, teníamos todos los elementos para tomarlo por un desequilibrado, un demente, un asesino. Allí es donde Lebrun-Charles Rolben nos llevaba de la mano, con toda seguridad. No olvidemos que ahorcó a Bérioux una noche en que François Château estaba trabajando en el hotel y no tenía coartada.

—Mandaba a su amigo a la guillotina —dijo Froissy.

—Esta gente no tiene amigos, Froissy.

—¿Y por qué la tomó con Masfauré después de Alice Gauthier? —dijo, levantando la nariz de la pantalla—. ¿Por qué no con Gonzalez o con Breuguel?

—Porque una vez lanzados sobre el círculo Robespierre, nos enteraríamos de que Masfauré era su gran financiador. Y que, por lo tanto, era, efectivamente, la asociación lo que el asesino trataba de destruir, y no a un antiguo viajero a Islandia.

—Claro —repitió de nuevo Mordent, resoplando—. Pero eso no quita para que disparar contra usted resultara bastante atrevido.

—No más que contra otro. Él temía que Amédée, la pieza frágil del edificio, acabara por ceder ante mi acoso. Ahora bien, en cuanto volví de Islandia, fui a visitar a los dos hermanos. Lo cual significaba que había averiguado algo. Que me había enterado, de una manera u otra, de lo que realmente había pasado en la isla tibia. Cuando salí en coche, anoche, me siguió. Cogí la carretera del Creux, lo cual

confirmaba sus temores más pesimistas. Esta vez no nos puede permitir que sigamos vivos. Está listo. Elige las vías rápidas y me adelanta, mientras que yo doy rodeos por carreteras secundarias para dejar atrás a mis gendarmes. Se cuela a través de los agujeros de la reja metálica que rodea el bosque y, de paso, se deshace de Céleste y de Marc; y llega directamente hasta nosotros.

—¿Y no oyeron los tiros en el bosque? —preguntó Voisenet.

—Estaba a casi dos kilómetros y el viento soplabla en dirección oeste. Si Lebrun no hubiera sido informado de mi viaje a Islandia, Danglard, habría reprimido sus ataques, seguro como estaba de que nos empecinábamos en el círculo Robespierre hasta arrestar a François Château. Lo habríamos interceptado fácilmente el lunes a última hora, a su salida por el aparcamiento. No habría herido a Céleste, no nos habría disparado. Debo recordarles, a todos, que no se puede dar ninguna información privada sobre un miembro de la Brigada a ningún desconocido. Ni siquiera si solo ha ido a mear o a dar de comer al gato. Ni siquiera si el desconocido parece simpático, cooperativo o asustado. Lo siento, Danglard.

Danglard se tomó un tiempo, se levantó, recobrando súbitamente su sobria y digna elegancia. Adamsberg, que no tenía ninguna afición a los excesos y menos si eran solemnes, inició un leve retroceso, pero la expresión de Danglard no revelaba la menor veleidad de énfasis.

—Quiero —dijo con calma— expresarle mi enhorabuena. Yo, por mi parte, he cometido una falta grave, hasta el punto que habría podido, e incluso debido, provocar la muerte de cuatro personas, entre ellas, la suya. En consecuencia, le presentaré esta misma noche mi dimisión.

—Esta noche, imposible —contestó Adamsberg como si rehusara una invitación a cenar—, porque es domingo y no leo en domingo. Mañana, imposible; nos tenemos que dedicar de lleno al informe y necesitareé su pluma. Más tarde, imposible, ya que he presentado una solicitud de permiso de tres semanas. En consecuencia, dirigirá la Brigada en mi ausencia.

¿Adónde iba?, se preguntó Danglard. A sus Pirineos, claro está, a remojarse los pies desnudos en el agua verde del torrente de Pau.

—¿Es una orden? —preguntó Mordent, cuyo cuello volvía a emerger de entre los hombros.

—Es una orden —confirmó Adamsberg.

—Es una orden —susurró Mordent a Danglard.

—Dispérsense —dijo con suavidad Adamsberg—, es domingo.

Veyrenc retuvo a Adamsberg por el brazo cuando se dirigían hacia la puerta.

—De todos modos —dijo—, sin los gendarmes, habrías palmado.

—No forzosamente. Porque un *afturganga* no abandona jamás a los que convoca.

—Es verdad, se me había olvidado.

—Visto así —masculló Danglard, que los seguía—, el *afturganga* convocó también a los gendarmes de Saint-Aubin.

—Visto así —dijo Adamsberg—, acaba usted de hacer, después de tantos días, una excelente observación, comandante. Puedo irme tranquilo.

XLVII

Después de la cena, Adamsberg y François Château paseaban por el jardín casi desierto de la isla de la Cité, dando vueltas alrededor de la estatua de Enrique IV. Château aún se debatía entre el espanto y la rabia intensa que le habían producido las palabras de Adamsberg acerca de su secretario Lebrun-Charles Rolben.

—¡Figúrese, un magistrado caníbal! ¡Charles! ¡Charles apuñalando a otros para devorarlos! No, no me cabe en la cabeza, soy incapaz de imaginármelo.

Château había repetido esta frase al menos doce veces, de una forma u otra. Esa noche era el verdadero Château y no Robespierre. No llevaba el medallón, Adamsberg estaba convencido de ello.

—¿Ha hablado? —preguntó Château.

—Se niega a decir una sola palabra. El médico ha diagnosticado un estado de furor... Un segundo, Château, he anotado esto... «un estado de furor destructivo» —leyó Adamsberg en su libreta—, «con manifestaciones extremas de frustración y de execración, que tienen probablemente su origen en una estructura psicopática». Ha roto todo lo que podía dentro de su habitación, televisor, teléfono, ventana, mesilla; ahora está sedado. Tanta violencia, ¿no la percibió usted nunca?

—No —dijo Château negando con la cabeza—, no. Aunque... —vaciló.

—Como magistrado, ¿cómo era?

—De los que llaman «despiadados». Yo no quería prestar demasiada atención a esos rumores, me incomodaban.

—¿Por qué?

—Debido a su afición, demasiado acentuada, por el tribunal revolucionario de Robespierre. Resultaba a menudo perturbador. Entre otras cosas, le divertía afirmar que, en comparación, nuestros tribunales le parecían bastante tibios.

—¿Eran ustedes amigos?

—Colegas. Mantenía siempre las distancias. Tenía, a decir verdad, un sentido muy agudo de las distinciones sociales. Yo solo era contable; y él, magistrado. Dentro del ámbito en el que se movía, frecuentaba lo que llamamos grandes personajes de la política, de las finanzas. Daba recepciones suntuosas en su mansión de Versalles, según me dijo Leblond, donde se reunía lo mejor de la sociedad. O lo peor, ¿no es verdad?

—¿Estaba invitado Leblond?

—Es un psiquiatra reputado del hospital de Garches.

—Allí donde Lebrun nos pedía que lo protegiéramos.

—Es pura usurpación —dijo Château, alzando los hombros—. Charles nunca ha sido psiquiatra. ¿Es lo que les dijo?

—Sí.

—No es inexacto en el sentido de que le apasionaba. Quería «adivinar» a los seres; acribillaba a Leblond a preguntas: ¿podía percibirse, mediante tal o tal manifestación o gesto, o expresión, o tono de voz, si una persona era frágil? ¿Si estaba deprimida, con remordimientos? Las fisuras en los demás, ¿verdad? Eso era lo que le interesaba. Y cuando invitaba a Leblond a sus veladas, le confiaba alguna misión. Examinar a tal político, tal banquero o tal industrial y hacerle un informe. A Leblond no le gustaba mucho eso, decía que era médico y no hurgador de almas, pero Charles tenía sobre él un ascendiente poderosísimo. Se le obedecía y punto. Pero, a veces —añadió Château con una sonrisa—, era a mí a quien temía, o peor, a quien se veía forzado a admirar.

—¿Cuando era usted Robespierre?

—Exactamente, comisario. Era un robespierrista encarnizado. Solo le reprochaba una cosa, esa famosa virtud. El hecho de que Robespierre nunca deseara asistir a las ejecuciones. Su repulsión por la sangre. Consideraba que era solo vil hipocresía. «Análisis de aficionado, amigo mío», le explicaba Leblond. Pero Charles se mantenía en sus trece. Le habría gustado que Robespierre fuera un hombre de acción y no de gabinete, habría querido verlo cortar cabezas en persona, ensartarlas en picas y correr por las calles con el pueblo, verlo subirse al cadalso para accionar él mismo la guillotina. Hoy se entiende fácilmente: a Charles le apasionaba todo eso, la sangre, las ejecuciones, las masacres. Y él mismo. ¿Qué importaban dos vidas en Islandia si él podía sobrevivir? Pero ¿por qué se puso, tantos años después, a matarlos a todos, en cadena? ¿Fue presa de una locura asesina?

—De una furia protectora, Château. Alice Gauthier había decidido confesar y, a partir de ese momento, el equilibrio de los supervivientes de Islandia empezó a tambalearse. Amédée Masfauré podía hablar, y su padre con él. Victor, igual. El control del grupo se le escapaba. Decidió acabar con todos de una vez.

—No lo concibo —repitió Château por decimotercera vez—. Seis asesinatos, y por poco, once. ¿Cómo está esa mujer a la que disparó en el bosque, como un execrable Fouché?

Adamsberg hizo una pausa.

—Pronóstico reservado, como dicen.

—Lo lamento profundamente. Después de la última asamblea de julio, después de las sesiones de los días 8 y 9 de termidor, disuelvo la asociación.

—Me había dicho usted que sus finanzas (concedidas por Masfauré pero obedeciendo órdenes de Charles Rolben, como ya habrá imaginado) le permitirían llegar hasta el final de su investigación.

—Eso no importa, comisario, sería indecente seguir adelante. Ha caído el telón. Por otra parte, cuando se sepa quién era Charles, lo que hizo, y de qué asociación era secretario, nos barrerá el escándalo, sea como sea. Hay que pasar página.

Château se sentó en un banco, con las piernas estiradas y la espalda, sin embargo, muy recta. Adamsberg encendió un cigarrillo en la penumbra.

—¿Por qué no? —dijo Adamsberg—. Y ¿por qué no vivirlo de otra manera?

—¿Vivir qué?

—Robespierre. No lleva usted los dientes esta noche, ¿verdad?

—¿Qué dientes?

—Sus dientes. Los que recogió el cirujano en la noche del 10 de termidor y después pasaron a Éléonore Duplay, luego a François-Didier Château y, de descendiente varón en descendiente varón, llegaron hasta usted. Usted, que desciende del supuesto hijo de Robespierre.

—Fantasea usted, comisario.

—Aquí —dijo Adamsberg, poniéndole un dedo en el tórax—. Los lleva usted aquí, en un medallón. Y entonces él entra. Él expulsa a François Château en cuerpo y alma y vuelve y existe solo, sin usted.

Château tendió una mano para pedir un cigarrillo, ya sin sorprenderse por su aspecto.

—¿Para qué empecinarse todavía? —dijo Adamsberg, ofreciéndole fuego—. La historia se acaba.

—Y ¿en qué le concierne a usted? Que esos dientes existan o no. Que él entre o no. ¿Qué interés tiene eso?

—El interés podría llamarse «François Château en cuerpo y alma». Que acabará devorado por él, y ¿por qué no, por cierto? Pero esta noche ya no soporto las devoraciones, supongo.

—No hay solución —dijo, sombrío, Château.

—Haga un análisis de ADN. De los dientes y de usted mismo. Tendrá la respuesta. Sabrá por fin si desciende realmente de él o si, en 1790, la madre soltera solo se jactó de estar embarazada del gran hombre.

—Jamás.

—¿Tiene miedo?

—Sí.

—¿De ser su descendiente o de no serlo?

—De ambas cosas.

—Los miedos que proliferan con la duda, como champiñones en una cueva, no podrán ser expulsados más que a través de un conocimiento seguro.

—Idea muy simple, comisario.

—En efecto. Pero sabrá usted la verdad. Y eso cambiará muchas cosas.

—No deseo cambiar muchas cosas.

—Serán hechos históricos —prosiguió Adamsberg—. Podrá, cualquiera que sea la respuesta, continuar exhibiéndose como Robespierre, si le apetece. Pero usted sabrá quién es él y quién es François Château. Lo cual no es poco. Y los dientes los llevará donde deben estar: al pueblo, como diría Robespierre. Devuélvalos al pueblo. Al museo Carnavalet, donde no poseen nada más que un miserable mechón de pelo.

—Jamás —repitió Château—. Jamás, ¿me oye?

Adamsberg aplastó su cigarrillo y se levantó para girar de nuevo alrededor de la estatua de Enrique IV.

—Me voy —dijo por fin, volviendo hacia el banco.

Adamsberg se alejó, dejando a Château con su pesado destino, y cruzó el puente que lo llevaba a la orilla izquierda, respirando el olor del Sena al pasar, inclinándose sobre el parapeto para contemplar sus aguas fluir, sucias, degradadas, pero aún poderosas. Pasó un cuarto de hora, puede que más. Château estaba, de repente apoyado en el murete, a su lado, no exactamente alegre, pero sí algo descansado, vagamente sonriente.

—Lo voy a hacer, comisario. El ADN.

Adamsberg asintió. Château se enderezó, con la espalda muy recta —eso lo conservaría siempre— y le tendió la mano.

—Gracias, ciudadano Adamsberg.

Y era la primera vez que Château se dirigía a él por su apellido y no por su cargo.

—Que la vida te vaya bien, ciudadano Château —contestó Adamsberg, con un apretón de manos—. Y que tus descendientes sean niñas.

Adamsberg volvió andando a su casa. Antes de abrir la pequeña verja, se miró la palma de la mano. No le es dada a cualquiera la oportunidad de estrechar la mano a Robespierre.

XLVIII

Adamsberg había esperado a recibir buenas noticias de Céleste antes de irse, y Danglard lo acompañó al aeropuerto. Se despidieron delante de la puerta de embarque. Al día siguiente, el comandante empezaría solo el interrogatorio del asesino Charles Rolben.

—Saber cómo abordarlo —dijo Danglard—, qué camino tomar, qué táctica adoptar, todo eso me preocupa.

—No tiene por qué, Danglard. Rolben es cruel y no tiene conciencia, por lo tanto es inútil buscar una táctica. No se desmoronará nunca, ni bajo los efectos de la dulzura, del ingenio, de la sutileza, de la violencia o de su vino blanco. Es un maestro en violencia, no espere nada de él. Limítese a alinear nuestras pruebas y nuestros testigos. Quizá haya una única cosa que lo haga explotar: que no lo tenga en cuenta, que hable como si él no tuviera importancia. Manténgame al corriente. ¿Irá a ver a Céleste?

—Esta misma tarde.

—Entonces, devuélvale esto —dijo Adamsberg, sacando la pipa de su bolsillo—. La animará. Y dígale que Marc ha llegado a buen puerto a Haras.

Una vez que Adamsberg hubo pasado a la zona de embarque, Danglard se entretuvo solo en el gran vestíbulo estrechando la pipa y las mariquitas que iban con ella. Quería esperar a la hora del despegue antes de irse. Allí sería primavera, la hierba estaría creciendo, enhiesta y verde. El comandante miraba su reloj.

Las 09:40. Danglard asintió. El avión despegaba rumbo a la isla de Grímsey.



FRED VARGAS es el seudónimo utilizado por Frédérique Audoin-Rouzeau, nacida en París en 1957. Su padre fue el escritor surrealista Philippe Audoin. Creció rodeada de intelectuales que visitaban su casa a menudo. Su padre le obligó a leer de pequeña a los grandes clásicos de los siglos XVII al XIX, mientras, ella leía literatura policíaca a escondidas. Estudió Arqueozoología e Historia. En 1988 comenzó a trabajar en el CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas) de París como arqueozoóloga.

Comenzó su carrera literaria en 1986 con la novela *Les jeux de l'amour et de la mort*, que tuvo una tirada muy limitada. Los editores rechazan en repetidas ocasiones *Los que van a morir te saludan* y *Que se levanten los muertos*. Finalmente una editorial lanza *El hombre de los círculos azules* y quiebra a los 7 días. Una nueva editorial comienza a publicar sus obras y finalmente alcanza el éxito con *Huye rápido, vete lejos* en 2001.

Ella y su hermana gemela, la pintora Joëlle «Jo» Vargas, utilizan el seudónimo de «Vargas» en su apellido por el personaje de María Vargas, interpretado por Ava Gardner en *La condesa descalza*. No le gustan los nombres franceses, por eso elige apellidos con resonancias extranjeras para sus protagonistas. Su hermano mayor es el historiador Stéphane Audoin-Rouzeau, especialista en la Gran Guerra.

Es muy activa políticamente y ha apoyado la candidatura de Daniel Cohn-Bendit y defendido los derechos de Cesare Battisti, exiliado italiano en Francia, miembro de la milicia «Proletarios armados por el comunismo», actualmente encarcelado en Brasil.

Notas

[1] Literalmente, «Posada del Hueco». (*Todas las notas son de la traductora*). <<

[2] Véase *Un lugar incierto*, Fred Vargas (traducido por Anne-Hélène Suárez Girard), Siruela, 2010. <<

[3] Periodo de la Revolución francesa que duró desde septiembre de 1793 hasta la primavera de 1794. <<

[4] En francés, «jabato» es *marcassin*. <<

[5] Le Marais, otro nombre de la Llanura, el grupo de los moderados en la Convención Nacional (1792-1795). <<

[6] Luis Carlos de Borbón y Habsburgo-Lorena, o Luis XVII (1785-1795), delfín de Francia, hijo de Luis XVI y María Antonieta. Encarcelado con su familia en 1792, en la Torre del Temple, murió a los diez años, tras tres de cautiverio. Sus padres habían sido guillotinado en 1793. La Torre del Temple fue derruida en 1808 para evitar que se convirtiera en lugar de peregrinación de los partidarios de la monarquía. <<

[7] Véase *La tercera virgen* de Fred Vargas. Siruela, Madrid, 2008. <<